El Diario de Ana Frank



NOTA DEL TRADUCTOR

Función de mediar -de intermediar- entre dos mundos, entre dos universos lingüísticos, conceptuales, emocionales -entre dos cosmologías acaso- es la del traductor. La del intérprete. Interpretar los signos, las huellas inscritas en un contexto, y convertirlas en pretexto para otro texto. Suerte de villano llevado de frontera en frontera por los aires de Babel, especie de veleta agitada por el soplo del habla, que -cuando coloca la mano sobre el corazón- se esmera en no traicionar.

Esta vez se trataba de no traicionar el texto de Ana Frank. De afinar al máximo la transmisión del documento de una vida de chiquilla adolescente. De una escritora incipiente, mordaz, valiente en la crítica de su conducta, en la denuncia de la injusticia apocalíptica que trasunta con ferocidad todo nuestro siglo -y, cómo que no- TODA nuestra historia. De una adolescente desarraigada de un mundo lingüístico, que, como tantos laureados creadores literarios de nuestro siglo, opta por hacer suyo otro, por desentrañar otro y hacerlo visceralmente suyo.

La traducción de El Diario de Ana Frank -con los ojos puestos

en el original holandés y en la versión alemana- implica trasladar a nuestro mundo sensible un diario de vida adolescente, profundo, desgarrador, trivial en ocasiones, que la autora «tradujo» al idioma de su elección -elección que en sí constituye un acto de libertad humana- y que con posterioridad a su desaparecimiento físico fue nuevamente «traducido» por su padre al idioma familiar para comprensión de la abuela de Ana, residente en Suiza.

Ana aprendió los secretos del abecedario en alemán, pero escribió por su voluntad en holandés. El 12 de mayo de 1944 anota: «Después de la guerra quiero de todos modos editar un libro bajo el título de 'El Anexo'. Si resultará, no lo sé aún, pero mi diario será la base». No vivió para ello.

¿Habrá alguna vez una traducción definitiva, una interpretación definitiva? Una versión eclosiona otra y ésta dará vida a todavía otras. ¡Intentos de aproximación al original!

Ana nos legó uno de los documentos cimeros en el conjunto testimonial sobre la inhumanidad del siglo que industrializó la muerte. La novela iba a llamarse, El Anexo -´Het Achterhuis'. La realidad se llamó ´Diario': Un diario frente al cual sólo cabe un íntimo. ¡Gracias Ana!

M.B.

Espero poder confiártelo todo,

de un modo como no he
podido hacerlo hasta ahora
con nadie, y espero que
seas un gran apoyo para mí.

Ana Frank, 12 de junio de 1942

Domingo 14 de junio de 1942

EL VIERNES DESPERTE ya a las seis. Era comprensible, pues fue el día de mi cumpleaños. Pero no podía levantarme tan temprano y hube de apaciguar mi curiosidad hasta un cuarto para las siete. Entonces ya no soporté más y corrí hasta el comedor, donde nuestro pequeño gatito, Mohrchen, me saludó con efusivo cariño. Después de las siete fui al dormitorio de mis padres y, enseguida, con ellos al salón para encontrar y desenvolver mis regalos. A ti, mi diario, te vi en primer lugar, y sin duda fuiste mi mejor regalo. También me obsequiaron un ramo de rosas, un cactus y unas ramas de rosas silvestres. Fueron los primeros saludos del día, ya que más tarde habría bastante más. Papá y mamá me

entregaron numerosos regalos y mis amigos tampoco se quedaron atrás en materia de mimarme. Entre otras cosas me regalaron un libro titulado, «Cámara Oscura», un juego de mesa, muchas golosinas, un rompecabezas, un broche, las «Sagas y Leyendas de Holanda» de Joseph Cohen, otro libro encantador, «Las Vacaciones de Daisy en la Montaña» y algún dinero. Con éste me compré las leyendas mitológicas griegas y romanas. ¡Fantástico!

Enseguida vino Lies y partimos juntas a la escuela. Comencé siguiendo el ritual holandés de obsequiar golosinas a mis maestros y compañeros de clase y luego nos pusimos a trabajar.

¡Y, basta por hoy. Estoy tan contenta de tenerte!

Lunes 15 de junio de 1942

El sábado por la tarde ofrecí una fiesta de cumpleaños. Exhibimos una película, «El Guardafaro» (con Rin-tin-tin), que gustó mucho a mis amigas. ¡Nos entretuvimos como locas! Había muchos jóvenes y jovencitas. Mamá siempre quiere saber con quién pienso casarme más adelante. Creo que se extrañaría bastante si supiera que es con Peter Wessel con quien me casaría, pues siempre me hago la tonta cuando me pregunta. Con Lies Goosens y Sanne Houtman somos compañeras de clase desde hace diez años y ellas son muy buenas amigas. Entretanto conocí a Jopie van der Waal en el Liceo Judío. Nos juntamos bastante y ella es ahora mi mejor amiga. Lies ha trabado una amistad profunda con otra chica y Sanne va a otro colegio y se ha hecho de nuevas amigas.

Sábado 20 de junio de 1942

No he anotado nada durante un par de días, pues quise reflexionar sobre el significado y la finalidad de un diario de vida. Me causa una sensación extraña el hecho de comenzar a llevar un diario. Y no sólo por el hecho de que nunca había «escrito». Supongo que más adelante ni yo ni nadie tendrá algún interés en los exabruptos emocionales de una chiquilla de trece años. Pero eso en realidad poco importa. Tengo deseos de escribir y, ante todo, quiero sacarme algún peso del corazón.

«El papel es más paciente que los seres humanos», pensaba a menudo, cuando apoyaba melancólicamente la cabeza en mis manos ciertos días en que no sabía qué hacer. Primero deseaba quedarme en casa, enseguida salir a la calle, y casi siempre seguía sentada donde mismo empollando mis tribulaciones. ¡Sí, el papel es paciente! No tengo la menor intención de mostrar alguna vez este cuaderno empastado con el altisonante nombre de «Diario de Vida», salvo que fuera a LA amiga o EL amigo. Y seguramente no le interesará mucho a nadie.

Y ahora he llegado al punto alrededor del cual gira todo este asunto de mi diario de vida: ¡en realidad no tengo amiga! Quiero explicar esto en más detalle, pues nadie comprende que una muchacha de sólo trece años se sienta tan sola. Y, por cierto, llama la atención. Tengo padres. amorosos y querendones, una hermana de 16 años y, si los sumo, unos treinta conocidos, más o menos. Tengo una corte de admiradores que me dan en todos los gustos y que durante las horas de clase suelen manipular algún espejito de bolsillo hasta que logran capturar una sonrisa mía. Tengo parientes, unos tíos y unas tías realmente encantadores, una linda casa y, en realidad, no me falta nada, salvo... ¡una amiga! Con ninguno de mis conocidos puedo hacer otras cosas que bromear o cometer disparates. Me es imposible expresarme de veras y me siento interiormente abotonada. Tal vez esa falta de confianza sea un problema mío, pero las cosas son así,

lamentablemente, y no logro superar mi condición.

Por eso el diario. Con el fin de exacerbar aún más en mi la idea de la amiga ausente, no anotaré sólo hechos en mi diario, como suele hacer el grueso de la gente, sino que este diario mismo será mi amiga y esa amiga habrá de llamarse ¡KITTY!

*

Nadie sería capaz de comprender mis conversaciones con Kitty si no cuento antes algo de mí. Muy a mi pesar narraré brevemente lo que ha sido mi vida hasta ahora.

Cuando se casaron mis padres, papá tenía 36 años y mamá 25. Mi hermana Margot nació en Frankfurt del Meno en 1926. Yo nací el 12 de junio de 1929. Por ser judíos debimos emigrar a Holanda en 1933, país en que mi padre asumió el cargo de director de Travis, S.A. Esta colabora estrechamente con la firma Kolen & Co., cuyas oficinas están en el mismo edificio.

Nuestra vida transcurrió llena de sobresaltos, pues nuestros parientes que no salieron de Alemania cayeron bajo el peso de la persecución desencadenada por las leyes de Hitler. Tras el progrom de 1938, los dos hermanos de mamá huyeron a América. Nuestra abuela se refugió con nosotros. Entonces tenía 73 años. Después de 1940 terminaron los buenos tiempos. Primero vino la guerra, luego la rendición, enseguida la entrada de los alemanes a Holanda. Y así comenzó la miseria. Un decreto dictatorial siguió a otro y los judíos se vieron especialmente afectados. Tuvieron que llevar una estrella amarilla en su vestimenta, entregar sus bicicletas y ya no podían viajar en tranvía, para no hablar de automóviles. Los judíos sólo podían hacer compras entre 3 y 5 de la tarde, y sólo en tiendas judías. No podían salir a la calle después de las ocho de la tarde y tampoco salir a sus balcones o jardines después de esa hora. Los judíos tenían vedados los teatros y los cines, así como cualquier otro lugar de entretenimiento público. No podían ya nadar en las albercas públicas o practicar el tenis o el hockey. Se les prohibieron todos los deportes. Los judíos tenían prohibido visitar a sus amigos cristianos. Los niños judíos deben acudir exclusivamente a escuelas judías. Así se amontonan las prohibiciones arbitrarias. Toda nuestra vida estaba sometida a este tipo de presiones. Jopie suele decirme: «Ya no me atrevo a hacer casi nada, pues siempre pienso que puede estar prohibido».

Abuela murió en enero de este año. Nadie sabe cuánto la quería y cuánto la echo de menos. En 1934 ingresé al jardín infantil del Colegio Montessori y después seguí allí. El año pasado tuve a la directora, la Sra. K, como jefa de mi clase. Al concluir el año nos despedimos emocionadas y lloramos largo rato abrazadas. Margot y yo debimos proseguir nuestros estudios en el Liceo Judío a partir de 1941.

Nosotros cuatro estamos bien ahora, y así llegó el momento actual y prosigo mi diario.

Sábado 20 de junio de 1942

Querida Kitty:

Comienzo de inmediato. Hay tanta paz ahora. Papá y mamá han salido y Margot está donde una amiga jugando al pin-pón. Últimamente también yo me he aficionado bastante a ese juego. Dado que nosotros, los jugadores de pin-pón, somos tremendamente dados a tomar helados, nuestras partidas suelen terminar con una excursión a las heladerías todavía permitidas para los judíos: la «Delfi» y el «Oasis». Nunca nos preocupamos demasiado por si llevamos suficiente dinero en el monedero, puesto que entre los clientes de las heladerías suelen haber amables caballeros de nuestro círculo de conocidos o algún admirador perdido, los que siempre nos ofrecen más helado del que realmente podemos tomar.

Supongo que debe sorprenderte oírme hablar, a mi edad, de

admiradores. Desafortunadamente es un mal inevitable en nuestra escuela. Cuando un compañero me propone acompañarme a casa en bicicleta y se entabla una conversación, nueve de cada diez veces, se trata de un muchacho enamoradizo y ya no deja de mirarme. Al cabo de un tiempo el arrebato comienza a disminuir, especialmente porque yo no presto demasiada atención a sus miradas ardientes y sigo pedaleando a toda velocidad. Cuando el joven no cesa en sus intenciones, yo me balanceo un poco sobre mi bicicleta, se cae mi cartera y el muchacho se ve obligado a bajarse para recogerla, tras lo cual me las ingenio para cambiar enseguida de conversación.

Esto es lo que sucede con los más cándidos. Hay otros, por supuesto, que me tiran besos o tratan de apoderarse de mi brazo, pero ésos equivocan el camino. Bajo diciendo que puedo pasarme sin su compañía, o bien me considero ofendida, y les digo claramente que se vayan a su casa.

Bueno, la base de nuestra amistad ha quedado establecida. ¡Hasta mañana, Kitty!

ANA

Domingo 21 de junio de 1942

Querida Kitty:

Toda nuestra clase tiembla, pues pronto se reunirá el consejo de profesores. La mayoría de los alumnos se pasan el tiempo haciendo apuestas sobre los que pasarán de curso. Nuestros dos vecinos de banco, Wim y Jacques, que han apostado el uno al otro su capital de vacaciones, nos divierten mucho a Miep de Jong y a mí. De la mañana a la noche se les oye decir: «Tú pasarás». «No». «Sí». Ni las miradas de Miep, implorando silencio, ni mis accesos de ira correctora pueden calmarlos.

Personalmente pienso que la mitad de nuestra clase debería repetir, visto el número de holgazanes que en ella hay, pero los profesores son la gente más caprichosa del mundo; pero quizá por esta vez actúen en el sentido adecuado.

En cuanto a mí, no tengo mucho miedo; creo que saldré del paso. Me entiendo bastante bien con todos mis profesores, que son nueve en total, siete hombres y dos mujeres. El viejo señor Kepler, el profesor de matemática, anduvo muy enfadado conmigo durante un tiempo porque yo charlaba demasiado. Finalmente me impuso un castigo: escribir una composición sobre el tema: Una charlatana. ¡Una charlatana! ¿Qué podía escribirse sobre eso? Ya veríamos luego; después de haberlo anotado en mi cuaderno, traté de quedarme callada.

Por la tarde, en casa, terminados todos mis deberes, mi mirada tropezó con la anotación de la composición. Me puse a reflexionar mordiendo la punta de mi estilográfica. Evidentemente, yo podía, con letra grande, separando las palabras todo lo posible, garabatear algunos disparates y llenar las tres páginas fijadas, pero la dificultad residía en demostrar de manera irrefutable la necesidad de hablar. Seguí pensando y, de repente, encontré la solución que me dejó satisfecha. Argumenté que la charla excesiva es un defecto femenino, que yo me esforzaría por corregir un poco, aunque sin librarme de él totalmente, pues mi propia madre habla tanto como yo, si no más; en consecuencia poco puede hacerse por remediarlo, ya que se trata de un defecto heredado.

Mi argumento hizo reír mucho al señor Kleper; pero, cuando en la clase siguiente yo reincidí en mi parloteo, me impuso una segunda composición. Tema: Una charlatana incorregible. Volví a salir del paso, después de lo cual el señor Kepler no se quejó durante dos lecciones. A la tercera realmente exageré.

-Ana, otro castigo por charlar. Tema: Cua, cua, cua, dice la señora Patagua.

Carcajada general. Yo me eché a reír con mis compañeros, aunque sabía que mi imaginación estaba agotada sobre el tema. Necesitaba encontrar algo nuevo, algo original. La casualidad vino

en mi ayuda. Mi amiga Sanne, buena poeta, se ofreció a redactar la composición en verso, de principio a fin. Me alegré. ¿Klepler quería burlarse de mi? Me vengaría, burlándome yo de él dos o tres veces mejor.

Los versos resultaron magníficos. Se trataba de una mamá pata y de un papá cisne, con sus tres patitos; éstos, por charlar demasiado, fueron mordidos a muerte por su padre. Afortunadamente, la broma agradó a Kepler. Leyó el poema ante nuestra clase y en varias otras, acompañando la lectura con comentarios.

Desde entonces, no he vuelto a ser castigada, Kepler sólo bromea sobre el tema.

Tuya,

ANA

Miércoles 24 de junio de 1942

Querida Kitty:

¡Qué calor! Todos nos sentimos sofocados; y con esta temperatura debo ir caminando a todas partes. Recién ahora empiezo a comprender qué cosa tan maravillosa es un tranvía; pero a nosotros, los judíos, ese placer ya no nos está permitido. Tenemos que valernos de nuestras piernas como único medio de locomoción. Ayer, a la hora del almuerzo, tuve que ir al dentista, que vive en Jan Luykenstraat, bastante lejos de la escuela. Al regreso, casi me dormí en clase. Por fortuna, la asistente del dentista, que es de veras comprensiva con nosotros, me dio de beber.

Sólo se nos permite utilizar la balsa para atravesar el canal, y eso es prácticamente todo. En el Muelle Joseph Israëls hay una barquita que hace el servicio. El barquero accedió de inmediato cuando le preguntamos. ¡No es por culpa de los holandeses que los judíos soportan tantas penurias!

Durante los feriados de Semana Santa me robaron la bicicleta, y papá entregó la de mamá a una familia amiga para que se la cuidaran ¡Cuánto desearía no ir a la escuela! Afortunadamente, las vacaciones se acercan; una semana más de sufrimiento, y todo habrá terminado.

Ayer en la mañana tuve una sorpresa bastante agradable. Al pasar por delante de un depósito de bicicletas, oí que alguien me llamaba. Dándome vuelta, vi a un muchacho encantador, a quien había conocido la víspera, en casa de mi amiga Eva. Se me aproximó, un poco tímido, y se presentó: Harry Goldman. Quedé ligeramente sorprendida, incapaz de comprender bien qué quería. Era muy sencillo: Harry deseaba acompañarme a la escuela.

-Como vas en la misma dirección... está bien -dije yo, de modo que caminamos juntos.

Harry tiene ya dieciséis años, y conoce muchos cuentos divertidos. Esta mañana estaba nuevamente allí, y supongo que lo mismo ocurrirá en los próximos días.

Tuya,

ANA

Martes 30 de junio de 1942

Querida Kitty:

En realidad no he tenido tiempo de escribir hasta hoy. Pasé la tarde del jueves en casa de unos amigos. El viernes, tuvimos visitas, y así sucesivamente hasta hoy. Durante la semana, Harry y yo hemos empezado a conocernos mejor. Ya me ha contado una buena parte de su vida: llegó a Holanda solo, y vive en casa de sus abuelos. Sus padres se quedaron en Bélgica.

Harry tenía novia: Fanny. La conozco: es un modelo de dulzura y de aburrimiento. Desde que se encontró conmigo, Harry

se ha dado cuenta de que Fanny le da sueño. Yo le sirvo, pues, de despertador o de estimulante, como tú quieras. Nunca se sabe en qué puede uno ser útil en la vida.

El sábado en la noche, Jopie se quedó a dormir en casa, pero el domingo, después de mediodía, se fue a reunir con Lies, y yo me aburrí lo indecible. Harry tenía que venir a verme al anochecer, pero me telefoneó alrededor de las seis. Atendí el teléfono, para oírle decir:

-Habla Harry Goldman. Por favor, ¿puedo hablar con Ana?

-Si, Harry, soy yo.

-Buenas tardes, Ana. ¿Cómo estás?

-Bien, gracias.

-Siento no poder ir luego, pero tengo algo que decirte. ¿Te molestaría que pasara por ahí dentro de diez minutos?

-Está bien... Hasta luego.

-Hasta luego. Estaré en tu casa en unos minutos.

Me cambié de vestido y me arreglé un poco el pelo. Enseguida, me asomé a la ventana, nerviosa. Por fin lo divisé. Tuve que dominarme para no correr escaleras abajo. Esperé hasta que sonó el timbre. Bajé a abrir la puerta, y él fue derecho al grano:

-Escucha, Ana. Mi abuela te encuentra demasiado joven para mí, y dice que debo salir con la Lours. ¡Pero tú sabes que ya no me gusta Fanny!

-No, no sabía. ¿Pelearon?

-No, al contrario. Yo le había dicho a Fanny que, puesto que no nos entendíamos muy bien, era inútil verse a cada momento; que ella podía seguir yendo a nuestra casa cuando quisiera y que yo confiaba poder ir a la suya como amigos. Yo tenía la impresión de que ella frecuentaba a otros muchachos, por eso, hablé del asunto con displicencia. Ahora bien, eso no era verdad. Mi tío me dijo que debo disculparme con Fanny, pero naturalmente que yo no lo creo necesario, y por eso he roto. Desde luego, ésa no es más que una entre varias razones. Mi abuela insiste en que yo salga con Fanny y no contigo, pero no pienso hacerlo. Los viejos son a veces tan anticuados, que no tienen arreglo. Necesito a mis abuelos, pero, en cierto sentido, ellos también me necesitan a mí... Tengo libre la tarde del miércoles, porque mis abuelos me creen en clases de artesanía. En realidad, voy a reuniones del movimiento sionista. Mis abuelos no me lo permitirían, porque están en contra del sionismo. No soy partidario fanático, yo tampoco, pero el movimiento significa algo, y de cualquier modo me interesa. Sin embargo, en los últimos tiempos no me han gustado esas reuniones, y tengo la intención de dejarlas. Iré allí por última vez el miércoles próximo. En ese caso, yo podría verte siempre el miércoles en la tarde, el sábado a la tarde y a la noche, el domingo a la tarde, y quizá con más frecuencia todavía.

-Pero si tus abuelos se oponen, no podrás hacerlo a espaldas de ellos.

-El amor siempre encuentra un camino.

En ese momento, al pasar por delante de la librería de la esquina, vi a Peter Wessel que hablaba con dos amigos. Fue la primera vez, en mucho tiempo, que me saludó. Eso me causó una inmensa alegría.

Harry y yo seguimos caminando y, por último, nos pusimos de acuerdo para una cita: yo debía encontrarme ante su puerta, el día siguiente, cinco para las siete de la tarde.

Tuya,

ANA

Viernes 3 de julio de 1942

Querida Kitty:

Ayer, Harry vino a casa para conocer a mis padres. Yo había comprado una torta, bizcochos y pasteles para el té. Había un poco de todo. Pero ni Harry ni yo teníamos deseos de quedarnos quietos en una silla, sentados el uno al lado del otro, y nos fuimos a pasear. Eran ya las ocho y diez cuando él me trajo a casa. Papá estaba muy enojado. Dijo que no debía regresar tan tarde, pues es

peligroso para los judíos encontrarse fuera después de las ocho. Tuve que prometerle que, en lo sucesivo, regresaría diez para las ocho.

Mañana, estoy invitada a casa de él. Mi amiga Jopie siempre me hace bromas sobre Harry. En verdad, yo no estoy enamorada. Pero tengo el derecho de tener un amigo. Nadie encuentra nada de extraordinario en que yo tenga un compañero, o, según la expresión de mamá, un cortejante.

Eva me ha contado que una noche, estando Harry en casa de ellos, ella le preguntó:

-¿A quién prefieres, a Fanny o a Ana?

-Eso no te importa -le contestó él.

Durante todo el resto de la velada, no tuvieron ya ocasión de hablar juntos, pero, al irse, él le dijo:

-Si quieres saberlo, prefiero a Ana. Pero no se lo digas a nadie. Y se fue.

Me doy cuenta de que Harry se ha enamorado de mí. Yo lo encuentro divertido, y que cambia mi vida. Margot diría de él: «Harry es un buen muchacho». Opino lo mismo, y hasta algo más. Mamá no termina de alabarlo: buen mozo, bien educado, muy amable... Me encanta que todo el mundo, en casa, lo halle de su gusto. El también ha simpatizado con mi familia, pero encuentra a mis amigas demasiado niñas, y tiene razón.

Tuya,

ANA

Domingo 5 de julio de 1942

Querida Kitty:

La fiesta de graduación de curso transcurrió como deseaba. Mis notas no son del todo malas, tengo un insuficiente, un 5 en álgebra, un 6 en dos asignaturas, y en las otras varios 7 y dos 8. Diez es la nota máxima. En casa estaban muy contentos, pues, a propósito de puntos mis padres no son como los demás. Al parecer, les importa poco que las notas sean buenas o malas. Para ellos basta con que yo esté bien y me sienta feliz, y que no sea insolente; lo demás, según ellos, se arreglará solo. En cuanto a mí, opino lo contrario; no quiero ser mala alumna después de haber sido admitida provisionalmente en el liceo, puesto que he saltado un año al salir de la Escuela Montessori. Pero con el traslado de todos los niños judíos a las escuelas judías, el director del liceo, después de alguna presión, consintió en recibirme, lo mismo que a Lies, a título de prueba. Yo no quería defraudar la confianza del director. El resultado de Margot es brillante, como siempre. Si la promoción cum laude existiera en el liceo, ella la habría obtenido ¡tiene una cabecita tan inteligente!

Papá, en estos últimos tiempos, se queda a menudo en casa porque ya no puede bajar oficialmente al negocio. ¡Qué sensación tan desagradable debe ser la de sentirse inútil! El señor Koophuis ha retomado la empresa Travies y el señor Kraler la firma Kolen & Cía. El otro día, cuando nos paseábamos alrededor de nuestra plaza, papá empezó a hablar de la clandestinidad. Decía que iba a ser muy difícil para nosotros vivir completamente separados del mundo exterior.

-¿Por qué hablar de eso? -le pregunté.

-Escucha, Ana -repuso-, tú sabes bien que, desde hace más de un año, nosotros

transportamos muebles, ropas y enseres a casa de otra gente. No queremos que nuestros bienes caigan en manos de los alemanes, y menos aún queremos ser nosotros quienes caigamos en sus garras. No los esperaremos para irnos. No dejaremos que nos detengan.

-Pero, papá, ¿para cuándo será eso?

Las palabras y la seriedad de mi padre me habían angustiado.

-No te inquietes. Nosotros nos ocuparemos de todo. Diviértete y aprovecha tu libertad todo el tiempo que aún puedas hacerlo.

Eso fue todo. ¡Ojalá esos sombríos días estén aún distantes!

Tuya,

ANA

Miércoles 8 de julio de 1942

Querida Kitty:

Parece que hubieran pasado años entre el domingo a la mañana y hoy. ¡Cuántos acontecimientos! Como si el mundo entero se hubiera trastornado de repente. Sin embargo, ya vez, Kitty, todavía vivo, y, como dice papá, es lo principal.

Sí, en efecto, vivo todavía, pero no me preguntes dónde ni cómo. Tú no comprendes nada de nada hoy ¿verdad? Por eso me es necesario, primero, contarte lo sucedido a partir del domingo a la tarde.

A las tres (Harry acababa de irse para volver más tarde) llamaron a nuestra puerta. Yo no lo oí, porque estaba leyendo en la terraza, perezosamente reclinada al sol en una silla de lona. De pronto, Margot apareció por la puerta de la cocina, visiblemente turbada.

-Papá ha recibido una citación de la SS -cuchicheó-. Mamá acaba de salir para ir a buscar al señor Van Daan.

(Van Daan es un colega de papá y amigo nuestro).

Yo estaba aterrada: todo el mundo sabe qué significa una citación; imaginó inmediatamente los campos de concentración, las celdas solitarias. ¿Íbamos a dejar que llevaran allí a papá?

-Naturalmente, no se presentará -dijo Margot, mientras que ambas esperábamos en el salón el regreso de mamá.

-Mamá ha ido a casa de los Van Daan para saber si podemos habitar, desde mañana, nuestro escondite. Los Van Daan se ocultarán allí con nosotros. Seremos siete.

Cayó el silencio. Ya no podíamos pronunciar una palabra más, pensando en papá, que no sospechaba nada. Había ido a visitar a unos ancianos al hospicio judío. La espera, la tensión, el calor, todo eso nos hizo callar.

De repente, llamaron.

-Es Harry -dije yo.

-No abras -dijo Margot, reteniéndome.

Pero no era necesario. Oímos a mamá y al señor Van Daan que hablaban con Harry antes de entrar y que luego cerraban la puerta detrás de ellos. Cada vez que sonaba el timbre, Margot o yo bajábamos muy sigilosamente, para ver si era papá. Nadie más debía ser recibido.

Van Daan quería hablar a solas con mamá, de modo que Margot y yo dejamos la habitación. En nuestro dormitorio, Margot me confesó que la citación no era para papá, sino para ella misma. Asustada de nuevo, empecé a llorar. Margot tiene dieciséis años. ¡Quieren, pues, separar de sus familias y llevarse a muchachas de su edad! Afortunadamente, como mamá ha dicho, no irá. Papá, al hablarme de la clandestinidad, sin duda hacía alusión a esta eventualidad.

Ocultarse... ¿Adónde iríamos a ocultarnos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en una choza, cuándo, cómo, dónde?... Yo no podía formular estas preguntas que se me iban acudiendo una tras otra. Margot y yo nos pusimos a guardar lo estrictamente necesario en los bolsones del colegio. Empecé por meter este cuaderno, enseguida mis rizadores, mis pañuelos, mis libros de clase, mis peines, viejas cartas. Estaba obsesionada por la idea de nuestro escondite, y puse las cosas más inconcebibles. No lo lamento, porque me interesan más los recuerdos que los vestidos.

Por fin, a las cinco, papá regresó. Telefoneamos al señor Koophuis para preguntarle si podía venir a casa esa misma noche. Van Daan partió en busca de Miep. (Miep está empleada en las oficinas de papá desde 1933, y es nuestra gran amiga, lo mismo que Henk, su flamante esposo). Miep vino para llevarse su cartera llena de zapatos, de vestidos, de abrigos, de medias, de ropa interior, prometiendo volver a la noche. Luego se hizo la calma en nuestra vivienda. Ninguno de los cuatro tenía ganas de comer, hacía calor y todo parecía extraño. Nuestra gran sala del primer piso había sido subalquilada a un tal señor Goudsmit, hombre divorciado, que pasaba de los treinta, y que al parecer no tenía nada que hacer esa noche, porque no logramos librarnos de él

antes de las diez; todos los intentos disimulados para hacerle marchar antes habían resultado vanos. Miep y Henk van Santen llegaron a las once, para volver a irse a medianoche con medias, zapatos, libros y ropa interior, metidos en la cartera de Miep y en los bolsillos profundos de Henk. Yo estaba extenuada, y, aun dándome cuenta de que era la última noche que iba a pasar en mi cama, me dormí de inmediato. A la mañana siguiente, a las cinco y media, mamá me despertó. Por suerte, hacía menos calor que el domingo, gracias a una lluvia tibia que iba a persistir todo el día. Cada uno de nosotros se había vestido como para vivir en el refrigerador, con el fin de llevarse todas las ropas posibles. Ningún judío, en estas circunstancias, hubiera podido salir de su casa con una valija llena. Yo llevaba puestos dos camisas, tres calzones, un vestido, encima una falda, una chaqueta, un abrigo de verano, dos pares de medias, zapatos acordonados, una boina, una bufanda y otras cosas más. Me ahogaba antes de partir, pero nadie se preocupaba por eso.

Margot, con su cartera llena de libros de clase, había sacado su bicicleta para seguir a Miep hacia un destino desconocido, al menos, en lo que a mí se refiere. Como vez, yo seguía sin saber dónde quedaba el lugar misterioso en que nos refugiaríamos. A las siete y media, cerramos la puerta de nuestra casa. El único ser viviente al que pude decir adiós fue mi gato, que iba a encontrar un buen hogar en casa de vecinos, según nuestras últimas instrucciones en una breve carta al señor Goudsmit.

Dejamos en la cocina algo de carne para el gato y la vajilla del desayuno; las camas quedaron deshechas, todo daba la impresión de una partida precipitada. Pero, ¿Qué nos importaban las impresiones? Teníamos que irnos a todo trance, salir de allí, partir hacia un lugar seguro. Lo demás no contaba ya para nosotros.

La continuación, mañana.

Tuya,

ANA

Jueves 9 de julio de 1942

Querida Kitty:

Nos pusimos en camino bajo una lluvia tupida, papá y mamá llevando cada cual una bolsa de provisiones llena de toda clase de cosas colocadas de cualquier modo, y yo con mi bolsón repleto a reventar.

Las personas que se dirigían a su trabajo nos miraban compasivamente, sus rostros expresaban el pesar de no poder ofrecernos un medio de transporte cualquiera; nuestra estrella amarilla era lo bastante elocuente.

Durante el trayecto, papá y mamá me revelaron en detalle la historia de nuestro escondite. Desde hacía varios meses, habían hecho transportar, pieza por pieza, una parte de nuestros muebles, lo mismo que ropa de casa y parte de nuestra indumentaria; la fecha prevista de nuestra desaparición voluntaria había sido fijada para el 16 de julio. A raíz de la citación, hubo que adelantar diez días nuestra partida, de manera que íbamos a contentarnos con una instalación más bien rudimentaria. El escondite estaba en el inmueble de las oficinas de papá. Es un poco difícil comprender cuando no se conocen las circunstancias; por eso, tengo que dar explicaciones. El personal de papá no era numeroso los señores Kraler y Koophuis, luego Miep, y, por último, Elli Vossen, la taquidactilógrafa de veintitrés años, todos los cuales estaban al corriente de nuestra llegada. El señor Vossen, padre de Elli, y los dos muchachos que le secundaban en el depósito no habían sido puestos al corriente de nuestro secreto.

El edificio está constituido de la siguiente manera: en la planta baja hay un gran almacén que sirve de depósito. Al lado de la puerta del almacén está la puerta de entrada de la casa, detrás de la cual una segunda puerta da acceso a una escalerita. Subiendo esta escalera, se llega ante una puerta, en parte de vidrio esmerilado, en el que se lee Contabilidad en letras negras. Es el escritorio que da al canal; una amplia sala, muy clara, con archivos en las paredes,

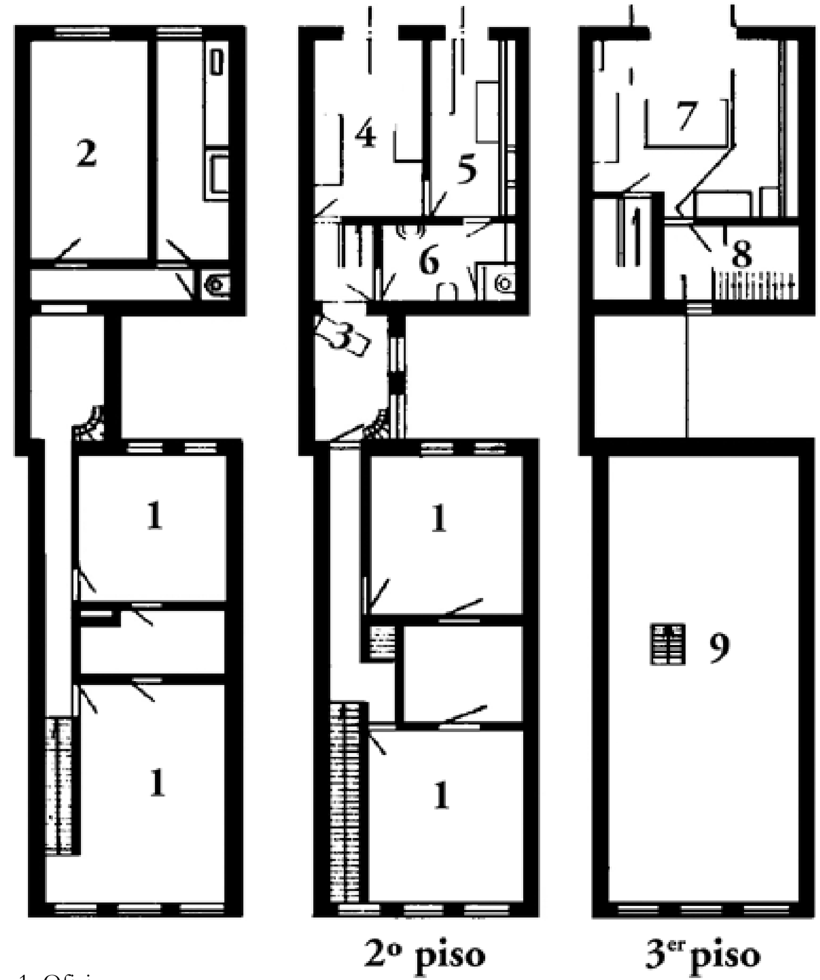
y ocupada por un personal actualmente reducido a tres. Ahí es donde trabajan, durante el día, Elli, Miep y el señor Koophuis. Atravesando una especie de vestuario, donde hay un cofre y un gran armario que contiene las reservas de papeles, sobres, etc., se llega a una pequeña habitación bastante oscura que da al patio; antes era la oficina del señor Kraler y del señor Van Daan, y ahora es el reino del primero. Además, puede llegarse a la oficina del señor Kraler por una puerta vidriada al final del vestuario, que se abre desde el interior de la oficina, y no desde afuera.

Por la otra salida de la oficina del señor Kraler hay un corredor estrecho, y se pasa enseguida por delante de la carbonera y, subiendo cuatro escalones, se llega al fin al aposento que es el orgullo del inmueble, en cuya puerta se lee: Privado. Allí se ven muebles oscuros e imponentes, el linóleo cubierto de hermosas alfombras, una lámpara magnífica, un aparato de radio, todo de primer orden. Al lado de esta habitación, una gran cocina espaciosa, con un fogón de gas con dos hornillas y una pequeña caldera para baño. Al lado de la cocina, el W.C. Ese es el segundo piso.

En el corredor de la planta baja hay una escalera de madera blanca, al cabo de la cual se encuentra un rellano que forma también corredor. Allí se ven puertas a derecha e izquierda; la de la izquierda lleva al frente de la casa, donde hay grandes habitaciones que sirven de depósito y almacén, y de allí puede subirse al desván. Puede llegarse también a las habitaciones delanteras por la segunda puerta de entrada, trepando por una escalera empinada, bien holandesa, como para quebrarse todos los huesos.

La puerta de la derecha lleva a nuestro anexo secreto. Nadie en el mundo sospecharía que esta simple puerta pintada de gris disimula tantas habitaciones. Se llega a la puerta de entrada subiendo algunos peldaños; al abrirla, se entra en el anexo.

Frente a esta puerta de entrada, una escalera empinada; a la izquierda, un corredorcito lleva a una habitación que se ha



1. Oficinas.
2. Oficina de Otto Frank.
3. Estante y acceso secreto, en el rellano.
4. Habitación del Sr. y la Sra, Frank y Margot.
5. Habitación de Ana y el Sr. Dussel.
6. Sala de baño.
7. Cocina, comedor, y cama del Sr. y la Sra. Van Daan.
8. Habitación de Peter y acceso al desván.
9. Desván.

transformado en el hogar de la familia así como en la alcoba del señor y la señora Frank; al lado, un cuarto más chico es el estudio y alcoba de las señoritas Frank. A la derecha de la escalera hay una habitación sin ventana con mesa de tocador para las abluciones; hay también un pequeño reducto donde se ha instalado el W.C., lo mismo que una puerta con acceso al dormitorio que yo comparto con Margot.

Al abrir la puerta del rellano del tercer piso, sorprende encontrar tanto espacio y tanta luz en el anexo de una casa tan vieja; las casas que bordean los canales de Amsterdam son las más antiguas de la ciudad. Esta gran habitación, equipada con una cocina de gas y un fregadero, que antes sirvió de laboratorio, está destinada a ser el dormitorio de los esposos Van Daan, así como cocina, sala, comedor, estudio o taller.

Un cuartito pegado al corredor servirá de alcoba para Peter Van Daan. Hay un desván tan grande como las habitaciones que sirven de depósito en el piso de abajo. Y ya te he mostrado en su totalidad nuestro hermoso «anexo secreto».

Tuya,

ANA

Viernes 10 de julio de 1942

Querida Kitty:

Seguramente te he aburrido con esa larga y fastidiosa descripción de nuestra nueva vivienda, pero aun así me parece importante que tú sepas dónde hemos venido a parar.

Ahora, la continuación de mi relato, porque, claro, no había terminado. Tan pronto como llegamos a la casa sobre el Prinsengracht, Miep nos hizo subir al anexo. Cerró la puerta detrás de nosotros y quedamos solos. Como había llegado en bicicleta antes, Margot nos aguardaba ya. Nuestra gran habitación, así como las otras, se encontraban en un desorden inimaginable. Todas las cajas, trasladadas al escritorio en el transcurso de los meses precedentes, yacían en el suelo, sobre las camas, por todas partes. En el cuartito, ropa de cama, frazadas, etc., se apilaban hasta el techo. Había que ponerse a trabajar inmediatamente, si queríamos dormir esa noche en lechos decentes. Ni mamá ni Margot se hallaban en condiciones de cooperar; se dejaron caer sobre los colchones, agotadas y desdichadas. Mientras que papá y yo, los «ordenadores» de la familia, queríamos comenzar al momento.

Todo el día estuvimos vaciando cajas, arreglando los armarios, poniendo orden, para por fin caer muertos de fatiga en camas bien hechas y bien limpias. No habíamos comido nada caliente en todo el día, cosa que no nos había preocupado en absoluto; mamá y Margot se sentían demasiado cansadas y deprimidas como para comer, y tanto papá como yo estábamos excesivamente ocupados para pensar en eso.

El martes a la mañana reanudamos el trabajo inacabado. Ellie y Miep, que se ocupan de nuestro aprovisionamiento, habían ido a buscar las raciones. Papá preparó un rudimentario enmascaramiento de las luces para impedir que nos vieran desde afuera; fregamos y lavamos el piso de la cocina. Hasta el miércoles, no tuve un minuto para pensar en la convulsión que, de la noche a la mañana, cambiaba completamente mi vida. Por fin, he encontrado un momento de tregua para contarte todo esto y para darme cuenta también de lo que me ha sucedido y de lo que puede ocurrir todavía.

Tuya,

ANA

Sábado 11 de julio de 1942

Querida Kitty:

Ni papá ni mamá ni Margot han podido habituarse aún al carillón del Westerturm, que suena cada cuarto de hora. A mí me pareció maravilloso, desde el primer momento, sobre todo de

noche, cuando un sonido familiar da aliento. ¿Te interesa quizá saber si me gusta mi escondite? Debo decirte que yo misma no lo sé aún. Creo firmemente que nunca podré considerarme en mi hogar en esta casa, lo que no significa que ella sea lúgubre. Tengo más bien la impresión de que estoy en una pensión muy curiosa. Tal opinión a propósito de un escondite puede parecerte extraña, pero yo no lo veo de otra manera. Nuestro anexo es ideal como refugio. Aunque se inclina para un lado y es húmedo, no se encontraría un escondite tan cómodo en el resto de Amsterdam y quizá en toda Holanda.

Nuestro dormitorio, con sus paredes lisas, parecía desnudo; gracias a papá, que con antelación trajo mis fotos de artistas de cine y mis postales, pude poner manos a la obra con cola y pinceles, y he ilustrado profusamente mi cuarto. Queda mucho más alegre, y cuando lleguen los Van Daan, veremos lo que se puede hacer con la madera del desván; acaso sea posible sacar de ella algunos armaritos y estantes.

Mamá y Margot se han repuesto un poco. Ayer, por primera vez, mamá se sintió lo suficientemente bien como para hacer una sopa de arvejas, pero, charla que te charla, se olvidó de ella, a tal punto que fue imposible arrancar de la cacerola las arvejas carbonizadas.

El señor Koophuis me ha traído un libro, Boek voor de Juegd. Anoche, los cuatro fuimos a la oficina privada para oír la radio de Londres. Yo estaba tan preocupada pensando que alguien pudiera oírla, que literalmente supliqué a papá que volviéramos arriba, al anexo. Comprendiendo mi angustia, mamá subió conmigo. También en otros casos tenemos mucho miedo de ser oídos o vistos por los vecinos. Confeccionamos cortinas el primer día de nuestra llegada. No son cortinas propiamente dichas, compuestas como están de retazos de tela diferentes en cuanto a la forma, el color, la clase y el diseño. Papá y yo cosimos estos retazos con la torpeza de los profanos en el oficio. Estos ornamentos abigarrados han sido sujetos con chinches a las ventanas, y ahí quedarán hasta que salgamos de aquí.

El edificio de la derecha está ocupado por una gran casa mayorista, el de la izquierda por un fabricante de muebles. ¿Podrán oírnos? Nadie se queda en esos inmuebles después de las horas de trabajo, pero no hay que fiarse. Hemos prohibido a Margot que tosa de noche, pues ha pescado un fuerte resfriado, y la atiborramos de codeína.

Pienso con alegría en la llegada de los Van Daan, a quienes esperamos el martes; será más divertido y habrá menos silencio. Es sobre todo el silencio lo que me asusta por la tarde y por la noche. Daría cualquier cosa para que uno de nuestros protectores viniera a dormir aquí.

No te imaginas cuán opresivo resulta el hecho de no poder salir nunca, y tengo muchísimo miedo de que seamos descubiertos y fusilados.

Durante el día, debemos caminar silenciosamente y hablar en voz baja, para que no nos oigan en el depósito.

Me llaman.

Tuya,

ANA

Viernes 14 de agosto de 1942

Querida Kitty:

Hace un mes que te dejé, pero en verdad no había bastantes novedades para contarte. Los Van Daan llegaron el 13 de julio. Los esperábamos el 14, pero como los alemanes habían empezado a inquietar a una cantidad de gente entre el 13 y el 16, con citaciones a diestro y siniestro, los Van Daan prefirieron llegar un día antes, para mayor seguridad. El primero en aparecer a las nueve y media de la mañana, cuando todavía estábamos desayunando, fue Peter, el hijo de los Van Daan, que está por cumplir dieciséis años. Es un muchacho de modales suaves, desgarbado y tímido, que trajo

consigo a su gato, Mouschi. No espero gran cosa de él, como compañero. El señor y la señora Van Daan llegaron media hora más tarde. La señora provocó nuestra hilaridad al sacar de su sombrerera un enorme orinal.

-Sin él no puedo vivir -declaró.

Era el primer objeto que encontraba su sitio fijo, debajo del diván que les sirve de cama. El señor Van Daan no había traído el orinal, sino su mesa plegadiza para el té.

Desde el comienzo hicimos todas las comidas juntos en una atmósfera de cordialidad. Después de tres días, todos sentimos que nos habíamos transformado en una sola familia. Era evidente que, habiendo formado aún parte durante toda la semana de los habitantes del mundo exterior, los Van Daan tenían muchas cosas que contarnos. Entre otras, lo que más nos interesaba era qué había sido de nuestra casa y del señor Goudsmit.

El señor Van Daan nos relató lo siguiente:

-El lunes a la mañana, el señor Goudsmit me telefoneó para preguntarme si podía pasar por su casa, cosa que hice inmediatamente. Estaba muy nervioso. Me mostró una cartita dejada por los Frank, y se mostró dispuesto a llevar el gato a casa de los vecinos, en lo que estuve de acuerdo. El señor Goudsmit temía una investigación, y por eso examinamos todas las habitaciones, poniendo en ellas un poco de orden; también despejamos la mesa del desayuno. De pronto, observó sobre el escritorio de la señora Frank un anotador en el cual estaba escrita una dirección de Maastricht. Aun sabiendo que la había dejado intencionalmente, simulé sorpresa y susto, rogando al señor Goudsmit que quemara aquel maldito papel sin tardanza.

«Aunque todo el tiempo simuló no saber nada acerca de la desaparición de ustedes, después de haber visto aquel trozo de papel, se me ocurrió una cosa. Señor Goudsmit -dije-, me parece recordar algo que podría estar relacionado con esta dirección. Un oficial de jerarquía se presentó en la oficina, hace alrededor de seis meses. Estaba destinado a la región de Maastricht, parecía ser un amigo de juventud del señor Frank, y le prometió ayudarlo en caso necesario'. Dije que, según todas las probabilidades aquel oficial había debido mantener su palabra, facilitando de una u otra manera el paso de la familia Frank a Suiza, a través de Bélgica. Le recomendé que contara eso a los amigos de los Frank que pidieran noticias de ellos, aunque sin hablar necesariamente de Maastricht. Enseguida, me marché. La mayoría de los amigos de ustedes han sido puestos al corriente. Lo he sabido por diversos conductos».

Nosotros encontramos esta historia muy divertida, y nos reímos aun más de la fuerza de imaginación de la gente, de la que nos daban prueba otros relatos del señor Van Daan. Así hubo quien nos vio partir, a las cuatro, al romper el alba, montados en bicicleta; y una señora que pretendía saber a ciencia cierta que habíamos sido metidos en un auto militar en plena noche.

Tuya,

ANA

Viernes 21 de agosto de 1942

Querida Kitty:

La entrada de nuestro escondite ha sido ahora adecuadamente disimulada. El señor Kraler era del parecer de colocar un armario delante de la puerta de entrada (hay muchos allanamientos a causa de las bicicletas ocultas), un armario giratorio que se abriera como una puerta.

El señor Vossen se ha esforzado como ebanista para la fabricación de este armatoste. Entretanto, fue puesto al corriente de nuestra permanencia en el anexo, y se muestra servicial a más no poder. En este momento, para poder llegar a las oficinas, hay que encorvarse primero y luego saltar, porque los peldaños han desaparecido. Al cabo de tres días, todos teníamos chichones,

porque chocábamos ciegamente contra el bajo dintel de la puerta. Por eso, en el reborde pusimos un paragolpes: una bolsita rellena de virutas. ¡Veremos cómo resulta eso!

No hago gran cosa en materia de estudios; he decidido prolongar mis vacaciones hasta septiembre. Luego, papá será mi profesor, pues temo haber olvidado mucho de cuanto aprendí en la escuela.

No hay que contar con cambios en nuestra vida. No me entiendo en absoluto con el señor Van Daan; en cambio, él quiere mucho a Margot. Mamá me trata a veces como a una criatura, lo que me parece insoportable. Fuera de eso, no vamos mal. Peter sigue sin gustarme, es tan aburrido; se la pasa tendido en la cama la mitad del tiempo, a veces hace algún trabajo de carpintería, y luego vuelve a la cama. ¡Qué tonto!

El tiempo es hermoso y, a pesar de todo, lo aprovechamos soleándonos sobre un catre en el desván, por donde el sol entra a raudales a través de una claraboya.

Tuya,

ANA

Miércoles 2 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

El señor y la señora Van Daan han tenido una pelea terrible. Nunca había oído cosas semejantes, porque papá y mamá no pensarían jamás en gritarse así. La causa: una verdadera insignificancia, por la que no valía la pena reñir. En fin, cada cual tiene sus gustos.

Naturalmente, para Peter, la cosa es muy desagradable, pues debe tomar partido por uno u otro. Pero, como es tan susceptible y perezoso, nadie lo toma en serio. Ayer estaba insoportable porque tenía la lengua azul en vez de roja; desde luego, esta singularidad desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Hoy sufre de tortícolis y se pasea con una bufanda anudada al cuello; el «caballero» se queja también de lumbago. También suele experimentar dolores en el corazón, los riñones y los pulmones. Es un verdadero hipocondríaco (es ésa la palabra, ¿verdad?).

Entre mamá y la señora Van Daan hay bastantes desinteligencias; existen, desde luego, razones para ello. Te daré un ejemplo: la señora Van Daan ha retirado del armario donde se encuentra nuestra ropa en común todas sus sábanas, que eran tres. Ella juzga natural que la ropa de mamá sirva para todo el mundo. Se va a sentir muy decepcionada cuando compruebe que mamá ha seguido su ejemplo.

Además se siente muy molesta porque nos servimos de su juego de mesa y no del nuestro para uso común. Trata por todos los medios de saber qué hemos hecho de nuestros platos de porcelana, los cuales están mucho más cerca de lo que ella supone: en el desván, alineados en cajas de cartón, detrás de cartapacios. Los platos son inhallables, permanecerán allí tanto tiempo como nosotros. ¡Siempre tengo mala suerte! Ayer dejé caer un plato sopero perteneciente a la señora; se hizo trizas.

-¡Oh! -exclamó ella, furiosa-. ¿Es que no puedes tener más cuidado? Es todo lo que me queda. A pesar de todo, el señor Van Daan me prodiga pequeñas amabilidades. Esta mañana mamá ha vuelto a abrumarme con sus sermones; no puedo soportarlos. Nuestras opiniones son demasiado opuestas. Papá me comprende, aunque a veces llegue a enfadarse conmigo durante cinco minutos.

La semana pasada, nuestra vida monótona fue interrumpida por un pequeño incidente: se trataba de Peter y de un libro sobre las mujeres. Margot y Peter tienen permiso para leer casi todos los libros que el señor Koophuis saca de la biblioteca pública para nosotros. Pero se juzgaba que un libro sobre un tema tan especial tenía que quedar en manos de las personas mayores. Ello bastó para despertar la curiosidad de Peter: ¿qué podía haber de prohibido en aquel libro? A hurtadillas, se lo sustrajo a su madre, mientras ella charlaba con nosotros abajo, y escapó al desván con

su botín. Todo anduvo bien durante varios días. La señora Van Daan había observado los manejos de su hijo, pero no se lo dijo a su marido; hasta que éste lo olfateó por si solo. ¡Cómo se encolerizó! Al recuperar el libro, creyó la cuestión terminada. Mas no contaba con la curiosidad de Peter que no se dejó intimidar en absoluto por la firmeza del padre.

Peter trató por todos los medios de leer hasta el fin aquel volumen. Entretanto, la señora Van Daan había venido a pedirle su opinión a mamá. Mamá juzgaba que, en efecto, aquel libro no era adecuado para Margot, aun cuando aprobaba que leyera la mayoría de los otros.

-Hay una gran diferencia, señora Van Daan -dijo mamá-, entre Margot y Peter. Ante todo, Margot es una muchacha, y las muchachas están siempre más adelantadas que los muchachos. Además, Margot ya ha leído muchos libros serios y no abusa de lecturas prohibidas, y, por último, Margot es más madura e inteligente, lo que se demuestra por el hecho de que ya casi termina la escuela.

La señora Van Daan se mostró de acuerdo con mamá aunque seguía considerando erróneo permitir a los jóvenes leer libros escritos para adultos.

Lo cierto es que Peter seguía buscando un momento propicio para apoderarse del libraco, cuando nadie lo observaba. La otra tarde, a las siete y media, cuando todo el mundo escuchaba la radio en la oficina privada, él se llevó su tesoro al desván. Debió bajar de allí a las ocho y media, pero el libro era tan palpitante que no prestó atención a la hora, y apareció en el momento en que su padre regresaba a su habitación. ¿Adivinas la segunda parte? Una bofetadas, un golpe, y el libro cayó sobre la mesa, y Peter al suelo. Esas eran las circunstancias en el momento de cenar. Peter se quedaba donde estaba, nadie se preocupaba de él, había sido castigado. La comida prosiguió, todo el mundo estaba de buen humor, se charlaba, se reía. De pronto un silbido agudo nos hizo palidecer. Todos dejaron cuchillos y tenedores y se miraron con espanto. Y, enseguida, se oyó la voz de Peter gritando por el caño de la estufa:

-Si ustedes creen que voy a bajar, se equivocan.

El señor Van Daan tuvo un sobresalto, tiró su servilleta y, con el rostro ardiendo, rugió:

- ¡Basta! ¿Me oyes?

Temiendo lo peor, papá lo tomó del brazo y lo siguió al desván. Nuevos golpes, una disputa, Peter volvió a su cuarto, hubo un portazo, y los hombres regresaron a la mesa. La señora Van Daan hubiera querido guardar un pan con mantequilla para su querido vástago, pero su marido se mostró inflexible.

-Si no se disculpa inmediatamente, pasará la noche en el desván.

Hubo protestas de parte de todo el resto, pues considerábamos que privarle de cenar era ya suficiente castigo. Y si Peter se resfriaba, ¿adónde irían a buscar un médico?

Peter no se disculpó y volvió al desván. El señor Van Daan resolvió no ocuparse más del asunto; sin embargo, a la mañana siguiente pude comprobar que Peter había dormido en su cama. Lo que no impidió que, a las siete, volviera a subir al desván. Fueron menester las persuasiones amistosas de papá para hacerlo bajar. Durante tres días, miradas de enojo, silencio obstinado; luego todo volvió a la normalidad.

Tuya,

ANA

Lunes 21 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Hoy me limito a noticias de la vida cotidiana. La señora Van Daan es insoportable: conmigo estalla a menudo, a causa de mi

verborragia sin fin. Nunca pierde ocasión de fastidiarnos. Su última manía es la de no lavar las cacerolas,. si hay algunas sobras, las deja dentro, en lugar de ponerlas en un plato de vidrio como nosotros solemos hacer, y todo eso se estropea. Y cuando a Margot le toca el turno de lavar la vajilla y encuentra siete utensilios para fregar, la señora le dice, despreocupadamente:

- ¡Vaya, Margot, tienes trabajo para rato!

Papá y yo hemos hallado un modo de entretenernos. Me ayuda a establecer mi árbol genealógico paterno. Sobre cada miembro de la familia me cuenta una breve historia, y eso me hace sentir mi ancestro.

El señor Koophuis me trae libros cada quince días. Me entusiasma la serie Joop ter Heul. Todo cuanto escribe Cissy van Marxveldt me gusta sobremanera. He leído Alegría de Estío por lo menos cuatro veces; y las situaciones burlescas siguen haciéndome reír.

He reanudado mis estudios. Me esfuerzo mucho con el francés, y cada día empollo cinco verbos irregulares. Peter la ha emprendido con el inglés, con enormes suspiros. Acaban de llegar algunos libros de texto. Yo había traído una provisión de cuadernos, lápices, gomas y etiquetas. Escucho a veces la audición holandesa que transmiten desde Londres. El príncipe Bernardo acaba de hablar. La princesa Juliana tendrá otro hijo en enero, anunció. Me he alegrado. Aquí se sorprenden de que tenga tanta simpatía por la familia real holandesa.

Hace algunos días, los mayores juzgaban que, al fin y al cabo, yo no era tan tonta. Aquel mismo día, tomé la firme resolución de trabajar más. No quisiera volver a encontrarme en la misma clase a los catorce o quince años.

Enseguida se mencionó el hecho de que casi todos los libros de los mayores me estaban vedados. Mamá lee en este momento, Heeren, Vrouwen en Knechten, pero a mí me lo han prohibido; primero tendré que madurar más, como mi «talentosa hermana», que ya leyó esa obra. Se ha hablado también de mi ignorancia; yo nada sé de filosofía ni de psicología. ¡Quizá sea menos ignorante el próximo año!

(Acabo de consular en el diccionario estas difíciles palabras).

Compruebo algo alarmante: no tengo más que un vestido de mangas largas y tres chalecos para el invierno. Papá me ha permitido tejer un suéter blanco con lana de oveja; la lana no es muy bonita, cierto, pero su calor será una compensación. Tenemos más ropas nuestras en casa de otras personas; lástima que no podamos ir a buscarlas antes de que termine la guerra, y, aún así, quién sabe si las recuperaremos.

Hace un momento, apenas terminaba de escribir sobre la señora Van Daan, ella tuvo la ocurrencia de entrar en la habitación. ¡Tac! Diario cerrado.

-¿Qué, Ana? ¿No me permites ver tu diario?

-Me temo que no.

-¡Vamos! ¿Ni siquiera la última página?

-No, ni siquiera la última página.

Me ha dado un buen susto. En esa página ella no aparecía nada favorecida.

Tuya,

ANA

Viernes 25 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Ayer estuve «de visita» en casa de los Van Daan para charlar un poco; es algo que hago de vez en cuando. A veces se pasa allí un momento agradable. Entonces, se comen bizcochos antipolillas (la caja de lata la guardan en el armario que está lleno de bolas de naftalina), y bebemos limonada.

Hablamos de Peter. Les dije que Peter me acariciaba a menudo

y que a mí me gustaría que dejara de hacerlo pues me desagradaban tales demostraciones de parte de los muchachos.

Con entonación paterna, ellos me preguntaron si en realidad yo no podía encariñarme con Peter; porque, según dijeron, él me quería mucho. «¿Ah, si?» pensé, y dije:

- ¡Oh, no!

Dije también que por momentos Peter me parecía un poco torpe, pero que probablemente era tímido, como todos los muchachos que no estaban acostumbrados a alternar con chicas.

Debo decir que el comité de refugiados (sección masculina), se muestra bastante ingenioso. Te relataré lo que han inventado para dar noticias nuestras al apoderado de la Travies, el señor Van Dijk, que ha guardado secretamente algunos de nuestros objetos personales y es amigo nuestro. Enviaron una carta mecanografiada a un farmacéutico, cliente de la casa, que vive en la Zelandia Meridional, adjuntando a la carta un sobre escrito por papá con la dirección de la oficina; el farmacéutico se sirve entonces de ese sobre para enviar una respuesta. Tan pronto como ella llega, sustituyen la carta del farmacéutico por un mensaje manuscrito de papá dando señales de vida; la carta de papá, que ellos enseñan entonces al señor Van Dijk, parece haber pasado de contrabando por Bélgica y mandada vía Zelandia; éste puede leerla sin sospechar de la treta. Se ha elegido Zelandia porque es limítrofe de Bélgica, y, además, porque no se puede ir allí sin permiso especial, de manera que Van Dijk no podría comprobar si realmente estamos allí.

Tuya,

ANA

Domingo 27 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Acabo de tener una gran discusión con mamá; lo siento, pero no nos entendemos muy bien. Con Margot tampoco marchan las cosas. Entre nosotros no suelen darse el tipo de estallidos que hay en el piso de arriba, que son bastante desagradables. Estas dos naturalezas, la de mamá y la de Margot, me son totalmente extrañas. En ocasiones comprendo mejor a mis amigas que a mi propia madre. ¡Es una lástima!

Discutimos con frecuencia problemas de posguerra; por ejemplo, cómo debe uno dirigirse a los sirvientes.

La señora Van Daan está, una vez más, de insoportable humor; es muy caprichosa, y guarda lo suyo bajo llave cada vez con mayor encarnizamiento. Mamá podría responder a la desaparición de un «objeto Frank» con la de un «objeto Van Daan».

Así aprendería.

Hay personas que se complacen en educar hijos ajenos, además de los propios. Los Van Daan pertenecen a esta categoría. No se ocupan de Margot: ¡ella es la cordura, la delicadeza y la inteligencia personificadas! Pero, al parecer, yo tengo defectos suficientes para las dos. Más de una vez sucede que, a la mesa, vayan y vengan palabras de censura y respuestas insolentes. Papá y mamá me defienden con energía; sin ellos, yo ya habría desistido. Aunque mis padres no cesan de reprocharme mi charla excesiva, recomendándome que no me entrometa en nada y sea más modesta, fracaso con frecuencia. Y si papá no se mostrara tan paciente conmigo, hace tiempo que habría abandonado toda esperanza de satisfacer a mis padres, cuyas exigencias, sin embargo, no son a tal punto difíciles de atender.

Si se me ocurre servirme poca verdura, que detesto, y tomar más patatas, los Van Daan, sobre todo la señora, protestan, dicen que he sido demasiado mimada.

-Vamos, Ana, sírvete un poco más de verdura.

-No, señora, gracias -digo yo-; las patatas me bastan.

-Las verduras son buenas para la salud. Tu madre lo dice también. Vamos, come un poco más -insiste- ella, hasta que papá interviene para aprobar mi negativa.

Entonces, la señora estalla:

- ¡Había que ver lo que sucedía en nuestra casa!

¡En nuestra casa, por lo menos, sabíamos educar a los hijos! ¡Llaman ustedes educación a eso! Ana está terriblemente consentida. Yo no lo permitiría nunca, si Ana fuera mi hija...

Es siempre el comienzo y el final de sus peroratas: «Si Ana fuera mi hija...» ¡Afortunadamente, no lo soy!

Volviendo a este tema de la educación, un incómodo silencio siguió a las últimas palabras de la señora Van Daan. Luego, papá repuso:

-Yo considero que Ana está muy bien educada. Hasta ha aprendido a no contestar a sus largos sermones. En cuanto a las verduras, observe su propio plato.

La señora estaba derrotada, ¡y cómo!, papá aludía a la porción mínima de verduras que ella misma se servía. Se cree, sin embargo, con el derecho de cuidarse un poco, porque sufre del estómago; se sentiría molesta si comiera demasiada verdura antes de acostarse. De cualquier modo, que me deje en paz y cierre la boca, así no tendrá que inventar excusas estúpidas. Es gracioso verla enrojecer por cualquier pretexto. Como a mi nunca me ocurre, ella se molesta bastante.

Tuya,

ANA

Lunes 28 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Ayer no alcancé a relatarte otra pelea más, a la que también quería referirme. Pero, antes otra cosa:

Me parece extraño que las personas mayores regañen tan fácilmente por cualquier minucia; hasta ahora he creído que eso de pelearse era cosa de niños, y que con el tiempo se dejaba de hacer. Puede producirse una verdadera «disputa», por una razón seria, pero las palabras ofensivas proferidas constantemente aquí no tienen ninguna razón de ser y están ahora a la orden del día; a la larga tendría que habituarme a ello. Ahora bien, no creo que eso ocurra, y no me acostumbraré nunca mientras esas «discusiones» (utilizan esta palabra en lugar de pelea) se produzcan por mi causa. No me reconocen ninguna cualidad, yo no tengo nada de bueno, estrictamente nada: mi apariencia, mi carácter, mis maneras son condenadas una detrás de otra, y minuciosamente criticadas, a juzgar por sus discusiones interminables. Pero hay algo a lo que nunca estuve acostumbrada: son esos gritos y esas palabras duras que estoy obligada a absorber poniendo buena cara. Es superior a mis fuerzas. Eso no puede durar. Me niego a soportar todas esas humillaciones. Les demostraré que Ana Frank no nació ayer; y cuando les diga, de una vez por todas, que comiencen por cuidar su propia educación antes de ocuparse de la mía, no podrán reaccionar y terminarán por callarse. ¡Qué maneras! ¡Son unos bárbaros! Cada vez que eso ocurre, quedo desconcertada ante semejante desenfado, y, sobre todo... ante semejante estupidez (la de la señora Van Daan); pero tan pronto como me recobre -y no ha de tardar-, les contestaré de la misma manera y sin vueltas. ¡Así cambiarán de tono!

¿Soy en realidad tan mal educada, pretenciosa, terca, insolente, tonta, perezosa, etc., etc., como ellos pretenden? ¡Oh!, ya sé que tengo muchos defectos, pero ciertamente exageran. ¡Si supieras, Kitty, cómo me hacen hervir la sangre esas injurias e insultos!

Pero no será por mucho tiempo más. ¡Mi rabia no va a tardar en estallar.

Basta ya. Te he fastidiado bastante con mis disputas. Sin embargo, hubo una conversación muy interesante en la mesa, y tengo ganas de contártela. Hablábamos de la modestia extrema de Pim (éste es el apodo de papá). Las personas menos perspicaces suelen advertir tal hecho. De pronto, la señora Van Daan exclama:

-Yo también soy modesta, y mucho más que mi marido.

¡Qué descaro! ¡Sólo con decirlo demuestra su falta de modestia! El señor Van Daan, que juzgó necesario aclarar la referencia a su persona, contestó, muy tranquilo:

-Yo no me empeño en ser modesto. Sé por experiencia que las personas modestas no van muy lejos en la vida.

Y, volviéndose hacia mí:

-Nunca seas modesta, Ana. ¡Así no llegarás lejos en la vida!

Mamá aprobó este punto de vista. Pero la señora Van Daan tenía, naturalmente, que decir su palabra sobre un tema tan interesante como la educación. Esta vez, se dirigió, no directamente a mí, sino a mis padres:

-Ustedes tienen un concepto singular de la vida, al decirle a Ana una cosa semejante. En mi juventud... Pero, ¡ah, qué diferencia! Y estoy segura de que, en nuestros días, esa diferencia existe todavía, salvo en las familias modernas como la de ustedes.

Este fue un ataque abierto a la forma en que mamá cría a sus hijas.

La señora Van Daan se había puesto roja de emoción; mamá, en cambio, permanecía impasible. La persona que enrojece es arrastrada progresivamente por sus emociones y corre el riesgo de perder más pronto la partida. Mamá, con las mejillas pálidas, quiso zanjar esta cuestión lo más rápidamente posible, y apenas si reflexionó antes de responder:

-Señora Van Daan, yo opino, efectivamente, que es preferible ser un poco menos modesto en la vida. Mi marido, Margot y Peter, los tres son demasiado modestos. Su marido, Ana, usted y yo no somos lo que se puede decir modestos, pero no nos dejamos atropellar.

Entonces exclamó la señora Van Daan:

-Querida señora, no la comprendo. Yo soy verdaderamente la modestia personificada. ¿Qué es lo que hace a usted dudarlo?

-Nada en especial -respondió mamá, ¡pero nadie diría que usted brilla por su modestia!

A lo que replicó la señora Van Daan:

- ¡Me gustaría saber en qué carezco yo de modestia! Si no me ocupase de mi misma, nadie aquí lo haría, y se me dejaría morir de hambre.

Esta absurda observación hizo reír a mamá, lo que irritó más aún a la señora Van Daan que continuó su perorata sazonada de palabras interminables, en un magnífico alemán-holandés y holandés-alemán, hasta que perdida en sus propias palabras, resolvió abandonar la habitación. Al levantarse, se volvió para dejar caer su mirada sobre mí. ¡Era como para verlo! En ese momento yo tuve la desgracia de menear la cabeza, casi inconscientemente, con una expresión de lástima mezclada sin duda de ironía, a tal punto me sentía fascinada por su oleada de palabras. La señora se crispó, se puso a lanzar injurias en alemán, sirviéndose de una jerga sumamente vulgar. ¡Era un lindo espectáculo! Si hubiera sabido dibujar, la habría pintado en esa actitud; a tal punto resultaba cómica, demasiado cómica, la pobre y estúpida mujer.

Después de esta escena, de cualquier modo, estoy segura de una cosa: peleándose abiertamente una buena vez es como se aprende a conocerse a fondo. ¡Es entonces cuando en realidad puede juzgarse un carácter!

Tuya,

ANA

Martes 29 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

¡Las personas que viven escondidas pasan por experiencias curiosas! Figúrate que no tenemos bañera, y que nos lavamos en una artesa. Y como hay agua caliente en la oficina (quiero decir en todo el piso inferior), los siete aprovechamos esta ventaja por turno.

Pero como somos muy diferentes unos de otros -algunos se han mostrado más pudorosos-, cada miembro de la familia se reserva su rincón personal a guisa de cuarto de baño. Peter se da el suyo en la cocina, a pesar de la puerta vidriera. Cuando piensa bañarse anuncia durante media hora que no habrá que pasar por delante de la cocina. Esta medida le parece suficiente. El señor Van Daan se toma el suyo en la alcoba; la seguridad de lavarse en su cuarto le compensa el fastidio de subir el agua al tercer piso. La señora Van Daan simplemente no se baña por el momento, está esperando hallar el lugar más adecuado. Papá ha elegido la oficina privada como cuarto de baño, y mamá la cocina, detrás de la pantalla de la estufa; Margot y yo nos hemos reservado la oficina de delante. Se bajan las cortinas todos los sábados por la tarde; la que aguarda su turno espía, por una estrecha rendija, a la extraña gente de afuera que va y viene.

Desde la semana última, mi cuarto de baño dejó de agradarme, y me puse, pues, a buscar una instalación más cómoda. Peter me dio una buena idea: colocar la tina en el espacioso W.C. de la oficina. Allí puedo sentarme, hasta encender la luz, cerrar la puerta con llave, hacer correr el agua sucia sin ayuda de terceros, y estoy al abrigo de miradas indiscretas. El domingo utilicé por primera vez mi nuevo cuarto de baño y, resulta cómico decirlo, lo juzgo el más práctico de todos.

La semana pasada, los plomeros trabajaron en el piso de abajo en la conexión de agua que debía ser llevada del W.C. de las oficinas al corredor. Esta transformación está destinada a impedir que se forme hielo en las cañerías, para el caso de que tengamos un invierno riguroso. Esta visita de los plomeros nos resultaba muy desagradable. No sólo no había que tocar los grifos del agua durante el día, sino que tampoco podíamos usar los W.C. Quizá no sea muy delicado contarte lo que hicimos, pero no soy tan remilgada como para no hacerlo.

Desde que nos mudamos al anexo, papá y yo nos procuramos un orinal improvisado, a falta de uno verdadero, sacrificando para ello dos grandes frascos de conserva de vidrio. Durante los trabajos, pusimos y utilizamos los recipientes en la alcoba. Con todo, eso se me antojaba menos horrible que permanecer encerrada en una habitación, inmóvil en una silla, sin poder hablar durante todo el día. No puedes imaginar el suplicio de la señorita Cua-cuá. Ya durante las horas de trabajo no hacemos más que cuchichear; pero no hablar en absoluto y no moverse es cien veces más horrible. Después de tres días de este régimen, me sentía entumecida y tenía el trasero duro y dolorido. Afortunadamente, unos ejercicios físicos antes de acostarme me procuraron un cierto alivio.

Tuya,

ANA

Jueves 10 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Ayer tuve un miedo terrible. A las ocho sonó el timbre con persistencia. Sólo se me ocurrió una cosa: que eran ellos. Pero todo el mundo afirmó que sólo se trataba de mendigos o del cartero, y me tranquilicé.

Los días se vuelven muy tranquilos. Lewin, un joven químico y farmacéutico judío, trabaja en la cocina de las oficinas para el señor Kraler. Conoce bien el edificio, por eso tememos que un

día se le ocurra subir para ver el antiguo laboratorio. Permanecemos inmóviles y silenciosos como ratas en su escondrijo. ¿Quién habría podido sospechar, hace tres meses, que Ana azogue sería capaz de quedarse quieta en una silla durante horas y horas, sin moverse?

El 29 fue el cumpleaños de la señora Van Daan. Aunque no haya podido festejárselo en gran forma, se la agasajó con flores, regalitos y comida extra. Los claveles rojos de su marido parecen ser una tradición familiar. Hablando de ella, te diré que su constante coqueteo con papá me fastidia sobremanera. Le acaricia la mejilla y los cabellos, se levanta la falda por sobre la rodilla, se hace la chistosa... todo para atraer la atención de Pim. Por suerte, él no la juzga bonita ni ocurrente, y no se presta a ese juego. Por si no lo sabes, soy bastante celosa por naturaleza, y eso me resulta insoportable. Mamá no intenta conquistar al señor Van Daan, y yo no he vacilado en decírselo a su mujer.

Peter, es capaz de hacer reír de vez en cuando. Ambos sentimos predilección por los disfraces y eso el otro día fue causa de una gran hilaridad general. El apareció con un ajustado vestido de cola perteneciente a su mamá, y yo, con su traje; él, con un sombrero de mujer, y yo con una gorra. Los mayores rieron hasta saltárseles las lágrimas. Nosotros también. Nos divertimos de veras.

Elli compró en la tienda de Bijenkorf faldas para Margot y para mí. Son de pacotilla, de la peor clase, verdaderas bolsas de yute y costaron, respectivamente 24 y 7,5 florines. ¡Qué diferencia con las de antes de la guerra!

Te anuncio nuestra última diversión. Elli se las ha arreglado para hacernos llegar, a Margot, a Peter y a mí, lecciones de taquigrafía por correspondencia. El año que viene, ya verás, esperamos ser expertos taquígrafos. De cualquier modo, yo me siento muy importante pensando que estoy aprendiendo seriamente esa especie de código secreto.

Tuya,

ANA

Sábado 3 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Ayer tuvimos otro alboroto. Mamá provocó una escena terrible y le dijo a papá todo lo que pensaba de mí. Luego se echó a llorar, yo también, y eso me dio un dolor de cabeza espantoso. Terminé, por decirle a papá que lo quería a él mucho más que a mamá; él me contestó que eso pasaría, pero no lo creo. Es necesario que me esfuerce por permanecer tranquila con mamá; Papá querría verme solícita cuando mamá tiene dolor de cabeza o no se siente bien. Por ejemplo, debería llevarle algo sin hacerme rogar. Pero yo no lo hago nunca. Dedico bastante tiempo al estudio del francés, y estoy leyendo La Belle Nivernaise.

Tuya,

ANA

Viernes 9 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Hoy no tengo que anunciarte más que noticias tristes y deprimentes. Nuestros muchos amigos judíos son poco a poco embarcados por la Gestapo, que no anda con contemplaciones; son transportados en furgones de ganado a Westerbork, un gran campo para judíos, en Drente. Westerbork debe ser una pesadilla: un solo lavabo cada cien personas, y faltan retretes. La promiscuidad es atroz. Hombres, mujeres y niños duermen juntos.

Imposible huir. La mayoría está marcada por el cráneo afeitado, y muchos, además, por su tipo judío.

Si eso sucede ya en Holanda, ¿qué será en las regiones lejanas y bárbaras de las que Westerbork no es más que el vestíbulo? Nosotros no ignoramos que esas pobres gentes serán exterminadas. La radio inglesa habla de cámaras de gas. Después

de todo, quizá sea la mejor manera de morir rápidamente. Eso me tiene enferma. Miep cuenta todos esos horrores de manera tan impresionante, que ella misma se siente convulsionada. Un ejemplo reciente: Miep encontró ante su puerta a una vieja judía paralítica, aguardando a la Gestapo, que había ido a buscar un auto para transportarla. La pobre vieja se moría de miedo a causa de los bombardeos de los aviones ingleses y temblaba viendo los haces luminosos que se cruzaban en el cielo como flechas. Miep no tuvo el valor de hacerla entrar en su propia casa; nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Los alemanes castigan tales acciones sin clemencia. Elli también tiene motivo para estar triste: su novio tiene que partir para Alemania. Ella teme que los aviadores que vuelan sobre nuestras casas dejen caer su cargamento de bombas, a menudo de millares de kilos, sobre la cabeza de Dirk. Bromas tales como que «nunca recibirá mil» y «una sola bomba basta», me parecen fuera de lugar. Cierto que Dirk no es el único obligado a partir; todos los días salen trenes atestados de jóvenes de uno y otro sexo destinados al trabajo obligatorio en Alemania. Cuando se detienen en el trayecto, en tal o cual cruce, algunos tratan de escapar o pasar a la clandestinidad; eso resulta a veces, pero en muy pequeña proporción.

Aún no he terminado con mi oración fúnebre. ¿Has oído hablar alguna vez de rehenes? Es su último invento para castigar a los saboteadores. La cosa más atroz que pueda imaginarse. Ciudadanos inocentes y absolutamente respetables son arrestados, y aguardan en la cárcel su condena. Si el saboteador no aparece la Gestapo fusila a un número de rehenes sin más rodeos. Los diarios publican a menudo las esquelas mortuorias de esos hombres, ¡bajo el título de accidente fatal! ¡Hermoso pueblo, el alemán! ¿Y pensar que yo pertenecía a él! Pero no, hace mucho tiempo que Hitler nos hizo apátridas. Por lo demás, no hay enemigos más grandes que estos alemanes y los judíos.

Tuya,

ANA

Viernes 16 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Estoy muy ocupada. Acabo de traducir un capítulo de La Belle Nivernaise, anotando las palabras cuyo significado desconocía. He resuelto también un difícil problema de matemática, y he escrito tres páginas de gramática francesa. Me niego a resolver problemas de matemática todos los días. Papá los detesta también: yo me las arreglo mejor que él, pero, a decir verdad, ni el uno ni el otro nos sentimos muy fuertes, de manera que, a menudo, necesitamos recurrir a Margot. Yo soy la más adelantada de los tres en taquigrafía.

Ayer terminé de leer Los asaltantes. Es encantador pero aún así está lejos de Joop ter Heul. En general, considero a Cissy van Marxveldt un autor formidable. Tengo la firme intención de permitir que mis hijos lean todos sus libros.

Mamá, Margot y yo somos de nuevo las mejores amigas del mundo; es mucho más agradable. Anoche Margot vino a tenderse a mi lado. Ambas en mi cama tan minúscula, no tienes idea de lo divertido que era. Ella me preguntó si un día podrá leer mi diario. Le dije que le permitiría leer ciertos pasajes; le pedí lo mismo en cuanto al suyo, y está de acuerdo. De una cosa a otra, hablamos del porvenir. Le pregunté qué quería ser, pero ella no quiere hablar de eso y lo mantiene en gran secreto. Habló vagamente de la enseñanza; no sé si ella hará algo en ese sentido, pero creo que sí. En el fondo, yo no debería ser tan curiosa...

Esta mañana me tendí en la cama de Peter, después de echarlo de allí. Estaba furioso, lo que me importa bien poco. Ya es hora de que se muestre un poco más amable conmigo; anoche le regalé una manzana.

Le he preguntado a Margot si me encuentra fea. Ella me ha dicho que tengo una expresión muy divertida y ojos bonitos.

Bastante vago, ¿no te parece?

Hasta la próxima.

Tuya,

ANA

Martes 20 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Aún me tiembla la mano aunque ya pasaron dos horas desde que recibí ese susto. En el edificio hay cinco extintores de incendios. El carpintero, o quien sea que se encarga de esa tarea, tenía que venir a recargar los aparatos; estábamos al corriente, pero nadie nos había advertido que era para hoy.

Sucedió que ninguno de nosotros estaba haciendo intento alguno de permanecer en silencio. De pronto oí desde el rellano fuertes martillazos del otro lado de nuestra puerta-armario. Inmediatamente pensé en el carpintero, y fui a decirle a Elli, que comía con nosotros, que no bajase. Papá y yo montamos guardia a la puerta para enterarnos en qué momento partía el obrero. Después de haber trabajado un cuarto de hora, dejó su martillo y sus otras herramientas sobre nuestro armario (así lo creímos) y golpeó a nuestra puerta. Todos palidecimos. ¿Había oído algo y quería examinar aquella armazón misteriosa? Se hubiera jurado que era eso: golpeaba, tiraba, empujaba sin cesar. Aterrorizada, casi me desvanecí pensando que aquel hombre, que nos era totalmente extraño, iba a descubrir nuestro hermoso escondite. Y en el preciso instante en que creí llegaba mi última hora, oí la voz del señor Koophuis, que decía:

- ¡Ábranme!, ¿quieren? ¡Soy yo!

Le abrimos inmediatamente. Se le había trabado el pestillo que sujeta la puerta del armario y del que los iniciados se sirven desde fuera, por eso, nadie pudo prevenirnos de la hora de los trabajos. El obrero se había ido, y el señor Koophuis, al venir a buscar a Elli, no lograba abrir la puerta-armario.

¡Qué alivio! En mi imaginación, aquel tipo dispuesto a entrar en nuestro refugio asumía proporciones cada vez más formidables; a la larga, se había transformado en un verdadero gigante y en el fascista más fanático, por añadidura.

Bien, afortunadamente, por esta vez, el miedo resultó infundado. Pero el lunes nos divertimos mucho. Miep y Henk Van Santen pasaron la noche con nosotros. Margot y yo dormimos con papá y mamá, con el fin de ceder nuestro lugar a los jóvenes esposos. Comimos deliciosamente bien. El festín fue interrumpido por un cortocircuito causado por la lámpara de papá. ¿Qué hacer? Había otros tapones en la casa, pero la caja con repuestos se encuentra en el fondo del almacén; por eso, dar con él en la oscuridad era toda una empresa. Los hombres decidieron, sin embargo, arriesgarse, y después de diez minutos pudimos apagar las velas.

Hoy madrugué mucho. Henk tenía que irse a las ocho y media. Miep bajó a la oficina después de un buen desayuno en familia, encantada de librarse del trayecto en bicicleta, porque llovía a torrentes.

La semana próxima, Elli, a su vez, vendrá a pasar una noche con nosotros.

Tuya,

ANA

Jueves 29 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Papá está enfermo, y su estado me inquieta mucho. Tiene una erupción rojiza y alta fiebre; se diría que es sarampión. ¡Cómo te imaginarás, ni siquiera podemos ir a buscar el médico! Mamá se esfuerza por hacerle sudar. Quizá su fiebre baje.

Esta mañana Miep nos contó que el departamento de los Van Daan fue saqueado. Todavía no se lo hemos dicho a la señora, ya tan nerviosa en estos últimos tiempos; no tenemos ganas de oír sus quejas con respecto a su hermoso servicio de mesa y a las lindas sillitas que dejó allí. Nosotros también nos vimos obligados a abandonar casi todo lo que era bonito; nada se logra con lamentarse.

Desde hace poco se me permite leer algunos libros para personas mayores. Me he enfrascado en La juventud de Eva, de Nico van Suchtelen. No veo gran diferencia entre las historias amorosas de colegialas y ésta. Allí se habla de mujeres que exigen un montón de dinero por vender su cuerpo a hombres desconocidos en calles dudosas. Yo me moriría de vergüenza. Además, he leído que Eva estaba indispuesta. ¡Así! ¡Oh, qué ganas de estarlo yo también! Se debe de sentir una muy importante.

Papá ha traído del armario grande las tragedias de Goethe y de Schiller; va a leerme algunas páginas cada noche. Ya hemos comenzado con Don Carlos.

Para seguir el buen ejemplo de papá, mamá me ha puesto en las manos su libro de rezos. He leído algunas plegarias en alemán, para complacerla; son hermosas, pero no me dicen gran cosa. ¿Por qué me obliga ella a exteriorizar sentimientos religiosos?

Mañana encenderemos el fuego por primera vez. ¡Cómo vamos a ahumarnos! ¡Hace tanto tiempo que no se deshollina! ¡Ojalá ese artefacto tire!

Tuya,

ANA

Sábado 7 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Mamá está terriblemente nerviosa, lo que me pone en evidente peligro. ¿Es en realidad un azar que papá y mamá nunca reprendan a Margot, pero que a mí me regañen con frecuencia? Anoche, por ejemplo: Margot estaba leyendo un libro ilustrado con dibujos magníficos; como se había levantado y abandonado la habitación, dejó su libro con el fin de reanudar su lectura tan pronto como volviera. Yo no tenía nada de especial que hacer en aquel momento, y lo tomé para mirar las imágenes. A su regreso, Margot, viendo su libro en mis manos, frunció el ceño y me rogó que se lo devolviera. Yo quería retenerlo un instante más. Margot se enfadó de veras, y mamá intervino, diciendo:

-Margot está leyendo ese libro. ¡Debes dárselo!

Entrando en la habitación e ignorando de qué se trataba, papá notó, sin embargo, el gesto de víctima de Margot, y exclamó:

-¡Querría verte a ti si Margot se pusiera a hojear uno de tus libros!

Yo cedí inmediatamente, y, después de haber dejado el libro, salí de la habitación..., humillada, según la expresión de papá. No se trataba de sentirse humillada, ni de estar enojada. Estaba simplemente apenada.

No me pareció justo que papá me reprendiera sin preguntar la causa de nuestra discusión. Yo misma habría devuelto el libro a Margot, y mucho más pronto, si papá y mamá no hubiesen intervenido: en cambio, se pusieron enseguida de parte de mi hermana, como si ella fuera víctima de una gran injusticia.

Mamá protege a Margot, huelga decirlo; ellas se protegen siempre mutuamente. Estoy tan acostumbrada a esa situación, que me he vuelto indiferente por completo a los reproches de mamá y al humor irritable de Margot.

Yo las quiero sólo porque son mi madre y mi hermana. En cuanto a papá es otra cosa. Me consumo íntimamente cada vez que él exterioriza su preferencia por Margot, que aprueba sus actos, que la colma de elogios y de caricias. Porque yo estoy loca por Pim. El es mi gran ideal. No quiero a nadie en el mundo tanto como a papá.

El no repara en que no se porta con Margot igual que conmigo. ¡Margot es siempre la más inteligente, la más amable, la más bella y la mejor! Pero, no obstante, yo tengo un poco de

derecho a ser tomada en serio. Siempre he sido el payaso de la familia, constantemente se me trata de insoportable, siempre tengo que pagar el doble: primero al recibir las reprimendas, y luego por la forma en que son heridos mis sentimientos. Ya no puedo soportar ese aparente favoritismo. Espero de papá algo que él no es capaz de darme.

No estoy celosa de Margot. No envidio su belleza ni su inteligencia. Todo cuanto pido es el cariño de papá, su afecto verdadero no solamente a su niña, sino a Ana, al ser humano Ana.

Me aferro a papá porque él es el único que mantiene en mí los últimos restos del sentimiento familiar. Papá no quiere comprender que, a veces, necesito desahogarme respecto de mamá; se niega a escucharme, evita todo cuanto se relaciona con los defectos de ella.

Más que todo lo demás, es mamá, con su carácter y sus faltas, quien pesa de modo terrible sobre mi corazón. Ya no sé qué actitud adoptar, no puedo decirle brutalmente que es desordenada, sarcástica y dura..., y, sin embargo, no puedo soportar que siempre se me acuse.

En todo somos distintas, y chocamos fatalmente. Yo no juzgo el carácter de mamá, porque no me corresponde juzgar; pero la comparo con la imagen que me he forjado. Y ella no es LA madre. Me es necesario, pues, cumplir yo misma con esa misión. Me he alejado de mis padres, bogo un poco a la deriva e ignoro cuál será mi puerto de salvación. Todo eso porque he concebido un ejemplo ideal de madre y esposa que en nada se asemeja a ella, a quien estoy obligada a llamar mamá.

Siempre me propongo pasar por alto los defectos de mamá, no ver más que sus cualidades, y tratar de encontrar en mí lo que vanamente busco en ella. Más no lo he conseguido, y lo desesperante es que ni papá ni mamá sospechan lo que me ocurre y yo los repruebo por eso. ¿Hay padres capaces de dar entera satisfacción a sus hijos?

En ocasiones se me ocurre que Dios quiere ponerme a prueba, no sólo ahora sino también más tarde: debo hacerme buena mediante mi propio esfuerzo, sin ejemplos, con el fin de ser más adelante la más fuerte.

¿Quién leerá estas cartas, si no yo? ¿Quién me consolará? Porque necesito a menudo consuelo; con mucha frecuencia me faltan las fuerzas, lo que hago no es suficiente. Y no realizo nada. No lo ignoro; trato de corregirme, y todos los días hay que empezar de nuevo.

Me tratan de la manera más inesperada. Un día, Ana es la inteligencia misma y se puede hablar de todo delante de ella; al día siguiente, Ana es una pequeña ignorante que no comprende nada de nada y que se imagina haber sacado de los libros cosas formidables. Ahora bien, ya no soy la niñita a quien se festeja con risas benévolas por cualquier motivo. Tengo mi ideal, es decir, tengo varios; tengo ideas y proyectos, aunque todavía no pueda expresarlos. ¡Ah!, ¡cuántas cosas acuden a mi mente de noche, cuando me quedo sola, obligada como estoy durante el día a soportar a quienes me fastidian, y se engañan sobre mis intenciones! Por eso vuelvo siempre a mi diario, que es para mí el principio y el fin, porque Kitty nunca pierde la paciencia; yo le prometo que, a pesar de todo, me mantendré firme, recorreré mi camino, y me trago las lágrimas. Pero, ¡cómo me agradaría ver un resultado, ser alentada, aunque solo fuera una vez, por alguien que me quisiera!

No me reproches, recuerda que yo también puedo estar a veces a punto de estallar.

Tuya,

ANA

Lunes 9 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Ayer, Peter cumplió dieciséis años. Recibió regalos preciosos, entre otros un juego de mesa, una máquina para afeitarse y un encendedor. El no fuma, o lo hace raramente, pero eso es elegante.

El señor Van Daan nos sorprendió grandemente al anunciarnos, a la una de la tarde, que los ingleses habían desembarcado en Túnez, en Argel, en Casablanca y en Orán. La opinión de todo el mundo fue «Es el principio del fin», pero Churchill, el Primer Ministro inglés, que indudablemente había oído las mismas exclamaciones, dijo: «Este desembarco es un acontecimiento, pero no hay que denominarlo el principio del fin. Yo más bien diría que es el fin del principio». ¿Aprecias la diferencia? No obstante, podemos ser optimistas. Stalingrado, que los alemanes sitian desde hace tres meses, sigue sin caer en sus manos.

Para hablar nuevamente del anexo, voy a describirte cómo nos aprovisionamos. Como sabes hay unos glotones en el piso de arriba. El pan nos lo trae un amable panadero que el señor Koophuis conoce bien. No disponemos de tanto como antes en casa, pero es suficiente. Compramos clandestinamente tarjetas de racionamiento, cuyos precios no cesan de subir: de 27 a 33 florines, en el momento actual, ¡por un trozo de papel impreso!

Además de nuestras latas de conservas hemos comprado 120 kilos de legumbres secas, que no están destinadas a nosotros solos, sino también al personal de la oficina. Estas legumbres fueron colocadas en bolsas que se colgaron en nuestro pequeño corredor, detrás de la puerta-armario; el peso hizo reventar algunas costuras. Decidimos, pues, alinear nuestras provisiones de invierno en el desván, y confiar a Peter la tarea de subirlas. Cinco de las seis bolsas habían llegado a destino sin inconvenientes, Peter estaba subiendo la sexta, cuando la costura posterior se abrió y dejó caer desde lo alto de la escalera una lluvia, mejor dicho, una granizada de porotos. Como contenía alrededor de 20 kilos, aquella bolsa derramó su contenido con un estrépito de juicio final; en la oficina imaginaban ya que la casa iba a hundirse (afortunadamente, no estaba allí más que el personal de costumbre). Asustado durante un instante, Peter no tardó en echarse a reír al verme al pie de la escalera, tal como una isla engullida por las olas de porotos que me subían hasta los tobillos. nos pusimos a recogerlos, pero los porotos son tan pequeños y tan lisos, que siempre quedan algunos en todos los rincones posibles e imposibles. A raíz de este accidente, ya no pasamos por la escalera sin recuperar con sendas genuflexiones los restos de los porotos, que llevamos a la señora Van Daan.

Casi me había olvidado de decirte lo más importante: papá se ha restablecido completamente.

Tuya,

ANA

P.D. La radio acaba de anunciar que Argel ha caído. ¡Marruecos, Casablanca y Orán están, desde hace algunos días, en manos de los ingleses. Ahora esperamos las noticias de Túnez.

Martes 10 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Una noticia formidable: ¡vamos a recibir a una persona más en nuestro escondite! Sí, verdaderamente, siempre habíamos pensado que era posible albergar y alimentar a una octava persona. Pero temíamos abusar de la responsabilidad de Koophuis y Kraler. A raíz de las crecientes persecuciones de que son objeto los judíos, papá se decidió a tantear el terreno; nuestros dos protectores estuvieron inmediatamente de acuerdo:

-El peligro para ocho es el mismo que para siete -dijeron con mucha lógica.

Nos pusimos entonces a deliberar; pasamos revista a nuestro circulo de amigos. Buscábamos a alguien que estuviera solo y se adaptara bien a nuestra vida. No fue difícil descubrir uno. En el transcurso de un consejo de guerra, durante el cual papá rechazó ciertas proposiciones de los Van Daan en favor de miembros de su familia, se pusieron de acuerdo sobre el elegido: un dentista, llamado Albert Dussel, cuya esposa estaba a resguardo en el extranjero. Nosotros no habíamos tenido con él más que un trato superficial, pero sabíamos que era un hombre tranquilo y capaz de congeniar con nosotros.

Como Miep lo conoce, le encargamos comunicar a Albert Dussel que tiene un escondite para él y organizar lo demás. En el caso de que acepte, Margot dormirá en el catre de campaña con mis padres... y él compartirá el dormitorio conmigo.

Tuya,

ANA

Jueves 12 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Sabemos por Miep que Dussel ha aceptado gozoso. Ella insistió en que se preparara lo más rápidamente posible, con preferencia para el sábado. Pero él se negó, tenía que poner sus fichas en orden y arreglar sus cuentas; y aún debía atender a dos clientes. Miep ha venido esta mañana para ponernos al corriente de este retraso eventual. No nos agrada prolongar el plazo; todos esos preparativos exigen de parte de Dussel explicaciones a personas que nosotros preferimos dejar en la ignorancia, Miep va a insistir en que venga el sábado.

¡Pero no! Dussel se ha negado diciendo que vendrá el lunes. Me parece una locura que no haya acudido inmediatamente al hacérsele la proposición. Si lo atraparan en la calle, no podría poner sus fichas en orden ni su caja al día, ni cuidar a sus pacientes. ¿Para qué postergar? En mi opinión, papá ha cometido una tontería al ceder.

Ninguna otra novedad.

Tuya,

ANA

Martes 17 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Dussel ha llegado. Todo transcurrió sin tropiezos.

Miep le había dicho que tenía que encontrarse a las once de la mañana frente a la oficina de correos, donde, en un lugar convenido, un señor lo esperaría para acompañarlo. Fue puntual a la cita. Dussel vio que se le acercaba el señor Koophuis, a quien también conocía, el cual le rogó que pasara por la oficina a ver a Miep, pues la persona que debía conducirlo había tenido un impedimento. Koophuis tomó el tranvía para volver a la oficina, en tanto que Dussel seguía el mismo camino, a pie, para llegar allí a las once y veinte. Llamó a la puerta, Miep le ayudó a quitarse el sobretodo, de manera de ocultar la estrella, y lo introdujo en la oficina privada, donde Koophuis lo retuvo hasta que se fue la mujer encargada de la limpieza. Con el pretexto de que se necesitaba la oficina privada, Miep hizo subir a Dussel, abrió el armario giratorio y franqueó el alto umbral del anexo ante el desconcierto de nuestro amigo.

Nosotros, sentados con los Van Daan alrededor de la mesa, aguardábamos a nuestro invitado con café y coñac. Miep lo hizo entrar primero en la sala; él reconoció enseguida nuestros muebles, pero de ahí a pensar que no estábamos separados más que por un techo... Cuando Miep se lo dijo, estuvo a punto de desmayarse,

pero ella no le dio tiempo y le mostró el camino.

Dussel se dejó caer en una silla, nos miró alternativamente sin poder pronunciar una sílaba, como si tratase de asimilar tantas sorpresas juntas. Luego, tartamudeó:

-Pero... aber, ¿ustedes no sind en Bélgica? ¿No vino der Militär, en el auto, la huida, nicht logrado?

Nosotros le explicamos toda la historia del oficial y del auto, y cómo habíamos hecho correr ese rumor adrede para desorientar a los curiosos, y, sobre todo, a los alemanes, que habrían vuelto a buscarnos, tarde o temprano. Dussel quedó anonadado ante tanto ingenio, y su mirada se paseó de nuevo de uno a otro, hasta que nos rogó que le dejásemos ver de más cerca nuestro suntuoso pequeño anexo, maravillosamente práctico.

Después de haber terminado la comida con nosotros, se fue a dormir un poco, y, luego de tomar una taza de té, se ocupó de poner en orden sus cosas -que Miep trajo antes de su llegada-, comenzando a sentirse un poco en su casa, sobre todo cuando le entregaron el Reglamento del anexo (redactado por el señor Van Daan):

Prospecto y Guía del Anexo.

Instalación especial para la estada provisional de judíos y simpatizantes.

Abierto todo el año.

Sitio aislado, libre de vegetación, en el corazón de Amsterdam. Vecinos excluidos. Llégase con los tranvías 13 y 17, o bien con un coche o una bicicleta. En caso de prohibición por los alemanes de estos medios de transporte, se puede llegar a pie.

Alquiler: gratuito.

Régimen: sin materias grasas.

Cuarto de baño: con agua corriente. (Que lamentablemente también corre por algunas paredes).

Amplio espacio reservado a las mercancías de cualquier clase.

Posee un receptor de radio, con transmisiones di- rectas de Londres, Nueva York, Tel Aviv y muchos otros lugares. Este aparato sólo puede usarse después de las dieciocho horas; no se prohíbe sintonizar las estaciones alemanas, siempre que éstas transmitan música clásica o cosa semejante.

Horas de descanso.. De veintidós a ocho de la mañana. El domingo hasta las diez y cuarto. En razón de las circunstancias, obsérvanse también las horas de descanso diurno indicadas por la dirección. En interés común, cada cual debe respetar estrictamente las horas de descanso prescritas!!!!

Idiomas extranjeros: Sea el que fuere, ruégase hablar en voz baja y en una lengua civilizada; es decir que queda excluido el alemán.

Cultura física: Todos los días.

Vacaciones.. Prohibición de abandonar el lugar hasta nueva orden.

Lecciones.. Una lección de taquigrafía por semana. Inglés, francés, matemática e historia a toda hora.

Horas de comida: El desayuno, todos los días, excepto los festivos, a las nueve de la mañana. Domingos y feriados: hasta las once y media.

Almuerzo: Parcial o completo, de trece y cuarto a trece y cuarenta y cinco.

Cena: Caliente o fría, sin hora fija, en razón de las transmisiones radiales.

Obligaciones con el Comité de reaprovisionamiento.. Estar siempre dispuesto a secundar a nuestros protectores en las tareas de oficina.

Baños.. La «tina» está a disposición de quienes la soliciten, los domingos a partir de las nueve. Se puede tomar un baño en el W.C., en la cocina, en la oficina privada o en la oficina de adelante, a elección.

Bebidas alcohó1icas: Bajo prescripción médica solamente.

Fin.

Tuya,

ANA

Jueves 19 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

No nos hemos engañado con Dussel. Es persona muy agradable. Por supuesto, estuvo de acuerdo en compartir conmigo el pequeño dormitorio; a decir verdad, no me entusiasma demasiado convivir de esa manera con un extraño, pero es menester que cada uno haga lo suyo, y yo soporto de buena gana este pequeño sacrificio. «Todas esas cosas carecen de importancia cuando podemos salvar a alguien», dice papá, con razón.

Desde el primer día, Dussel me ha pedido toda clase de informaciones, tales como: a qué hora venía la sirvienta, cómo nos arreglábamos para el baño, y las horas de acceso al W.C. No hay por qué reírse: todo eso no es simple en un escondite. Durante el día se trata de no llamar la atención, con el fin de evitar que nos oigan desde la oficina, sobre todo si hay alguien de afuera, como la mujer que hace la limpieza: en tal caso, todas las precauciones son pocas. Yo se lo he explicado todo lo más claramente posible, pero -curiosamente- es un poco lento de comprensión; repite cada pregunta dos veces, y no retiene las respuestas. Confío en que eso pasará. Probablemente aún no se ha amoldado a un cambio tan brusco.

Por lo demás, parece que las cosas marchan.

Dussel tenía mucho que contarnos sobre el mundo exterior, del que nosotros no formamos parte desde hace tanto tiempo. Sus relatos son tristes. Muchos amigos han desaparecido, y su destino nos hace temblar. No hay noche en que los coches militares verdes o grises no recorran la ciudad; los alemanes llaman a todas las puertas para dar caza a los judíos. Si los encuentran, embarcan inmediatamente a toda la familia; si no, llaman a la puerta siguiente. Los que no se ocultan, no escapan a su suerte. En ocasiones, los alemanes se dedican a eso sistemáticamente, lista en mano, golpeando a las puertas tras las cuales, piensan, les aguarda un rico botín. A veces se les paga un rescate, a tanto por cabeza, como en los mercados de esclavos de antaño. Es demasiado trágico para que tú lo tomes a broma. Por la noche, veo a menudo desfilar a esas caravanas de inocentes, con sus hijos llorando, arrastrados por algunos brutos que los azotan y los torturan hasta hacerlos caer. No respetan a nadie, ni a los viejos, ni a las criaturas, ni a las mujeres embarazadas, ni a los enfermos: todos deben tomar parte en esa ronda de la muerte.

¡Qué bien estamos nosotros aquí, al abrigo y en calma! Podríamos cerrar los ojos ante toda esa miseria, pero pensamos en los que nos eran queridos, y para los cuales tememos lo peor, sin poder socorrerlos.

En mi casa, bien abrigada, me siento menos que nada cuando pienso en las amigas que más quería, arrancadas de sus hogares y caídas en ese infierno. Me da miedo pensar que aquellos que estaban tan próximos a mí se hallen ahora en manos de los verdugos más crueles del mundo.

¡Por la única razón de que son judíos!.

Tuya,

ANA

Viernes 20 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Ninguno de nosotros sabe ya cómo tomar las cosas. Hasta ahora, las noticias sobre el Terror nos llegaban con cuentagotas, y habíamos resuelto mantener nuestra moral conservando en todo

lo posible el buen humor. Cuando a Miep se le escapaba una mala noticia referente a alguno de nuestros amigos, mamá y la señora Van Daan se echaban a llorar, de manera que Miep prefirió no contar nada más. Pero Dussel, acribillado a preguntas, nos ha narrado tantos horrores espantosos y bárbaros, que no nos es posible olvidarlos tan pronto. Sin embargo, esto terminará por pasar también, y necesariamente volveremos a los chistes y las bromas. De nada sirve quedarse mustios como estamos ahora: no será beneficioso ni para nosotros ni para los que están en peligro. Convertir al anexo en un velorio no tiene ningún sentido.

A todo esto se añade otra miseria, pero que es de naturaleza completamente personal, y de la que no debería ocuparme al lado de las que acabo de contar. Sin embargo, no puedo dejar de decirte que cada vez me siento más abandonada, que noto que el vacío crece a mí alrededor. Antes, las diversiones y los amigos no me dejaban tiempo para reflexionar a fondo. En la actualidad, tengo la cabeza llena de cosas tristes, tanto a propósito de los aconteci- mientos como por mí misma. Cuanto más ahondo, más me percato de que, por querido que me sea, papá nunca podrá reemplazar a mis amigos de antaño: todo mi pequeño dominio. Pero, ¿por qué importunarte con cosas tan inconsistentes? Soy terriblemente ingrata, Kitty, lo sé, pero como me regañan sin cesar, paso verdaderos malos ratos, y, además, por añadidura, ¡me aflige tanto esa otra miseria!

Tuya,

ANA

Sábado 28 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Hemos gastado demasiada electricidad, excediendo nuestra cuota. Resultado: la más grande economía y la perspectiva de que nos corten la corriente durante quince días. Se pone bastante oscuro a partir de las cuatro o de las cuatro y media y ya no podemos leer. Matamos el tiempo con toda clase de tonterías, tales como adivinanzas, cultura física, hablar inglés o francés, criticar libros... y a la larga nos cansamos. Desde anoche, tengo algo nuevo: tomo los gemelos y miro hacia las habitaciones iluminadas de nuestros vecinos. Durante el día, no nos está permitido correr las cortinas ni un centímetro, pero por la noche no veo ningún mal en ello.

No sabía que los vecinos fueran gente, tan interesante... al menos los nuestros. He sorprendido a una pareja en el momento de sentarse a comer, más allá, toda una familia asistía a la proyección de una nueva película, y al dentista de enfrente que atendía a una anciana terriblemente asustada.

A propósito de dentistas, el señor Dussel, que tenía reputación de querer a los niños y entenderse maravillosamente con ellos, se revela un educador del más viejo estilo, y predica largamente sobre urbanidad.

Como yo tengo la rara suerte de compartir mi alcoba, demasiado estrecha, con el honorable pedagogo, y como se me considera la más mal educada de los tres jóvenes, no sé como esquivar sus reprimendas y sus sermones, y termino por fingirme dura de oído.

Si la cosa quedara ahí, sería soportable. Pero el señor se muestra un espía de primer orden, y hace de mamá otra espía, ¿comprendes? Primero me dejo atrapar por él, y enseguida viene el remate de mamá. Si el día es especialmente fatídico, la señora Van Daan me llama cinco minutos después para hacerme responder de tal o cual cosa. A diestra y siniestra, por sobre mi cabeza, por todas partes estalla la tormenta.

En realidad, no es fácil ser la figura central «mal educada», el pararrayos de una familia censurante que vive en un escondite. Por la noche en la cama, pasando revista a los numerosos pecados y faltas que se me atribuyen, me pierdo de tal manera en ese montón de acusaciones, que o me echo a reír o me pongo a llorar, según mi estado de ánimo.

Enseguida me duermo con la extraña sensación de querer ser distinta de como soy, o también de no ser como yo quiero, o de proceder quizá de manera distinta a como yo querría o a como yo soy. ¡Ay! No lo veo tan claro, y tu tampoco, desde luego; discúlpame por esta confusión, pero no me gusta tachar, y, actualmente, la falta de papel nos prohíbe romperlo. Sólo me resta aconsejarte que no releas la frase precedente y, sobre todo, que no trates de profundizarla, porque nunca sacarás nada en limpio.

Tuya,

ANA

Lunes 7 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Nuestra Januka y San Nicolás* han caído casi para la misma fecha este año: apenas un día de diferencia. Para la fiesta de la Januka, no hemos preparado muchas cosas; algunas golosinas solamente, y sobre todo, las velitas. Debido a la escasez de velas, apenas las encendimos durante diez minutos; pero el canto ritual no fue olvidado, y eso es lo principal. El señor Van Daan fabricó un candelabro de madera; así la ceremonia se desarrolló como es debido.

La noche de San Nicolás, el sábado, fue mucho más linda. Elli y Miep habían excitado nuestra curiosidad, cuchicheando todo el tiempo con papá, y sospechábamos que algo se preparaba. Y, naturalmente, descenso general a las ocho de la noche por la escalera de madera, y enseguida las tinieblas del largo corredor que lleva al vestuario. (Yo tenía la piel de gallina, y añoraba mi anexo). Como esta habitación no tiene ventana, pudimos encender la luz eléctrica tras lo cual papá abrió el gran armario. Todo el mundo exclamó: « ¡Oh, qué bonito!». En medio había una gran cesta adornada con papeles alusivos a San Nicolás, y sobre ellos, una máscara de Pedro el Negro.

Nos apresuramos a transportar la cesta a nuestra casa. Cada uno encontró en ella su regalito, acompañado de un versito de circunstancias, de acuerdo con la costumbre holandesa. Yo recibí un bizcocho en forma de muñeca cuya falda era una cómoda bolsita; papá, un sujetalibros, etc. Todos los regalos eran muy ingeniosos, y resultó en extremo divertido, tanto más que nosotros, hasta entonces, nunca habíamos celebrado la fiesta de San Nicolás. Por ser la primera vez, fue un éxito. También teníamos regalos para nuestros amigos del primer piso. ¡todas cosas de los buenos viejos tiempos! Supimos que el Sr. Vossen fabricó él mismo sus obsequios para papá y el Sr. Van Daan. Me maravilla saber que alguien puede hacer cosas tan hermosas con sus manos.

Tuya,

ANA

Jueves 10 de diciembre de 1942

* En Holanda se celebra más que el día de Navidad (N. del T.).

Querida Kitty:

El señor Van Daan fue un tiempo comerciante de embutidos en general, salchichones y especias. Fue tomado en las oficinas de papá precisamente por su experiencia en los negocios.

Hemos encargado mucha carne (en el mercado negro, desde luego), para hacer conservas, en vista de los tiempos difíciles. Era curioso ver las tripas transformarse en salchichas, después de haber sido atiborradas de carne picada y repicada, y sazonada con todos los ingredientes. Inmediatamente las probamos en el almuerzo, con chucrut. Pero los salchichones van a ser puestos a secar en el techo, colgados de un palo con hilo. Cada uno de nosotros al entrar en la habitación y ver la exposición de salchichones frescos, se echó a reír. No era para menos.

La habitación resultaba irreconocible. Cubierto con un delantal de su mujer, que lo hacía aún más voluminoso, el señor Van Daan se afanaba con la carne: sus manos cubiertas de sangre, la cara roja y el delantal manchado, le daban el aspecto de un verdadero carnicero. La señora se ocupaba de todo a la vez: aprender su lección de holandés, cuidar la sopa y mirar a su marido, suspirando y gimiendo de dolor al acordarse de su costilla rota. ¡Así aprenderá a no hacer, a su edad, ejercicios idiotas de cultura física! ¡Todo eso para afinar un poco su grueso trasero!

Sentado al lado de la estufa, Dussel ponía compresas de manzanilla en su ojo inflamado. Pim había colocado su silla en el delgado rayo de sol que se filtraba por la ventana; se tropezaba con él de vez en cuando; sin duda, el reumatismo lo hacía sufrir, porque parecía un viejo encorvado, mirando con irritación los dedos del señor Van Daan. Peter hacía acrobacias con su gato; mamá, Margot y yo estábamos pelando patatas, en suma, nadie tenía la cabeza en lo que hacía, a tal punto Van Daan llamaba la atención.

Dussel ha inaugurado un nuevo consultorio odontológico. Por si te divierte, voy a contarte cómo ha sido. Mamá estaba planchando, cuando la señora Van Daan se ofreció como primera paciente. Se sentó en medio de la habitación. Con gesto importante. Dussel abrió su estuche y sacó sus instrumentos, pidió agua de Colonia como desinfectante y vaselina en reemplazo de cera.

Miró el interior de la boca de la señora, tocó un diente o un molar, lo que la hizo estremecerse como si fuera a morir de dolor, en tanto lanzaba exclamaciones incoherentes. Tras un largo examen (según la señora Van Daan; aunque no duró más de dos minutos). Dussel empezó a hurgar en uno de los agujeritos. Pero no pudo proseguir. La señora tomada de improviso, agitó brazos y piernas hasta que Dussel soltó bruscamente su pequeño gancho.... que quedó prendido de la muela de la señora.

¡Entonces empezó un lindo espectáculo! La señora Van Daan lanzó los brazos en todas direcciones, gritando (en la medida de lo posible, con tal instrumento en la boca) y tratando de arrancar el pequeño gancho, que se había hundido todavía más. Muy tranquilo, el señor Dussel observaba la escena con los brazos cruzados. Los demás espectadores eran sacudidos por una risa loca. Esto era estúpido, pues estoy segura de que yo hubiera chillado más fuerte que ella. Después de muchas contorsiones, golpes, gritos y chillidos, la señora terminó por arrancarse el gancho, ¡y el señor Dussel continuó su trabajo como si nada hubiera sucedido! Se desempeñó tan rápidamente, que la señora Van Daan no tuvo tiempo de recomenzar sus contorsiones, gracias a la manera en que fue secundado. Dos ayudantes, el señor Van Daan y yo, resultaron valiosos. Todo ello me hizo pensar en un grabado medieval que lleva esta leyenda: «Sacamuelas trabajando».

Por fin, a la paciente se le acabó la paciencia; tenía que atender su sopa y el resto de la comida. De una cosa estoy segura: ¡no se ofrecerá ya, tan pronto, como paciente en el consultorio de nuestro dentista!

Tuya,

ANA

Domingo 13 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Estoy cómodamente instalada en la oficina del frente, y puedo mirar hacia afuera por la rendija de la espesa cortina. Aunque ya está anocheciendo, tengo todavía bastante luz para escribirte.

Resulta extraño ver pasar a la gente. Me parece que todos tienen prisa y que a cada instante van a chocar contra sus propios pies.

En cuanto a los ciclistas, a la velocidad que van ni siquiera puedo distinguir si son hombres o mujeres.

La gente de este barrio es típicamente popular y en su mayor parte se ve pobre, en especial los niños, que están muy sucios: no los tocaría ni con pinzas. Verdaderos hijos del arrabal, con la nariz siempre chorreante; hablan una jerga apenas compresible.

Ayer en la tarde, cuando Margot y yo tomamos aquí nuestro baño, le dije:

-Si pudiéramos atrapar a esos chicos que pasan por aquí, uno detrás de otro, darles un baño, lavarlos, cepillarlos, zurcirles la ropa y dejarlos enseguida...

Margot me interrumpió:

-Los verías mañana lo mismo de sucios, y con idénticos harapos.

Pero digo tonterías, hay otras cosas que ver: autos, barcos y la lluvia. Me gusta, en particular, escuchar el rechinar del tranvía al pasar frente a la casa.

Nuestros pensamientos varían tan poco como nosotros mismos. Forman un círculo perpetuo, que va de los judíos a los alemanes, y de los alimentos a la política. Entre paréntesis, hablando de judíos, ayer, por entre las cortinas, vi pasar a dos: yo estaba muy triste, tenía la sensación de traicionar a esa gente y de espiar su desgracia. Exactamente delante de nosotros hay una barca habitada por un barquero y su familia, con su perrito: no conocemos del perro más que sus ladridos y su colita enroscada, que divisamos sobresaliendo de la borda, cuando él da vueltas por el desembarcadero.

Ahora que la lluvia persiste, la mayoría de la gente anda oculta bajo su paraguas. No veo más que impermeables, y a veces una nuca debajo de una gorra. Casi no vale la pena mirar a nadie. Ya he visto bastante a esas mujeres abotargadas por las papas, vestidas con un abrigo verde o rojo, los tacones gastados, la bolsa al brazo. Algunas tienen el rostro bondadoso, otras se muestran ceñudas, lo cual depende del humor de sus maridos.

Tuya,

ANA

Martes 22 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Todo el mundo en el anexo se regocija con la novedad: tendremos cada uno 125 gramos de mantequilla para Navidad. El diario anuncia 250 gramos, pero esa ración está reservada a los privilegiados que obtienen sus tarjetas del Estado, y no a los judíos ocultos que sólo pueden pagar cuatro tarjetas ilegales en lugar de ocho.

Todos vamos a amasar con nuestra ración de mantequilla. Esta mañana he preparado bizcochos y dos tortas. Hay mucho que hacer arriba, por eso mamá me ha dicho que no debo ir allí a realizar mis tareas o leer, hasta que se haya terminado el trabajo de casa.

La señora Van Daan guarda cama a causa de su costilla

lastimada: se queja todo el día, hace renovar sus compresas y no se contenta con nada. Me gustaría volver a verla de pie y en sus cosas. Hay que hacerle justicia: es muy activa y ordenada; mientras goza de buena salud física y moral, hasta se muestra buena compañera.

Porque se me dice «¡chis, chis!» todo el día cuando hago demasiada bulla, mi compañero de alcoba se permite lanzarme sus «¡chis, chis!» durante la noche. ¿Es que ya no tengo el derecho de darme vuelta en la cama? Me niego a hacerle caso, y tengo la firme intención de devolver un «¡chis, chis!» la próxima vez.

Me hace rabiar, sobre todo el domingo, cuando enciende la luz a la mañana temprano para hacer gimnasia. Eso dura -me parece a mí- horas y horas, porque desplaza constantemente las sillas que coloco a la cabecera de mi cama para alargarla, bajo mi cabeza todavía dormida. Después de haber terminado sus ejercicios de ablandamiento, agitando violentamente los brazos, el caballero empieza a arreglarse, yendo ante todo a la percha para buscar sus calzoncillos. Ida y vuelta. Lo mismo para su corbata, olvidada sobre la mesa, chocando, como es natural, cada vez contra mis sillas.

Pero, ¿para qué aburrirte con mis viejos señores insoportables? Mis quejas no harán cambiar las cosas. En cuanto a mis medios de venganza, tales como desenroscar la lámpara, cerrar la puerta con llave, esconder sus ropas, renuncio a ellos para que reine la paz.

¡Oh, me he vuelto muy razonable! Aquí se necesita buen sentido para todo: para aprender a escuchar, para callarse, para ayudar, para ser amable y quién sabe para qué más aún. Temo abusar de mi cerebro, ya de por sí no demasiado lúcido, y que no quede nada de él para después de la guerra.

Tuya,

ANA

Miércoles 13 de enero de 1943

Querida Kitty:

Esta mañana me he sentido nuevamente conmovida por todo lo que sucede, de manera que me fue imposible acabar nada en forma conveniente.

El terror reina en la ciudad. Noche y día, transportes incesantes de esas pobres gentes, provistas tan solo de una bolsa que llevan al hombro y un poco de dinero. Estos últimos bienes les son quitados en el trayecto, según dicen. Se separa a las familias, agrupando a hombres, mujeres y niños.

Los niños, al volver de la escuela, ya no encuentran a sus padres. Las mujeres, al regresar del mercado, hallan sus puertas selladas; se encuentran con que sus familias han desaparecido.

También les toca a los cristianos holandeses: sus hijos son enviados obligatoriamente a Alemania. Todo el mundo tiene miedo.

Centenares de aviones vuelan sobre Holanda para bombardear y dejar en ruinas las ciudades alemanas; y a toda hora, millares de hombres caen en Rusia y en Afrecha del Norte. Nadie está al abrigo, el globo entero se halla en guerra, y aunque los Aliados lleven ventaja, todavía no se ve el final.

Y nosotros, sí, nosotros estamos bien, mucho mejor, huelga decirlo, que millones de otras personas. Nosotros estamos aún a resguardo y gastamos el dinero que pretendemos nuestro. Nosotros somos a tal punto egoístas que nos permitimos hablar de la posguerra, regocijándonos con la perspectiva de adquirir ropas y zapatos nuevos, cuando deberíamos economizar cada centavo para salvar a los afligidos después de la guerra, o, al menos, todo lo que quede por salvar.

Los niños pasean por aquí vestidos con camisa y zuecos, sin abrigo, ni gorra, ni calcetines, y nadie acude en su ayuda. No tienen nada en el vientre, y, royendo una zanahoria, abandonan sus casas frías para salir al frío, y llegar a una clase más fría aún. Muchos niños detienen a los transeúntes para pedirles un trozo

de pan. Holanda ha llegado a eso.

Podría seguir durante horas hablando de la miseria acarreada por la guerra, pero eso me desalienta todavía más. No nos queda sino aguantar y esperar el término de estas desgracias.

Judíos y cristianos esperan, el mundo entero espera... y muchos esperan la muerte.

Tuya,

ANA

Sábado 30 de enero de 1943

Querida Kitty:

Me atormento y rabio interiormente, sin poder demostrarlo. Me gustaría gritar, golpear con los pies, llorar, sacudir a mamá; querría no sé qué...

No puedo soportar de nuevo, cada día, esas palabras hirientes, esas miradas burlonas, esas acusaciones, como flechas lanzadas por un arco demasiado tenso, que me penetran y que son tan difíciles de retirar de mi cuerpo.

A Margot, a Van Daan, a Dussel y también a papá querría gritarles: «Déjenme en paz, déjenme dormir una sola noche sin mojar de lágrimas mi almohada, sin esos latidos en mi cabeza y sin que los ojos me ardan. ¡Déjenme partir, déjenme abandonarlo todo, y en especial este mundo!».

Pero soy incapaz de eso, no puedo dejar traslucirse mi desesperación, no puedo exponer a sus miradas las heridas que me causan, ni soportar su lástima o su burlona bondad, lo que me haría gritar tanto más. Ya no puedo hablar sin que se me juzgue afectada, ni callarme sin ser ridícula, soy tratada de insolente cuando respondo, de astuta cuando tengo una buena idea, de perezosa cuando estoy fatigada, de egoísta cuando como un bocado de más, de estúpida, de apocada, de calculadora, etc. Durante todo el día no oigo más que eso, que soy una chiquilla insoportable; aunque me ría y finja desentenderme, confieso que todo ello me afecta. Tomaría a Dios por testigo y le pediría que me diese otra naturaleza, una naturaleza que no provocara la cólera ajena.

Pero es imposible, no puedo rehacerme, y sé bien que no soy tan mala como pretenden. Hago cuanto puedo por contentar a todo el mundo a mí alrededor: te aseguro que ni sospechan hasta qué punto me esfuerzo; suelo reírme a la menor cosa para no darles a entender que soy desgraciada.

Más de una vez, después de reproches interminables y poco razonables, le he lanzado a mamá, en la cara:

-No me importa lo que tú dices. No te ocupes más de mí. Soy un caso desesperado, ya lo sé.

A renglón seguido me ha sido menester oír que era una insolente; durante dos días se hace caso omiso de mi presencia, o poco más o menos, y luego todo es olvidado y vuelve a entrar en su órbita... para los demás.

Me es imposible ser un día la chiquilla bonita, cuando la víspera estuve a punto de lanzarles mi odio a la cara. Prefiero mantenerme en un justo término, que desde luego no tiene nada de justo, y guardarme para mí mis pensamientos. Si vuelven a tratarme con desprecio, adoptaré por una vez la misma actitud hacia ellos, para probar.

¡Ah, si sólo fuese capaz de hacerlo!

Tuya,

ANA

Viernes 5 de febrero de 1943

Querida Kitty:

El hecho de que no haya vuelto a mencionar nuestros altercados, no significa que éstos hayan disminuido. Poco después de su llegada, el señor Dussel se mostró muy afectado por las peleas continuas, pero ahora ha empezado a acostumbrarse, abandonando todo esfuerzo por arreglar las cosas.

Margot y Peter son tan aburridos y fastidiosos, que no se los debería incluir entre los «jóvenes». Yo sirvo de contraste y oigo a cada momento:

- ¡Margot y Peter no harían eso! ¿Por qué no sigues su ejemplo?

Me sacuden los nervios.

Te confieso que no tengo ninguna gana de ser como Margot; ella, para mi gusto, es demasiado indiferente y tornadiza; es la primera que cede en una conversación, y está siempre de acuerdo con quien dice la última palabra. Yo, por mi parte, quiero ser más firme de espíritu. Pero estas tonterías me las guardo para mí. Se burlarían si las utilizara como defensa.

En la mesa, la atmósfera es muy tensa la mayoría de las veces. Por suerte, los estallidos son interrumpidos en ocasiones por los «comedores de sopa», es decir, por los pocos iniciados de la oficina que vienen a visitarnos y son convidados con un plato de sopa.

Esta tarde, el señor Van Daan ha hecho notar, una vez más, que Margot come muy poco.

-Sin duda, para mantener la línea -agregó en tono hiriente.

Tomando la defensa de Margot, como de costumbre, mamá dijo en alta voz:

-No puedo seguir soportando sus estúpidas observaciones.

El señor Van Daan enrojeció, miró fijamente por un segundo, y se calló. A veces suceden cosas graciosas: pocos días atrás, la señora Van Daan se había exaltado a propósito de sus recuerdos de juventud: lograba engañar a su padre, había tenido muchos pretendientes, etcétera.

-Y, ¿saben ustedes? -prosiguió-, mi padre me aconsejó que dijera a un caballero que se estaba volviendo demasiado intempestivo: «; Señor, no olvide usted que soy una dama!

Nos echamos a reír a carcajadas.

Aunque por lo común tan callado, también Peter suele provocar nuestra hilaridad. Siente pasión por las palabras extranjeras, aun cuando no siempre conozca su significado. Una tarde se prohibió usar el lavatorio porque había visitas en la oficina. Pero Peter estaba apurado, así que no apretó la descarga. Para prevenirnos, dejó una nota en la puerta: «S. V. P. gas». Por supuesto, lo que quería decir era: «Cuidado con el gas», pero pensó que las iniciales quedaban más elegantes. No tenía la más remota idea de que querían decir «por favor».

Tuya,

ANA

Sábado 27 de febrero de 1943

Querida Kitty:

Pim espera una invasión aliada de un día a otro. Churchill tuvo una pulmonía, de la que se restablece lentamente. En la India, Ghandi demuestra, una vez más, su amor por la libertad haciendo huelga de hambre.

La señora Van Daan pretende ser fatalista. Pero ¿quién es la más chillona durante los bombardeos? Nadie más que Petronella.

Henk nos ha traído el sermón impreso por los obispos y distribuido entre los fieles de la iglesia. Es magnífico y está muy bien escrito: «Holandeses, no descanséis, todos están luchando con sus propias armas, por la libertad de la patria, del pueblo y de la religión. Ayudad, sed generosos, y no desfallezcáis». ¡Y eso viene del púlpito! ¿Servirá de algo? Nuestros correligionarios, seguramente no podrán ser ayudados.

No te imaginas lo que ha sucedido. El propietario vendió

este edificio, sin avisar antes a Kraler y Koophuis. La otra mañana vino de visita el nuevo propietario, acompañado de un arquitecto, para examinar la construcción. Afortunadamente, el señor Koophuis se encontraba presente; les enseñó toda la casa, salvo nuestro anexo, diciéndoles que la llave de esa puerta la tenía en su domicilio. El nuevo propietario no insistió. ¡Con tal de que no vuelvan para echar una ojeada al anexo! ¡Eso sería amargo para nosotros!

Papá nos regaló un nuevo fichero, que nos servirá a Margot y a mí para los libros que ya hemos leído; cada una anotará el título de los libros, el autor, etc. Tengo un cuaderno especial para las palabras extranjeras.

Desde hace algunos días, las cosas marchan mejor con mamá, pero nunca seremos la una confidente de la otra. Margot está cada vez más pronta a sacar las uñas, y hay algo que fastidia a papá, aunque él, es siempre muy bueno.

Nuevo racionamiento de mantequilla y margarina en la mesa. En cada plato se coloca una pequeña porción. Considero que los Van Daan no realizan un reparto equitativo, pero mis padres temen demasiado las disputas para permitirse una observación. Por mi parte, creo que a esa gente siempre se le debería pagar con la misma moneda.

Tuya,

ANA

Miércoles 10 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Anoche tuvimos un cortocircuito, precisamente durante un bombardeo y el ruido ensordecedor de los cañones antiaéreos. No puedo librarme del miedo a los aviones y a las bombas, y me paso casi todas las noches al lecho de papá, buscando allí protección. Es una niñería, lo admito, pero si tú tuvieras que pasar por eso... Los cañones hacen un estruendo ensordecedor. La señora fatalista estaba a punto de soltar las lágrimas cuando dijo, con una vocecita quejumbrosa:

- ¡Oh, qué desagradable! ¡Oh, que estruendo!

Lo que quería decir: «Me muero de miedo».

A la luz de las velas era menos terrible que en la oscuridad. Yo me estremecía como si tuviera fiebre y suplicaba a papá que encendiera nuevamente la velita. Pero él se mantuvo inflexible: había que permanecer en la oscuridad. De repente empezaron a tirar con las ametralladoras, lo que es cien veces más aterrador que los cañones. Mamá saltó de la cama y encendió la vela, a pesar de que papá refunfuñaba. Mamá contestó con firmeza:

-¿Es que tomas a Ana por un viejo soldado como tú?

Asunto concluido.

¿Te he hablado ya de los otros miedos de la señora Van Daan? Creo que no. Si no lo hiciera, no estarías completamente al tanto de las aventuras del anexo. Una noche, la señora creyó oír ladrones en el desván: percibía sus pasos, no cabía duda, y estaba tan asustada que despertó a su marido. Pero en ese momento los ladrones habían desaparecido: el señor Van Daan no oyó más que los latidos del corazón de su esposa.

- ¡Oh Putti! (apodo del señor). Seguramente se han llevado los salchichones y todas nuestras bolsas de frejoles. ¿Y Peter? ¿Estará todavía Peter en su cama?

-No te alarmes, que no se han llevado a Peter. No tengas miedo y déjame dormir.

Pero no hubo más remedio. La señora sentía tal pavor, que ya no podía volver a conciliar el sueño. Algunas noches después,

toda la familia Van Daan fue despertada por sonidos fantasmales. Peter subió al desván con una lámpara de bolsillo, ¿y qué vio? ¡Brrr! ¡Una caterva de ratas que huían! Los ladrones habían sido descubiertos. Hemos dejado a Mouschi en el desván para que cace a los indeseables, que no han vuelto, por lo menos durante las horas de descanso.

Noches atrás, Peter subió a la bohardilla a buscar periódicos viejos. Al bajar la escalera apoyó la mano, sin mirar, en... una rata enorme. Le faltó poco para que rodase por la escalera, muerto de terror y de dolor, porque la rata le mordió el brazo, ¡y cómo! Al entrar en nuestra habitación estaba pálido como la cera y con su pijama todo manchado de sangre: apenas si se mantenía en pie.

¡Qué sorpresa tan desagradable! No es divertido acariciar a una rata y, si por añadidura, lo muerde a uno, resulta espantoso.

Tuya,

ANA

Viernes 12 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Permíteme que te presente a mamá Frank, campeona de la juventud. Ahora reclama mantequilla suplementaria para los jóvenes; se trata de los problemas de la adolescencia moderna. Problema tras problema, mamá los defiende todos y entabla una lucha en pro de la juventud; y, aunque los mayores se irriten, siempre triunfa.

Un tarro de lengua en conserva se ha echado a perder. Cena de gala para Mouschi y Muffi.

Tú no conoces aún a Muffi, que, sin embargo, ya estaba en el edificio antes de nuestra llegada al anexo. Es el gato de la oficina, o, mejor dicho, del almacén, donde tiene a las ratas a raya. Su nombre político se explica como sigue: la empresa poseía dos gatos, uno para el almacén y otro para el desván. Cuando estos dos gatos se encontraban, libraban siempre batallas monstruosas. El del almacén atacaba infaliblemente primero, mientras que, a la larga, el del desván salía siempre vencedor. Exactamente como en la política. Agresivo, o alemán, al gato del almacén se le había dado el nombre de Muffi, y al gato del desván, con su carácter inglés, Tommy. Tommy ha desaparecido, y Muffi nos distrae cuando bajamos a la oficina.

Comemos tantas legumbres que ya no puedo verlas. Siento náuseas sólo de pensar en ellas. Ya no se sirve pan por la tarde.

Papá acaba de declarar que está muy preocupado. ¡pobre! Tiene otra vez una mirada muy triste.

No puedo apartar mis ojos de un libro titulado DeKlop op de Deur*, de Ina Boudier-Bakker. La descripción de la familia es excelente y está muy bien escrito, aunque los capítulos relacionados con la guerra y la emancipación de las mujeres me gustan menos: en verdad, eso no me interesa bastante.

Violentos bombardeos sobre Alemania.

El señor Van Daan está enfadado, y con razón: no tiene cigarrillos. Deliberación sobre el problema de comer o no comer verduras en latas; decisión a nuestro favor.

Ya ningún zapato me sirve, salvo las botas de esquiar, que son poco prácticas para la casa. Un par de sandalias de esparto al precio de 6,50 florines han durado una semana después de lo cual debieron ser puestas fuera de combate. Miep quizás encuentre algo en el mercado negro. Tengo que ir a cortarle el pelo a Pim. Papá asegura que no querrá otro peluquero después de la guerra; a tal punto me desempeño bien en mi tarea. ¡Yo le daría crédito, si tan a menudo no le hiciera un corte en la oreja!

Tuya,

ANA

Jueves 18 de marzo de 1943

El llamado a la puerta (N. del T,).

Querida Kitty:

Turquía va a entrar en la guerra. Gran emoción.

Aguardamos las transmisiones conteniendo el aliento.

Tuya,

ANA

Viernes 19 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Apenas una hora después, la alegría fue seguida de una decepción. Turquía aún no está en guerra; el discurso del ministro del exterior no era más que un llamamiento a suspender la neutralidad. Un vendedor del centro de la ciudad había gritado: «¡Turquía al lado de los ingleses!». Sus diarios llegaron hasta nosotros con sus falsas noticias y desengaño.

Los billetes de 500 y de 1000 florines van a ser declarados caducos. Quienes se ocupan del mercado negro, etc., van a verse en apuros, pero es mucho más serio para los propietarios que ocultan su dinero y para quienes están escondidos por la fuerza de las circunstancias. Cuando se quiere cambiar un billete de 1000, se está obligado a declarar y probar su proveniencia. Podrán utilizarse para pagar los impuestos, hasta la semana próxima.

Dussel ha conseguido un antiguo torno operado a pedal. Bien pronto voy a ser sometida a un examen minucioso.

El «Führer de los germanos» ha hablado a sus soldados heridos. ¡Triste audición! Preguntas y respuestas poco más o menos de esta clase:

-Mi nombre es Heinrich Scheppel.

-¿Dónde fue usted herido?

-En el frente de Stalingrado.

-¿Qué heridas tiene?

-Ambos pies helados y fractura del brazo izquierdo,

Así transcurría esta tremebunda función de títeres. Los heridos parecían estar muy orgullosos de sus heridas, cuantas más, mejor. Uno de ellos parecía muy turbado, apenas podía hablar, por la simple razón de que le era permitido tender al Führer la mano (si es que le queda alguna).

Tuya,

ANA

Jueves 25 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Ayer, cuando estábamos agradablemente reunidos papá, mamá, Margot y yo, Peter entró de pronto y murmuró algo al oído de papá. Yo pude vagamente oír: «Un tonel derribado en el almacén», y «alguien que está llamando a la puerta», tras lo cual salieron enseguida. Margot había comprendido lo mismo, pero trataba de calmarme, porque, naturalmente, yo me había puesto pálida.

Ya solas las tres, no había más que aguardar. Apenas dos minutos más tarde subió la señora Van Daan; había estado escuchando la radio en la oficina privada, Pim le había dicho que desconectara el aparato y subiera silenciosamente, pero cuando menos ruido quiere una hacer, más crujen los peldaños. Después de otros cinco minutos, Peter y Pim reaparecieron, muy pálidos, y nos contaron sus desventuras. Se habían puesto a escuchar al pie de la escalera, al principio sin resultado. De pronto -nada de ilusión- oyeron dos golpes violentos, como si golpeasen dos puertas. De un salto, Pim subió hasta nuestra casa; al pasar, Peter avisó a Dussel, que, como siempre, fue el último en unirse a nosotros. Todos nos pusimos en marcha para subir a casa de los Van Daan, no sin antes quitarnos los zapatos. El señor Van Daan estaba en cama con resfrío; nos agrupamos alrededor de su

cabecera para imponerle, en voz baja, de nuestras sospechas.

Cada vez que el señor Van Daan tosía, su esposa y yo casi nos desmayábamos de miedo; por fin, uno de nosotros tuvo la luminosa idea de darle codeína: los accesos se calmaron inmediatamente.

Tras una espera interminable, supusimos que, como ya no se percibía ningún ruido, los ladrones habían oído nuestros pasos en aquellas oficinas cerradas y habían emprendido la fuga. Pensamos con aprensión en el receptor de radio, a cuyo alrededor las sillas formaban círculo, y que todavía estaba sintonizado con Inglaterra. Si la puerta hubiera sido forzada y si los encargados del cañón antiaéreo denunciaran tal irregularidad a la policía, las consecuencias no podrían ser más serias. El señor Van Daan se levantó, se puso el abrigo y el sombrero, siguió a papá, y ambos bajaron la escalera: Peter, que para mayor seguridad se había armado de un gran martillo, se unió a ellos. Las señoras, Margot y yo quedamos en una espera angustiosa durante cinco minutos, por fin, los hombres reaparecieron para decirnos que todo estaba tranquilo en la casa.

Quedaba entendido que no utilizaríamos el agua de los grifos ni la descarga del W.C. Pero la emoción causó el mismo efecto en cada uno de nosotros. Puedes imaginarte cuál era la atmósfera después que todos hubimos visitado el retrete.

Cuando un incidente de tal clase sucede, siempre hay un montón de cosas que se suman a él; y en este caso: 1º, el carillón de la Westerturn dejó de sonar, y por lo tanto yo me veía privada de ese amigo que infaliblemente me infundía confianza; 2º, nos preguntábamos si la puerta de la casa había sido bien cerrada la víspera, porque el señor Vossen había partido antes de la hora esa tarde, e ignorábamos si Elli pensó en pedirle la llave antes de que se fuera.

Sólo alrededor de las once y media de la noche comenzamos a sentirnos un poco más tranquilos. Los ladrones nos habían alarmado a eso de las ocho. A pesar de su rápida fuga, nos hicieron pasar una velada de execrable incertidumbre. Bien pensado, nos pareció extremadamente improbable que un ladrón se arriesgara a forzar una puerta de entrada a una hora en que la gente circula aún por las calles. Además, alguien sugirió que el capataz de nuestros vecinos podía haber trabajado hasta más tarde, que el ruido podía provenir de allí, puesto que las paredes eran delgadas; en tal caso, la emoción general habría jugado una mala pasada a nuestro oído, y nuestra imaginación habría hecho lo demás durante aquellos instantes críticos.

Nos acostamos, por fin, aunque nadie tenía sueño. Papá, mamá y Dussel pasaron una noche casi en blanco; en cuanto a mí, puedo decir, sin exageración, que apenas si cerré los ojos. Al alba, los hombres bajaron hasta la puerta de entrada, para observar la cerradura: todo estaba en orden, y, por lo tanto, nos tranquilizamos.

Cuando contamos a nuestros protectores la aventura e inquietud de la noche anterior en todos sus detalles, se burlaron de nosotros; pasado el susto, es bien fácil reírse de estas cosas. Solamente Elli nos ha tomado en serio.

Tuya,

ANA

Sábado 27 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Hemos terminado el curso de taquigrafía por correspondencia, y vamos a dedicarnos a la velocidad.

¿No te parece que seremos campeones? Debo contarte otras cosas sobre mis asignaturas de pasatiempo (así las llamo porque no tenemos otra cosa que hacer que dejar transcurrir los días lo más rápidamente posible hasta que podamos salir): me entusiasma la mitología, y, sobre todo, los dioses griegos y romanos. «Es una

chifladura pasajera», dicen los que me rodean; nunca han oído hablar de una escolar que aprecie a los dioses, a ese punto. ¡Bah, yo seré la primera!

El señor Van Daan sigue resfriado, o, mejor dicho, tiene la garganta un poco irritada. Sus aspavientos resultan cómicos. Hace gárgaras con una infusión de manzanilla y se pincela el paladar con azul de metileno, se desinfecta los dientes, la lengua, hace inhalaciones, y, además, el caballero está de mal humor.

Rauter, uno de los nazis importantes, ha pronunciado un discurso: «Todos los judíos deberán abandonar los países germánicos antes del 1º de julio. La provincia de Utrecht será depurada del 1º de abril al 1º de mayo (como si se tratase de vulgares baratas); Enseguida, las provincias de Holanda del Norte y del Sur, del 1º de mayo al 1º de junio». Llevan a esas pobres gentes al matadero como un tropel de animales enfermos y sucios. Pero prefiero no hablar de eso, porque es una pesadilla.

Una buena noticia: la Oficina de Colocación alemana ha sido saboteada, le prendieron fuego. Algunos días más tarde, otro tanto con el Registro Civil, donde hombres disfrazados de polizontes alemanes maniataron a los centinelas y destruyeron documentos importantes.

Tuya,

ANA

Jueves 10 de abril de 1943

Querida Kitty:

Las cosas no están para bromas. Hoy puedo decir con fundamento: «Una desgracia nunca viene sola».

Ante todo, el señor Koophuis, ese protector que nunca deja de alentarnos, tuvo ayer una fuerte hemorragia del estómago y debe guardar cama al menos tres semanas. Luego, Elli está con gripe. Además, el señor Vossen tiene probablemente también una úlcera en el estómago, y será internado en el hospital, la semana próxima, para que lo operen. Por añadidura, importantes conversaciones de negocios iban a entablarse, y ya habían sido fijados los detalles entre papá y Koophuis. Faltó tiempo para poner suficientemente al tanto a Kraler.

Esa reunión de negocios que debía celebrarse en la oficina privada, tenía a papá terriblemente ansioso en cuanto al resultado.

- ¡Si yo pudiera estar presente! ¡Ah, si yo pudiera estar allí! - exclamaba.

- ¿Por qué no pegas el oído al suelo? -le aconsejaron-. Lo oirías todo.

El rostro de papá se iluminó. Ayer a la mañana, a las once y media, Margot y Pim (dos oídos valenmás que uno) se tendieron a todo lo largo para tomar el puesto de escucha. La conversación, inacabada por la mañana, se postergó hasta la tarde. Papá estaba acalambrado por aquella postura poco práctica, e incapaz de proseguir la campaña de espionaje, a las dos y media, cuando las voces se hicieron oír, me rogó que lo reemplazara al lado de Margot. Pero las conversaciones se eternizaban y se hacían tan aburridas, que me dormí sobre el linóleo duro y frío. Margot no se atrevió ni siquiera a tocarme, y mucho menos a llamarme, por miedo al menor ruido que delatara nuestra presencia. Me desperté después de una buena media hora, y comprobé que no recordaba nada de lo que se había dicho. Afortunadamente, la atención de Margot no flaqueó en ningún momento.

Tuya,

ANA

Viernes 2 de abril de 1943

Querida Kitty:

¡Ay!, otro pecado viene a agregarse a mi larga lista. Anoche, cuando ya estaba acostada, aguardando a papá que debía rezar conmigo, antes de darme las buenas noches, mamá entró, se sentó en mi cama y me preguntó muy discretamente:

-Ana, papá no puede venir todavía, ¿quieres que recemos juntas esta vez?

-No, mamá -contesté.

Mamá se levantó, se detuvo un momento junto a mi cama y luego se dirigió lentamente hacia la puerta, de donde se volvió de pronto, y, el rostro demudado por la aflicción, dijo:

-Prefiero no enojarme. Al cariño no se le ordena.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, cuando cerró la puerta. Yo permanecí inmóvil, juzgándome odiosa por haberla rechazado tan brutalmente, aunque sabiendo que no podía responder de otra manera. Soy incapaz de hipocresías, así como de rezar con ella a disgusto. Lo que ella me había pedido era sencillamente imposible.

Sentí lástima de mamá, la compadecí de todo corazón, pues por primera vez en mi vida me daba cuenta de que mi frialdad no le era indiferente. La pesadumbre se leía en su cara cuando dijo que al cariño no se le ordena. La verdad duele. Sin embargo, mamá me ha rechazado -es también la verdad-, me ha abrumado siempre con sus observaciones intempestivas y sin tacto, y se ha mofado de cosas que yo me resisto a tomar en broma. Se sintió afectada en lo más íntimo al comprobar que todo amor entre nosotros ha desaparecido de veras, exactamente como me ocurría a mí al recibir cada día sus duras palabras.

Mamá lloró largo rato y pasó una noche en blanco. Papá no me mira casi, y, cuando sus ojos se cruzan con los míos, puedo leer en ellos: «¿Cómo has podido ser tan mala, cómo te has atrevido a causar esa pena a tu madre?».

Ellos esperan que yo me disculpe, pero es imposible disculparme en un caso semejante, porque he dicho una verdad que, tarde o temprano, mamá se verá obligada a escuchar de todos modos. Ya no necesito aparentar, pues me he vuelto indiferente a las lágrimas de mamá y a las miradas de papá; por primera vez, ambos se percatan de lo que siento constantemente. No puedo sino apiadarme de mamá, que se ve obligada a guardar su compostura ante mí. Por mi parte, he resuelto callarme y mantenerme fría; no retrocederé ante ninguna verdad, sea la que fuere, pues cuanto más tarde en decirla, más doloroso será oírla.

Tuya,

ANA

Martes 27 de abril de 1943

Querida Kitty:

Las disputas hacen retumbar toda la casa. Mamá contra mí, los Van Daan contra papá, la señora contra mamá. Todo el mundo está encolerizado. ¿Nos divertimos, eh? Los innumerables pecados de Ana han sido puestos de nuevo sobre el tapete en toda su amplitud.

El señor Vossen está en el hospital. El señor Koophuis se ha restablecido más pronto de lo que se creía, pues, por esta vez la hemorragia pudo combatirse fácilmente. Nos contó que el Registro Civil fue tan bien tratado por los bomberos, que no solamente extinguieron las llamas, sino que, además, dejaron todo el interior bajo agua. Eso me alegra.

El Carton Hotel está en ruinas; dos aviones ingleses, con un pesado cargamento de bombas incendiarias, atacaron el Offiziersheim* pegando fuego a todo el inmueble de la esquina. Se acabó el descanso por la noche; tengo unas ojeras enormes por falta de sueño. Nuestra alimentación es abominable. Desayuno: pan duro y sucedáneo de café. Comida: espinaca o

lechugas, desde hace quince días. Las patatas, de 30 centímetros de largo, son dulzonas y saben a

podrido. ¡Quienes deseen adelgazar no tienen más que hacerse pensionistas del anexo! Nuestros vecinos no dejan de lamentarse, pero nosotros tomamos la situación no tan a lo trágico. Todos los hombres que hayan sido movilizados o que hayan combatido en 1940 son llamados con el fin de trabajar para der Führer como prisioneros de guerra. ¡Una medida más, sin duda, contra la invasión!

Tuya,

ANA

Sábado 10 de mayo de 1943

Querida Kitty:

Si me pongo a pensar en la forma en que vivimos aquí, llego casi siempre a la misma conclusión: comparados con los judíos que no están escondidos, nosotros debemos considerarnos en el paraíso. Sin embargo, más tarde, cuando todo retorne a la normalidad y habitemos, como antes, nuestra casa decentemente arreglada, no podré dejar de asombrarme al recordar hasta qué punto hemos descendido.

Esto en lo que concierne a nuestra manera de vivir. Por ejemplo, desde que estamos aquí utilizamos el mismo hule, que ya no puede llamarse limpio después de un uso tan prolongado. Trato a menudo de frotarlo con un estropajo, pero éste tiene más agujeros que tela. Por mucho que se lave y jabone la mesa nunca se logra nada satisfactorio. Durante todo el invierno los Van Daan han dormido sobre un retazo de franela que no se puede lavar aquí, porque el detergente es malo y escaso. Papá lleva un pantalón raído y una corbata deshilachada. El corsé de mamá ha exhalado hoy su último suspiro, en tanto que Margot se pasea con un corpiño dos medidas más chico.

Mamá y Margot se las arreglaron para pasar el invierno con sólo tres camisones para las dos; los míos se han vuelto tan cortos, que ni siquiera me llegan hasta las rodillas.

Desde luego estas cosas son pasajeras, y por tanto intrascendentes, pero a veces tengo mis aprensiones: «Nosotros, que nos adaptamos actualmente a nuestras cosas requeteusadas, desde mis calzones hasta la brocha de afeitar de papá, ¿volveremos a llevar un día el tren de vida de antes de la guerra?

Esta noche, los aviones han bombardeado en tal forma, que cuatro veces empaqueté todas mis cosas. Hoy, hasta he preparado una maletita con lo estrictamente necesario en caso de huida. Mamá me ha preguntado, y con razón:

-¿A dónde quieres huir?

Toda Holanda es castigada por las huelgas que paralizaron diversos puntos del país. Ha sido declarada en estado de sitio, y a todo el mundo se le ha suprimido un cupón de mantequilla. ¡Así se castiga a los niños malos!

Por la tarde lavé el pelo a mamá. No es nada de fácil con el pegajoso jabón que ahora se consigue. Mamá tampoco puede ya peinar su gruesa cabellera con el único peine gastado, al que sólo le quedan diez dientes.

Tuya,

ANA

Martes 18 de mayo de 1943

*Club de oficiales alemán (N. del T.).

Querida Kitty:

He sido espectadora de una terrible batalla entre aviones ingleses y alemanes. Desgraciadamente, los tripulantes de dos máquinas inglesas fueron obligados a abandonar sus aparatos en medio de las llamas, y a saltar en paracaídas. Nuestro lechero, que vive cerca de la ciudad, vio a cuatro canadienses sentados en la cuneta del camino, uno de ellos, que hablaba fluidamente el holandés, le pidió fuego y le contó que formaba parte de un equipo de seis hombres. El piloto había muerto carbonizado, y el quinto se había ocultado no sabían dónde. La policía alemana los aprehendió en perfecto estado de salud. ¿Cómo es posible conservar tal presencia de espíritu después de un salto tan formidable?

A pesar del calor primaveral, nos vemos obligados a encender la estufa todos los días para quemar restos de hortalizas y otros residuos. Como debemos tener en cuenta al muchacho del depósito no podemos utilizar los tachos de basura. La menor imprudencia bastaría para delatarnos.

Todos los estudiantes que hayan terminado o piensen proseguir sus estudios este año han sido invitados a firmar una declaración en la que afirman simpatizar con los alemanes y con el nuevo orden. El 80 por ciento se ha negado resueltamente a renegar de su conciencia y de sus convicciones, y han tenido que sufrir las consecuencias. Todos los estudiantes que no firmaron serán enviados a un campo de trabajo en Alemania. Si todos los jóvenes son condenados a trabajos forzados en tierra de nazis, ¿qué va a quedar de la juventud holandesa?

La noche pasada, yo estaba en la cama de papá, y mamá había cerrado la ventana, para amortiguar el ruido del bombardeo. De pronto oí que uno de nuestros vecinos saltaba de la cama como picado por una tarántula (no muy ligero, era la señora), e inmediatamente después, la detonación inmediata de una bomba. Grité: «¡Luz, luz!» Pim encendió. Yo esperaba ver la habitación devorada por las llamas de un momento a otro. No sucedió nada. Subimos rápidamente a ver qué era lo que los había alarmado. El señor y la señora Van Daan habían visto una luz rosada en el cielo. El creyó que había fuego no lejos de nosotros, y ella, que las llamas se habían apoderado de nuestra casa. La detonación de la bomba la hizo saltar sobre sus piernas temblorosas. Pero como aquí no había sucedido nada, volvimos a meternos todos en la cama.

Los disparos se reanudaron apenas un cuarto de hora más tarde. Inmediatamente la señora Van Daan se levantó y bajó a la habitación del señor Dussel, buscando allí la calma que inútilmente procuraba encontrar al lado de su marido. Dussel la recibió con estas palabras:

- ¡Ven a mi cama, hijita!

Lo que provocó en todo el mundo una loca risa histérica, que bastó para ahuyentar el miedo y hacer olvidar el estruendo de los cañones.

Tuya,

ANA

Domingo 13 de junio de 1943

Querida Kitty:

Para mi cumpleaños papá me ha escrito una poesía, demasiado buena como para dejar de transcribirla aquí. Pim no puede componer poemas sino en alemán. Y Margot se encargó de, la traducción. Según el fragmento que cito, podrás juzgar si Margot se ha desempeñado bien en su cometido. Suprimo el comienzo, que no es más que un resumen de los acontecimientos del año transcurrido.

Aunque eres la más joven, ya no eres una niña,

mas la vida no es fácil

pues todos quieren enseñarte, no siempre para bien: «Tenemos experiencia, aprende de nosotros».

«Ya todo lo hemos hecho muchas veces y sabemos mejor lo que hay que hacer».

Y así siguen diciendo todo el día.

Las propias faltas tienen poco peso,

por eso pesan tanto las faltas de los otros.

Tus padres tratamos de ser justos contigo;

muchas cosas sin duda te molestan

mas no siempre podemos darte la razón.

Hay que ceder mil veces en la vida

y aceptar muchas cosas como píldora amarga,

y todo por la paz.

El año transcurrido, no lo has disipado; con tus estudios, tareas y lecturas

nunca pareces aburrirte.

Y ahora hablemos de tu ropa

pues oigo que preguntas: «¿Y qué puedo ponerme?

Todo me queda corto.

Mi camisa es un trapo y mi pobre calzado no me sirve sino para sufrir.

¡Ah, cuántas calamidades me atormentan!

He suprimido también otro pasaje referente a la comida, que Margot no ha logrado poner en verso. ¿No te parece lindo este poema? Además, he sido muy obsequiada: tres bonitos regalos, entre ellos un grueso libro sobre mi tema preferido: Mitología de Grecia y Roma. A propósito de golosinas, tampoco tengo que quejarme; como benjamín, pienso que cada habitante de nuestro escondite me ha sacrificado un poco de sus últimas reservas. En realidad me han honrado demasiado, dadas las circunstancias, y he recibido más de lo que merecía.

Tuya,

ANA

Martes 15 de junio de 1943

Querida Kitty:

Siempre tengo muchas cosas que contarte, pero a menudo las paso por alto, por no juzgarlas suficientemente interesantes y, asimismo, por miedo de aburrirte con demasiadas cartas. He aquí las últimas novedades. Seré breve.

No han operado la úlcera del señor Voseen. En la mesa de operaciones el cirujano comprobó que había un cáncer demasiado avanzado para extirparlo. Volvió a cerrar y lo mantuvo en el hospital durante tres semanas, alimentándole bien, antes de mandarlo a su casa. Lo compadezco profundamente y, si pudiera salir, no habría dejado de ir a verlo a menudo, para distraerlo. ¡Cómo extrañamos al bueno de Vossen, que nos tenía tan al corriente de todo cuanto sucede y se dice en el depósito, prestándonos ayuda y alentándonos! ¡Pobre amigo! ¡Qué desgracia!

El mes próximo habrá que ceder el aparato de radio. Los alemanes los requisan todos. El señor Koophuis está obligado a entregar el suyo a las autoridades. Pero nuestro protector ha comprado en el mercado negro un aparato Baby, que reemplazará al gran receptor Philips. Es una lástima tener que desprenderse de una radio tan buena, pero una casa que sirve de escondite no puede permitirse atraer la atención de las autoridades con una irregularidad. Vamos a colocar aquí el receptor Baby; un receptor clandestino, en casa de judíos clandestinos que compran en el mercado negro con dinero clandestino. Todo el mundo se esfuerza por conseguir un viejo receptor para entregar a las autoridades en lugar del que ellos reclaman. Cuanto peores son las noticias,

más la voz maravillosa de las transmisiones de ultramar significa para todos ese alentador «¡Animo, arriba el corazón, volverán tiempos mejores!» del cual no podemos prescindir.

Tuya,

ANA

Domingo 11 de julio de 1943

Querida Kitty:

Volviendo al problema de la educación, puedo asegurarte que me esfuerzo mucho por hacerme útil, por ser amable y cariñosa; en una palabra, por cambiar el clima y atenuar la lluvia de observaciones. ¡Qué estupidez pretender ser ejemplar con quienes no congeniamos! Pero, en verdad, comprendo que con un poco de hipocresía tengo mucho más que ganar que con mis opiniones sinceras, que nadie ha pedido ni estimado nunca.

A veces me olvido de interpretar la comedia y no puedo contener mi rabia ante una injusticia, de manera que necesito soportar durante cuatro semanas o más las alusiones a «la chiquilla más insolente del mundo». ¿No piensas que a veces me quejo con razón? Afortunadamente, no soy rezongona, pues me agriaría cada vez más y perdería para siempre mi buen humor.

He decidido dejar un poco la taquigrafía, después de todo el tiempo que le he dedicado... Primero, para poder consagrarme mejor a mis otras asignaturas, y, luego, por mis ojos. ¡Otra calamidad! Cada día me vuelvo más miope, y hace tiempo que hubiera debido usar lentes -que me harán parecerme a una lechuza-, pero imaginarás que nosotros, para salir... Ayer, en toda la casa no se ha hablado más que de los ojos de Ana, porque mamá ha sugerido que fuera al consultorio del oculista acompañada de la señora Koophuis. Ante esta sola perspectiva, creí desmayarme. Salir... no es una tontería.

¿Puedes imaginártelo? ¡Salir a la calle! ¡Estar en la calle! Sería increíble. Al principio, sólo de pensarlo, me asustó mucho; luego, me sentí encantada. Pero no es tan sencillo como parece. Esta decisión concierne a todo el mundo, y como cada uno de los interesados tiene algo que decir, no han podido ponerse de acuerdo inmediatamente. Todas las dificultades, todos los riesgos han sido pesados y sopesados, aun cuando Miep se haya ofrecido enseguida para acompañarme.

Mientras, saqué del armario mi abrigo gris, pero me queda tan chico, que parece de mi hermana menor. Siento verdadera curiosidad por ver qué resulta del proyecto, aunque pienso que será abandonado porque, entretanto, los ingleses han desembarcado en Sicilia, y papá está una vez más persuadido de «un final próximo y rápido».

Elli nos confía, a Margot y a mí, una gran parte de su trabajo de oficina; eso le ayuda enormemente y a nosotras nos hace sentirnos útiles e importantes. Se trata de clasificar la correspondencia y de inscribir las ventas; todo el mundo puede hacerlo, pero nosotras somos muy concienzudas.

Miep siempre anda agobiada como una mula de carga. No hace más que transportar paquetes. Casi todos los días recorre kilómetros para conseguir algunas hortalizas que trae en grandes bolsas atadas a su bicicleta. Cada sábado, fielmente, llega con cinco libros de la biblioteca; los esperamos toda la semana con impaciencia. Exactamente como niños a quienes se ha prometido un juguete.

Las personas libres jamás podrán imaginar lo que los libros significan para quienes están escondidos.

Libros, y más libros, y la radio...

Esa es toda nuestra distracción.

Tuya,

ANA

Martes 13 de julio de 1943

Querida Kitty.

Con permiso de papá, ayer, después de almorzar, preguntó a Dussel, si, por favor, querría concederme (¡Más cortesía, imposible!) el uso de la mesa en el cuarto que compartimos, dos tardes por semana, de cuatro a cinco y media. Una pequeña explicación: yo la utilizo todos los días de dos a cuatro, mientras

Dussel duerme la siesta. A partir de las cuatro, la habitación y la mesa me están vedadas. Por la tarde, hay demasiada gente en el cuarto de mis padres para poder estudiar allí, y, además, a papá también le gusta utilizar la mesa cuando tiene trabajo.

Considero haber pedido algo razonable, y lo hice por pura cortesía. ¿Y qué imaginarás que el señor Dussel contestó? «No». Lisa y llanamente. «No». Me sentí indignada. Le pregunté la razón de su negativa, bien decidida a no dejarme avasallar. ¡Pero él me mandó a paseo! He aquí lo que me dijo:

-Yo también tengo que trabajar. Si no lo hago por la tarde no trabajo en absoluto. He de terminar mi tesis, en caso contrario, ¿de qué valdría haberla comenzado? Y tú, tú no tienes nada serio que hacer. La mitología no es trabajo; tejer y leer tampoco. Yo me he reservado la mesita, y me la quedo.

He aquí mi respuesta:

-Pero, señor Dussel, yo trabajo todo lo seriamente que puedo; en la habitación de mis padres es imposible por la tarde. ¡Le ruego que tenga la amabilidad de reflexionar sobre lo que le he pedido!

Acto seguido, Ana, muy ofendida, le volvió la espalda, e hizo como si el gran doctor no existiera. Me sentí llena de rabia frente a aquel Dussel abominablemente mal educado, cuando yo me había mantenido tan correcta. Por la noche, me arreglé para hablar a solas con Pim; le conté cómo habían sucedido las cosas, y discutí con él de qué manera tenía que portarme, porque no quería ceder y deseaba resolver el asunto completamente sola, si era posible. Pim me dio algunos consejos, entre otros el de aguardar hasta el día siguiente porque me sentía demasiado exaltada.

Pero eso no me gustaba. Después de limpiar la vajilla, me reuní con Dussel en mi cuarto; teniendo a Pim en la habitación de al lado y la puerta abierta, el aplomo no me faltaba. Empecé:

-Señor Dussel, usted quizá juzgue que no vale la pena considerar mi pedido más detenidamente, pero, sin embargo, yo le ruego que reflexione.

Dussel, con la más amable de sus sonrisas, observó: -Sigo dispuesto, en todo instante, a hablar de ese asunto, aunque lo juzgue terminado.

A pesar de las frecuentes interrupciones de Dussel, seguí hablando:

-Cuando usted llegó a nuestra casa, quedó bien entendido que, el compartir la habitación conmigo, compartiríamos también su uso, y usted aceptó ocuparla por la mañana, en tanto que yo dispondría de ella por la tarde, toda la tarde! Ni siquiera le pido tanto: dos tarde por semana me parece cosa razonable.

Dussel saltó como si una fiera lo hubiera mordido:

-Tú no tienes ningún derecho... Y, además, ¿a dónde quieres que vaya yo? Le diré al señor Van Daan que me construya una casita de perro en el desván para trabajar allí tranquilo; aquí no se está tranquilo en ninguna parte. No se puede vivir contigo sin reñir. Si tu hermana Margot hubiera venido a pedirme lo mismo, y eso estaría más justificado, yo no habría pensado siquiera en negárselo; pero a ti...

Siguieron entonces las mismas críticas: la mitología, el tejido, etc. Es decir, humillaciones para Ana. Ella, sin embargo, no se dio por aludida, y dejó terminar a Dussel:

-Pero, ¿qué quieres?, contigo es inútil cualquier discusión. Tú eres el egoísmo personificado, sólo piensas en hacer lo que se te antoja, no retrocedes ante nada ni nadie con tal de salirte con la tuya. Nunca he visto una niña igual. Pero, en resumidas cuentas, me veré obligado a aceptarlo; de lo contrario, tendré que oír más tarde que Ana Frank ha fracasado en sus exámenes porque el señor Dussel se negó a cederle la mesita.

Y así, sucesivamente, como una catarata; a la larga, yo no podía seguirle ya. Pensé: «Voy a darle tal bofetada, que se estrellará contra el techo con todos sus embustes»; pero después me decía a mí misma: « ¡No te alteres, este tipo no vale la pena!

Por fin, el señor Dussel se quedó sin resuello, pero, a la vez el enfado y el triunfo se leían en su cara cuando dejó la habitación con actitud pedante. Yo corrí donde papá para repetirle mi pequeña discusión en todos sus pormenores, por si acaso no la había escuchado. Pim decidió volver a hablar de ello con Dussel, esa misma noche; el diálogo duró una media hora. La conversación transcurrió, poco más o menos, como sigue: Se trataba de saber si Ana tenía o no derecho a su mesita. Papá le recordó que ellos ya habían hablado antes de eso. El había tenido la debilidad, en aquel momento, de darle la razón, para mantener el prestigio de los mayores frente a los chicos. Pero ni entonces ni ahora lo consideraba justo. Dussel protestó y dijo que Ana no tenía ningún derecho a tratarle como un importuno que se apodera de todo; papá protestó a su vez, diciendo que él mismo acababa de ser testigo de la conversación entre Dussel y yo y que nada semejante había sido dicho. Algunas observaciones aún, de una parte y de la otra, y papá terminó por defender mis estudios, que Dussel denominaba mi «egoísmo» y mis «fruslerías». Este se contentó con refunfuñar.

Por último, no tuvo más remedio que acceder y dejarme estudiar dos tardes, sin interrupción, hasta las cinco. Ha adoptado un aire de suficiencia y no me ha dirigido la palabra durante dos días. A las cinco en punto, viene a tomar posesión de su mesita - hasta las cinco y media-, por pura niñería naturalmente.

Una persona de cincuenta y cuatro años tan empecinada y pedante, ha de serlo por naturaleza y me parece difícil que cambie.

Tuya,

ANA

Viernes 16 de julio de 1943

Querida Kitty:

¡Otra vez los ladrones, y esta noche entraron!

Hoy, a las siete, cuando Peter bajó al depósito como de costumbre, notó inmediatamente que la puerta de éste así como la de entrada estaban abiertas de par en par. Informó de ello a Pim, que se apresuró a fijar la aguja del dial del aparato de radio en la onda de Alemania y a cerrar cuidadosamente la puerta del despacho privado antes de volver a subir con Peter.

La consigna para estos casos es no abrir ningún grifo, y, por tanto, no lavarse, mantenerse quietos, todos organizados para las ocho, no utilizar el W.C. ... Consigna estrictamente observada. Los ocho habíamos dormido bien durante la noche, y nos alegrábamos de no haber oído nada. Sólo alrededor de las once y media el señor Koophuis subió a contarnos toda la historia: los rateros debían de haber abierto la puerta de entrada con una ganzúa, y forzado la puerta del depósito. Como allí no había gran cosa que robar, habían probado suerte con el segundo piso.

Se llevaron dos cajitas que contenían 40 florines, tarjetas de traspaso de valores y, lo más importante, todos los bonos de azúcar, que representan una provisión de 150 kilos.

El señor Koophuis piensa que estos ladrones y nuestros misteriosos visitantes de hace seis semanas -que, entonces, no lograron abrir las tres puertas deben de ser los mismos.

El incidente ha tornado de nuevo tormentosa la atmósfera, pero eso ocurre periódicamente en el anexo. Por fortuna pudimos salvar la máquina de escribir y la caja con el grueso de dinero que subimos a la casa todas las noches, para guardarlas en nuestro armario.

Tuya,

ANA

Lunes 19 de julio de 1943

Querida Kitty:

El domingo, el norte de Amsterdam fue rudamente bombardeado. Una devastación espantosa. Calles enteras en ruinas; llevará mucho tiempo retirar todos los cadáveres. Se han contado, hasta ahora, doscientos muertos y muchísimos heridos; los hospitales están atestados. Dicen que gran cantidad de niños andan perdidos buscando a sus padres bajo los escombros aún calientes.

Me estremezco al recordar el rumor sordo y lejano que marcó para nosotros, el comienzo de esta destrucción.

Tuya,

ANA

Viernes 23 de julio de 1943

Querida Kitty:

Quiero contarte lo que cada uno de nosotros desea hacer en primer lugar, al salir de aquí. Lo que más agradaría a Margot y al señor Van Daan es meterse hasta la barbilla en un baño muy caliente, y quedarse en él por lo menos media hora. La señora Van Daan, antes que cualquier otra cosa, sabotearía unas golosinas. Dussel no puede pensar más que en Lotte, su mujercita. Mamá en una taza de café. Papá, en visitar al señor Vossen. Peter, en ir al cine. Y yo me sentiría extasiada al punto de que no sabría por dónde empezar.

Lo que más deseo es estar en mi casa, poder circular libremente, moverme, y , en fin, ser dirigida en mis estudios, es decir, volver a la escuela.

Elli se ha ofrecido para adquirir frutas clandestinamente ¡al precio que están!... Uvas, 5 florines el kilo. Grosellas, 0,70 la libra. Un durazno medio florín, melón, florín y medio el kilo, y sin embargo todas las noches puede leerse en los diarios: «¡El alza de los precios obedece a la usura».

Tuya,

ANA

Lunes 26 de julio de 1943

Querida Kitty:

Ayer tuvimos un día tumultuoso y todavía nos sentimos nerviosos. Sin duda, tú te preguntarás si alguna vez pasamos un día tranquilo.

Por la mañana, durante el desayuno, sonó la alarma; pero, nos despreocupamos, porque eso quiere decir que los aviones se aproximan a la costa. Luego me tendí durante una hora, pues sentía un fuerte dolor de cabeza, y me reuní con los demás alrededor de las dos de la tarde. A las dos y media, apenas Margot había terminado de ordenar su trabajo de oficina, las sirenas se pusieron a rugir; de modo que ambas subimos enseguida. Era hora, pues cinco minutos después se produjeron tales sacudidas, que los cuatro nos refugiamos en nuestro «rincón de seguridad» en el corredor. No había lugar a dudas, la casa temblaba y las bombas no caían lejos.

Me aferré a mi maletita, más para asirme a algo que para huir, pues, de cualquier modo, nosotros no podemos salir: la calle nos reserva tantos peligros como los bombardeos. Después de media hora, disminuyó la cantidad de aviones; en cambio, hubo una enorme batahola en la casa. Peter había vuelto a bajar de su puesto de observación en el desván. Dussel se hallaba en el despacho. La señora Van Daan se creía a salvo en la oficina privada. Su marido había visto todo el espectáculo desde la buhardilla. Y nosotros nos habíamos quedado en el pequeño corredor. Subí a la buhardilla para ver las columnas de humo que se elevaban por sobre el puerto. Bien pronto nos invadió un olor a quemado, y el cielo se vio cubierto por una bruma espesa.

Un incendio de tales dimensiones no resulta un espectáculo agradable; y, por fortuna, pronto se extinguió, de manera que cada uno de nosotros pudo volver poco después a sus ocupaciones. Por la noche, a la hora de la cena, nueva alarma. La comida era buena, pero el ulular de las sirenas me quitó el apetito. Sin embargo, todo permaneció tranquilo hasta la señal que indicaba el fin de la alarma, tres cuartos de hora más tarde. Apenas fregados los platos, alarma, el estruendo de las baterías antiaéreas y un número inconcebible de aviones. «¡Cielos, dos ataques en un solo día es demasiado!». Pero no se nos pedía nuestra opinión: una vez más, llovían bombas, ahora por el otro lado, por Schiphol* según el comunicado inglés. Subiendo, bajando, los aviones hacían vibrar el aire y me ponían la piel de gallina. A cada momento, yo me decía. ¡Dios, ése se va a caer!

Puedo asegurarte que, al acostarme, a las nueve, no podía sostenerme sobre mis pies. A medianoche me desperté: los aviones. Dussel estaba desvistiéndose; no hice caso de eso y, al primer cañonazo, salté de mi cama para ir a refugiarme en la de papá. Dos horas de vuelo y de bombardeo incesantes; luego, silencio. Me volví a mi cama, y me dormí a las dos y media.

Las siete. Me desperté sobresaltada. Van Daan estaba con papá. Mi primer pensamiento fue el de los ladrones. Oí a Van Daan decir «todo», y pensé que lo habían robado todo. Pero no. Esta vez la noticia era maravillosa, la más maravillosa desde hacía varios meses, ¿qué digo?, desde que comenzó la guerra: «Mussolini renunció, el rey de Italia se ha hecho cargo del gobierno». Lo celebramos alborozadamente, todos y cada uno. Después de la espantosa jornada de ayer, por fin un buen presagio..., una esperanza. ¡La esperanza del final, la esperanza de la paz!

Kraler subió a decirnos que Fokker fue arrasado. Esta noche, dos nuevas alarmas. Estoy extenuada por los bombardeos y la falta de sueño, y no tengo ganas de estudiar. La ansiedad con respecto a lo que sucederá nos mantiene viva la esperanza de ver el fin de todo eso, quizás este año...

Tuya,

ANA

Jueves 29 de julio de 1943

Querida Kitty:

La señora Van Daan, Dussel y yo estábamos fregando los platos. Y lo que casi nunca ocurre e iba seguramente a llamar la atención de mis compañeros de tarea: yo había guardado un silencio absoluto.

Con el fin de evitar cuestiones busqué un tema que creía neutro: el libro Henri van den Overkant. ¡Ay, cómo me engañé! Si la señora Van Daan no me hiere, es Dussel quien lo hace; debí haber pensado en eso. Fue él quien nos recomendó la obra como extraordinaria y excelente. Lo mismo que yo, Margot no la encontró ni lo uno ni lo otro. Sin dejar de secar los platos, admití que el autor estaba acertado en el retrato del chico, pero que, en cuanto a lo demás... era preferible no hablar, y me atraje la indignación del señor Dussel.

-¿Cómo puedes comprender la psicología de un hombre? Pase si se tratara de un niño. Tú eres demasiado joven para un libro así; ni siquiera estaría al alcance de una persona de veinte años.

(Entonces, ¿por qué nos lo recomendó tan calurosamente a las dos?).

Dussel y la señora Van Daan prosiguieron sus observaciones por turno:

-Sabes demasiado para tu edad. Tu educación deja mucho que desear. Más tarde, cuando seas mayor, no encontrarás ya atractivo en nada y dirás: «Todo eso ya lo leí en los libros, hace

veinte años». Apresúrate, pues, a enamorarte y a encontrar un marido si deseas enamorarte de verdad. ¡Has aprendido todas las teorías, pero te falta la práctica!

¡Qué concepto tan curioso tienen ellos de la educación al azuzarme siempre contra mis padres, que es lo que hacen en realidad! ¡Y callar delante de una muchacha de mi edad cuando les sorprendo hablando de «cosas para mayores»! Sin embargo, en su opinión, es un método también excelente. ¡Veo a menudo los resultados de ese tipo de crianza!

En ese momento los hubiera abofeteado a ambos, por la forma en que me estaban poniendo en ridículo. Me sentía fuera de mí. ¡Ah, si pudiera saber cuando me veré libre de esta gente! La señora Van Daan, esa gran persona, es quien debería servirme de ejemplo..., de ejemplo para como no se debe ser.

Todos están de acuerdo en que es muy indiscreta, egoísta, hipócrita, calculadora, y que está siempre en desacuerdo sobre cualquier cosa. A eso puede añadirse la vanidad y la coquetería. En fin, indudablemente, ¡es insoportable! Podría escribir sobre ella volúmenes enteros, y, ¿quién sabe?, acaso un día me ponga a hacerlo. Todo el mundo es capaz de crearse una aureola. Con los desconocidos, sobre todo con los hombres, la señora es amable, y así engaña de buenas a primeras.

Según mamá, es demasiado tonta y no vale la pena atormentarse por ella. Margot la considera insignificante. Pim la encuentra demasiado fea, física y moralmente. Y yo, que al principio no tenía ningún prejuicio, debo admitir, tras muchas vueltas, que tienen razón los tres y estoy lejos de ser demasiado severa. Tiene tantos defectos, que no hay por dónde tomarla.

Tuya,

ANA

P.D. -Te advierto que, al escribir lo que antecede, estoy todavía bajo los efectos del enojo.

Martes 3 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Las noticias políticas son excelentes. En Italia, el partido fascista ha sido proscrito. El pueblo combate a los fascistas en muchos lugares; hasta las fuerzas armadas han intervenido en la batalla. ¿Puede un país en tal situación sostener la guerra contra Gran Bretaña?

Acabamos de soportar el tercer ataque aéreo del día; tuve que apretar con fuerza los dientes para infundirme valor. La señora Van Daan, que siempre dice: «Un fin terrible es mejor que desesperar del fin»; se ha vuelto en la actualidad la más cobarde de todos nosotros. Temblaba como una hoja esta mañana y hasta estalló en sollozos. Cuando su marido, con el que acababa de hacer las paces después de una semana de discusiones, la consoló, una podría emocionarse de veras ante tal escena.

Mouschi ha demostrado que poseer un gato tiene sus desventajas, así como sus ventajas. Toda la casa está llena de pulgas, y la plaga aumenta día a día. El señor Koophuis ha desparramado un polvo amarillo en todos los rincones del edificio, pero eso no parece haber afectado mucho a los bichitos. Nos hemos tornado muy nerviosos: constantemente imaginamos escozores en piernas, brazos y distintas partes del cuerpo.

Por tal motivo emprendimos nuevamente los ejercicios corporales, para poder mirarnos la espalda o la parte trasera de las piernas mientras estamos parados. Ahora pagamos las consecuencias de nuestra falta de agilidad: estamos tan duros que ni siquiera podemos girar la cabeza apropiadamente porque hemos abandonado la gimnasia diaria.

Tuya,

ANA

Miércoles 4 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Hace más de un año que te cuento muchas cosas sobre la vida del anexo y, sin embargo, nunca llegaré a darte de él una idea perfecta. Hay tantos detalles, que una se pierde, y existe una diferencia muy grande entre la vida que llevamos y la de las personas corrientes bajo circunstancias normales. Hoy te daré un resumen de nuestra vida diaria. Comenzaré por el final de la jornada.

Alrededor de las nueve de la noche, todo el mundo realiza preparativos para dormir provocando un enorme desplazamiento de cosas.

Se apartan las sillas y se van a buscar las frazadas, que son desplegadas: todo el mobiliario del día se transforma. Yo duermo en el divancito que no tiene más que 1,50 m. de largo y al que, por tanto, deben agregarse dos sillas como larguero. Un colchón, las sábanas, las almohadas y las frazadas, todo hay que retirarlo del lecho de Dussel, donde estos objetos son colocados durante el día.

Más allá -un crujido tremendo-, está el catre de Margot, cuyos travesaños de madera rechinan locamente. Hay que sacar los almohadones y mantas de alguna otra parte.

En casa de nuestros vecinos, un estruendo terrible: no es más que la cama de la señora, que es empujada hacia la ventana, para que las naricitas de Su Alteza, vestida de una «mañanita» rosa, puedan gozar del aire vivificante.

A las 9.. Después de Peter, tomo posesión del «baño» y me entrego a una higiene minuciosa; muchas veces aprovecho de matar alguna pulga. Además, limpiarme los dientes, ponerme los rizadores, revisarme las uñas, y otros pequeños secretos de toilette, y todo ello en menos de media hora.

A las 9.30: La bata de baño sobre los hombros y con el jabón en una mano, orinal, horquillas, rizadores y algodón en la otra, salida rápida, seguida a menudo por un toque de atención por parte de mi sucesor, el cual desaprueba la presencia de algunos cabellos que ondulan graciosamente sobre la mesa del tocador.

A las 10: Apagamiento total de luces. Buenas noches. Durante un buen cuartito de hora, crujidos de lechos y muelles rotos, suspiros, y luego silencio, siempre y cuando los vecinos de arriba no empiecen a pelear.

A las 11.30: La puerta del tocador chirria. Una delgada red de luz penetra en el dormitorio. Crujidos de suelas, y luego la sombra de un gran gabán, que agranda al hombre que lo lleva. Dussel ha terminado su trabajo en el escritorio de Kraler. Durante diez minutos, ruido de pasos, roce de papeles (de los comestibles que oculta). Enseguida, hace su cama. La silueta desaparece otra vez; de vez en cuando, ruidos sospechosos procedentes del W.C.

A las 3: Me levanto para hacer una pequeña necesidad en la vasija de hierro enlozado que utilizo como orinal, la cual está bajo mi cama y sobre una alfombrita de goma que protege el piso. Cada vez que ello ocurre, retengo la respiración, pues me parece oír una verdadera cascada de agua precipitándose desde lo alto de una montaña. Repongo el orinal en su sitio y la pequeña forma blanca, en camisón -la obsesión de Margot, que al verla exclama siempre: «¡Oh, qué camisón tan indecente!»-, vuelve a su cama.

Sigue por lo menos un cuarto de hora de insomnio, escuchando los ruidos nocturnos. ¿No entran ladrones en la casa? Además están los ruidos de las camas, arriba, al lado en la misma habitación, que me informan sobre los que duermen y los que se agitan.

Si es Dussel quien no duerme, resulta muy fastidioso. Primero, percibo un ruidito como de un pez que boquea, repetido no menos de diez veces; sucesivamente, se humedece los labios -creo- y hace chasquear la lengua, o bien da vueltas y más vueltas, de manera interminable, hundiendo las almohadas. Cinco minutos de inmovilidad completa. Pero -no hay que hacerse ilusiones- estas maniobras pueden repetirse hasta tres veces, antes de que el doctor

Dussel se amodorre por fin.

No es improbable que, entre la una y las cuatro de la madrugada, seamos despertados por aviones y detonaciones ininterrumpidas. Casi siempre, yo ya he saltado de la cama antes de saber qué ocurre. A veces estoy soñando con mis verbos irregulares franceses o con las peleas de nuestros vecinos; en tal caso, me sorprendo de encontrarme todavía en mi cuarto, me apodero presurosa de una almohada y un pañuelo, me pongo un batón y corro en zapatillas hasta donde está papá, como lo ha dicho Margot en un verso de aniversario:

En la noche, al primer disparo,
la puerta gime y aparece una niña
aferrando una almohada y un pañuelo.

Llegada al lecho paterno, tengo menos miedo, salvo cuando las sacudidas son demasiado fuertes.

A las 6.45: Rrrring.... Es el pequeño despertador de arriba. Crac, pang.. la señora lo ha parado.... El señor se ha levantado. Pone agua a hervir y hace sus abluciones.

A las 7.15: Chirría la puerta. Le toca turno a Dussel en el baño. Ya sola, descorro las cortinas... y el nuevo día principia en el anexo.

Tuya,

ANA

Jueves 5 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Te describo ahora el mediodía.

Son las 12.30: Todo el mundo respira. Los muchachos que trabajan en el depósito se han ido a almorzar. Oigo a la señora que pasa la aspiradora sobre su única alfombra. Margot recoge sus libros; se prepara para la clase de holandés para «niños que no progresan», pues ésa es la actitud de Dussel. Pim se esconde en un rincón con su inseparable Dickens. Mamá se dispone a dar una mano a la buena cocinera Van Daan, y yo voy al baño para ordenarlo un poco y refrescarme al mismo tiempo.

A las 12.45: Llegan uno detrás de otro.. primero el señor Van Santen, luego Koophuis, o Kraler, Elli, y, a veces, también Miep.

A la 1: Agrupados alrededor del pequeño receptor, todo el mundo escucha la B.B.C.; son los únicos instantes en que los miembros del anexo no se interrumpen, y oyen hablar a alguien que no puede ser contradicho, ni siquiera por el señor Van Daan.

A la 1.15: Distribución de víveres. Cada uno de los invitados del escritorio recibe una escudilla de sopa y, cuando hay postre, se lo reparte con ellos. Contento, el señor Van Santen se sienta en el diván o se apoya contra la mesa, con su escudilla, su diario y el gato; cuando alguna de estas tres cosas le falta, refunfuña. Koophuis, nuestra mejor fuente de información, da las últimas noticias de la ciudad. Se adivina la llegada de Kraler por su paso pesado en la escalera, y por el golpe violento que asesta a la puerta, tras lo cual entra, frotándose las manos, presuroso u ocioso, taciturno o locuaz, según su estado de ánimo.

A las 1.45: El almuerzo de los oficinistas ha terminado. Se levantan y cada cual vuelve a sus ocupaciones. Margot y mamá friegan la vajilla. Los esposos Van Daan se van a dormir la siesta a su cuarto. Peter sube al desván. Papá se tiende en el diván. Dussel, en su cama. Y Ana se pone a estudiar. Es la hora más tranquila; como todo el mundo duerme, no seré molestada. Dussel sueña con golosinas, eso se ve, pero no lo miro mucho tiempo: minutos contados, pues a las cuatro en punto el doctor se pone de pie, reloj en mano, para que, sin un minuto de retardo, yo despeje la mesita.

Tuya,

ANA

Lunes 9 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Continúo describiendo las actividades del anexo. Es la hora de cenar.

A la cabeza, el señor Van Daan, que es el primero en servirse, y abundantemente, de todo lo que le gusta. Ello no le impide dirigir resueltamente la conversación y dar su opinión, que es ley. ¡Pobre de quien se atreva a contradecirlo! Porque sabe resoplar como un gato enfurecido... ¿Qué quieres?, a mí me agrada tanto callarme...

Está absolutamente seguro de sus opiniones y persuadido de que es infalible. Es verdad que se trata de un hombre inteligente, pero ésa no es razón para tanta suficiencia y presunción. Su fatuidad resulta intolerable.

La señora: Mejor sería que me callara. Ciertos días, cuando está de mal humor, desearía muchísimo no verla. Bien pensado, ella es la causa de todas las disputas. ¡No cabe duda! Cada uno de nosotros evita con todo cuidado incurrir en su enojo. Pero podríamos apodarla la provocadora. Cuando puede provocar, está en su elemento: malquistar a Ana con la señora Frank, malquistar a Margot con papá..., aunque esto es menos fácil. No exhiben puntos débiles.

En la mesa, jamás se priva de nada, aunque ella, más de una vez, se imagine lo contrario. Las papas más chicas, los mejores trozos, lo más selecto de todo; «elegir» es la divisa de la señora; los otros tendrán que esperar hasta que ella haya encontrado lo que desea.

Y habla que habla. Que la escuchen o no, que nos interese o no lo que cuenta, la tiene sin cuidado. No caben dudas de que piensa. «Lo que yo tengo que decir es lo más importante del día......

Y con una sonrisa coqueta y pretendiendo saber de todo, se esmera con el uno y el otro, dándole buenos consejos... Todo eso puede causar buena impresión. Pero, quien la conoce mejor no se engaña.

En suma: es activa, jovial, en caso de buen humor, coqueta, a veces, hasta linda. He ahí a Petronella van Daan.

El tercer invitado: No se destaca. El señor Van Daan hijo es taciturno y apagado la mayor parte del tiempo. En cuanto a su apetito, devora al estilo de los miembros de su familia y nunca está satisfecho. Después de una comida de las más sustanciosas, declara con mucha calma que podría comer aún el doble.

Margot, cuarta invitada: Come como un pajarito y no habla en absoluto. No tiene apetito sino para las verduras y las frutas. Los Van Daan opinan que se la ha mimado demasiado. En nuestra opinión, su mal apetito proviene de la falta de aire y de movimiento.

Mamá, quinta invitada: Gran conversadora, excelente apetito. Nunca se la tomaría por la dueña de casa, como la señora Van Daan. ¿Por qué? Pues porque la señora se ocupa de la cocina, en tanto que mamá limpia las cacerolas, lava, plancha y asea.

Número 6 y 7: No me extenderé en lo que se refiere a papá y a mi misma. Pim es el más discreto de todos. Cuida primero de que cada uno se haya servido. El no necesita nada. Todo lo que es bueno, lo destina a los niños. He ahí la bondad personificada... y, a su lado, el incurable manojo de nervios del anexo secreto.

Dr. Dussel. Se sirve, no mira a su alrededor, come, no habla... Absorbe cantidades enormes y, sea bueno o malo, nunca dice que no. El pantalón le llega hasta el pecho; lleva una chaqueta roja, zapatillas negras y gafas de carey. Con esta indumentaria puede vérsele trabajar en la mesita, trabajar siempre, con la única interrupción de su pequeña siesta al mediodía, sus comidas, etc.; su lugar predilecto.... el W.C. Tres, cuatro, cinco veces al día. Si alguien se impacienta frente a la puerta del retrete, apretando los puños y saltando sobre un pie, primero, sobre el otro, después, ¿crees que hace algún caso? ¡Le importa un comino! De las 17.15 a las 7.30, de 12.30 a 1, de 2 a 2.15, de 6 a 6.15 y de11.30 a medianoche. No se necesita reloj: son sus «sesiones» a hora fija.

El las observa estrictamente, y no se preocupa para nada de las súplicas del otro lado de la puerta, que anuncian un desastre inminente.

Número 9: No pertenece a los miembros de la gran familia, pero se cuenta entre los invitados. Elli tiene muy buen apetito. No deja nada, no es remilgada. La menor cosa le agrada, con gran satisfacción también de nuestra parte. Siempre de buen humor, servicial, buena. En suma: llena de virtudes.

Tuya,

ANA

Martes 10 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Mi último descubrimiento: en la mesa, me hablo a mi misma en vez de hacerlo a los demás. Es un éxito, desde dos puntos de vista. Ante todo, ellos se alegran de no tener que dejarme la palabra por mucho tiempo, además, ya no tengo que sulfurarme por las opiniones ajenas. En cuanto a mi opinión personal, yo no la juzgo tonta -aunque los otros sí-, y por eso me la guardo. Otro tanto en lo que se refiere a la comida: si tengo que tragarme una cosa que detesto, tomo mi plato, trato de imaginar que hay en él algo delicioso y, mirándolo lo menos posible, ya lo he engullido todo antes de darme cuenta. Para levantarme por la mañana (tanto como me cuesta), otra maniobra: salto de la cama, diciéndome: «Volverás a acostarte enseguida, con toda comodidad», pero corro a la ventana, quito el enmascaramiento, aspiro el aire fresco por la rendija entreabierta, hasta que estoy bien despabilada. Luego, enseguida a quitar las sábanas para no dejarse tentar. Mamá llama a eso «ser una artista del vivir». ¿No te parece divertido?

Desde hace una semana, nadie tiene ya la hora exacta. El reloj de nuestro querido y fiel Westerturm ha sido quitado, sin duda para la fundición de metales destinados a material de guerra. Ya no hay manera de averiguar la hora, ni de día ni de noche. Yo sigo esperando que el reloj sea reemplazado por un artefacto cualquiera, de hierro o de cobre, que recuerde al barrio su amado carillón.

Esté donde esté, mis pies suscitan la admiración a mi alrededor. A pesar de las circunstancias, estoy admirable, maravillosamente calzada, gracias a Miep, que ha descubierto un par de zapatos de ocasión, por 27 florines y medio; son de gamuza con refuerzos de cuero, de un rojo borra de vino y con tacones bastante altos. Aumentan mucho mi estatura. Tengo la impresión de andar con zancos.

Dussel ha estado a punto de poner nuestras vidas en peligro. Ha tenido la ocurrencia de encargarle a Miep un libro prohibido: una sátira sobre Hitler y Mussolini. Al volver en bicicleta con el famoso librito, tuvo un choque con unos S.S. motociclistas. Perdiendo la cabeza, ella les grito: «¡Canallas!», y se escabulló a toda prisa. Prefiero no pensar en lo que habría acontecido si la llevan a la comisaría.

Tuya,

ANA

Miércoles 18 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Podría titular lo que sigue: «La tarea comunal del día: pelar patatas».

Uno va a buscar los periódicos; otro, los cuchillos, reservándose el mejor para sí mismo; un tercero, las patatas; un cuarto, la cacerola llena de agua.

El señor Dussel comienza. Si no pela siempre bien, en todo caso lo hace sin interrupción y mira a diestro y siniestro para ver

si los demás trabajan de la misma manera que él. ¡No!

-Ana, mira un poco cómo tengo yo el cuchillo y pelo de arriba abajo. No, así no... ¡Así!

Entonces respondo tímidamente:

-Pero estoy acostumbrada a hacerlo de este modo, señor Dussel, y lo hago con rapidez.

Sin embargo, yo te enseño la manera más cómoda. Puedes fiarte de mí. Naturalmente, a mí, me importa un comino. Haz como quieras.

Seguimos pelando. Miro de soslayo a mi vecino. Agacha la cabeza pensativo, pero calla.

Aún no hemos terminado la tarea. Luego, miro a papá, que está del otro lado; pelar papas no es para él un fastidio sino un trabajo de precisión. Cuando lee, en su frente se graba una arruga profunda; pero, cuando ayuda a preparar patatas, arvejas u otras legumbres, parece impermeable a todo pensamiento, y adopta «su expresión de patata», asegurándose de que no entrega ninguna que no esté perfectamente pelada; con una expresión semejante, la imperfección es inconcebible.

Mientras trabajo, no tengo más que levantar los ojos para estar informada. La señora Van Daan trata de atraer la atención de Dussel. Primero, le lanza una mirada furtiva; él finge no haber notado nada. Enseguida, ella guiña el ojo: él prosigue su trabajo atentamente. Luego, ella se ríe; Dussel mantiene los ojos bajos. Entonces, mamá se ríe también; Dussel permanece impasible. La señora no ha logrado ningún resultado, y va, pues, a proceder de otra forma. Corto silencio. Después:

-Putti, ¿por qué no te pones un delantal? Mañana me veré nuevamente obligada a quitar las manchas de tu pantalón.

-¡No me ensucio!

Otro silencio breve.

-Putti, ¿por qué no te sientas?

-Estoy bien de pie. ¡Lo prefiero!

Intervalo.

-Putti, ¡ten cuidado! ¡Te salpicas!

-Si, mami, tendré cuidado.

La señora busca otro tema de conversación. -¿Viste, Putti? Los ingleses no han reanudado los bombardeos. ¿Por qué?

-Porque el tiempo es demasiado malo.

-Pero ayer hacía buen tiempo, y no hubo aviones.

-¿Si habláramos de otra cosa?

-¿Y por qué, si a mí me agrada saber lo que tú piensas de eso?

-Nada.

- ¿Por qué, nada?

- ¡Cállate, mamita!

-El señor Frank contesta siempre a su esposa cuando ella le pregunta algo, ¿no es verdad?

La señora ha tocado el punto sensible de su esposo. Este se calla: es su defensa. Y ella prosigue:

-¡Nunca llegará la invasión!

El señor palidece. Viendo el efecto que ha producido, su mujer se ruboriza y luego persiste.

-¡Los ingleses no terminan nunca nada!

La bomba estalla:

-¡Bueno, cállate, por la mierda!

Mamá se muerde los labios para no soltar la carcajada. Por mi parte, me mantengo muy seria.

He ahí una muestra. Eso se repite casi todos los días, a menos que no hayan regañado antes; en tal caso tenemos la ventaja de que ambos callan con obstinación.

Faltan patatas: subo a buscarlas al desván. Allí encuentro a Peter que espulga al gato. Levanta los ojos, el gato aprovecha, y, ¡hop!, huye por la ventana abierta al alero. Peter maldice y yo desaparezco riendo.

Tuya,

ANA

Viernes 20 de agosto de 1943

Querida Kitty.

A las cinco y media en punto, los hombres dejan el depósito para volver a sus casas. Eso significa para nosotros la libertad.

Cinco y media: Llega Elli, quien nos anuncia que todo está en orden. Comenzamos a movernos. Subo con Elli a casa de los Van Daan, para darle su parte de nuestro postre de la noche. Aún no ha tenido tiempo de sentarse, y ya tiene que prestar atención a los deseos de la señora:

-Querida Elli, me gustaría...

Elli me mira rápidamente sabiendo que la señora no pierde ocasión de expresar sus deseos a todo el que se presenta sea quien fuere. Sin duda, por eso todos se abstienen, en lo posible, de ir hasta su alojamiento.

Un cuarto para las seis. Partida de Elli. Bajo dos pisos, paso por la cocina para trasladarme a la oficina privada, y luego al depósito de carbón; abro la puertecita por la cual Mouschi acecha a los ratones. Mi gira de inspección me lleva al escritorio de Kraler.

Van Daan abre cajones y ficheros para inspeccionar la correspondencia del día. Peter se encarga de la llave del depósito y de Mouschi. Pim sube a nuestra casa la máquina de escribir, Margot busca un sitio tranquilo para liquidar su trabajo de oficina, la señora pone el agua sobre el gas y mamá se acerca con las patatas. Todo el mundo tiene asignada una tarea.

Peter no tarda en volver del depósito y pregunta dónde está el pan. Generalmente, ha sido colocado en el armario de la cocina. Hoy no. ¿Se habrán olvidado del pan? Peter se ofrece a buscarlo en el escritorio del frente. Antes de entrar en él, se pone en cuatro patas para no ser visto desde afuera, avanza hasta el armario de acero, donde, en efecto, ve el pan, se apodera de él y da media vuelta; pero antes de que pueda salir, Mouschi ha saltado por sobre su espalda, instalándose debajo del escritorio.

Peter juega al escondite con el gato, y por fin logra atraparlo por la cola. Mouschi resopla, Peter suspira. Ya lo tiene... No. Mouschi huye y se instala junto a la ventana para lamerse muy complacido, contento de haber escapado de su amo; como último recurso, éste le tiende un trozo de pan, Mouschi no se deja seducir, y la puerta se cierra detrás de Peter.

He seguido esta escenita desde la puerta entornada. El trabajo prosigue. Tic, tic, tic... Llaman tres veces. Es hora de ir a la mesa.

Tuya,

ANA

Lunes 23 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Continuaré con el tema del horario en el anexo.

Por la mañana, a las ocho y media en punto, mamá y Margot llaman la atención de Pim.

-¡Chis!... ¡papá, silencio!

-¡pim, chis!... Son las ocho y media. Ven aquí, no dejes correr el agua, camina despacio.

Y otras exclamaciones semejantes para papá, que está en el cuarto de baño. Debe volver a su habitación a las ocho y media en punto. Todos los grifos son cerrados, la descarga del W.C. está prohibida. Nada de ruido, es la consigna. Hasta que no llega el personal de oficina; los hombres del depósito pueden oírnos en el silencio de los locales vacíos.

A las ocho y veinte, tres golpecitos en nuestro techo anuncian que Ana puede ir a buscar su sopa de avena a la cocina. Bien, ya está preparado mi plato de potaje. Subo a buscarlo. De regreso a mi cuarto, tengo que darme prisa, peinarme ligero, no hablar más, reponer la cama en su lugar. Silencio, es la hora. La señora se pone sus zapatillas, el señor también; todos los ruidos son ahogados.

Ahora comienza nuestra vida en familia. Yo me dedico a mis

lecciones o aparento hacerlo; Margot, otro tanto; papá se instala con su Dickens, naturalmente, y un diccionario sobre el borde de la cama desfondada y gimiente, cuyos colchones no merecen ya ni ese nombre; dos almohadas pueden también ser útiles, pero papá las rechaza enérgicamente:

-¡No las quiero!

Enfrascado en su lectura, no mira a nadie; se ríe de vez en cuando y, a veces, quiere obligar a mamá a escuchar una anécdota. Respuesta:

-No tengo tiempo.

Se muestra decepcionado por espacio de un segundo, y luego sigue leyendo; un instante después, impresionado por un párrafo divertido, hace una nueva tentativa:

-Lee esto, madre. No es largo.

Mamá está siempre instalada en el diván, leyendo, cosiendo, tejiendo, o estudiando, según los días. Le sucede que se acuerda bruscamente de algo, y dice de prisa:

-Ana, acuérdate... Margot, ¿quieres anotar?...

Nuevo silencio, Margot cierra repentinamente su libro, papá arquea las cejas por un momento, luego reaparece la arruga de su frente, y vuelve a sumirse en su lectura; mamá empieza a parlotear con Margot; yo, por mi parte, escucho, porque soy curiosa. Pim se ve envuelto en la discusión. ¡Son las nueve! ¡Desayuno!

Tuya,

ANA

Viernes 10 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Cada vez que me siento a escribir, algo especial ha ocurrido; pero se trata casi siempre de una cosa desagradable. Hoy sucede algo maravilloso. El miércoles 8 de septiembre, a la noche, la transmisión de las siete nos anunció: Here follows the best news of the whole war. ¡Italy has capitulated! ¡Italia ha capitulado sin condiciones! A las ocho y cuarto escuchamos el programa holandés transmitido desde Inglaterra: «Holandeses, hace una hora, acababa yo de terminar mi crónica diaria, cuando recibimos la espléndida noticia de la capitulación de Italia. Puedo aseguraros que nunca he roto mis notas con tanto placer». Tocaron God Save the King, el himno inglés, el himno norteamericano y La Internacional. Como siempre el programa holandés que se transmite desde Inglaterra ha sido muy alentador, aunque no muestre demasiado optimismo.

Sin embargo, no todo es color de rosa entre nosotros. El señor Koophuis está enfermo. Ya te he dicho cuánto lo queremos todos; nunca se siente bien, sufre mucho, debe comer y moverse lo menos posible, y, a pesar de todo eso, siempre está de buen humor y demuestra un coraje admirable. Mamá tiene razón al decir: «El sol brilla cuando el señor Koophuis entra en nuestra casa».

Pues bien, acaban de trasladarlo al hospital, donde tiene que soportar una grave operación intestinal. Tendrá que quedarse allí por lo menos cuatro semanas. Si hubieras visto de qué manera se despidió de nosotros... como si saliera para dar un paseo. Es la sencillez en persona.

Tuya,

ANA

Jueves 16 de septiembre de 1943

Querida Kitty.

En el anexo, las relaciones personales van de mal en peor. Cuando nos sentamos a la mesa, nadie se atreve ya a abrir la boca (salvo para comer), porque la menor palabra corre el riesgo de ser mal interpretada o de molestar a uno o a otro. Me dan todos los días valeriana para calmarme los nervios, lo que no impide que al día siguiente me sienta todavía más fastidiada. Conozco un remedio mejor: reír, reír de buena gana; pero nosotros casi nos hemos olvidado ya de la risa. Si esto dura aún mucho tiempo, temo bastante verme con una larga cara seria y una mueca agria en los labios para siempre.

Decididamente, las cosas no mejoran porque todos miramos con aprensión el invierno que se acerca.

Otra cosa, y no es la más regocijante: uno de los hombres del depósito, un tal M., sospecha que algo sucede en el anexo. Se prescindiría sin más trámites de la opinión de M., pero aparentemente ese hombre no puede ocultar su gran curiosidad, no se deja engañar fácilmente y, por añadidura, no inspira ninguna confianza.

Una vez, Kraler, como medida de prudencia, dio un rodeo para reunirse con nosotros. Es decir: diez para la una, se puso el abrigo y fue a la farmacia de la esquina; cinco minutos después, se sirvió de la otra puerta de entrada para subir a nuestra casa, como un ladrón, por la escalera que da acceso a ella directamente. Quería irse a la una y cuarto, pero, habiendo sido interceptado por Elli, que pudo prevenirle de que M. se encontraba en la oficina, dio media vuelta y se quedó con nosotros hasta la una y media. Entonces, se descalzó y, con los zapatos en la mano, volvió a bajar por la misma escalera con tal prudencia que, a fuerza de evitar los crujidos de los peldaños, tardó un cuarto de hora en volver a su escritorio, entrando por la calle.

Entretanto, liberada de M., Elli volvió a buscar al señor Kraler, que ya había partido con tanta prudencia por la otra escalera. ¡Un director que baja descalzo y se coloca los botines en la calle! ¡Qué dirían los vecinos si lo vieran!

Tuya,

ANA

Miércoles 29 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Es el cumpleaños de la señora Van Daan. Le hemos regalado un frasco de mermelada, aparte de cupones para queso, carne y pan. Su marido, Dussel y nuestros protectores también le obsequiaron cosas comestibles, además de flores. ¡Tales son los tiempos que corren!

Esta semana, Elli ha estado a punto de sufrir una crisis de nervios; le habían hecho tantos encargos, insistido tanto sobre las cosas urgentes y sobre lo que nos faltaba, rogándole que volviera porque había comprendido mal, que estuvo a punto de perder la paciencia. No es de sorprenderse, cuando se piensa en todo el trabajo acumulado en la oficina. Ella reemplaza a Miep, engripada, y a Koophuis, enfermo; además, tiene un tobillo lastimado, y se siente apesadumbrada por problemas sentimentales y debe soportar a un padre regañón. Nosotros, la hemos consolado diciéndole que nuestra lista de encargos se acortaría por si sola sí ella tuviera la energía y la firmeza suficientes para decirnos que le falta tiempo.

En cambio, noto que hay tirantez entre papá y Van Daan. Papá, por una u otra razón, está furioso.

¡Es lo que nos faltaba! ¡Si al menos yo no me viera tan directamente mezclada en estas escaramuzas! ¡Si pudiera marcharme! Van a volvernos locos.

Tuya,

ANA

Domingo 17 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Koophuis ha vuelto, gracias a Dios. Está todavía bastante pálido, pero ya se ha puesto en marcha, lleno de ánimo, encargándose de vender ropas por cuenta de Van Daan. Estos andan cortos de fondos, resulta desagradable, pero es así. La señora tiene abrigos, vestidos, calzado para revender, pero no quiere deshacerse de nada, mientras que el señor no logra vender ni un traje porque pide un precio demasiado elevado. No se sabe en qué terminará todo esto. La señora no tendrá más remedio que desprenderse de su abrigo de piel. La disputa entre marido y mujer sobre el asunto ha sido violentísima; ahora asistimos a la fase de reconciliación: ¡Oh, querido Putty!» y « ¡Kerli adorada!

La cabeza me da vueltas todavía al pensar en las injurias que aquí se lanzan desde hace un mes. Papá no abre la boca. Cuando alguien se dirige a él, se muestra huraño, como si temiera tener que intervenir en un nuevo litigio. Los pómulos de mamá están rojos de emoción. Margot se queja de dolores de cabeza. Dussel, de insomnio. La señora Van Daan se lamenta todo el día, y yo estoy enloqueciendo del todo. En verdad, termino por olvidar con quién habíamos regañado y con qué persona hemos hecho las paces.

Sólo el estudio me aleja de esos pensamientos, y por lo tanto le dedico mucho tiempo.

Tuya,

ANA

Viernes 29 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Otra resonante gresca entre el señor y la señora Van Daan. Cuestión financiera. Los Van Daan se han comido su dinero, ya te lo adelanté. Hace algún tiempo, el señor Koophuis habló de un amigo que trabaja en el comercio de pieles; el señor Van Daan tuvo entonces la idea de vender un abrigo de pieles de su mujer enteramente de conejo, y ya llevado por ella durante diecisiete años. Han obtenido por él 325 florines, lo que es un precio enorme. La señora hubiera querido guardarse para ella ese dinero, con el fin de poder comprar ropa nueva después de la guerra. Le costó mucho trabajo a su marido hacerle comprender que de esa suma había necesidad urgente para el hogar.

No puedes imaginar qué alaridos, qué gritos, qué injurias y qué accesos de cólera. Fue horrible. Nosotros nos situamos al pie de las escalera, conteniendo la respiración y preparados para subir a separar a las furias. Todo eso repercute en el sistema nervioso y causa tal tensión, que por la noche, cuando me acuesto, lloro y agradezco al cielo que puedo contar con una media hora para mí sola.

El señor Koophuis está nuevamente ausente, su estómago no le da tregua. Ni siquiera sabe si la hemorragia ha sido bien contenida. Por primera vez le hemos visto deprimido cuando nos anunció que se iba a su casa porque no se sentía bien.

En cuanto a mí, la única novedad es que no tenga nada de apetito. Constantemente oigo decir: «¡Qué mala cara tiene!». Te confieso que hacen lo indecible para que mi salud no flaquee; me dan glucosa, aceite de hígado de bacalao y tabletas de levadura y calcio.

Mis nervios me juegan malas pasadas: estoy de un humor espantoso. La atmósfera de la casa es deprimente, soñolienta, aplastante, sobre todo el domingo. Afuera, ningún canto de pájaro; adentro, un silencio mortal y sofocante planea sobre personas y cosas, y pesa sobre mí como si quisiera arrastrarme a

profundidades insondables.

En momentos así, me olvido de papá, de mamá y de Margot. Indiferente, voy de una habitación a otra, subiendo y bajando las escaleras, y me veo como el pájaro cantor cuyas alas han sido cortadas y que, en la oscuridad total, se hiere al golpearse contra los barrotes de su estrecha jaula. Una voz interior me grita: «Sal a la calle, ríe, respira el aire puro». Ni siquiera contesto ya: me tiendo en un diván y me duermo para acortar el tiempo, el silencio y la espantosa angustia, porque no hay forma de matarlos.

Tuya,

ANA

Miércoles 3 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Papá ha hecho traer un programa del Instituto de Enseñanza de Leyde, con el fin de que nos distraigamos con una actividad educativa. Margot ha recorrido por lo menos tres veces el voluminoso tomo, sin hallar en él un curso que le pareciera verdaderamente interesante. La decisión de papá fue rápida: ha elegido un curso de «latín elemental» por correspondencia, que no ha tardado en llegar, y Margot se ha dedicado a él con entusiasmo. Es demasiado difícil para mí, aunque me habría gustado mucho aprender latín.

Como yo necesitaba también algo nuevo, papá ha pedido a Koophuis que le obtenga una Biblia para niños, con el fin de ponerme al corriente del Nuevo Testamento.

-¿Es que quieres regalarle a Ana una Biblia para la fiesta de la Januka? -preguntó Margot, bastante consternada.

-Si... pero pienso que la fiesta de San Nicolás será mejor ocasión -respondió papá-. No veo muy bien a Jesús en la Januka.

Tuya,

ANA

Lunes a la noche, 8 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Si tú leyeras mis cartas. una detrás de otra, te sentirías sin duda impresionada por la gran variedad de estados de ánimo con que ellas fueron escritas. No me agrada depender de la atmósfera del anexo, más bien me fastidia; pero no soy la única aquí, pues todo el mundo está malhumorado. Cuando leo un libro que me impresiona, necesito hacer un gran esfuerzo de readaptación antes de reunirme nuevamente con los habitantes de nuestra casa. De ser así, ellos me juzgarían una especie de alienada. Notarás que paso en este momento por un período de depresión. No sabría decirte por qué he caído en tal pesimismo, pero creo que es mi cobardía, con la cual ando siempre forcejeando.

Este anochecer, cuando Elli estaba todavía en el anexo, llamaron a la puerta, largo rato y con insistencia. Inmediatamente me puse pálida, tuve cólicos y palpitaciones, todo eso por la angustia únicamente.

De noche, una vez acostada, me veo en una prisión, sin mis padres. Ora voy a la ventura por una carretera, ora me imagino al anexo pasto de las llamas, o ¡que vienen a buscarnos a todos durante la noche!

Miep nos dice a menudo que nos envidia, porque todo es tan tranquilo aquí. Hay quizás en ello algo de verdad, pero Miep olvida nuestras angustias diarias. Ya no concibo siquiera que el mundo pueda volver a ser normal para nosotros. Cuando se me ocurre hablar de la «posguerra» es para mí algo así como un castillo en el aire, una cosa que nunca se realizará. Nuestra casa de antes, las amigas, las bromas en la escuela... pienso en todo eso como si hubiera sido vivido por otra persona que no fuera yo misma.

Nos veo, a los ocho del anexo, como si fuéramos un trozo de cielo azul rodeado poco a poco por nubes sombrías, pesadas y amenazantes. El claro, este islote que nos mantiene aún a salvo, se achica constantemente por la presión de las nubes que nos separan todavía del peligro, cada vez más cercano. Las tinieblas y el peligro se estrechan a nuestro alrededor; buscamos un escape y, por la desesperación, chocamos los unos contra los otros. Todos miramos hacia abajo, allá donde los hombres luchan entre sí; o miramos a lo alto, allí donde solo estamos separados por la masa de tinieblas que nos cierra el paso como un muro impenetrable que está a punto de aplastarnos, pero que aún no es bastante poderoso.

Con todas mis fuerzas, suplico e imploro: ¡»Círculo, círculo, ensánchate y ábrete ante nosotros!».

Tuya,

ANA

Jueves 11 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

He pensado en un buen titulo para este capítulo:

ODA A MI PLUMA FUENTE
IN MEMORIAM

Mi pluma fuente ha sido siempre para mí sumamente valiosa; la aprecié mucho, sobre todo por su gruesa pluma, porque yo no puedo escribir bien sino con una pluma gruesa. La vida de mi lapicera ha sido larga y muy interesante; así que te la contaré brevemente.

Cuando tenía nueve años llegó, envuelta en algodón, en un paquetito postal con la mención: «Muestra sin valor». Había recorrido un largo camino: venía de Aquisgrán, donde solía vivir mi abuelita, la amable donante. En tanto que el viento de febrero hacía estragos, yo estaba en cama con gripe. La gloriosa lapicera, en su estuche de cuero rojo, era la admiración de todas mis amigas. ¡Yo, Ana Frank, podía estar orgullosa, porque al fin poseía una pluma fuente!

A la edad de diez años me permitieron llevarla a la escuela, y la maestra estuvo de acuerdo en que la utilizara.

A los once años, mi tesoro se quedó en casa, porque la maestra de sexto era partidaria de las plumas y tinteros.

A los doce años, en el liceo judío, mi pluma fuente volvía a entrar en funciones con tanto más honor y autenticidad cuanto que estaba encerrada en un nuevo estuche con cierre relámpago, que contenía, igualmente, un lápiz de mina.

A los trece años, la lapicera me siguió al anexo, donde desde entonces ha galopado como un pur sang sobre mi Diario y mis cuadernos.

Y acaba su existencia en mi año decimocuarto...

En la tarde del viernes, después de las cinco, salí de mi cuartito para seguir trabajando en la habitación de mis padres. Instalada enseguida a la mesa, fui empujada sin demasiada suavidad por Margot y papá, que iban a dedicarse a su latín. Abandonando mi lapicera sobre la mesa, utilicé el rinconcito que se dignaron dejarme para seleccionar y limpiar porotos, es decir, para eliminar los enmohecidos y limpiar los buenos.

A las seis menos cuarto recogí todas las descartadas en un papel de diario y las eché al fuego. La estufa, que en los últimos días casi no tiraba, escupió una llama enorme: ahora, funcionaba bien, y eso me alegraba. Cuando los «latinistas» terminaron, me dispuse a proseguir mi tarea epistolar, pero mi pluma fuente no aparecía por ningún lado. Busqué yo. Buscó Margot. Mamá, papá y Dussel buscaron también. Esfuerzo inútil: mi tesoro había desaparecido sin dejar rastros.

-Quizás ha caído en la estufa, con los porotos -sugirió Margot.

¡vamos! ¡No puede ser! -repuse yo.

Por la noche, como seguíamos sin dar con mi lapicera, empecé a creer como todo el mundo, que había ardido. La prueba: aquella llama enorme que sólo podía ser provocada por la baquelita. En efecto, la triste suposición se troncó en verdad a la mañana siguiente, cuando papá retiró de las cenizas el sujetador de la lapicera. La punta de oro se había derretido misteriosamente.

-Debe de haberse fundido en una de las piedras refractarias - observó papá.

Me queda un consuelo, por mínimo que sea: mi pluma fuente ha sido incinerada y no enterrada. Confío en que otro tanto me suceda a mí, más tarde.

Tuya,

ANA

Miércoles 17 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Hemos tenido varios trastornos. Hay difteria en la casa de Elli, quien por eso no podrá venir a nuestra casa durante seis semanas. Resulta fastidioso, pues solía encargarse de nuestro reaprovisionamiento y, además, ella nos levanta la moral, y extrañamos su ausencia terriblemente. Koophuis sigue en cama, y desde hace tres semanas soporta un régimen severo: leche y avena. Kraler se siente exhausto.

Las lecciones de latín por correspondencia de Margot son corregidas por un profesor que parece muy amable y, por añadidura, ingenioso. Sin duda se siente encantado de tener una alumna tan capaz. Margot le manda sus lecciones firmadas con el nombre de Elli.

Dussel está muy alterado, y no comprendemos el motivo. Cada vez que nos reunimos en casa de los Van Daan, no despega los labios. Todos lo hemos notado y, al cabo de varios días de esta comedia, a mamá le ha parecido oportuno ponerlo en guardia contra el carácter de la señora Van Daan, que podría hacerle la vida imposible, si él persistiera en su silencio.

Dussel contestó que el señor Van Daan había sido el primero en no dirigirle más la palabra; y que no le correspondería a él, Dussel, dar el primer paso.

Quizá no lo recuerdes, pero ayer, 16 de noviembre, se cumplió exactamente un año de la entrada de Dussel en el anexo. Con tal motivo, obsequió a mamá con un pequeño tiesto de flores, sin regalar absolutamente nada a la señora Van Daan. Ahora bien, ésta, mucho antes de la fecha memorable, había hecho diversas alusiones directas, dando claramente a entender a Dussel, que esperaba de el un pequeño recuerdo.

En lugar de expresar su gratitud por la acogida desinteresada que le hemos hecho, guardó un silencio absoluto. En la mañana del 16 preguntó si debía felicitarle o presentarle mis condolencias; él me contestó que aceptaba lo uno o lo otro. Mamá quiso actuar como pacificadora, pero sin resultado; y todo sigue igual.

¡El espíritu del hombre es grande pero pequeños sus actos!

Viernes 10 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Cada vez que me siento a escribir, algo especial ha ocurrido; pero se trata casi siempre de una cosa desagradable. Hoy sucede algo maravilloso. El miércoles 8 de septiembre, a la noche, la transmisión de las siete nos anunció: Here follows the best news of the whole war. ¡Italy has capitulated! ¡Italia ha capitulado sin condiciones! A las ocho y cuarto escuchamos el programa holandés transmitido desde Inglaterra: «Holandeses, hace una hora, acababa yo de terminar mi crónica diaria, cuando recibimos la espléndida noticia de la capitulación de Italia. Puedo aseguraros

que nunca he roto mis notas con tanto placer». Tocaron God Save the King, el himno inglés, el himno norteamericano y La Internacional. Como siempre el programa holandés que se transmite desde Inglaterra ha sido muy alentador, aunque no muestre demasiado optimismo.

Sin embargo, no todo es color de rosa entre nosotros. El señor Koophuis está enfermo. Ya te he dicho cuánto lo queremos todos; nunca se siente bien, sufre mucho, debe comer y moverse lo menos posible, y, a pesar de todo eso, siempre está de buen humor y demuestra un coraje admirable. Mamá tiene razón al decir: «El sol brilla cuando el señor Koophuis entra en nuestra casa».

Pues bien, acaban de trasladarlo al hospital, donde tiene que soportar una grave operación intestinal. Tendrá que quedarse allí por lo menos cuatro semanas. Si hubieras visto de qué manera se despidió de nosotros... como si saliera para dar un paseo. Es la sencillez en persona.

Tuya,

ANA

Jueves 16 de septiembre de 1943

Querida Kitty.

En el anexo, las relaciones personales van de mal en peor. Cuando nos sentamos a la mesa, nadie se atreve ya a abrir la boca (salvo para comer), porque la menor palabra corre el riesgo de ser mal interpretada o de molestar a uno o a otro. Me dan todos los días valeriana para calmarme los nervios, lo que no impide que al día siguiente me sienta todavía más fastidiada. Conozco un remedio mejor: reír, reír de buena gana; pero nosotros casi nos hemos olvidado ya de la risa. Si esto dura aún mucho tiempo, temo bastante verme con una larga cara seria y una mueca agria en los labios para siempre.

Decididamente, las cosas no mejoran porque todos miramos con aprensión el invierno que se acerca.

Otra cosa, y no es la más regocijante: uno de los hombres del depósito, un tal M., sospecha que algo sucede en el anexo. Se prescindiría sin más trámites de la opinión de M., pero aparentemente ese hombre no puede ocultar su gran curiosidad, no se deja engañar fácilmente y, por añadidura, no inspira ninguna confianza.

Una vez, Kraler, como medida de prudencia, dio un rodeo para reunirse con nosotros. Es decir: diez para la una, se puso el abrigo y fue a la farmacia de la esquina; cinco minutos después, se sirvió de la otra puerta de entrada para subir a nuestra casa, como un ladrón, por la escalera que da acceso a ella directamente. Quería irse a la una y cuarto, pero, habiendo sido interceptado por Elli, que pudo prevenirle de que M. se encontraba en la oficina, dio media vuelta y se quedó con nosotros hasta la una y media. Entonces, se descalzó y, con los zapatos en la mano, volvió a bajar por la misma escalera con tal prudencia que, a fuerza de evitar los crujidos de los peldaños, tardó un cuarto de hora en volver a su escritorio, entrando por la calle.

Entretanto, liberada de M., Elli volvió a buscar al señor Kraler, que ya había partido con tanta prudencia por la otra escalera. ¡Un director que baja descalzo y se coloca los botines en la calle! ¡Qué dirían los vecinos si lo vieran!

Tuya,

ANA

Miércoles 29 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Es el cumpleaños de la señora Van Daan. Le hemos regalado un frasco de mermelada, aparte de cupones para queso, carne y pan. Su marido, Dussel y nuestros protectores también le obsequiaron cosas comestibles, además de flores. ¡Tales son los tiempos que corren!

Esta semana, Elli ha estado a punto de sufrir una crisis de nervios; le habían hecho tantos encargos, insistido tanto sobre las cosas urgentes y sobre lo que nos faltaba, rogándole que volviera porque había comprendido mal, que estuvo a punto de perder la paciencia. No es de sorprenderse, cuando se piensa en todo el trabajo acumulado en la oficina. Ella reemplaza a Miep, engripada, y a Koophuis, enfermo; además, tiene un tobillo lastimado, y se siente apesadumbrada por problemas sentimentales y debe soportar a un padre regañón. Nosotros, la hemos consolado diciéndole que nuestra lista de encargos se acortaría por si sola sí ella tuviera la energía y la firmeza suficientes para decirnos que le falta tiempo.

En cambio, noto que hay tirantez entre papá y Van Daan. Papá, por una u otra razón, está furioso.

¡Es lo que nos faltaba! ¡Si al menos yo no me viera tan directamente mezclada en estas escaramuzas! ¡Si pudiera marcharme! Van a volvernos locos.

Tuya,

ANA

Domingo 17 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Koophuis ha vuelto, gracias a Dios. Está todavía bastante pálido, pero ya se ha puesto en marcha, lleno de ánimo, encargándose de vender ropas por cuenta de Van Daan. Estos andan cortos de fondos,. resulta desagradable, pero es así. La señora tiene abrigos, vestidos, calzado para revender, pero no quiere deshacerse de nada, mientras que el señor no logra vender ni un traje porque pide un precio demasiado elevado. No se sabe en qué terminará todo esto. La señora no tendrá más remedio que desprenderse de su abrigo de piel. La disputa entre marido y mujer sobre el asunto ha sido violentísima; ahora asistimos a la fase de reconciliación: ¡Oh, querido Putty!» y « ¡Kerli adorada!

La cabeza me da vueltas todavía al pensar en las injurias que aquí se lanzan desde hace un mes. Papá no abre la boca. Cuando alguien se dirige a él, se muestra huraño, como si temiera tener que intervenir en un nuevo litigio. Los pómulos de mamá están rojos de emoción. Margot se queja de dolores de cabeza. Dussel, de insomnio. La señora Van Daan se lamenta todo el día, y yo estoy enloqueciendo del todo. En verdad, termino por olvidar con quién habíamos regañado y con qué persona hemos hecho las paces.

Sólo el estudio me aleja de esos pensamientos, y por lo tanto le dedico mucho tiempo.

Tuya,

ANA

Viernes 29 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Otra resonante gresca entre el señor y la señora Van Daan. Cuestión financiera. Los Van Daan se han comido su dinero, ya te lo adelanté. Hace algún tiempo, el señor Koophuis habló de un amigo que trabaja en el comercio de pieles; el señor Van Daan tuvo entonces la idea de vender un abrigo de pieles de su mujer enteramente de conejo, y ya llevado por ella durante diecisiete años. Han obtenido por él 325 florines, lo que es un precio enorme.

La señora hubiera querido guardarse para ella ese dinero, con el fin de poder comprar ropa nueva después de la guerra. Le costó mucho trabajo a su marido hacerle comprender que de esa suma había necesidad urgente para el hogar.

No puedes imaginar qué alaridos, qué gritos, qué injurias y qué accesos de cólera. Fue horrible. Nosotros nos situamos al pie de la escalera, conteniendo la respiración y preparados para subir a separar a las furias. Todo eso repercute en el sistema nervioso y causa tal tensión, que por la noche, cuando me acuesto, lloro y agradezco al cielo que puedo contar con una media hora para mí sola.

El señor Koophuis está nuevamente ausente, su estómago no le da tregua. Ni siquiera sabe si la hemorragia ha sido bien contenida. Por primera vez le hemos visto deprimido cuando nos anunció que se iba a su casa porque no se sentía bien.

En cuanto a mí, la única novedad es que no tenga nada de apetito. Constantemente oigo decir: «¡Qué mala cara tiene!». Te confieso que hacen lo indecible para que mi salud no flaquee; me dan glucosa, aceite de hígado de bacalao y tabletas de levadura y calcio.

Mis nervios me juegan malas pasadas: estoy de un humor espantoso. La atmósfera de la casa es deprimente, soñolienta, aplastante, sobre todo el domingo. Afuera, ningún canto de pájaro; adentro, un silencio mortal y sofocante planea sobre personas y cosas, y pesa sobre mí como si quisiera arrastrarme a profundidades insondables.

En momentos así, me olvido de papá, de mamá y de Margot. Indiferente, voy de una habitación a otra, subiendo y bajando las escaleras, y me veo como el pájaro cantor cuyas alas han sido cortadas y que, en la oscuridad total, se hiere al golpearse contra los barrotes de su estrecha jaula. Una voz interior me grita: «Sal a la calle, ríe, respira el aire puro». Ni siquiera contesto ya: me tiendo en un diván y me duermo para acortar el tiempo, el silencio y la espantosa angustia, porque no hay forma de matarlos.

Tuya,

ANA

Miércoles 3 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Papá ha hecho traer un programa del Instituto de Enseñanza de Leyde, con el fin de que nos distraigamos con una actividad educativa. Margot ha recorrido por lo menos tres veces el voluminoso tomo, sin hallar en él un curso que le pareciera verdaderamente interesante. La decisión de papá fue rápida: ha elegido un curso de «latín elemental» por correspondencia, que no ha tardado en llegar, y Margot se ha dedicado a él con entusiasmo. Es demasiado difícil para mí, aunque me habría gustado mucho aprender latín.

Como yo necesitaba también algo nuevo, papá ha pedido a Koophuis que le obtenga una Biblia para niños, con el fin de ponerme al corriente del Nuevo Testamento.

-¿Es que quieres regalarle a Ana una Biblia para la fiesta de la Januka? -preguntó Margot, bastante consternada.

-Si... pero pienso que la fiesta de San Nicolás será mejor ocasión -respondió papá-. No veo muy bien a Jesús en la Januka.

Tuya,

ANA

Lunes a la noche, 8 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Si tú leyeras mis cartas. una detrás de otra, te sentirías sin duda impresionada por la gran variedad de estados de ánimo con que ellas fueron escritas. No me agrada depender de la atmósfera del anexo, más bien me fastidia; pero no soy la única aquí, pues todo el mundo está malhumorado. Cuando leo un libro que me impresiona, necesito hacer un gran esfuerzo de readaptación antes de reunirme nuevamente con los habitantes de nuestra casa. De ser así, ellos me juzgarían una especie de alienada. Notarás que paso en este momento por un período de depresión. No sabría decirte por qué he caído en tal pesimismo, pero creo que es mi cobardía, con la cual ando siempre forcejeando.

Este anochecer, cuando Elli estaba todavía en el anexo, llamaron a la puerta, largo rato y con insistencia. Inmediatamente me puse pálida, tuve cólicos y palpitaciones, todo eso por la angustia únicamente.

De noche, una vez acostada, me veo en una prisión, sin mis padres. Ora voy a la ventura por una carretera, ora me imagino al anexo pasto de las llamas, o ¡qué vienen a buscarnos a todos durante la noche!

Miep nos dice a menudo que nos envidia, porque todo es tan tranquilo aquí. Hay quizás en ello algo de verdad, pero Miep olvida nuestras angustias diarias. Ya no concibo siquiera que el mundo pueda volver a ser normal para nosotros. Cuando se me ocurre hablar de la «posguerra» es para mí algo así como un castillo en el aire, una cosa que nunca se realizará. Nuestra casa de antes, las amigas, las bromas en la escuela... pienso en todo eso como si hubiera sido vivido por otra persona que no fuera yo misma.

Nos veo, a los ocho del anexo, como si fuéramos un trozo de cielo azul rodeado poco a poco por nubes sombrías, pesadas y amenazantes. El claro, este islote que nos mantiene aún a salvo, se achica constantemente por la presión de las nubes que nos separan todavía del peligro, cada vez más cercano. Las tinieblas y el peligro se estrechan a nuestro alrededor; buscamos un escape y, por la desesperación, chocamos los unos contra los otros. Todos miramos hacia abajo, allá donde los hombres luchan entre sí; o miramos a lo alto, allí donde solo estamos separados por la masa de tinieblas que nos cierra el paso como un muro impenetrable que está a punto de aplastarnos, pero que aún no es bastante poderoso.

Con todas mis fuerzas, suplico e imploro: ¡»Círculo, círculo, ensánchate y ábrete ante nosotros!».

Tuya,

ANA

Jueves 11 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

He pensado en un buen título para este capítulo:

ODA A MI PLUMA FUENTE
IN MEMORIAM

Mi pluma fuente ha sido siempre para mí sumamente valiosa; la aprecié mucho, sobre todo por su gruesa pluma, porque yo no puedo escribir bien sino con una pluma gruesa. La vida de mi lapicera ha sido larga y muy interesante; así que te la contaré brevemente.

Cuando tenía nueve años llegó, envuelta en algodón, en un paquetito postal con la mención: «Muestra sin valor». Había recorrido un largo camino: venía de Aquisgrán, donde solía vivir mi abuelita, la amable donante. En tanto que el viento de febrero hacía estragos, yo estaba en cama con gripe. La gloriosa lapicera, en su estuche de cuero rojo, era la admiración de todas mis amigas. ¡Yo, Ana Frank, podía estar orgullosa, porque al fin poseía una pluma fuente!

A la edad de diez años me permitieron llevarla a la escuela, y la maestra estuvo de acuerdo en que la utilizara.

A los once años, mi tesoro se quedó en casa, porque la maestra de sexto era partidaria de las plumas y tinteros.

A los doce años, en el liceo judío, mi pluma fuente volvía a entrar en funciones con tanto más honor y autenticidad cuanto que estaba encerrada en un nuevo estuche con cierre relámpago, que contenía, igualmente, un lápiz de mina.

A los trece años, la lapicera me siguió al anexo, donde desde entonces ha galopado como un pur sang sobre mi Diario y mis cuadernos.

Y acaba su existencia en mi año decimocuarto...

En la tarde del viernes, después de las cinco, salí de mi cuartito para seguir trabajando en la habitación de mis padres. Instalada enseguida a la mesa, fui empujada sin demasiada suavidad por Margot y papá, que iban a dedicarse a su latín. Abandonando mi lapicera sobre la mesa, utilicé el rinconcito que se dignaron dejarme para seleccionar y limpiar porotos, es decir, para eliminar los enmohecidos y limpiar los buenos.

A las seis menos cuarto recogí todas las descartadas en un papel de diario y las eché al fuego. La estufa, que en los últimos días casi no tiraba, escupió una llama enorme: ahora, funcionaba bien, y eso me alegraba. Cuando los «latinistas» terminaron, me dispuse a proseguir mi tarea epistolar, pero mi pluma fuente no aparecía por ningún lado. Busqué yo. Buscó Margot. Mamá, papá y Dussel buscaron también. Esfuerzo inútil: mi tesoro había desaparecido sin dejar rastros.

-Quizás ha caído en la estufa, con los porotos -sugirió Margot.

¡vamos! ¡No puede ser! -repuse yo.

Por la noche, como seguíamos sin dar con mi lapicera, empecé a creer como todo el mundo, que había ardido. La prueba: aquella llama enorme que sólo podía ser provocada por la baquelita. En efecto, la triste suposición se troncó en verdad a la mañana siguiente, cuando papá retiró de las cenizas el sujetador de la lapicera. La punta de oro se había derretido misteriosamente.

-Debe de haberse fundido en una de las piedras refractarias -observó papá.

Me queda un consuelo, por mínimo que sea: mi pluma fuente ha sido incinerada y no enterrada. Confío en que otro tanto me suceda a mí, más tarde.

Tuya, ANA

Miércoles 17 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Hemos tenido varios trastornos. Hay difteria en la casa de Elli, quien por eso no podrá venir a nuestra casa durante seis semanas. Resulta fastidioso, pues solía encargarse de nuestro reaprovisionamiento y, además, ella nos levanta la moral, y extrañamos su ausencia terriblemente. Koophuis sigue en cama, y desde hace tres semanas soporta un régimen severo: leche y avena. Kraler se siente exhausto.

Las lecciones de latín por correspondencia de Margot son corregidas por un profesor que parece muy amable y, por añadidura, ingenioso. Sin duda se siente encantado de tener una alumna tan capaz. Margot le manda sus lecciones firmadas con el nombre de Elli.

Dussel está muy alterado, y no comprendemos el motivo. Cada vez que nos reunimos en casa de los Van Daan, no despega los labios. Todos lo hemos notado y, al cabo de varios días de esta comedia, a mamá le ha parecido oportuno ponerlo en guardia contra el carácter de la señora Van Daan, que podría hacerle la vida imposible, si él persistiera en su silencio.

Dussel contestó que el señor Van Daan había sido el primero en no dirigirle más la palabra; y que no le correspondería a él, Dussel, dar el primer paso.

Quizá no lo recuerdes, pero ayer, 16 de noviembre, se cumplió

exactamente un año de la entrada de Dussel en el anexo. Con tal motivo, obsequió a mamá con un pequeño tiesto de flores, sin regalar absolutamente nada a la señora Van Daan. Ahora bien, ésta, mucho antes de la fecha memorable, había hecho diversas alusiones directas, dando claramente a entender a Dussel, que esperaba de él un pequeño recuerdo.

En lugar de expresar su gratitud por la acogida desinteresada que le hemos hecho, guardó un silencio absoluto. En la mañana del 16 preguntó si debía felicitarle o presentarle mis condolencias; él me contestó que aceptaba lo uno o lo otro. Mamá quiso actuar como pacificadora, pero sin resultado; y todo sigue igual.

¡El espíritu del hombre es grande pero pequeños sus actos!

Tuya,

ANA

Sábado 2 7 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Anoche, antes de dormirme, tuve de repente una visión: Lies. La vi ante mí, cubierta de harapos, el rostro enflaquecido y hundido. Sus ojos me miraban fijamente, inmensos, muy tristes y llenos de reproche. Podía leer en ellos: «¡Oh, Ana! ¡por qué me has, abandonado? ¡Ayúdame, ven a auxiliarme, hazme salir de este infierno, sálvame!».

Me es imposible ayudarla. Sólo puedo ser espectadora del sufrimiento y de la muerte de los otros, y rogar a Dios que algún día pueda volver a verla. Vi solamente a Lies, a nadie más, y ahora comprendo. La juzgué mal,. yo era demasiado joven. Ella se había encariñado con su nueva amiga, y yo procedí como si quisiera quitársela. ¡Por lo que ha debido pasar! Sé lo que es eso, porque también yo lo he experimentado.

Antes, me sucedía, como un relámpago, que lograba comprender algo de su vida, pero enseguida volvía a caer mezquinamente en mis propios placeres y resabios. Fui mala. Ella acaba de mirarme con ojos suplicantes y rostro pálido. ¡Ah, que desamparada está! ¡Si tan solo pudiera ayudarla!

¡Dios mío! Cuando pienso que yo aquí tengo todo cuanto puedo desear, y que ella es víctima de una suerte terrible. Ella era por lo menos tan piadosa como yo. También quería siempre el bien. ¿Por qué la vida me ha elegido a mí y por qué la muerte la aguarda quizás a ella? ¿Qué diferencia había entre ella y yo? ¿Por qué estamos tan alejadas la una de la otra?

A decir verdad, la había olvidado desde hacía meses. Sí, desde hacía casi un año. Acaso no completamente, pero nunca se me había aparecido así, en toda su miseria. Lies, si vives hasta el final de la guerra y vuelves a nosotros, espero poder reunirme contigo y compensarte un poco por mi omisión.

Pero es ahora cuando ella necesita de mi socorro y no más tarde. ¿Piensa todavía en mí? En caso afirmativo, ¿de qué manera?

¡Dios mío, protégela, para que al menos no esté sola! ¡Oh!, si Tú pudieras decirle que la compadezco y la quiero, tal vez encontraría la fuerza para soportar sus males.

Que así sea. Porque no veo solución. Sus grandes ojos me persiguen aún, no me abandonan. ¿Habrá encontrado Lies la fe en sí misma, o le habrán enseñado a creer en Dios?

Ni siquiera lo sé. Nunca me tomé el trabajo de preguntárselo.

Lies, Lies, si pudiera sacarte de allí, si al menos pudiese compartir contigo todo lo que yo disfruto. Es demasiado tarde, ya no puedo ayudarla, reparar mis errores. Pero nunca más la olvidaré, y rezaré siempre por su suerte,

Tuya,

ANA

Lunes 6 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Al aproximarse la fiesta de San Nicolás, todos pensábamos inconscientemente en la bonita cesta del año pasado; por eso me parecía tanto más penoso dejar pasar la fiesta este año. Por largo tiempo me devané los sesos para dar con algo entretenido que pudiera divertirnos.

Después de haber consultado a Pim, nos dedicamos inmediatamente a componer un pequeño poema para cada miembro del anexo.

El domingo en la noche, a las ocho y cuarto, subimos a casa de los Van Daan, cargados con la cesta de la ropa, decorada por nosotros con siluetas y lazos azules y rosas recortados en papel de seda. La parte superior estaba cubierta con gran papel de envolver, al cual se hallaba pegada una carta. Una sorpresa de tal envergadura causó visiblemente gran impresión.

Yo desprendí la cartita y leí en alta voz:

Santa Clara está aquí otra vez,

aunque no exactamente como el año pasado;

ya no es posible celebrar ese día con aquella fe y profunda alegría.

Entonces, sí, éramos optimistas y creíamos firmemente en la victoria.

Pensábamos celebrar este año una alegre fiesta en libertad.

Pero puesto que de aquel día guardamos recuerdo,

y aunque los regalos brillen por su ausencia,

cada uno puede mirar y un su zapato encontrar...

Cuando papá hubo levantado el papel que tapaba la cesta, su contenido provocó estallidos de risa interminables. Cada habitante del anexo pudo recobrar allí dentro el zapato que le pertenecía, en cuyo interior habíamos escrito cuidadosamente el nombre y la dirección del propietario.

Tuya,

ANA

Miércoles 22 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Una gripe fastidiosa me ha impedido escribir con regularidad. Es horrible estar enferma en circunstancias semejantes. Cada vez que sentía deseos de toser, me acurrucaba bajo las frazadas, tratando de imponer silencio a mi garganta, con el resultado de que la irritaba más; debían entonces calmarme con leche y miel, azúcar y pastillas. Cuando pienso en todos los tratamientos que tuve que soportar, me dan todavía vértigos. Exudorantes, compresas húmedas, cataplasmas en el pecho, tisanas calientes, gargarismos, unturas, cocciones, limones exprimidos, el termómetro cada dos horas e inmovilidad completa.

Me pregunto cómo me he repuesto habiendo pasado por todo eso. Lo más desagradable era tener sobre mi pecho desnudo la cabeza llena de brillantina de Dussel, dándoselas de médico y queriendo sacar conclusiones de los ruidos de mi pobre tórax. No sólo sus cabellos me cosquilleaban terriblemente, sino que me sentía en extremo incómoda, por más que hace unos treinta años obtuvo su diploma de médico. ¿Qué venía ese tipo a hacer sobre mi corazón? No es mi bienamado, al menos que yo sepa. Por lo demás, me pregunto todavía si es capaz de distinguir entre los ruidos normales y los dudosos, porque sus oídos necesitarían urgentemente una buena intervención; me parece que cada vez está más sordo.

Ya he hablado bastante de enfermedades. Basta. Me siento mejor que nunca, he crecido un centímetro, aumenté un kilo, estoy pálida y me siento impaciente por recomenzar mis estudios.

No tengo ninguna novedad sensacional que anunciarte. Por extraordinario que parezca, todo el mundo se entiende bien en casa, nadie se pelea; no habíamos conocido una paz semejante desde hace por lo menos seis meses. Elli no ha vuelto todavía.

Para Navidad tendremos una ración suplementaria de aceite, bombones y mermelada. No puedes imaginarte lo magnífico que es mi regalo: un broche hecho con monedas de cobre, brillante como el oro, en fin, espléndido. El señor Dussel ha regalado a mamá y a la señora Van Daan una hermosa torta, para cuya preparación comisionó a Miep. Pobre Miep, le he preparado una pequeña sorpresa como también a Elli. Pedí al señor Koophuis que encargara pastelitos de mazapán con el azúcar de mi avena matinal, que he estado economizando durante dos meses.

Llovizna. La estufa humea. Lo que se come pasa en el estómago, provocando detonaciones por todas partes. Las mismas noticias por la radio. La moral, por el suelo.

Tuya,

ANA

Viernes 24 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Ya sabes hasta qué punto nos vemos afectados por la atmósfera del anexo. En mi caso, eso cobra proporciones inquietantes.

«Himmelhochjauchzend, zum Tode btrubt».* Esto podría aplicarse a mí. Me siento en el primer estado al pensar en todo lo que disfrutamos aquí, comparado con lo que les ocurre a otros judíos; y en el segundo caigo frecuentemente, como hoy, por ejemplo, a raíz de la visita de la señora Koophuis, que nos ha hablado de su hija Corrie; ella va a remar con sus amigos, participa en actividades de un teatro de aficionados, práctica deportes. No creo estar celosa de Corrie, pero al oír hablar de su vida mi deseo de reír y divertirme alocadamente se vuelve más fuerte. Sobre todo ahora, durante las vacaciones de Navidad, encerrados como estamos entre cuatro paredes, cual parias. Quizás esté mal hablar de eso, puedo parecer ingrata, y sin duda exagero. Sea lo que fuera lo que tú puedas pensar, soy incapaz de reservarme tales cosas para mí, y retorno a lo que ya dije al principio: «El papel es paciente».

Cuando alguien llega al anexo desde la calle, el viento en sus ropas y el frío coloreando sus cachetes, quisiera ocultar mi cabeza debajo de las frazadas para hacer callar este pensamiento: «¿Cuándo podremos respirar aire fresco?». Y como no puedo esconder la cabeza debajo de las frazadas, sino que, al contrario, me veo obligada a mantenerla alta y mostrarme valiente, los pensamientos vienen y vuelven, innumerables. Créeme: después del año y medio de vida enclaustrada, hay momentos en que la copa rebasa. Sea cual fuere mi sentido de la justicia y de la gratitud, no me es posible ahuyentar tales ideas. Ir en bicicleta, bailar, silbar, mirar a la gente, sentirme joven y libre; tengo sed y hambre de todo eso, y debo esforzarme para disimularlo. Imagínate que los ocho empezáramos a quejarnos y a poner mala cara. ¿Adónde iríamos a parar? A veces me hago esta pregunta: «¿Existe alguien en el mundo capaz de comprenderme, sea o no judío, y que viera en mí a la muchacha que pide nada más que una cosa: divertirse, gozar de la vida?». Lo ignoro, no podría hablar de eso con nadie, porque me echaría a llorar. Sin embargo, llorar alivia en ocasiones.

Pese a mis teorías y a lo que me atormenta, la verdadera madre que yo imagino y que me atormenta, la verdadera madre que yo imagino y que me comprendería me falta a cada instante. Todo cuanto pienso, todo cuanto escribo le está dedicado, en la esperanza de llegar a ser más tarde para mis hijos la «Mamita» cuya imagen me he forjado. Una «Mamita», que no tomaría

*Famoso verso de Goëte: «En la cima del mundo, o en las profundidades de la desesperación. (N. del T.).

necesariamente en serio todo lo que se dice en las conversaciones generales, pero que sí consideraría seriamente lo que yo dijera. Sin que pueda explicar por qué, me parece que lo expresa todo. Con el fin de aproximarme a mi ideal, he pensado llamar a mamá «Mammi», para no decir «Mamita». Ella es, por así decir, la «Mamita» incompleta. ¡Cuánto me gustaría llamarla así! Y, sin embargo, ella ignora todo eso. Afortunadamente, porque se apenaría demasiado.

Pero ya me he desahogado bastante. Al escribir estas líneas he resucitado un tanto.

Tuya,

ANA

Sábado 25 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Este día de Navidad me recuerda muy particularmente la historia de una amor de juventud que Pim me contó el año pasado, por la misma época. Entonces, no podía comprender tan bien el sentido de sus palabras. ¡Cómo me gustaría que volviera a hablarme de eso! Al menos, podría probarle mi simpatía.

Pim debió de contarlo por necesidad de confiarse a alguien, aunque sólo fuera una vez, él, el confidente de tantos «secretos del corazón», porque Pim no habla nunca de sí mismo. No creo que Margot tenga la menor idea de todo cuanto papá ha sufrido. ¡Pobre Pim! No podrá hacerme creer que lo ha olvidado todo. No olvidará jamás. Se ha vuelto tolerante. Confío en que, más tarde, seré un poco como él, sin tener que pasar por todo eso.

Tuya,

ANA

Lunes 27 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

El viernes a la noche recibí por primera vez en mi vida un regalo de Navidad. Miep, Elli, Koophuis y Kraler nos prepararon una deliciosa sorpresa. Miep hizo torta de Navidad, adornada con estas letras: «Paz 1944». Elli nos regaló medio kilo de galletas, calidad de preguerra. Peter, Margot y yo recibimos cada uno un frasco de yogur, y los mayores, una botella de cerveza. Todo estaba muy lindamente envuelto, con una imagen en cada paquetito. Aparte de eso, los días de Navidad pasaron rápidamente para nosotros.

Tuya,

ANA

Miércoles 29 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Anoche me sentí nuevamente triste. Volví a acordarme de abuelita y de Lies. ¡Abuelita! ¡Oh, la querida abuelita! ¡Qué buena y dulce era! Ignorábamos que padecía de una enfermedad muy grave. ¿Lo deseaba ella así?

¡Qué fiel nos era abuelita! Nunca hubiese dejado que nos derrumbáramos. Yo podía hacer cualquier cosa, ser insoportable a último grado, pero ella siempre me disculpaba.

Abuelita, ¿me quisiste realmente o tú tampoco me comprendiste? No sé. Nadie iba nunca a confiarse con abuelita. ¡Qué sola debía de sentirse, a pesar del cariño de todos nosotros! Hay quien puede sentir la soledad, aunque esté rodeado de afectos, si para nadie es el Amado con A mayúscula. ¿Y Lies?

¿Vive aún? ¿Qué hace? ¡Oh Dios, protégela y devuélvenosla! Lies, tú me haces entrever lo que hubiera podido ser mi suerte; constantemente me pongo en tu lugar. ¿Por qué, entonces, tomar tan en serio lo que sucede en casa?. ¿No debería sentirme contenta, dichosa y satisfecha, salvo cuando pienso en ella y los que

comparten su desgracia?

Soy egoísta y cobarde. ¿Por qué debo afligirme y pensar siempre en las peores desgracias hasta gritar de miedo? Porque mi fe, a pesar de todo, no es bastante fuerte. Dios me ha dado más de lo que merezco y, sin embargo, cada día sigo acumulando culpas.

Cuando pienso en mi prójimo, es como para llorar todo el día. Sólo resta implorar a Dios para que haga un milagro y salve todavía algunas vidas. ¡con tal de que El escuche mis plegarias!

Tuya,

ANA

Domingo 2 de enero de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana al hojear mi diario, me he detenido en algunas cartas que hablaban de mamá, y me sentí aterrada por las palabras duras que utilicé para ella. Me he preguntado: «Ana, ¿viene verdaderamente de ti ese odio? ¿Es posible?

Estupefacta: con una de las hojas en la mano, he tratado de descubrir las razones de esa cólera, de esa especie de odio que se habían apoderado de mí al punto de confiártelo todo.

Porque mi conciencia no se calmará hasta que haya aclarado contigo estas acusaciones. Olvidemos un momento cómo llegué a eso.

Sufro y he sufrido siempre de una especie de mal moral; es algo así como si, habiendo mantenido mi cabeza bajo el agua, viera yo las cosas, no tales como son, sino deformadas por una óptica subjetiva; cuando me hallo en ese estado, soy incapaz de reflexionar sobre las palabras de mi adversario, lo que me permitirá obrar en armonía con aquel a quien he ofendido o herido con mi temperamento demasiado colérico. Me repliego entonces en mí misma, sólo veo mi yo, y derramo sobre el papel mis alegrías, mis burlas y mis pesares, sin pensar más que en mi propia persona. Este diario tiene mucho valor para mí, porque forma parte de mis memorias; sin embargo, en muchas páginas podría añadir: «Pasado».

Estaba furiosa con mamá, y a veces sigo estándolo. Ella no me ha comprendido, es verdad; pero yo, por mi parte, tampoco la he comprendido a ella. Como me quería de veras, me demostraba su ternura; pero, como yo la colocaba a menudo en una situación desagradable y, además, las tristes circunstancias la habían puesto nerviosa e irritable, ella me reñía... lo que, al fin y al cabo, era comprensible.

Me lo tomé demasiado en serio al sentirme ofendida, al ponerme insolente y mostrarme mal dispuesta hacia ella, lo que no podía menos que apesadumbrarla. En el fondo, sólo hay malentendidos y desacuerdo de una parte y de la otra. Nos hemos envenenado mutuamente. Pero eso pasará.

He sido incapaz de admitirlo, y me he apiadado de mi misma, lo que es asimismo comprensible. Cuando se tiene un temperamento tan vivo como el mío, surge la cólera, tras el enojo. En otro tiempo, antes de mi vida antes de mi vida enclaustrada, esta cólera se traducía en algunas palabras vehementes, en algunos golpecitos de pie a espaldas de mamá, y con eso me calmaba.

Esa época, en la que, podía provocar fríamente en mamá una crisis de lágrimas, ha sido bien superada. Me he vuelto más razonable, y, asimismo, mamá está un poco menos nerviosa. Cuando ella me fastidia, casi siempre me callo, y ella hace otro tanto, por lo que todo parece marchar mejor. Me es imposible sentir por mi madre el amor apegado de una hija. Me falta tal sentimiento.

Acallo mi conciencia con la idea de que el papel es menos sensible que mamá; porque ella, fatalmente, llevaría mis injurias en su corazón.

Tuya,

ANA

Miércoles 5 de enero de 1944

Querida Kitty:

Hoy voy a contarte dos cosas. Será largo. Pero es absolutamente necesario que hable de esto con alguien, y nadie más que tú, que yo sepa, puede guardar silencio, ocurra lo que ocurra.

Primero se trata de mamá. Me he quejado mucho de ella, porque ahora hago cuanto puedo por demostrarle una mayor amabilidad. De repente, acabo de descubrir lo que le falta. Mamá nos ha dicho ella misma que nos considera como amigas suyas más que como hijas. Es muy bonito, no digo que no; sin embargo, una amiga no puede reemplazar a una madre. Necesito ver en mi madre un ejemplo que pueda seguir, quiero poder respetarla.

Algo me dice que Margot no piensa en absoluto como yo, y que nunca comprendería lo que acabo de decirte. En cuanto a papá, él evita toda conversación concerniente a mamá.

En mi opinión una madre debe ser una mujer cuya primera cualidad sea el tacto, sobre todo frente a hijas de nuestra edad, y que no obre como mamá, que se burla de mí cuando lloro, no por dolor físico, sino por otro motivo.

Hay una cosa, quizás insignificante, pero que nunca le he perdonado. Hace mucho tiempo, antes de venir al anexo, tuve que ir un día al dentista. Mamá y Margot me acompañaron, y estuvieron de acuerdo en que llevara mi bicicleta. Al salir las tres del dentista, mamá y Margot me dijeron que iban al centro para ver o comprar algo, ya no recuerdo exactamente. Quise seguirlas, pero me despidieron, porque iba en bicicleta. Me sentí tan furiosa, que las lágrimas me subieron a los ojos, lo que las hizo soltar la carcajada. Entonces, yo lo vi todo rojo, y les saqué la lengua, así, en plena calle. Una viejecita que pasaba por allí en ese instante me miró muy asombrada. Volví a casa, y debí llorar largo rato. Es curioso, pero la herida que mamá me causó en aquel momento me sigue doliendo todavía cuando lo pienso.

Va a serme difícil hablarte de la segunda cosa, porque se trata de mí misma.

Ayer leí un artículo de la doctora Sis Heyster, a propósito de la manía de ruborizarse. Este artículo parece dirigirse a mí sola. Aunque no enrojezco con tanta facilidad, me parece que las otras cosas de que habla se aplican perfectamente a mí. He aquí, poco más o menos, lo que escribe: una muchacha durante los años de pubertad, se repliega en sí misma y empieza a reflexionar sobre los milagros que se producen en su cuerpo.

Yo también noto esta sensación; por eso, en estos últimos tiempos, me siento cohibida delante de Margot y de mis padres. En cambio, aunque sea más tímida que yo, Margot no demuestra la menor inhibición.

Lo que me sucede me parece maravilloso; no sólo las transformaciones visibles de mi cuerpo, sino lo que se verifica en mi interior. Aun cuando yo nunca hable a nadie de mí misma, ni de todas estas cosas, pienso en ellas y las refiero aquí.

Cada vez que estoy indispuesta -sólo me ha sucedido tres veces- tengo la sensación de llevar en mi un secreto muy tierno, a despecho del dolor, de la laxitud y de la suciedad; es porque, a pesar de los pequeños fastidios de esos pocos días, me regocijo en cierto modo desde el momento en que voy a sentir ese secreto una vez más.

Sis Heyster dice también en su artículo que las muchachas de esta edad no están muy seguras de sí mismas, pero no tardarán en reconocerse mujeres, con sus ideas, sus pensamientos y sus hábitos

personales. En lo que a mí respecta, como me encuentro aquí desde alrededor de mi decimotercer año, he comenzado a reflexionar sobre mí misma mucho antes que las otras muchachas, y a sentirme «persona». Por la noche, en la cama, siento a veces una necesidad inexplicable de tocarme los senos y percibir la calma de los latidos regulares y seguros de mi corazón.

Inconscientemente, tuve sensaciones semejantes mucho antes de venir aquí, porque recuerdo que una vez al dormir con una amiga, tuve la irresistible necesidad de besarla, lo que entonces hice. Su cuerpo, con el que ella siempre se había mostrado recatada, me despertaba una gran curiosidad. Le pregunté si, como prueba de amistad, no me permitiría palpar sus senos, haciendo ella lo mismo con los míos; pero mi amiga se negó. Cada vez que veo la imagen de una mujer desnuda, como, por ejemplo, Venus, me quedo extasiada. Me ha sucedido encontrar eso tan maravillosamente bello, que me ha costado retener las lágrimas.

¡Ah, si sólo tuviera una amiga!

Tuya,

ANA

Jueves 6 de enero de 1944

Querida Kitty:

Como mi deseo de hablar de veras con alguien se ha vuelto por fin demasiado fuerte, se me ha ocurrido elegir a Peter.

Más de una vez he entrado en su cuartito. Lo encuentro muy simpático. Pero como Peter, por huraño que sea, nunca le cerraría la puerta a nadie que fuera a visitarle, no me quedaba mucho tiempo, por miedo a que me juzgara fastidiosa. Siempre buscaba un pretexto para quedarme a su lado, como casualmente, para charlar, y ayer se presentó esa oportunidad. Se ha apoderado de Peter una verdadera pasión por los crucigramas y se pasa en eso todo el día. Me puse a ayudarlo y, bien pronto, nos hallamos el uno frente al otro en su mesita, él en la silla, yo en el diván.

Experimentaba una extraña sensación al mirar sus ojos profundamente azules y su sonrisa misteriosa en la comisura de los labios. Pude leer en su rostro su embarazo. Su falta de aplomo y, al mismo tiempo, una sombra de certidumbre de saberse hombre. Al ver sus torpes movimientos, algo se estremeció en mí. No pude impedirme de mirar sus ojos oscuros, de cruzar nuestras miradas una y otra vez, suplicándole con las mías, de todo corazón: «¡Oh, cuéntame todo cuanto te ocurre, no debes temerle a mi verborrea!

Pero la velada transcurrió sin nada de esencial, salvo que yo le hablé de esa manía de sonrojarme, no con las palabras que empleo aquí, evidentemente, sino que para señalarle que él también cobraría aplomo con rapidez.

Por la noche, en la cama, esta situación me pareció muy poco regocijante, y francamente detestable la idea de implorar los favores de Peter. ¿Qué no haría por satisfacer mis más íntimos anhelos? La prueba: mi propósito de ir a ver a Peter más a menudo y hacerle hablar.

Pero no hay que pensar que estoy enamorada de Peter. Nada de eso. Si los Van Daan hubieran tenido una hija en lugar de un hijo, igualmente habría tratado de buscar su amistad.

Esta mañana, al despertarme alrededor de las siete, recordé enseguida lo que había soñado. Estaba sentada en una silla, y enfrente de mí Peter... Wessel; hojeábamos un libro con ilustraciones. Mi sueño fue tan claro, que me acuerdo todavía, parcialmente, de los dibujos. Pero no termina aquí.

De repente, la mirada de Peter se cruzó con la mía, y me hundí largamente en sus hermosos ojos de un castaño aterciopelado. Luego Peter dijo con acento muy dulce: «¡Si yo lo hubiera sabido, hace mucho tiempo que habría acudido a ti!». Bruscamente me volví, porque no podía ya dominar mi turbación. Enseguida sentí una mejilla contra la mía; una mejilla muy suave,

fresca y bienhechora... Era delicioso, infinitamente delicioso...

En ese instante me desperté. Su mejilla estaba aún contra la mía, y seguía sintiendo sus ojos morenos que miraban hasta el fondo de mi corazón, tan profundamente que él podía leer en ellos cuánto lo había amado y cuánto lo amo todavía. Mis ojos se llenaron de lágrimas ante la idea de haberle perdido de nuevo, pero al mismo tiempo me regocijó la certidumbre de que aquel Peter sigue siendo mi predilecto y lo será siempre.

Es curioso notar cuántas imágenes concretas me acuden durante el sueño. Una vez vi a Ani (mi otra abuela) tan claramente ante mí, que pude distinguir en su piel las gruesas arrugas aterciopeladas. Enseguida se me apareció abuelita como ángel guardián; tras ella, Lies, que representa para mí el símbolo de la miseria de todas mis amigas y de todos los judíos. Cuándo rezo por ella, rezo por todos los judíos y por todos los desamparados... ¡Y ahora, Peter, mi querido Peter! Nunca antes, se me había aparecido tan claramente. Lo he visto ante mí. No necesito una fotografía suya. Lo veo. ¡No puedo verlo mejor!

Tuya,

ANA

Viernes 7 de enero de 1944

Querida Kitty:

¡Qué tonta soy! Me he olvidado completamente de contarte las historias de mis otros admiradores.

Cuando era muy chica -eso data del jardín infantil- le tomé simpatía a Karel Samson. Su padre había fallecido, y vivía con su madre en casa de una tía. Robby, el primo de Karel. Yo no prestaba atención a la belleza, y durante muchos años quise mucho a Karel. jugábamos siempre juntos, pero fuera de eso, mi amor no halló reciprocidad. Enseguida, Peter Wessel apareció en mi camino, y aunque de un modo muy infantil me enamoré de él. Peter también me encontraba simpática, y, durante todo un verano, fuimos inseparables. Cuando pienso en ello, nos veo todavía atravesar las calles de la mano, él con su traje de algodón blanco, yo con un corto vestido de verano. Al término de las vacaciones, al regreso a las clases, él había pasado a la escuela secundaria, y yo estaba todavía con los pequeños. Venía a buscarme a la escuela, o bien yo iba a buscarle a la suya. Peter Wessel era la imagen misma de la belleza, alto, delgado, con un rostro serio, calmo e inteligente. Tenía cabellos negros y ojos castaños magníficos, tez mate, mejillas tersas y nariz puntiaguda. Me enloquecía su risa, que le daba un aspecto audaz de muchacho travieso. Luego me fui al campo para las vacaciones. Entretanto, Peter se había mudado, para ir a vivir con un compañero mucho mayor que él.

Este sin duda le hizo notar que yo no era todavía más que una mocosa. Resultado: Peter me dejó. Yo lo amaba a tal punto, que no podía resignarme, y no me desprendía de él; hasta el día en que comprendí que, si me empecinaba así por más tiempo, me tomarían por una buscona. Pasaron los años, Peter tenía amigas de su edad, y ya no se tomaba el trabajo de saludarme; pero yo no podía olvidarlo. En el liceo judío, muchos muchachos de mi clase se habían enamorado de mí; eso me halagaba, pero sin causarme la menor impresión. Luego fue Harry quien se prendó de mí, más seriamente, pero, como ya lo he dicho, nunca volví a enamorarme.

Según un dicho popular, las heridas se curan con el tiempo, y así solía sucederme. Creí haber olvidado a Peter Wessel, pensando que ya no me impresionaba. Sin embargo, su recuerdo vivía tan fuerte en mí, en mi subconsciente, que a veces me he sentido celosa de sus otras amigas, y por esta razón ya no lo encontraba tan atractivo. Esta mañana he comprendido que nada cambió entre nosotros; al contrario, mi amor por él ha crecido y madurado conmigo. Ahora veo bien que Peter debía de juzgarme muy niña para él; pero eso no me impedía sufrir por su olvido total. Desde que su rostro se me ha aparecido tan claramente, tengo la certeza

de que nadie podrá nunca adentrarse tan profundamente en mi corazón.

Me siento toda turbada por ese sueño. Cuando papá me besó esta mañana, hubiera querido gritarle: «¡Oh, si tú fueras Peter!». No puedo hacer nada sin pensar en él; durante todo el día no he cesado de repetirme: «¡Peter! ¡Querido Peter!......

¿Quién podrá ayudarme ahora? No me queda más que proseguir la vida de todos los días y rogar a Dios que si alguna vez salgo de aquí, Peter se cruce nuevamente en mi camino, y al leer en mis ojos mis sentimientos diga: «¡Oh Ana! ¡Si yo lo hubiera sabido, hace mucho tiempo que hubiera acudido a ti!».

Al mirarme al espejo, me he encontrado completamente cambiada. Veo mis ojos claros y profundos, mis mejillas teñidas de rosa, lo que no me sucedía desde hace muchas semanas; mi boca parece también más dulce. Parezco dichosa y, sin embargo, no sé qué pensamiento triste ha hecho desaparecer súbitamente la sonrisa de mis labios. No puedo ser dichosa, porque debo decirme que estoy lejos de los pensamientos de Peter Wessel. Con todo, sigo viendo sus hermosos ojos que me miran, y siento todavía su mejilla fresca contra la mía...

¡Peter, Peter! ¿Cómo apartarme nuevamente de tu imagen? ¿Quién podría ocupar tu lugar sin convertirse en un vil remedo? Te amo. Con un amor incapaz de crecer más en mi corazón. Es tan fuerte, que necesita expandirse y revelarse en mí de un solo golpe, en toda su magnitud.

Hace una semana, ayer mismo, si me hubieran preguntado cuál de mis amigos sería para mí el mejor marido, habría contestado: «No lo sé»; mientras que ahora lo gritaría con todas mis fuerzas: «¡Peter Wessel! ¡Porque lo amo de todo corazón, con toda mi alma! ¡Y me abandono completamente a él!». Con una sola reserva: que sólo toque mi cara.

Una vez que hablábamos sobre sexualidad, papá me dijo que yo aún no podría comprender aquel deseo. Pero yo sí sabía más de lo que él sospechaba. ¡Nada me es tan caro como tú, mi Peter!

Tuya,

ANA

Miércoles 12 de enero de 1944

Querida Kitty:

Elli ha vuelto hace quince días. Miep y Henk, enfermaron del estómago y no pudieron acudir durante dos días. En este momento, yo tengo la chifladura de la danza clásica y ensayo seriamente mis pasos todas las noches. Con una combinación azul cielo con puntillas, mamá me ha fabricado una túnica de danza ultramoderna. Una cinta estrecha alforzada en lo alto la cierra por encima del pecho, y en el talle otra cinta, rosada, más ancha completa el efecto. He tratado en vano de transformar mis zapatillas de gimnasia en escarpines de bailarina. Mis miembros adormecidos empiezan a soltarse, exactamente como antes. Uno de los ejercicios es formidable: sentada en el suelo tomo un talón en cada mano, y levanto ambas piernas sin doblar las rodillas. Debo utilizar un almohadón como apoyo, para no maltratar demasiado mi pobre traserito.

El último libro leído por los mayores es Ochtend zonder Wolken (Amanecer sin nubes). Mamá lo ha encontrado extraordinario; en él se habla mucho de los problemas de la juventud. Yo me he dicho a mi misma, bastante irónicamente: «¡Trata primero de comprender un poco a la juventud que tienes a tu alrededor!».

Pienso que mamá se engaña sobre nuestras relaciones con nuestros padres; cree ocuparse constantemente de la vida de sus hijas y se considera única en su género. En todo caso, eso sólo puede referirse a Margot, pues mamá nunca ha pensado en los problemas ni en los pensamientos que me preocupan. No tengo el menor deseo de hacerle notar que uno de sus retoños es

diferente a la imagen que ella se forja de él, porque se sentiría consternada y, desde luego, no sabía obrar de otra manera; por consiguiente, prefiero ahorrarle el pesar que ello le causaría, tanto más que para mí en nada cambiaría la situación.

Mamá se percata bien de que yo la quiero menos que Margot, pero imagina que sólo se trata de una etapa difícil de mi vida. Margot se ha vuelto tan amable que no la reconozco; ya no enseña las uñas tan a menudo, y nos hemos hecho muy amigas. Ha dejado de tratarme como si yo fuera una chiquilla insignificante.

Parecerá raro, pero a veces me miro como si viera por otros ojos que los míos. Entonces, bien a mis anchas, examino las cuestiones de una cierta «Ana»; recorro las páginas de mi vida, como si se tratara de una extraña. Antes, en nuestra casa, cuando no reflexionaba tanto, tenía en ocasiones la sensación de no formar parte de mi familia. Durante cierto tiempo interpreté asimismo el papel de huérfana; o me dirigía a mí misma múltiples reproches, diciéndome que nadie tenía la culpa si yo quería hacerme la víctima, cuando todo el mundo era tan bueno conmigo. Luego llegó un momento en que me esforcé por ser amable: por la mañana, al oír pasos en la escalera, esperaba ver entrar a mamá, para darme los buenos días; era afectuosa con ella; pero también porque me sentía feliz de verla tan amable contigo. Luego, bastaba una de sus observaciones un poco ásperas para que yo me fuera a la escuela toda desalentada. Al regreso, la disculpaba, diciéndome que podía tener preocupaciones; llegaba, pues, a casa muy alegre, hablaba por diez, hasta que la misma cosa se repetía y volvía a irme, pensativa, con mi bolsón con útiles. Otra vez regresaba con la firme intención de enfurruñarme, lo que olvidaba enseguida, tantas eran las novedades que tenía que contar; ellas eran dirigidas evidentemente a mamá, que, en mi opinión, debía estar siempre dispuesta a escucharme en cualquier circunstancia.

Después pasó nuevamente por una época en la que no escuchaba los pasos por la mañana, me sentía sola, y mojaba una vez más de lágrimas la almohada.

Aquí, en la clandestinidad, las cosas se han agravado aún más. En fin, tú lo sabes. Pero, no obstante todas estas dificultades, Dios me ha socorrido y me ha enviado a... ¡Peter!

Juego un momento con mi medalloncito, lo beso y pienso: «Después de todo, ¿qué más da? Tengo a mi Peter y nadie lo sabe». Así, puedo pasar por alto cualquier desaire. ¿Quién sospechará lo que sucede en la mente de una chica?

Tuya,

ANA

Sábado 15 de enero de 1944

Querida Kitty:

No tiene sentido describirte a cada paso nuestras disputas y querellas en sus menores detalles. Para ser breve te diré que ya no usamos en común con los Van Daan muchas de las provisiones, como la mantequilla y la carne, y que hacemos freír nuestras patatas fuera de la cocina común. Desde hace algún tiempo, nos concedemos un pequeño suplemento de pan negro, porque, a partir de las cuatro de la tarde, empezamos a sentirnos obsesionados por la hora de la cena, sin poder imponer silencio a nuestros estómagos vacíos.

Ahora se acerca el cumpleaños de mamá. Kraler le ha traído azúcar, lo que despertó los celos de los Van Daan, pues la señora no recibió lo mismo en ocasión de su propio cumpleaños. Nuevas pullas, crisis de lágrimas y diálogos ásperos. ¡Bah! De nada vale que te fastidie con todo eso. Puedo decirte, Kitty, que ellos nos molestan cada vez más. Mamá ha hecho el voto irrealizable de abstenerse de ver a los Van Daan durante quince días.

No ceso de preguntarme si el hecho de cohabitar con otras personas, sean quienes fueren, lleva forzosamente a las disputas. ¿O será que, en nuestro caso, hemos tenido especial mala suerte?

¿Es mezquina y egoísta la mayoría de la gente? Me parece útil haber aprendido algo sobre la mente humana, pero empiezo a sentirme cansada. Ni nuestras querellas ni nuestras ganas de aire y libertad pondrán fin a esta guerra; por eso estamos obligados a sacar de nuestra permanencia aquí el mejor partido, y hacerla soportable. En este momento parezco discurrir razonablemente; no obstante, si sigo aquí mucho tiempo más, corro también el riesgo de transformarme en una seca solterona. ¡Y tengo tantos deseos de ser una genuina adolescente!

Tuya,

ANA

Sábado 22 de enero de 1944

Querida Kitty:

¿Podrías decirme por qué la gente oculta con tanto temor sus verdaderos sentimientos? ¿Cómo es posible que en compañía de los demás yo sea totalmente diferente a lo que debería ser?

¿Por qué desconfían unos de otros? Debe de haber una razón, no lo dudo, pero cuando noto que nadie, ni siquiera los míos, responden a mi deseo de confianza, me siento desdichada.

Me parece haber madurado desde la noche de mi sueño memorable; me siento más que nunca «una persona independiente». Te sorprenderá muchísimo cuando te diga que hasta a los Van Daan los miro con otros ojos. Yo no comparto la idea preconcebida de los míos en lo que atañe a nuestras discusiones.

¿Cómo puedo haber cambiado tanto? Ya ves, se me ha ocurrido pensar que si mamá no hubiera sido lo que es, si hubiese sido una verdadera «Mammi», nuestras relaciones habrían resultado del todo diferentes. Desde luego, la señora Van Daan no es fina ni inteligente, pero me parece que si mamá fuera más dúctil, si demostrase más tacto en las conversaciones espinosas, más de una querella podría haberse evitado.

La señora Van Daan tiene una gran cualidad: la de ser sensible al razonamiento. A pesar de su egoísmo, de su avaricia y de sus mañas, se puede fácilmente inducirla a ceder, si se sabe tratarla, evitando irritarla o tocar sus puntos más sensibles. No se consigue tal vez siempre al primer intento, pero se trata de tener paciencia o, en caso necesario, volver a empezar.

Los problemas sobre la forma en que nos educaron, «los mimos» que recibimos Margot y yo, la comida, todo eso hubiera tomado un sesgo muy distinto si hubiésemos hablado de ello amistosamente y con franqueza, y si no nos hubiéramos limitado a ver tan sólo el lado malo de los demás.

Sé con exactitud lo que vas a decir, Kitty: «Pero, Ana, ¿eres tú quien habla? ¡Tú que te has visto obligada a soportar tantas cosas de esa gente, palabras duras, injusticias, etc.!». Pues bien, sí; soy yo quien habla así.

Quiero empezar de nuevo y llegar al fondo del problema prescindiendo de prejuicios. Voy a estudiar a los Van Daan a mi manera, para ver lo que hay de justo y de exagerado en nuestra opinión. Si, personalmente, me siento defraudada, me pondré del lado de papá y mamá; si no, trataré de hacerles ver en dónde está su error, y, en caso de fracasar, me atendré a mi propia opinión y a mi propio juicio. Aprovecharé toda oportunidad de discutir nuestras divergencias francamente con la señora, y de hacerle ver mis ideas imparciales, aun a riesgo de que me trate de impertinente.

No me volveré contra mi propia familia, pero, en lo que me concierne, los chismorreos han terminado. Hasta hoy he creído a pies juntillas que sólo los Van Daan son responsables de nuestras disputas, pero también nosotros tenemos algo que ver en eso. En principio tenemos generalmente razón, pero las personas inteligentes (entre las que nos contamos) están obligadas a dar pruebas de su perspicacia y de su tacto frente a los demás. Confío

en poseer algo de esa perspicacia y hallar la ocasión de aplicarla.

Tuya,

ANA

Lunes 24 de enero de 1944

Querida Kitty:

Me ha ocurrido una cosa muy extraña. Otrora; tanto en nuestra casa como en la escuela, se hablaba de temas sexuales, a veces con misterio, a veces con vergüenza. Las alusiones sobre el particular se hacían únicamente cuchicheando, y quien se mostraba ignorante era motivo de bromas. Yo juzgaba eso estúpido y pensaba: «¿Por qué hablan de esas cosas con tanto misterio? Es ridículo». Pero, como no podía remediarlo, me callaba todo lo posible o trataba de obtener información de mis amigas.

Ya puesta al corriente de muchas cosas, hablé también de ello con mis padres. Mamá me dijo un día: «Ana, te doy un buen consejo. No discutas nunca este tema con muchachos. Si son ellos los que empiezan a hablar de ello, no respondas». Recuerdo todavía mi respuesta: «¡Claro que no, vaya una idea!».

Las cosas quedaron así.

Al principio de nuestra permanencia en el anexo, papá, de tiempo en tiempo, dejaba escapar detalles que yo hubiera preferido conocer por mamá, y amplié mi conocimiento gracias a los libros y a las conversaciones que se entablaban a mí alrededor. Sobre el particular, casi como excepción, Peter Van Daan nunca ha sido tan fastidioso como los compañeros de clase.

Su madre nos contó una vez que ni ella ni en principio su marido habían hablado nunca de esas cosas con Peter. Por lo tanto, ella ignoraba hasta qué punto su hijo estaba informado.

Ayer, mientras Margot, Peter y yo pelábamos las papas, charlamos como de costumbre, y, al hablar de Muffi, yo pregunté:

-Seguimos sin saber si Muffi es un gato o una gata, ¿verdad?

-No -repuso él-, es un macho.

Yo me eché a reír diciéndole:

- ¡Un lindo macho que espera gatitos!

Peter y Margot rieron también. Peter había hecho notar, hace dos meses, que Muffi tendría gatitos a breve plazo: su vientre aumentaba a ojos vistas. El grosor, sin embargo, provenía de muchas rapiñas, y los gatitos no parecían crecer y mucho menos nacer.

Peter quiso defenderse, y dijo:

-Nada de eso. Si quieres, puedes venir a comprobarlo tú misma. Mientras jugaba con él el otro día vi bien que es un macho.

Impelida por mi gran curiosidad, lo acompañé al depósito, pero Muffi no esperaba visitas y tampoco aparecía. Aguardamos un momento; luego, como teníamos frío, volvimos arriba. Después, por la tarde, oí que Peter bajaba de nuevo. Armándome de valor para atravesar sola la casa silenciosa, llegué al depósito. Sobre la mesa de embalaje, Muffi jugaba con Peter, que acababa de ponerlo sobre la balanza para controlar su peso.

-¡Hola! ¿Quieres verlo?

Sin más miramientos, tendió al animal boca arriba, sujetándole hábilmente por las patas, y la lección comenzó:

-Aquí tienes los órganos sexuales masculinos. Ahí algunos pelos, y eso otro es su trasero.

El gato dio un respingo y volvió a ponerse sobre sus zarpitas blancas.

Si otro muchacho me hubiera mostrado «los órganos sexuales masculinos», nunca más habría vuelto a mirarlo. Pero Peter continuó hablando sin segunda intención, con toda naturalidad, de este tema delicado y acabó por ahuyentar en mi toda aprensión. Jugamos con Muffi, charlamos y nos marchamos despreocupadamente del enorme local.

-Si quiero saber algo, siempre termino encontrándolo por casualidad en algún libro, ¿Tú no?

-le dije.

-¿Por qué? Se lo pregunto a mi padre. El sabe de todo mucho más que yo, y, además, tiene experiencia.

Ya habíamos llegado al pie de la escalera, así que callé.

¡Cómo se cambia! Jamás hubiera creído poder hablar de eso tan llanamente, ni siquiera con una muchacha. Estoy segura de que mamá pensaba en eso al advertirme que no hablase con los muchachos de tales temas. Pero al menos he aprendido algo: hay jóvenes -incluso del sexo opuesto- que pueden hablar de temas sexuales sin bromear y sin falsa vergüenza.

¿Hablará Peter de todo a sus padres, y será él verdaderamente tal como se me mostró ayer?

Bueno, no me importa demasiado después de todo.

Tuya,

ANA

Jueves 27 de enero de 1944

Querida Kitty:

En estos últimos tiempos me he aficionado mucho a los árboles genealógicos de las familias reinantes: de ello deduzco que, a fuerza de buscar, se puede muy bien remontarse hasta la Antigüedad haciendo descubrimientos cada vez más interesantes.

Aunque me aplico particularmente a mis deberes escolares (empiezo a poder seguir bastante bien las audiciones de la B.B.C.), me paso una gran parte de los domingos recortando y clasificando mi colección de artistas de cine, que adquiere un volumen respetable.

El señor Kraler suele traer, todos los lunes, una revista de cine, lo que me produce una gran satisfacción. Aunque mi círculo, menos frívolo, piensa que eso es derrochar dinero en extravagancias, de todos modos ellos se sorprenden al oírme citar los nombres exactos de los actores de los filmes estrenados hace un año o más. Elli va mucho al cine con su amigo durante las horas libres; ella me anuncia los títulos de las películas que verá el sábado, y seguida yo le enumero a los actores protagonistas y las opiniones de la crítica. No hace mucho tiempo mamá decía que yo no tendría ya necesidad de ir más tarde al cine para desquitarme, a tal punto los filmes, sus artistas y las críticas se habían grabado en mi memoria.

Si se me ocurre usar un nuevo peinado, todos me miran con ojos críticos, y siempre puedo esperarme la pregunta: «¿A qué artista has imitado esta vez?».

Y nadie me cree más que a medias cuando respondo que es una de mis creaciones.

En cuanto al peinado, no dura más de media hora; tras lo cual, me siento tan contrariada por las observaciones, que corro al cuarto de baño para arreglarme el pelo como todos los días.

Tuya,

ANA

Viernes 28 de enero de 1944

Querida Kitty:

Quizá creas que te tomo por una vaca, al obligarte a rumiar constantemente las mismas cosas y las mismas novedades. La monotonía debe de hacerte bostezar abiertamente, y juzgarás que ya es hora de que Ana aparezca con algo nuevo.

¡Ah, ya lo sé! No hago más que desenterrar viejas historias. Eso aburre, y a mí también, desde luego. Cuando, en la mesa, no se habla de política ni de menús suculentos, mamá y la señora Van Daan rivalizan en relatos de sus historias de juventud - ¡que nos sabemos de memoria!-, o bien Dussel empieza a chochar a propósito del amplio guardarropa de su mujer, o sobre caballos de carrera, de canoas que hacen agua, o de niñitos superdotados

que nadan desde la edad de cuatro años y de los calambres que reclamaban sus cuidados. Si uno de nosotros toma la palabra, cualquier otro puede fácilmente terminar la historia empezada. Cada anécdota la conocemos con anticipación; sólo el narrador la festeja riendo, completamente solo, juzgándose muy ocurrente. Los diversos lecheros, almaceneros y carniceros de ambas amas de casa tienen una larga barba en nuestras mentes, a tal punto su recuerdo es venerado o vituperado a la mesa. Nada de todo cuanto ha sido puesto y repuesto sobre el tapete, en el anexo, puede mantenerse joven y fresco. Es imposible.

Podría acostumbrarme, después de todo, si al menos los mayores se abstuvieran de repetir incansablemente los relatos que conocen por Koophuis o por Miep y Henk, añadiéndoles a veces detalles de su propia imaginación, de manera que me pellizco el brazo bajo la mesa para no interrumpir y poner sobre el camino recto al entusiasta narrador. Las muchachitas educadas, tales como Ana, no tienen bajo ningún pretexto el derecho de corregir a los mayores, sean cuales fueren sus errores, sus embustes o sus invenciones.

Un tema predilecto de Koophuis y Henk es el de los que se ocultan, así como el de los movimientos clandestinos. No ignoran que todo cuanto concierne a nuestros semejantes y sus escondites nos interesa de modo prodigioso, que nos afligimos sinceramente cuando son atrapados, y saltamos de alegría cuando sabemos que un prisionero se ha escapado.

El tema de las personas que se ocultan se ha tornado una costumbre tan cotidiana como antes el hábito de poner las pantuflas de papá debajo de la estufa. Son muchas las organizaciones como la «Holanda Libre», que urden falsos documentos de identidad, suministran dinero a las personas ocultas, preparan refugios, proveen de trabajo clandestino a los jóvenes. Quienes allí trabajan realizan una acción desinteresada, ayudan y permiten vivir a otros poniendo muchas veces en peligro su propia vida. El mejor ejemplo lo tengo aquí: el de nuestros protectores, que nos han sacado adelante hasta ahora, y que, espero, lograrán su objetivo hasta el final, porque deben resignarse a sufrir la misma suerte que nosotros en caso de denuncia. Nunca hacen alusión o se han quejado de la carga que, indudablemente, representamos para ellos.

Todos los días suben a nuestra casa, hablan de negocios y de política con los hombres, de aprovisionamiento y de los fastidios de la guerra con las damas, de libros y de periódicos con los niños. En todo lo que les es posible, se muestran joviales, traen flores y regalos para los cumpleaños y días de fiesta, y están siempre dispuestos a sernos útiles. Jamás olvidaremos el valor heroico de quienes luchan contra los alemanes; pero existe también el valor de nuestros protectores, que nos demuestran tanto cariño y benevolencia.

Se hacen correr los rumores más absurdos, pero, sin embargo, los hay que son verídicos. Esta semana, por ejemplo, el señor Koophuis nos ha contado que en la Gueldre hubo un partido de fútbol, uno de los equipos se componía exclusivamente de hombres que actuaban en la resistencia y el otro de miembros de la policía. En Hilversum se realizó una nueva distribución de tarjetas de racionamiento, haciendo acudir a quienes protegen a los que se encuentran ocultos a cierta hora para recoger sus tarjetas, que se hallaban sobre una mesita, discretamente apartadas. Hay que tener agallas para hacer eso en la nariz y en las barbas de los nazis.

Tuya,

ANA

Jueves 3 de febrero de 1944

Querida Kitty:

La fiebre de invasión ha ganado al país y aumenta de día en día. Si tú estuvieras aquí, serías como yo: ora te dejarías impresionar por los preparativos extraordinarios, ora te burlarías de las personas que se excitan tanto, quizá, ¡quién sabe!, para nada.

Todos los diarios se ocupan de lo mismo; la posibilidad de una invasión aliada enloquece a la gente completamente. Se leen artículos tales como éste: «En caso de desembarco de los ingleses en Holanda, las autoridades alemanas tomarán todas las medidas para la defensa del país; si es necesario, se recurrirá a la inundación». Distribuyen pequeños mapas geográficos de Holanda con las regiones a inundar. Como Amsterdam se encuentra en esta zona, nos preguntamos lo que sucedería con un metro de agua en las calles.

Este problema difícil ha provocado las más variadas respuestas.

-La marcha a pie y a bicicleta quedan descartadas; será menester cruzar penosamente.

-¡Qué va! Se irá a nado. Todo el mundo se pondrá en traje de baño, sin olvidar la gorra, y nadaremos bajo el agua todo lo posible; así, nadie verá que somos judíos.

-¡Ah, qué tontería! Me gustaría ver a las señoras nadando, cuando las ratas se pongan a morderles sus lindas piernas.

(Un hombre, naturalmente, pero veremos quien grita más fuerte, él o nosotras).

-Nunca podremos salir de la casa; el edificio es tan viejo, que se desplomará en cuanto comience la inundación.

-Escuchen todos, y déjense de bromas. Vamos a arreglarnos para conseguir una pequeña lancha.

-No vale la pena. No hay más que tomar un gran cajón, el embalaje de las latas de leche del desván, y remar con bastones.

-Por mi parte, yo caminaré con zancos. Era campeón en mi juventud.

-Henk van Santen no necesitará hacerlo; cargará a su mujer sobre los hombros y será Miep quien lleve los zancos.

Ahora puedes forjarte una idea aproximada. Estas charlas son acaso divertidas en el momento, pero ello no ocurrirá así en la realidad. Ya se verá.

El segundo problema que nos traería una invasión también ha sido discutido. ¿Qué hacer si los alemanes quieren evacuar Amsterdam?

-Partir con todo el mundo disfrazándonos lo mejor posible, transformándonos. ¡Eso!

-No partiremos bajo ningún pretexto. Lo único que hay que hacer es quedarse aquí. Los alemanes son capaces de trasladar a toda la población hasta Alemania, y allí dejar morir a todo el mundo.

-Sí, naturalmente, nos quedaremos aquí. Es el lugar más seguro. Vamos a tratar de persuadir a Koophuis de que venga a habitar la casa con su familia. Trataremos de conseguir una bolsa de virutas y dormirán en el suelo. Miep y Koophuis podrían traer ya las frazadas.

-Nos quedan treinta kilos de trigo; habrá que pedir más. Henk se ocupará de las legumbres secas; tenemos todavía alrededor de 30 kilos de porotos y 5 kilos de arvejas, y no olvidemos las 50 latas de hortalizas.

-Mamá, ¿quieres hacer el inventario de las otras reservas?

-Diez latas de pescado, 40 latas de leche, 10 kilos de leche en polvo, 3 botellas de aceite, 4 tarros de mantequilla salada, 4 latas de carne, 2 frascos de fresas, 2 frascos de frambuesa con grosellas, 20 botellas de tomates, 5 kilos de copos de avena, 4 kilos de arroz, y nada más.

No está tan mal. Pero hay que pensar en alimentar a nuestros invitados, y, si transcurren varias semanas sin poder reaprovisionarnos, nuestras reservas parecerán menos

importantes. Tenemos suficiente carbón y leña, así como velas. Cada cual va a coserse una bolsita para colgársela al cuello, destinada a guardar el dinero, en caso de partida.

Habrá que redactar listas de las cosas que llevaríamos con nosotros si nos viéramos obligados a huir, y cada cual puede empezar ya a preparar una mochila. Cuando ese momento se avecine, dos de nosotros permanecerán en su puesto de observación, uno en la buhardilla trasera, el otro en la de la fachada.

-Dime, ¿qué haremos de todas nuestras reservas si cortan el agua, el gas y la electricidad?

-En tal caso, se cocinará en la estufa, con agua de lluvia hervida. Haremos una reserva de agua, comenzando por llenar todas las damajuanas.

Oigo conversaciones de este tipo todo el día. La invasión por aquí, la invasión por allá, y las discusiones sobre el hambre, las bombas, los extintores, los jergones, los certificados de judíos, los gases asfixiantes, etc. No son cosa para animar a nadie. Una muestra más, si me permites, de las conversaciones de los hombres del anexo con Henk:

Anexo: -Nosotros tememos que los alemanes, al dar media vuelta, arrastren a toda la población con ellos.

Henk: -Imposible. No tienen tantos trenes a su disposición.

A: -¿Trenes? ¿Piensa usted que van a instalar a nuestros ciudadanos en pequeños vagones? Nada de eso. Les dirán que se sirvan de sus piernas como medio de transporte.

(Per pedes apostolorum, como dice siempre Dussel).

H: -No lo creo. Ustedes lo ven todo demasiado tétrico... ¿Qué interés pueden tener en arrastrar a toda la población?

A: -¿Ha olvidado usted lo que dijo Goebbels? «Si se nos obliga a retirarnos, cerraremos también la puerta de todos los territorios ocupados».

H: -Ellos han dicho muchas otras cosas.

A: -¿Cree usted a los alemanes demasiado nobles o demasiado caritativos para tal acción? Seguramente piensan así: «Si nosotros debemos perecer, todos los que están bajo nuestra dominación perecerán con nosotros».

H: -Digan ustedes lo que quieran, yo no lo creo.

A: -Siempre la misma historia: no darnos cuenta del peligro hasta que se nos echa encima.

H: -Después de todo, tampoco ustedes saben nada en concreto. Todo eso no son más que suposiciones.

A: -Nosotros ya hemos pasado por eso, en Alemania primero, aquí después. ¿Y qué sucede enRusia?

H: -Olviden ustedes por un instante la cuestión de los judíos. Yo creo que nadie sabe lo que pasa en Rusia. Los ingleses y los rusos actúan como los alemanes: exageran para hacer propaganda.

A: -No lo creemos. La radio inglesa ha dicho siempre la verdad. Aun admitiendo que sus transmisiones son exageradas, eso no le impediría a usted reconocer la realidad. Porque no se puede negar el hecho de que millones de personas inocentes son asesinadas o asfixiadas con gases, sin ninguna contemplación, lo mismo en Rusia que en Polonia.

Te ahorraré nuestras otras conversaciones. Por mi parte, me siento muy tranquila, y no presto atención alguna a ese revuelo que hay a mí alrededor. Tanto me da vivir o morir. Ahí tienes a lo que he llegado. El mundo no va a dejar de girar por mi causa y, de cualquier modo, no seré yo quien cambie los acontecimientos.

Sólo me resta ver venir las cosas. No me ocupo más que de mis estudios, y confío en que el final será bueno.

Tuya,

ANA

Sábado 12 de febrero de 1944

Querida Kitty:

El sol brilla, el cielo es de un azul intenso, el viento es agradable, y yo tengo unas ganas locas -unas ganas locas- de todo... De charlar, de libertad, de amigos, de soledad. Tengo unas ganas locas... de llorar. Querría estallar. Las lágrimas me apaciguarían, lo sé, pero soy incapaz de llorar. No me quedo quieta, voy de una habitación a otra, me detengo para respirar a través de la rendija de una ventana cerrada, y mi corazón late como si dijera: «Pero, vamos, satisface de una buena vez mi deseo......

Creo sentir en mí la primavera, el despertar de la primavera; lo siento en mi cuerpo y en mi alma. Me cuesta lo indecible portarme como de costumbre, tengo la cabeza enmarañada, no sé qué leer, qué escribir, qué hacer. Sólo sé que me invade una gran ansiedad.

Tuya,

ANA

Domingo 13 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde ayer, muchas cosas han cambiado en mí. Escucha. Yo sentía una ansiedad terrible -la tengo aún-, pero... me siento un poco, muy poco vagamente apaciguada.

Noté esta mañana -seré honesta- que, con gran alegría de mi parte, Peter no ha dejado de mirarme de cierta manera. De una manera muy distinta a la habitual; no podría explicártelo de otra forma.

Siempre pensé que Peter estaba enamorado de Margot, y ahora, de repente, tengo la sensación de que me equivocaba. No lo he mirado durante el día, adrede; al menos, no mucho, pues cada vez que lo hacía me encontraba con su mirada clavada en mí, y además... además es verdad, un sentimiento maravilloso me ha impedido mirarlo demasiado a menudo.

Querría estar sola, completamente sola. Papá no ha dejado de notar que algo me pasa, pero me sería imposible contárselo todo. Querría gritar: «Déjenme en paz, déjenme sola». ¡Quién sabe! Acaso un día estaré más sola de lo que desearía.

Tuya,

ANA

Lunes 14 de febrero de 1944

Querida Kitty:

El domingo a la noche, con excepción de Pim y yo, todo el mundo escuchaba «La Música Inmortal de los Maestros Alemanes». Dussel movía constantemente los botones del aparato, lo que fastidiaba a Peter, y, desde luego, también a los demás. Después de una media hora de nerviosidad contenida. Peter le rogó más o menos irritado que dejara de hacerlo. Dussel contestó con su tonillo desdeñoso: «Estoy arreglándolo». Peter se enfadó, repuso con insolencia, y fue apoyado por Van Daan; Dussel se vio obligado a ceder. Eso fue todo.

Este incidente no tiene nada de extraordinario en sí, pero parece que Peter se lo tomó a pecho. En todo caso, esta mañana vino al desván, donde yo estaba revolviendo en un cajón de libros, para hablarme de ello. Como yo no sabía nada, lo escuché con atención, lo que hizo que Peter diera rienda suelta a sus sentimientos.

-Y ya ves -dijo él-, por lo general me callo, porque sé anticipadamente que nunca consigo dar con las palabras en un caso semejante. Empiezo a tartamudear, enrojezco, y lo digo todo al revés; a la larga, no tengo más remedio que interrumpirme, porque no logro decir lo que quiero. También ayer sucedió así. Quería decir otra cosa. Pero, una vez lanzado, perdí el hilo de mis ideas, y eso es terrible. Antes tenía una mala costumbre, que te aseguro me gustaría recuperar: cuando alguien me hacía rabiar, utilizaba los puños más que las palabras. Ya sé que esa manera de

proceder no me llevará a nada. Por eso te admiro a ti. Dices las cosas sin rodeos. Le dices a la gente lo que tienes que decirle. No tienes nada de tímida.

-Te equivocas -respondí-. La mayoría de las veces digo las cosas de una manera totalmente distinta a como me proponía hacerlo. Luego, una vez arrastrada, hablo demasiado. Es un mal que tu desconoces.

Me reí para mis adentros al pronunciar estas últimas palabras. Pero quise tranquilizarlo, sin que notara mi alegría; tomé un almohadón para sentarme en el suelo, las rodillas en el mentón, y le miré atentamente.

Estoy verdaderamente encantada: el anexo alberga, pues, a alguien que sufre las mismas crisis de furor que yo. Peter parecía visiblemente aliviado por poder criticar a Dussel; sabía que yo no lo delataría. En cuanto a mí, pasé un momento delicioso, sintiendo que me comunicaba con él de una manera que sólo había conocido con algunas amigas, en otro tiempo.

Tuya,

ANA

Miércoles 16 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Es el cumpleaños de Margot.

A las doce y media, Peter vino a admirar los regalos que habíamos preparado. Se entretuvo charlando más tiempo que de costumbre, lo que no habría hecho de haberse tratado de una simple visita de cortesía. Por la tarde, fui a buscar el café y también las papas, pues me parece bien agasajar a Margot al menos una vez al año. Peter quitó enseguida de la escalera sus papeles, para dejarme paso, y yo le pregunté si quería que cerrara la puerta del desván.

-Sí -me contestó-, es preferible. Al volver, no tienes más que golpear: yo te abriré.

Dándole las gracias, subí a la buhardilla, donde pasé diez buenos minutos eligiendo en el gran tonel las patatas más pequeñas. Me dolía la cintura y empezaba a sentir frío. Naturalmente, no golpeé, y abrí yo misma la puerta; sin embargo, él acudió a mi encuentro y, muy servicial, se encargó de la cacerola.

-He buscado empeñosamente -dije yo-, pero no las he encontrado más pequeñas.

-¿Has mirado en el tonel grande?

-Sí, he metido bien las manos y lo he revuelto todo.

Cuando llegué al pie de la escalera, Peter, cacerola en mano, se detuvo para examinarla bien.

-¡Ah, es un buen trabajo! -dijo.

Y en el momento en que le tomaba el recipiente, añadió:

-¡Excelente!

Al decir eso, su mirada fue tan tierna, tan cálida, que me enternecí también. Me daba cuenta de que él quería resultar agradable, y como no sabe ser elocuente, puso en su mirada todo el sentimiento. ¡Cómo le comprendo y cuánto se lo agradezco! En este mismo instante sigo sintiéndome feliz al evocar sus palabras y la dulzura de sus ojos.

Mamá hizo notar que no había allí bastantes patatas para la cena. Muy dócil, me brindé para la segunda expedición.

Al llegar nuevamente hasta la puerta de Peter, me disculpé por molestarlo dos veces seguidas. El se levantó, se situó entre la escalera y el muro, me tomó por el brazo y me cerro el camino.

-Para mí no es una molestia. Yo lo haré.

Le dije que no valía la pena, que esta vez no necesitaba elegir patatas chicas. Convencido, me soltó el brazo. Pero al regreso, vino a abrirme la escotilla y, nuevamente, me tomó la cacerola de las manos. En la puerta, le pregunté:

-¿Qué estudias en este momento?

-Francés -fue la respuesta.

Le pregunté también si no quería mostrarme sus lecciones y, después de haberme lavado las manos, me senté en el diván.

Le di algunas indicaciones para su lección, y luego nos pusimos los dos a charlar. Me contó que, más adelante, querría ir a las Indias Holandesas y vivir en una plantación. Habló de su familia, del mercado negro; pero terminó por decir que se sentía completamente inútil. Le dije que parecía sufrir un fuerte complejo de inferioridad. El habló también de los judíos, diciendo que le habría resultado mucho más cómodo ser cristiano y preguntándome si no podía pasar por tal después de la guerra. Le pregunté si es que quería hacerse bautizar, pero no se trata de eso. En su opinión, después de la guerra, nadie sabrá si es judío o cristiano.

Durante un segundo sentí el corazón oprimido: ¡Qué lástima que él no logre todavía desprenderse de un resto de doblez! Por lo demás, nuestra conversación fue agradable. Hablamos de papá, de la humanidad y de muchas otras cosas, que ya ni siquiera recuerdo exactamente.

No me fui hasta las cuatro y media.

Por la noche, volvió a decir algo muy bonito. Se vinculaba a una foto de artista que yo le había regalado y que pende de la pared de su cuarto desde hace más de un año y medio.

Puesto que le gusta tanto, yo lo invité a escoger algunas otras de artistas de mi colección.

-No -repuso él-. Prefiero tenerla sola a ella; la veo todos los días, y se ha transformado en mi amiga.

Ahora comprendo mejor por qué abraza a Mouschi con tanta frecuencia. Se ve que él también siente necesidad de ternura.

Luego dijo también (iba a olvidarlo):

No conozco el miedo. Sólo me asustan mis propios defectos. Pero pienso en ellos cada vez menos.

El complejo de inferioridad de Peter es verdaderamente terrible. Se cree siempre estúpido, mientras que Margot y yo seríamos extraordinariamente inteligentes. No sabe cómo agradecerme cuando lo ayudo a estudiar francés. Tengo la firme intención de decirle un día: «¡Cállate de una vez, estás mucho más fuerte que nosotras en inglés y geografía!».

Tuya,

ANA

Viernes 18 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Cada vez que subo al desván por una u otra razón, deseo ardientemente verlo a «él». En suma, mi vida aquí ha mejorado; porque, ahora, tiene un sentido y eso me regocija.

Al menos, el objeto de mi amistad se encuentra siempre en casa, es fácil, y no necesito temer a ninguna rival, excepto Margot. No creo estar enamorada, no; pero algo me dice que el sentimiento que ha surgido entre Peter y yo puede llegar a ser muy bello: una amistad que aumentará con la confianza. Todos mis momentos de ocio los paso en su cuarto; cuando llego, ya no es como antes, cuando él no sabía exactamente qué actitud adoptar; ahora, ocurre todo lo contrario y, al irme, estoy ya junto a la puerta, y él no ha cesado todavía de hablar.

Mamá no ve con buenos ojos mis idas y venidas; dice que no hago más que molestar a Peter, y que hay que dejarlo en paz. ¿Es que no comprenderá nunca que poseo sentimientos?

Cuando subo al cuarto de él, mamá me mira siempre con expresión curiosa. Cuando bajo, me pregunta dónde he estado. Eso me parece insoportable.

Tuya,

ANA

Sábado 19 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Un sábado más. Ya sabes lo que eso significa.

Silencio relativo por la mañana. He ayudado un poco en la cocina, en casa de nuestros vecinos; en cuanto a «él», sólo ha cambiado conmigo unas pocas palabras furtivas. A las dos y media, cuando cada uno se mete en su habitación para leer o dormir, me instalé en la oficina privada, provista de frazadas, con el fin de trabajar tranquilamente. Pero no duró largo rato, pues no podía más; dejé caer la cabeza sobre el brazo, y estalle en sollozos. Dando libre curso a una ola de lágrimas, me sentía profundamente desdichada. ¡Ah, si tan siquiera «él» viniera a consolarme! Subí de nuevo a mi casa a las cuatro, preparándome para ir a buscar patatas. Mi corazón latió de esperanza ante la idea de un encuentro, y entré en el cuarto de baño para arreglarme el pelo. En ese instante, lo oí bajar al depósito para jugar con Muffi.

De repente, sentí que las lágrimas me subían a los ojos y entré a toda prisa en W.C., llevándome conmigo el espejo. Linda cosa estar instalada allí, completamente vestida, mientras las lágrimas dibujaban manchas oscuras sobre mi delantal rojo. Me sentía terriblemente desgraciada.

Pensaba, poco más o menos, así: «¡Oh Peter, quiere decir que nunca te conquistaré! ¡Quién sabe! Es probable que no me encuentres ningún atractivo y que no sientas ninguna necesidad de confiarte. Puede ser que pienses en mí, pero superficialmente. Sólo me resta proseguir sin compañía mi camino, sin confidente, sin Peter. De nuevo días sin esperanzas, sin consuelo y sin alegría: eso es lo que me espera. ¡Oh, si tan siquiera pudiera apoyar la cabeza en tu hombro para sentirme menos desesperadamente sola y menos abandonada! Quizá no sientas ningún afecto por mí y mires a los demás con ojos igualmente tiernos. ¿Por qué, pues, imaginé que todo eso era sólo para mí? ¡Oh Peter, si pudieras verme y oírme! Es posible que la verdad sea desoladora: en tal caso, no podría soportarla».

Pero poco después he sentido renacer mis esperanzas, volver mi alegría, en tanto que mis lágrimas resbalaban aún sobre mis mejillas.

Tuya,

ANA

Miércoles
23 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde ayer hace buen tiempo, y me siento completamente cambiada. Cada mañana voy al desván donde trabaja Peter y donde el aire de afuera refresca mis pulmones saturados de moho. Desde mi sitio preferido, en el suelo, miro el cielo azul, el castaño aún desnudo, en cuyas ramas brillan las gotitas de lluvia, las gaviotas que cortan el aire con su vuelo rápido.

El había apoyado la cabeza contra la gruesa viga. Yo estaba sentada. Respirábamos juntos el aire fresco, mirábamos afuera, y entre nosotros había algo que no debía ser interrumpido con palabras. Por largo rato, nos quedamos mirando el cielo, los dos; y cuando tuvo que dejarme para ir a cortar leña, sentí que Peter era un muchacho extraordinario. Subió la escalera, seguido de mí, y durante el cuarto de hora que cortó la leña no cambiamos una palabra. Yo permanecía de pie, para mirarlo: él se aplicaba en cortar bien la leña, para demostrarme su fuerza. También miré por la ventana abierta, tras la cual se divisaba una gran parte de Amsterdam; y por sobre los tejados, hasta la línea del horizonte, de un azul tan límpido, que ya no se distingue la línea divisoria. Me dije: «Mientras esto exista y yo pueda disfrutarlo -este sol radiante, este cielo sin nubes-, no puedo estar triste».

Para quien tenga miedo, se sienta triste o desdichado, el mejor remedio, es salir al aire libre, y buscar un lugar donde esté solo con el cielo, la naturaleza y Dios. Únicamente entonces se siente que todo está bien así, y que Dios quiere ver a los hombres felices

en la naturaleza simple pero bella. Mientras esto exista, e indudablemente será siempre así, estoy segura de que todo pesar hallará su consuelo, fueran cuales fueren las circunstancias.

Quizá no tenga que esperar mucho tiempo para compartir este arrobador sentimiento de felicidad con alguien que experimente cosas semejantes.

Tuya,

ANA

Pensamientos:

Son tantas las cosas que echamos de menos aquí, desde hace tanto tiempo, y de ellas me veo privada en la misma medida que tú. No me refiero a necesidades físicas, pues tenemos lo indispensable. Hablo de las cosas que suceden en nosotros, tales como los pensamientos y los sentimientos. Siento la nostalgia, tanto como tú, del aire y de la libertad. Pero he empezado a creer que tenemos el privilegio de tener una compensación enorme por todas esas privaciones. De ello me he percatado repentinamente, esta mañana, frente a la ventana abierta. Quiero decir: una compensación interna.

Mirando afuera, y a Dios, abrazando con una mirada recia y profunda a la naturaleza, me sentí dichosa, nada más que dichosa. Y Peter, mientras esa dicha esté en ti -gozar de salud, de la naturaleza y de muchas otras cosas más-, mientras seas capaz de sentirla, siempre volverá a ti.

Puede perderse todo, la riqueza, el prestigio; pero esa dicha en tu corazón sólo puede, cuando más, ensombrecerse, y volverá a ti siempre, mientras vivas. Mientras levantes los ojos, sin temor, hacia el cielo, estarás seguro de ser puro y volverás a ser feliz, suceda lo que suceda.

Domingo 27 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde muy temprano a la mañana y hasta las últimas horas de la noche, no hago más que pensar en Peter. Me duermo evocando su imagen, sueño con él durante la noche, y me despierto todavía bajo su mirada.

Tengo la impresión muy nítida de que, contrariamente a las apariencias, Peter y yo no somos muy diferentes el uno del otro. Te diré por qué: a Peter, lo mismo que a mí, le falta una madre. La suya es demasiado superficial, solamente piensa en coquetear, y se interesa poquísimo por los pensamientos de su hijo. La mía demuestra un mayor interés por mí, pero está desprovista del instinto materno, tan hermoso y sutil.

Peter y yo mantenemos ambos una lucha interna a causa de nuestros sentimientos contradictorios, aún no nos sentimos lo suficientemente seguros y, en el fondo, somos demasiado sensibles como para soportar brusquedades. Cuando me agreden, mi reacción es directa: quiero «irme». Como eso es imposible, empiezo a simular: me debato y causo tal batahola, que todo el mundo querría verme en el otro extremo de la tierra.

El, por el contrario, se repliega sobre sí mismo, casi no habla, permanece más bien taciturno, cavila y se esconde tras su timidez.

Pero, ¿dónde y cómo vamos a poder, por fin, encontrarnos?

No sé durante cuanto tiempo el sentido común me permitirá controlar este anhelo.

Tuya,

ANA

Lunes 28 de febrero de 1944

Muy querida Kitty:

La noche, como el día, se han convertido en una pesadilla. Lo veo a todas horas, o casi, sin poder ir hasta él; necesito vigilarme para no traicionarme, aparentar jovialidad, mientras que todo en mi no es más que desesperación.

Peter Wessel y Peter Van Daan se han fundido en un solo Peter, amado y bueno y por quien suspiro.

Mamá me fastidia; papá es amable y me fastidia, por lo tanto, aun más; en cuanto a Margot, me fastidia más que mis padres, pues pretende verme feliz y yo lo único que deseo es estar tranquila.

Peter no se ha reunido conmigo en el desván; ha ido a la buhardilla para realizar un trabajo de carpintería. A cada chirrido, a cada martillazo sentía desvanecerse mi valor y me entristecía cada vez más. A lo lejos un carillón tocaba: Puro de cuerpo, puro de alma. Soy sentimental ya lo sé. Estoy desesperada y me vuelvo muy poco razonable: eso lo sé también.

¡Ayúdame Dios! ¡Ayúdame!

Tuya,

ANA

Miércoles 10 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Mis propios intereses pasan a segundo plano, a causa de un robo. No es divertido eso de que se repitan, pero no puedo remediarlo: los ladrones sienten cierto placer en honrar a Kraler & Co., con su visita. Este robo fue mucho más complicado que el de julio de 1943.

Anoche, cuando como de costumbre, el señor Van Daan se trasladó al despacho de Kraler, a las siete y media, vio que las puertas vidrieras y la puerta del escritorio estaban abiertas.

Sorprendido, decidió inspeccionar los lugares, y tuvo otras sorpresas; las puertas del vestuario estaban igualmente abiertas y había allí un desorden espantoso, sobre todo en la oficina delantera. Su primer pensamiento fue: «Un ladrón». Para saber a qué atenerse, bajó hasta la puerta de entrada, y la examinó: todo estaba cerrado y la cerradura de seguridad intacta. «¡Bah! -se dijo-. Peter y Elli no han dejado el escritorio en orden después de su trabajo de la tarde». Permaneció un buen momento en el despacho de Kraler y apagó la luz antes de salir, sin cavilar demasiado sobre el misterio de las puertas abiertas y el desorden.

Esta mañana, Peter golpeó a nuestra puerta y nos anunció que había encontrado abierta de par en par la puerta de calle. Nos dijo también que el aparato de proyección y la nueva cartera de documentos de Kraler habían desaparecido del armario, Peter fue encargado de cerrar la puerta, y Van Daan contó sus descubrimientos de la víspera a la noche, dejándonos a todos muy inquietos.

Toda la historia se resume en que el ladrón debía de tener en su poder un duplicado de la llave de seguridad, pues la puerta había sido abierta normalmente. Debe de haber entrado al anochecer, más bien temprano, y haberla cerrado. Luego, molestado por Van Daan, sin duda se ocultó hasta que éste se fue; tras lo cual, huyó con su botín, a toda prisa, olvidándose de volver a cerrar la puerta. ¿Quién puede tener un duplicado de nuestra llave? ¿Por qué el ladrón no fue al depósito? ¿Será culpable alguno de los hombres que allí trabajan? ¿Y no irá a denunciarnos, puesto que ha oído y hasta quizá visto a Van Daan?

Es horrible no saber si el ladrón se detendrá ahí o si se le ocurrirá la idea de abrir nuestra puerta una vez más. ¿O se habrá asustado al ver a un hombre pasearse libremente por las oficinas?

Tuya,

ANA

Jueves 2 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hoy he conversado un rato con Margot en el desván. Aunque no lo disfruté tanto como lo esperaba, noto que, con gran frecuencia, sus sentimientos coinciden con los míos.

Mientras fregábamos los platos, Elli ha hablado de su propio desaliento con mamá y la señora Van Daan. ¿Qué alivio puede esperar de ellas?

Nunca adivinarías el consejo de mamá: Elli no tenía más que pensar en todas las personas que ahora atraviesan un momento difícil. ¿De qué sirve pensar en las desgracias ajenas cuando una ya se siente bastante desdichada? Dije algo así y me contestaron:

-Tú no puedes hablar todavía de estas cosas.

¡Qué tontos y necios son los mayores! ¡Como si Peter, Margot, Elli y yo no tuviéramos todos los mismos sentimientos, que invocan el amor de una madre o el de los más íntimos amigos! Pero nuestras madres no nos comprenden realmente. Quizá la señora Van Daan sea más capaz que mamá. ¡Oh, cuánto me hubiera gustado decir a Elli algo que la reconfortase. sabiendo por experiencia qué es lo que desea oír! Pero papá intervino, poniéndome a un lado.

¡Qué tontos son todos! Nunca nos preguntan nuestro parecer. Naturalmente, se jactan de ser ultra modernos. Según ellos, nosotros no podemos opinar: «Cállate». Se puede decir eso, pero nunca dejaremos de tener nuestra propia opinión. Se puede tenerla, por joven que se sea y nadie puede arrebatárnosla.

Lo que nos ayudaría verdaderamente, tanto a nosotros como a Elli, es un cariño abnegado, del que carece cada uno de nosotros. Nadie, y mucho menos los tontos «sabelotodo» que aquí nos rodean, parece capaz de comprendernos; porque nosotros somos infinitamente más sensibles y estamos más avanzados en nuestras ideas que cualquiera de ellos; mucho más de lo que ellos sospechan, y desde hace rato. Mamá se ha vuelto gruñona nuevamente. Es obvio que está celosa, pues en la actualidad hablo más con la señora Van Daan que con ella.

Esta tarde atrapé al vuelo a Peter, y charlamos juntos por lo menos tres cuartos de hora. A él le cuesta lo indecible hablar de sí mismo; y sólo lo logró después de muchas vacilaciones. Las frecuentes disputas de sus padres sobre política, cigarrillos y un montón de cosas, todo me lo ha contado. Se mostraba muy tímido.

A mi vez, le he hablado de mis padres. El defendió a papá, diciendo que era una persona excelente y que no se podía dejar de quererlo. Enseguida, fueron puestas sobre el tapete su familia y la mía. Parece sorprenderle el hecho de que sus padres no sean siempre personas gratas entre nosotros.

-Peter -le dije-, tú sabes que soy franca. Entonces, ¿por qué no decírtelo, puesto que conocemos sus defectos?

Entre otras cosas, dije además:

-Peter, me gustaría mucho ayudarte, si tú lo deseas. Estás siempre enquistado entre los dos. Nunca dices nada. Pero yo sé que todo eso te tortura.

-En efecto, tú podrías socorrerme mucho.

-Lo mejor sería, quizá, que hablases con mi padre. Puedes decírselo todo. El es muy discreto.

-Si, tu padre es un verdadero camarada.

-Tú lo quieres mucho, ¿verdad?

Peter asintió con la cabeza, y yo agregué:

-Pues él también te quiere mucho a ti.

Levantó con rapidez la cabeza, y se sonrojó; era realmente conmovedor ver el efecto de estas pocas palabras.

-¿De veras? -preguntó.

-Claro que sí -dije-; una alusión hoy, otra alusión mañana, y me doy cuenta de lo que quiere decir.

Peter, como papá, es admirable. ¡Imposible dejar de quererlo!

Tuya,

ANA

Viernes 3 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Esta tarde, mirando la llama de las velas,* me sentí tranquila y dichosa. Realmente, en ellas veo a abuelita. Es abuelita quien me guarda y me protege, y quien me devuelve mi alegría.

Pero hay otro que domina todo mi ser. Ese otro es... Peter. Hoy cuando fui a buscar las patatas, me detuvo en la escalera, con mi cacerola llena, para preguntarme:

-¿Qué has hecho esta tarde?

Bajé y me senté en los peldaños, después de dejar la cacerola en el suelo; y nos pusimos a charlar. Sólo una hora después las patatas llegaron a su destino.

Peter no dijo una palabra sobre sus padres; hablamos únicamente de libros, y de otros tiempos. ¡Qué mirada tan ardiente tiene ese muchacho! Creo que voy a enamorarme de él. Si ya no lo estoy. Por lo demás, esta noche, él dejó escapar una palabra al respecto, cuando entró en su habitación, después de haber terminado de pelar las papas.

-Tengo calor. Basta mirarnos a Margot y a mí para conocer la temperatura. Cuando hace frío, estamos pálidas; cuando hace calor, estamos coloradas.

-¿Enamorada? -preguntó él.

-¿Por qué he de estar enamorada?

Más bien estúpida, mi respuesta.

-¿Por qué no? -dijo él.

Enseguida fue menester que nos reuniéramos con los otros para comer.

¿Que ha querido decir? Esta noche me las he arreglado para preguntarle por fin si mis charlas no le molestaban, a lo que ha contestado simplemente:

-En absoluto...

¿Se ha expresado así por timidez? No lo sé.

Kitty, estoy exactamente como una enamorada que sólo sabe hablar de su amor. Desde luego, Peter es verdaderamente adorable. ¿Cuándo podré decírselo? No antes de que él piense lo mismo de mí. Pero soy perfectamente capaz de cuidarme a mí misma y él lo sabe. Además, Peter disfruta de su soledad; por eso, no puedo darme bien cuenta de hasta qué punto le agrado. En todo caso, comenzamos a conocernos un poco; pero atrevernos a decir las cosas que ardemos de ganas de decirnos... ¡Cómo querría haberlo hecho! Eso vendrá quizá más pronto de lo que pienso, ¡quién sabe! Muchas veces por día él me dirige una mirada de inteligencia, a la que yo respondo con un guiño, y ambos nos sentimos felices.

Parece absurdo decir que Peter se siente feliz; pero estoy segura de que él experimenta los mismos sentimientos que yo.

Tuya,

ANA

Sábado 4 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Por fin he pasado un sábado menos fastidioso, menos triste y monótono que de costumbre, lo que no me ocurría desde hace meses. Se lo debo a Peter.

Esta mañana, cuando fui a colgar mi delantal en el desván, papá me preguntó si no quería quedarme para una conversación en francés. Asentí, y pude explicar algo en francés a Peter; Enseguida pasamos al inglés. Papá leyó a Dickens en voz alta. Sentada en la misma silla que papá y muy junto a Peter, me sentí en el séptimo cielo.

A las once, me fui a mi cuarto. A las once y media, en el momento de volver a subir, él estaba ya en la escalera aguardándome. Charlamos hasta un cuarto para la una. Cada vez que me ausento, después, por ejemplo, de la comida, él me dice, sin dejarse oír por los demás:

-Hasta luego, Ana.

¡Oh, qué feliz soy! ¿Empieza a quererme, al fin y al cabo? De

cualquier modo, es un muchacho simpático, y quizá, ¡quién sabe!, vamos a tener conversaciones magníficas.

La señora Van Daan parece consentir mis charlas con su hijo, pero hoy me hizo una broma algo pesada:

-¿Puedo dejarlos solos a los dos, allá en el desván?

-Desde luego -contesté-. ¿Pretende usted, por casualidad, ofenderme?

Desde la mañana temprano y hasta la noche, espero ansiosamente ver a Peter.

Tuya,

ANA

Lunes 6 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Leo en el rostro de Peter que piensa tanto en mí como yo en él. Anoche su madre lo llamó burlonamente: «El pensador». Peter enrojeció, y yo me sentí a punto de explotar.

¡Por qué no se callará esta gente!

Tú no puedes saber hasta qué punto me entristece verlo tan solo y no poder hacer nada por él. Comprendo, como si yo misma hubiera pasado por ello, cómo deben exasperarle las perpetuas disputas y las demostraciones de cariño de sus padres. ¡Pobre Peter, tú también necesitas tanto del amor!

Me ha dicho que podía muy bien pasarse sin amigos; mis oídos resuenan todavía con la dureza de estas palabras. ¡Ah, cómo se engaña! Y pienso que, en el fondo, él no cree en eso para nada.

Se aferra a su soledad, simula indiferencia y juega a la persona mayor, porque se ha impuesto ese papel y no quiere abandonarlo. Pobre Peter, ¿cuánto tiempo aguantarás aún? Ese esfuerzo sobrehumano, ¿no provocará, tarde o temprano, una reacción terrible?

¡Oh Peter! ¡Si me dejaras ayudarte...! Juntos, nosotros dos, podríamos vencer nuestra soledad común.

Pienso mucho, pero no hablo demasiado. Me siento dichosa cuando lo veo y más feliz aún si, además, el sol brilla. Ayer, mientras me lavaba la cabeza, me sentía muy excitada, pues él estaba en la habitación de al lado. Era algo más fuerte que yo, como siempre. Cuanto más tranquila y seria me siento en mi interior, más ruidosamente me comporto.

¿Quién será el primero en descubrir y romper esta armadura? Es una suerte que los Van Daan no hayan tenido una hija. Nunca mi conquista hubiera sido tan difícil, tan bella, tan espléndida, como con un muchacho.

Tuya,

ANA

P.D. - Ya sabes que te escribo con toda franqueza; por eso quiero añadir, que, en el fondo, sólo vivo de un encuentro al otro. Siempre espero comprobar que él también me aguarda, y me siento transportada de alegría cuando noto una de sus íntimas y tímidas iniciativas. Apostaría a que él siente tantos deseos como yo de encontrar las palabras adecuadas. Ignora que, precisamente, son sus esfuerzos desamparados los que más me conmueven.

Martes 7 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Cuando recuerdo mi vida durante el año 1942, todo se me antoja irreal. La Ana que disfrutaba de esa existencia celestial era muy diferente de la que maduró entre estas paredes. Sí, era una vida celestial: admiradores en cada esquina, una veintena de amigas no todas íntimas, desde luego, la predilecta de la mayoría de mis profesores, y mimada a más no poder por mis padres con bombones, con dinero para pequeños gastos... ¿Qué más pedir?

Tú te preguntarás cómo tenía a tanta gente prendada. Peter cree que gracias a mis atractivos, pero no es del todo cierto. Los

*En los hogares judíos se encienden velas en vísperas del sábado.

profesores encontraban ocurrentes mis salidas y mis observaciones; mi rostro era riente; mi sentido crítico, original y encantador. Yo era una coqueta incorregible y también divertida. Algunas de mis cualidades me hacían popular, es decir, la aplicación, la honestidad, la franqueza y la generosidad. Nunca le hubiera negado a un condiscípulo que copiase una de mis tareas; repartía las golosinas generosamente, y jamás fui vanidosa.

Toda esta admiración, ¿no habría hecho de mi una joven arrogante? Tuve la suerte de ser arrojada bruscamente a la realidad, y he necesitado más de un año para habituarme a una vida desprovista de toda admiración.

¿Mi reputación en la escuela? Fue así: siempre la primera en chacotear y en gastar bromas, la eterna chistosa, nunca llorona ni caprichosa. Para que me acompañasen en bicicleta o ser objeto de una atención cualquiera, no tenía más que levantar el dedo meñique.

A Ana, la escolar de entonces, la veo ahora como una chiquilla encantadora, pero muy superficial, que no tiene nada en común conmigo. Peter, muy a propósito, ha dicho de mí:

-Cada vez que te veía, tenías al lado a dos muchachos o más, y una fila de muchachas. Reías siempre y eras constantemente el centro de la pandilla.

¿Qué queda de aquella muchacha? No he olvidado la risa ni las ocurrencias, y no me canso de criticar a la gente como antes, quizá más que antes; todavía soy capaz de flirtear, si... quiero. Esa es la cuestión: me gustaría, por espacio de una velada, de algunos días o de una semana, volver a ser la de antes, alegre, aparentemente despreocupada. Pero, al cabo de una semana, me sentiría saturada, y vería con gratitud al primero que llegara y fuese capaz de hablar de algo que valiera la pena. Ya no necesito adoradores o admiradores seducidos por una sonrisa lisonjera, sino amigos cautivados por mi carácter y mi proceder. Comprendo que estas exigencias reducirían mucho mi círculo de íntimos, pero ¿qué le vamos a hacer? Lo importante es conservar algunas personas sinceras a mí alrededor.

A pesar de todo, mi felicidad de entonces tampoco era completa. Con frecuencia me sentía abandonada. Me movía demasiado de la mañana a la noche para pensar en ello, y me divertía cuanto podía. Consciente o inconscientemente, trataba de olvidar el vacío que sentía divirtiéndome así. Mientras que ahora miro las cosas de frente y estudio. Aquel período de mi vida terminó irrevocablemente. Los años de escuela, su tranquilidad y su despreocupación, nunca más volverán.

Los he superado y ya no los deseo; sería incapaz de seguir pensando únicamente en la diversión; una pequeña parte de mí exigiría siempre cierta seriedad.

Puedo ver mi vida, hasta este instante a través de una lupa despiadada. Primero, nuestra casa bañada de sol; luego, aquí desde 1942, el brusco cambio, las disputas, las reprimendas, etc. Me tomaron desprevenida, como si hubiera recibido un mazazo, y, para darme ánimo, me volví insolente.

La primera parte de 1943: crisis de lágrimas, soledad infinita, lenta comprensión de todos mis defectos que, graves ya, parecían agravarse aún más. Durante todo el día hablaba sin cesar, tratando de poner a Pim de mi parte. No lo conseguí. Me hallaba sola ante la difícil tarea de cambiarme a mí misma, con el fin de no seguir provocando reproches; porque éstos me deprimían y me desesperaban.

La segunda parte del año fue un poco mejor; me transformé en jovencita, y los mayores comenzaron a considerarme más bien como uno de ellos. Empecé a reflexionar, a escribir cuentos. Por fin comprendí que los demás no tenían ya el derecho de utilizarme como una pelota de tenis, enviándome a un lado y a otro. Decidí cambiar y formarme según mi propia voluntad. Pero lo más difícil fue confesarme que ni siquiera papá sería nunca mi confidente en todas las cosas. Ya no podría tener confianza en nadie, salvo en mí misma.

Después de Año Nuevo, otro cambio: mi anhelo...

Deseaba tener a un muchacho como amigo, y no a una muchacha. Había descubierto también la dicha, bajo mi caparazón de superficialidad y alegría. De tiempo en tiempo, al volverme más seria, me sentía consciente de un deseo sin límites por todo lo que es belleza y bondad.

Y por la noche, en la cama, al terminar mis rezos con las palabras: «Gracias, Dios mío, por todo lo que es bueno, amable y hermoso», mi corazón se regocija. Lo «bueno» es la seguridad de nuestro escondite, de mi salud intacta, de todo mi ser, Lo «amable» es Peter, es el despertar de una ternura que nosotros sentimos, sin osar todavía, ni el uno ni el otro, nombrarla o tan siquiera rozarla, pero que se revelará: el amor, el porvenir, la felicidad. Lo «hermoso», es el mundo, la naturaleza, la belleza y todo cuanto es exquisito y admirable.

No pienso ya en la miseria, sino en la belleza que sobrevivirá. He ahí la gran diferencia entre mamá y yo. Cuando se está desalentado y triste, ella aconseja:

- ¡Pensamos en las desgracias del mundo, y alegrémonos de estar al abrigo!.

Y yo, por mi parte aconsejo:

-Sal, sal a los campos, mira la naturaleza y el sol, ve al aire libre y trata de reencontrar la dicha en ti misma y en Dios. Piensa en la belleza que se encuentra todavía en ti y a tu alrededor. ¡Sé dichosa!

En mi opinión, el consejo de mamá no conduce a nada, porque ¿qué hay que hacer cuando nos encontramos en desgracia? ¿No salir de ella? En tal caso, estaríamos perdidos. En cambio, juzgo que volviéndonos hacia lo que es bello -la naturaleza, el sol, la libertad, lo hermoso que hay en nosotros- nos sentimos enriquecidos. Al no perder esto de vista, volvemos a encontrarnos en Dios, y recuperamos el equilibrio.

Aquel que es feliz puede hacer dichosos a los demás. Quien no pierda el valor ni la confianza, jamás perecerá en la calamidad.

Tuya,

ANA

Domingo 12 de marzo de 1944

Querida Kitty:

En estos últimos días, no me quedo quieta nunca, ya no me siento; es un vaivén perpetuo, de mi cuarto al desván.

Me alegra mucho hablar con Peter, pero tengo mucho miedo de molestarlo. El ha vuelto a hablarme del pasado de sus padres y de sí mismo. Eso no me basta, y me pregunto por qué deseo más. Al principio, Peter me consideraba insoportable, y la impresión era recíproca.

Ahora, yo he cambiado de parecer, ¿le ha sucedido a él lo mismo?

Pienso que sí, mas eso no significa que ya seamos verdaderos camaradas, lo que para mí haría infinitamente más soportable nuestra permanencia aquí. No debería atormentarme; me ocupo de él bastante a menudo, de manera que no necesito entristecerte con mi pesar. Pero te confieso que me siento sobre ascuas.

El sábado en la tarde, después de haberme llegado de afuera una serie de malas noticias, me sentí tan trastornada, que me tendí en mi diván para dormir un poco. Sólo podía dormir, con el fin de no pensar. Sueño profundo hasta las cuatro, después de lo cual me reuní con los demás. Me costó mucho contestar a todas las preguntas de mamá; para papá tuve que alegar un dolor de cabeza, con el fin de explicar mi siesta. En suma, no mentí: tenía un dolor de cabeza, aunque... ¡interno!

Las personas corrientes, las muchachas corrientes de mi edad, me creerían loca por apiadarme así de mí misma. Pero,

precisamente, yo he tomado la costumbre de decirte todo cuanto me pesa en el corazón; y el resto del día estoy todo lo alegre, todo lo segura de mí misma y todo lo insolente que me es posible, con el fin de evitar cualquier interrogatorio y no tener que deprimirme.

Margot es muy amable, y no desea nada mejor que ser mi confidente, pero a mí me es imposible contárselo todo. Es cariñosa, bella y buena, pero peca de cierta despreocupación por las cosas profundas. Me toma en serio, demasiado en serio, y, sin duda, se devana los sesos pensando en su hermanita, examinándome con la mirada a cada cosa que digo, como si cavilara: «¿Es eso verdad o está interpretando una comedia?». Estamos constantemente juntas. Eso es lo malo, porque a mí no me gustaría tener a mi confidente siempre a mí alrededor.

¿Saldré alguna vez de este laberinto de pensamientos, y veré en ellos claro algún día, para quedarme en paz?

Tuya,

ANA

Martes 14 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Quizá te divierta -a mí no- saber lo que vamos a comer hoy. Como la empleada doméstica está trabajando en las oficinas me encuentro instalada en este momento en la mesa de los Van Daan. Me cubro la nariz con un pañuelo embebido en perfume de preguerra. Tú no comprendes todavía, así que comenzaré por el principio.

Nuestros proveedores de cupones para alimentos han sido atrapados. Sólo tenemos nuestras tarjetas de racionamiento, ya no nos quedan porotos ni aceite o grasa. Como Miep y Koophuis están enfermos, Elli no puede efectuar las compras, la melancolía reina en casa, y forzosamente las comidas se están resintiendo. A partir de mañana, no tendremos un gramo de grasa, ni de mantequilla, ni de margarina. El desayuno ya no consiste en patatas fritas (para economizar el pan), sino en avena con leche; como la señora Van Daan creía que estábamos a punto de morir de hambre, hubo que comprar leche en el mercado negro. Y hoy se preparan, para la cena, patatas y coles rizadas del tonel de conserva, cuyo olor exige la protección de mi pañuelo. El hedor de estas coles, metidas en el tonel desde hace un año, es absolutamente increíble. Toda la habitación está apestada. Se diría una mezcla de ciruelas pasadas, un desinfectante enérgico y huevos podridos. ¡Puah! Sólo la idea de tener que comer ese guiso me produce náuseas.

Agrega a esto las extrañas enfermedades que las papas han contraído aquí: de dos barricas de pommes de terre, hay una que va derechito a la estufa. Nos hemos divertido haciendo el diagnóstico de estas enfermedades, y hemos encontrado el cáncer, la viruela y el sarampión, por rotación. Además, no tiene nada de agradable eso de vivir en un escondrijo durante el cuarto año de guerra. ¿Es que no va a terminar nunca todavía esta porquería?

En verdad, me importaría muy poco el problema de la alimentación si al menos las otras cosas pudieran hacer la vida más agradable. La monotonía comienza a trastornarnos. Todos estamos saturados.

He aquí las opiniones de los cinco adultos presentes sobre la situación actual:

La señora Van Daan:

«El papel de Cenicienta ya no me entusiasma. Quedarme sentada buscándome las pulgas, me fastidia; por eso, me pongo de nuevo a cocinar. No sin lamentarme, porque es imposible guisar sin materias grasas, y todos esos olores sospechosos me enferman. Y, como recompensa, debo soportar gritos e ingratitudes: siempre es culpa mía, yo soy el chivo emisario. Además, juzgo que la guerra no adelanta mucho; los alemanes terminarán por lograr la victoria. Siento un terror pánico de verme

morir de hambre, y maltrato a todo el mundo cuando estoy de mal humor».

El señor Van Daan:

«Ante todo fumar, fumar y fumar. Al lado de eso, la bazofia, la política, y los malos humores de Kerli no son tan malos como parecen. Kerli es verdaderamente muy amable».

Pero cuando no tiene nada que fumar, todo va mal. Solo se oye: «Voy a caer enfermo, nos alimentamos demasiado mal, yo necesito carne. Kerli no lo comprende porque es tonta». Tras lo cual los esposos inician entre ellos una bulliciosa riña.

La señora Frank:

«La alimentación quizá no tenga mucha importancia, pero, sin embargo, me agradaría contar con una pequeña tajada de pan de centeno, pues tengo un hambre terrible. Si yo fuera la señora Van Daan, hace mucho tiempo que hubiese contenido esa manía de fumar constantemente, que tiene su marido. Pero necesito un cigarrillo enseguida, porque los nervios me están dominando. Los ingleses cometen errores a menudo, pero la guerra adelanta, a pesar de todo; aún tengo el derecho de hablar, y me alegro de no estar en Polonia».

El señor Frank:

«Todo marcha bien, y no necesito nada. Un poco de paciencia todavía. Podemos aguantar. Mientras haya patatas no digo nada. Tendré que pensar en dar una parte de ración a Elli. La política marcha a pedir de boca. ¡soy muy, muy optimista!

El señor Dussel:

«Se trata de terminar mi tesis a tiempo. La situación política es prometedora. Nunca nos atraparán. Es imposible. En cuanto a mí, yo......

Tuya,

ANA

Miércoles 15 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Todo el santo día se repite, poco más o menos: «En caso de que esto o aquello suceda, tendremos dificultades; o si alguno cayera enfermo, estaríamos solos en el mundo, y si.....» En fin, tú empiezas a comprender y a adivinar cómo terminan todas estas conversaciones en el anexo.

La causa de todos estos «si, si...» es que el señor Kraler ha sido compelido a trabajar la tierra; Elli está afligida de un resfriado serio y probablemente tendrá que quedarse en su casa mañana; Miep no se ha curado todavía de su gripe, y Koophuis sufrió otra hemorragia del estómago. Una triste letanía.

Mañana los hombres del depósito tendrán asueto todo el día. En caso de que Elli no venga, la puerta de entrada quedará rigurosamente cerrada; tendremos que cuidar mucho los ruidos, para que los vecinos no oigan nada. Henk vendrá a ver a las fieras a la una, e interpretará pues, el papel de guardián del Jardín Zoológico. Por primera vez durante mucho tiempo, nos ha hablado de lo que ocurre en el mundo exterior. Había que vernos, sentados en corro a su alrededor, exactamente como una imagen que ostenta el epígrafe: «Cuando abuelita cuenta un cuento». Ha hablado, ante un público muy interesado naturalmente sobre el racionamiento y, a pedido nuestro, del médico de Miep:

-¡El médico! ¡No me hablen de ese médico! Le he telefoneado esta mañana, y he tenido que contentarme con pedir un remedio contra la gripe a una insignificante enfermera. Ella me respondió que había que ir a buscar las recetas por la mañana, entre las ocho y las nueve. En cuanto al médico, no acude al teléfono sino en caso de gripe muy seria, y le dice a uno: «¡Saque la lengua y diga aah! Sí, lo oigo. Tiene usted la garganta inflamada. Le preparo una receta; podrá usted dársela al farmacéutico. Buenos días, señor». Es así. Los médicos no se molestan: servicio exclusive por teléfono.

No quiero reprochar nada a los médicos. Al fin y al cabo,

sólo tienen dos manos, como nosotros, y con los tiempos que corren su número ha disminuido y se sienten abrumados. Pero Henk nos ha hecho reír con su conversación telefónica.

Puedo imaginar la sala de espera de un médico en tiempo de guerra. No son ya los enfermos de la obra social a quienes se desprecia, sino a los que se presentan por el menor malestar y que son mirados de arriba abajo, pensando: «¿Qué viene usted a buscar aquí? Haga cola, si quiere, usted también. Los enfermos verdaderos tienen prioridad».

Tuya,

ANA

Jueves 16 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hace un tiempo hermoso, indescriptiblemente hermoso; no veo la hora de ir al desván. Será dentro de un momento.

No es extraño que Peter esté mucho más tranquilo que yo. Tiene su propia habitación, en la cual estudia, reflexiona, sueña y duerme; mientras que yo, yo soy empujada de un lado para otro. Es raro que me encuentra sola en este cuarto obligadamente compartido, cuando tengo tanta necesidad de estar sola. De ahí mis escapadas al desván, donde me encuentre a mí misma por un instante, aparte de los momentos pasados contigo. Pero basta de aburrirte con mis quejas. Al contrario, estoy bien resuelta a ser valerosa. Gracias a Dios, los demás no pueden adivinar lo que sucede en mí; salvo que de día en día estoy más distante de mamá, soy menos cariñosa con papá y ya no siento deseos de hacerle a Margot la menor confidencia. Me he vuelto hermética. Ante todo, se trata para mí de conservar mi aplomo exterior, con el fin de no dejar traslucir este interminable conflicto interior. Conflicto entre mi corazón y mi cerebro. Hasta ahora, es este último quien ha salido victorioso. Pero, ¿no va a mostrarse aquél más fuerte? ¡Lo temo, a veces, y lo deseo a menudo!

¡Oh, qué difícil es no dejar escapar nada delante de Peter! Sin embargo, a él le toca empezar. Resulta penoso, al cabo de cada día, no haber visto nunca realizarse todas las conversaciones ya materializadas en mis sueños. Sí, Kitty, Ana es extraña, pero la época en que vivo también es extraña, y las circunstancias son más extrañas todavía.

La cosa más maravillosa, y ya es algo, es poder escribir todo lo que siento; si no, me ahogaría.

Querría saber lo que Peter piensa de todo esto. No pierdo la esperanza de que un día podamos comentarlo juntos. Sin embargo, él tiene que haberme adivinado, por poco que sea, pues a Ana, tal como ella se muestra -y hasta el momento el no conoce más que a ésa-, él no podría amarla jamás.

¿Cómo podría, él tan partidario de la tranquilidad y el reposo, simpatizar conmigo, que no soy más que torbellino y estruendo? ¿Sería el primero y el único en el mundo que habría mirado detrás de mi máscara de cemento? ¿Y la arrancará pronto? ¿No dice un viejo proverbio que a menudo el amor nace de la compasión y que los dos andan de la mano? Es exactamente mi caso, ¿verdad? ¡Porque yo me compadezco de él tanto como a menudo me compadezco de mí misma!

No sé en realidad cómo arreglármelas para encontrar palabras de entendimiento. Entonces, ¿cómo esperarlas de él, que le cuesta expresarse mucho más que a mí? Si pudiera escribirle, al menos sabría a qué atenerme sobre lo que tanto deseo decirle. Pero hablar es demasiado difícil. ¡Es atroz!

Tuya,

ANA

Viernes 17 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Una ráfaga de alivio barre el anexo. Kraler ha sido eximido del trabajo forzoso por la autoridad. Elli, harta de su resfriado, le ha prohibido a su nariz que la moleste hoy. Todo ha vuelto a la normalidad, salvo que Margot y yo estamos un poco cansadas de nuestros padres. No te he ocultado que, en estos momentos, las cosas no van muy bien con mamá; en cuanto a papá, sigo queriéndolo como siempre, y Margot los quiere a ambos; pero, a nuestra edad, a veces querríamos vernos libres en nuestros movimientos y no depender siempre de la decisión paterna.

Cuando subo al desván me pregunta lo que voy a hacer; no puedo servirme sal en la mesa; todas las noches, a las ocho y cuarto, mamá me pregunta si no es la hora de desvestirme; cada libro que leo pasa por la censura: en verdad, ésta no es demasiado severa; se me permite leer casi todos los libros. Eso no impide que tantas objeciones y preguntas de la mañana a la noche nos fastidien a ambas.

Otra cosa que les preocupa, en lo que a mí concierne: ya no tengo ganas de besitos y halagos, y juzgo afectados los diminutivos. En suma, me gustaría poder dejar a mis padres queridos aunque sólo fuese por poco tiempo. Anoche, Margot ha vuelto a decir:

Si tengo la desgracia de suspirar dos veces sosteniéndome la cabeza, me preguntan enseguida si tengo jaqueca o qué es lo que me pasa.

Dándonos ambas cuenta de lo poco que queda de nuestro ambiente familiar, otrora tan armonioso y tan íntimo, nos confesamos que es un golpe duro. No es de extrañar: la mayoría de las veces nos encontramos en postura falsa. Quiero decir que se nos trata como a niñas. Es verdad que lo somos físicamente pero olvidan que, en el fondo, hemos madurado infinitamente más de lo que por lo general les sucede a otras muchachas de nuestra edad.

A pesar de mis catorce años, sé con tanta exactitud lo que quiero, puedo decir quién tiene razón y quién no la tiene, me he formado mis propias opiniones, principios e ideas y -lo que puede parecer extraño en una adolescente- me siento más cerca de los adultos, que de los niños. Tengo la impresión de ser absolutamente independiente de todos cuantos conozco.

Si quisiera, aventajaría a mamá en las discusiones y las controversias, pues soy más objetiva que ella y exagero menos. Soy también más ordenada y más hábil, lo que me da -sí, puedes reírte- una superioridad sobre ella en muchas cosas. Para amar a una persona, me es menester primero que ésta me inspire admiración y respeto; sobre todo, admiración. Todo marchará bien cuando pueda conquistar a Peter, pues lo admiro desde muchos puntos de vista. ¡Es tan amoroso!

Tuya,

ANA

Domingo 19 de marzo de 1944

Querida Kitty:

El día de ayer fue para mí muy importante. Había decidido hablar francamente con Peter. En el momento de sentarnos a la mesa, pude cuchichearle:

-¿Practicas taquigrafía esta tarde, Peter?

-No -repuso.

-Quisiera hablarte enseguida. ¿Conforme?

-Sí.

Después de secar los platos, para salvar las apariencias, me quedé primero con sus padres, sentada junto a la ventana. Poco después, fui a reunirme con él en su habitación; se había quedado de pie, a la izquierda de la ventana abierta; yo me puse a la derecha, y hablamos. La oscuridad relativa de afuera se prestaba más a la conversación que cualquier luz, facilitando las cosas para mí, y

también para Peter, si no me equivoco.

Nos dijimos tantas cosas, que nunca podría repetirlas completamente. Pero fue maravilloso. La más hermosa velada que haya pasado en el anexo. Te diré en forma serena los diferentes temas de nuestra conversación. Ante todo, las disputas; le dije que eso no me afectaba ya tanto como el abismo que se había abierto entre nosotros y nuestros padres.

Peter escuchó mis historias de familia.

En determinado momento, inquirió:

-Ustedes se besan todas las noches antes de acostarse, ¿verdad? Un beso en cada mejilla, ¿eh?

-¿Uno solo? No, muchos, muchos. Apuesto a que no es tu caso.

-No, yo casi nunca he besado a nadie.

-¿Ni siquiera a tus padres para tu cumpleaños?

-Sí, es verdad.

Reconocimos que ninguno de nosotros confiaba en nuestros padres: los de él habían tratado de ganarse su confianza pero él no quiso concedérsela. Huía a la buhardilla para renegar completamente solo. En cuanto a mí, le dije cómo de noche, en la cama, daba rienda suelta a mis lágrimas. Le hablé también de mi amistad con Margot, muy reciente después de todo, y sin poder decírnoslo todo, porque estábamos siempre juntas. Hablamos un poco de todo. ¡Oh, ya lo sabía yo! ¡Lo encontré exactamente como me lo imaginaba!

Luego, hablamos de 1942, ¡qué distintos éramos en aquella época! No nos reconocemos como las personas de entonces. Al principio, ninguno de los dos podía soportar al otro. El me encontraba fastidiosa; y en cuanto a mí, yo no había tardado en juzgarlo una nulidad, no comprendía por qué no flirteaba conmigo. Ahora me regocijo de ello. Cuando él me habló de su aislamiento voluntario, le dije que no veía gran diferencia entre mi bullicio y su calma; que a mí también me gustaba la tranquilidad, pero que únicamente lograba estar a solas con mi diario. El dijo que se alegraba de que mis padres tuvieran con ellos a sus hijas; por mi parte, también yo me alegraba de que él estuviese aquí. Nos dijimos todo eso y además cómo yo lo comprendía por querer mantenerse apartado y no ignoraba el tipo de relaciones que existían entre él y sus padres.

-Me agradaría tanto ayudarte.

-¡Pero si tú me ayudas constantemente! -dijo él.

-¿De qué manera? -inquirí muy sorprendida.

-¡Con tu alegría!

Es lo más hermoso que él me haya dicho.

Debe de haber empezado a quererme como amiga, y esto me basta por el momento. Por más que busque las palabras no las encuentro; a tal punto soy dichosa. Perdóname, querida Kitty. Mi estilo se ha venido muy abajo.

Sólo te he referido algunas impresiones vitales. Tengo la sensación de compartir un secreto con Peter. Cada vez que él me mira con esos ojos, con esa sonrisa y ese guiño, me parece que se enciende en mí una llamita. ¡Con tal que eso siga así! ¡Con tal de que podamos seguir pasando horas juntos, horas y horas de felicidad!

Tu feliz y agradecida,

ANA

Lunes 20 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana Peter me ha preguntado por qué no iba más a menudo por la noche, diciéndome que yo no lo molestaba en absoluto y que su cuarto era bastante grande para los dos. Yo le hice notar que nunca me permitirían ausentarme todas las noches, pero a él le pareció que no había que dar a ello demasiada

importancia.

Entonces yo le propuse la noche del sábado siempre que hubiera luna...

-En tal caso -repuso él-, la admiraremos desde el primer piso más bien que desde arriba.

Entretanto, una sombra se ha cernido sobre nuestra dicha. Lo había pensado más de una vez. Peter le gusta también a Margot. No sé si ella lo ama, pero eso me inquieta. Tengo la impresión de hacerle daño cada vez que me encuentro con Peter, y lo más curioso de la historia es que ella sabe ocultar bien sus sentimientos.

En su lugar, yo estaría enferma de celos; Margot me asegura que yo no tengo ninguna necesidad de apiadarme de ella.

-Debe de ser fastidioso eso de sentirse una tercera rueda de la carreta -he agregado.

-¡Oh, estoy acostumbrada! -contestó ella no sin amargura.

Confieso que eso no se lo he transmitido a Peter, más tarde quizá; primero tenemos aún un montón de cosas que decirnos.

Anoche, pequeña reprimenda de mamá, desde luego bien merecida. Creo que sería mejor no llevar demasiado lejos mi indiferencia hacia ella. Hay, pues, que volver a empezar. Tratemos de ser amables, a pesar de todo, y prescindamos de las observaciones.

Pim se muestra también menos cariñoso. Sus esfuerzos por no seguir tratándome como una niña lo han enfriado demasiado. Ya veremos.

Basta por hoy. No hago nada más que mirar a Peter: y eso es más que suficiente.

Tuya,

ANA

He aquí una prueba de la bondad de Margot: una carta que he recibido hoy 20 de marzo de 1944.

Ana: Al decirte anoche que no estaba celosa de ti, no fui franca sino en parte. Quiero decir: no estoy celosa ni de ti ni de Peter. Pero me aflige un poco no haber podido encontrar hasta el momento alguien con quien hablar de mi sentir y mis pensamientos; y nada de eso puedo esperar por ahora. No es cuestión de despecho. No tengo por qué guardaros rencor al uno o al otro. Al contrario. Si ambos os tenéis confianza mutua y llegáis a ser grandes amigos, tanto mejor. Aquí tú te ves privada de todo lo que muchos otros consideran sólo lo normal.

Además, estoy segura de que la persona con quien a mí me agradaría confiarme y con quien querría pues intimar no es Peter; confieso que nunca llegaría a eso con él. Ese alguien tendría que adivinarme aun antes de que yo necesitara hablarle mucho de mí misma. Por esto lo veo superior a mí intelectualmente. Peter jamás me ha causado tal impresión. Sin embargo, imagino muy bien esa especie de intimidad que ha surgido entre vosotros.

Nada tienes que reprocharte. Y sobre todo, no pienses que me arrebatas algo. Nada está más lejos de la verdad. Si os entendéis bien, con ello no haréis más que salir ganando tanto Peter como tú.

Mi respuesta:

Querida Margot:

Tu carta es verdaderamente demasiado amable, pero no me tranquiliza por completo.

La intimidad entre Peter y yo, tal como tú la ves, aún no ha llegado; pero evidentemente una ventana abierta y la oscuridad se prestan más fácilmente a las confidencias que la luz del día. Así pueden murmurarse sentimientos que no gritaríamos a los cuatro vientos. Presumo que Peter te inspiraba una especie de afecto de hermana mayor, y que por lo menos te gustaría tanto como yo. Acaso tengas ocasión de hacerlo un día, sin que exista esa intimidad con que nosotros soñamos. En tal caso, la confianza tendría que ser recíproca; he ahí por qué la brecha entre papá y yo se ha ensanchado: por falta de confianza mutua.

No hablemos más de ello ni tú ni yo. Si necesitas saber algo, escríbemelo por favor, podré confesarte mucho mejor que verbalmente.

No puedes imaginar cuanto te admiro, y mientras sienta a mi lado tu bondad y la de papá -pues en ese sentido ya no veo gran diferencia entre vosotros dos- conservaré la esperanza de vivir.

Tuya,

ANA

Miércoles 22 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Anoche recibí una nueva carta de Margot:

Querida Ana: Tu cartita me ha dado la desagradable impresión de que ir a estudiar o charlar en el cuarto de Peter te hace sentir culpable frente a mí. Te aseguro que te engañas. Deseo ardientemente -y creo que tengo el derecho- de contar con alguien en quien confiar; pero por el momento, no daría ese lugar a Peter. Está claro.

Sin embargo, Peter se ha vuelto para mí una especie de hermano, exactamente como tú lo has dicho en tu carta, pero... un hermano menor. Quizá tendamos nuestras antenas el uno hacia el otro y hallemos más tarde un terreno de mutua confianza, pero aún no estamos en eso y quizá no lo estemos nunca.

Verdaderamente, te lo repito no me compadezcas. Disfruta todo cuanto puedas de la buena compañía de tu nuevo amigo.

De cualquier modo, ahora encuentro la vida más bella. Creo, Kitty, que el anexo va a ser cruzado por el soplo de un amor verdadero. No pienso para nada en casarme con él. No sueño con eso. Es demasiado joven todavía y no sé qué clase de hombre será más tarde. Tampoco sé si nos amaremos lo bastante como para que ambos deseemos casarnos. En todo caso, estoy persuadida de una cosa: él me quiere también, aunque no podría decir de qué manera.

Puede necesitar muy bien una buena camarada o haber sucumbido a mis encantos de muchacha, o considerarme como una hermana; de ello no llego a formarme una idea muy clara.

Cuando Peter dijo, a propósito de las disputas entre sus padres, que yo lo ayudaba siempre, me conmovió por entero: era el primer paso de su amistad, en la que quiero creer. Ayer le pregunté qué haría él si la casa se llenara súbitamente de una docena de Anas que fueran a cada momento a molestarlo. Y él me contestó.

-¡Si todas fueran como tú, sería bastante agradable!

Es para mí la hospitalidad personificada; debe, pues, sentirse muy contento cuando me ve. Entretanto, se dedica al francés con aplicación ejemplar, estudia inclusive en la cama hasta las diez y cuarto. ¡Oh! Cuando vuelvo a pensar en el sábado a la noche, en nuestras palabras, en las delicias de aquel momento, me siento contenta de mí misma por primera vez. Meditando de nuevo sobre aquello en este instante, no cambiaría ni una sola palabra de cuanto dije, lo que no me ocurre sino muy rara vez después de reflexionar.

Cuando está serio, tanto como cuando ríe, es hermoso. Es todo amabilidad y bondad. Creo que lo que más le ha impresionado es el haber descubierto en mí no a la pequeña Ana superficial que los demás conocen, sino a una criatura totalmente diferente, una persona tan soñadora como él mismo y enfrentados a idénticas dificultades.

Tuya,

ANA

Mi respuesta a Margot.

Me parece que lo más adecuado será esperar simplemente y ver qué sucede. Peter y yo llegaremos pronto a una decisión definitiva: o seguimos como antes o iniciamos algo nuevo. No sé lo que saldría de ello; en cuestiones como ésta, no veo más allá de la punta de mi nariz. Sin embargo he tomado una decisión, y es ésta: en caso de que Peter y yo trabemos amistad, le diré que tú también lo quieres mucho y que estás dispuesta a ayudarlo si es necesario. Tú no querrás, ya lo sé, pero a mí no me importa. Ignoro absolutamente lo que Peter piensa de ti, pero no dejaré de preguntárselo.

No hay nada de malo en ello, estoy seguro. ¡Todo lo contrario! Ven a reunirte con nosotros en el desván o en otra parte donde estemos. Nunca nos estorbarás, pues de común acuerdo sólo hablamos por la tarde cuando está oscuro.

¡Valor! Yo también lo necesito, y no resulta siempre fácil. Tu turno llegará más pronto de lo que crees. ¡0jalá!

Tuya,

ANA

Jueves 23 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Nuestros asuntos van un poco mejor. Por suerte, quienes nos proveían de cupones para alimentos han sido dejados en libertad.

Miep se ha integrado al trabajo desde ayer. Elli sigue mejor a pesar de su tos persistente. Pero Koophuis tendrá que guardar cama aún por bastante tiempo.

Ayer, cayó un avión en la vecindad; la tripulación pudo saltar a tiempo con sus paracaídas. El aparato se estrelló contra una escuela vacía y causó algunos muertos y un ligero incendio. Los alemanes ametrallaron a los aviadores cuando aún estaban en el aire. Era espantoso. Los espectadores holandeses, ante semejante cobardía, estuvieron a punto de estallar de rabia. Y no podían decir nada. Nosotras, es decir, las mujeres de la casa, tuvimos un miedo terrible. ¡Qué abominables son esas ametralladoras!

He tomado la costumbre de subir por la noche al cuarto de Peter para respirar allí aire fresco. Me siento en una silla a su lado y soy feliz mirando hacia afuera.

¡Qué tontos son Van Daan y Dussel cuando me ven aparecer en su habitación! Una de las observaciones:

-Ana y su nuevo hogar.

O esta otra:

-Los muchachos reciben a las muchachas a esta hora en la oscuridad. ¿Es correcto eso?

A estas palabras que pretenden ser humorísticas, Peter opone una presencia de ánimo asombrosa.

Desde luego, también a mamá le cuesta ocultar su curiosidad; le gustaría preguntar de qué hablamos, pero no se atreve, sabiendo que corre el riesgo de dar un paso en falso. Peter, hablando de los mayores, dice que todo eso no es más que celos: están celosos porque nosotros somos jóvenes y porque no hacemos el menor caso de sus odiosas advertencias. A veces él viene a buscarme, y a pesar de todas sus buenas intenciones, enrojece como el fuego y empieza a tartamudear. Yo no me ruborizo nunca, y lo celebro, porque debe de ser una sensación muy desagradable.

Papá dice siempre que soy muy presumida. No es verdad. Pero sí soy coqueta. Todavía no he oído alabar mucho mi belleza. Salvo a un compañero de curso que me decía que yo era encantadora cuando me reía. Ayer, Peter me dirigió un piropo sincero. Para divertirme un poco, voy a referirte, poco más o menos, nuestra conversación.

Peter suele decir:

-¡Vamos, una risita!

A la larga, le pregunté:

-¿Por qué quieres que me ría siempre?

Porque resulta encantador. Al reír, aparecen tus hoyuelos. ¿Cómo puede ser?

-He nacido con hoyuelos en las mejillas y en la barbilla. Es el único signo de belleza que poseo.

-No, eso no es verdad.

-Sí. Sé demasiado bien que no soy hermosa. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

-No comparto en absoluto tu opinión. Yo te encuentro muy bonita.

-No es verdad.

-Si lo digo es porque así es. ¡Puedes fiarte de mí!

Naturalmente yo le devolví el cumplido.

Todos tienen algo que decir sobre la repentina amistad entre nosotros. Sus pequeños chismorreos poco nos interesan, y sus observaciones no son realmente originales. ¿Es que nuestros padres han olvidado ya su propia juventud? Pareciera que sí. Nos toman siempre en serio cuando decimos algo en son de chanza, y se ríen cuando hablamos en serio.

Tuya,

ANA

Lunes 27 de marzo de 1944

Querida Kitty:

La política juega un papel capital en nuestra «historia en la clandestinidad», y como ese tema sólo me interesa vagamente, lo he descuidado mucho en los últimos tiempos. Hora es de que le consagre una de estas cartas.

Naturalmente, todas las opiniones sobre tal cuestión difieren y, como es lógico, sólo se habla de eso en época de guerra. Pero... para los mayores es tema de perpetuas disputas, lo que resulta estúpido.

Que rían, que hablen, que apostrofen, que se encaprichen, que hagan lo que les cuadre, mientras mojen el pan en su propia salsa, eso no hace daño a nadie; ¡bueno!, pero que dejen de pelearse, porque las consecuencias son por lo general desagradables.

La gente trae de afuera muchas noticias falsas; en cambio, nuestra radio todavía no ha mentido, hasta ahora. Henk, Miep, Koophuis y Kraler cambian de humor según la política del día. A ratos son optimistas, a ratos pesimistas. Henk es el más estable de todos.

En cuanto al anexo, el clima político general cambia muy poco. Las innumerables discusiones sobre el desembarco, los bombardeos, los discursos, etc., provocan exclamaciones tales como:

- ¡Imposible!

-Por Dios santo, si aún están en los preparativos, ¿qué va a ser de nosotros?

-Las cosas marchan cada vez mejor.

-Me parece muy bien. Es excelente.

Optimistas y pesimistas, y no olvidemos a los realistas, todos se desgañitan con la misma energía infatigable para exponer su opinión y cada uno cree ser el único que tiene razón, lo que no es ninguna novedad. Cierta señora se enfada constantemente por la confianza desmesurada que su marido dispensa a los ingleses, y cierto señor ataca a su esposa por sus reticencias desdeñosas con respecto a su Inglaterra bien amada.

Nunca se cansan de ello. Yo lo utilizo hasta como medio, con resultados infalibles, pues dan respingos como si hubieran sido picados por una avispa. dejo caer una sola palabra, hago una sola pregunta, una frase basta para hacer perder la cabeza a toda la familia.

Como si ya no estuviéramos saturados con las transmisiones alemanas de la Wehrmacht y la B.B.C., desde hace un tiempo se nos aflige con informes sobre el avance aéreo. Es muy hermoso, pero no hay que olvidar el reverso de la medalla. Los ingleses hacen de su radio un arma de propaganda constante, para rivalizar únicamente con los embustes alemanes, sirviéndose de los mismos medios. Desde entonces, se conecta la radio tan pronto como despertamos, luego a cada hora propicia, de la mañana a la noche, hasta las nueve, y a menudo hasta las diez o las once.

Lo que prueba que los mayores son muy pacientes, y también, que la capacidad de absorción de sus mentes es bastante limitada, salvo algunas excepciones, y no quiero ofender a nadie. Estaríamos suficientemente informados durante el día con una sola transmisión, con dos como máximo. Pero esos viejos obstinados... ¡bueno, tú ya sabes lo que pienso de ellos!

El programa de los trabajadores, la emisión holandesa de ultramar, Frank Phillips o Su Majestad la Reina Guillermina, a cada uno le llega su turno, no se olvidan de nadie. Y cuando no están a la mesa o acostados, se amontonan alrededor de la radio para hablar de comestibles, insomnios y política.

¡Oh, es interminable! Se trata de no volverse como ellos. ¡Ojo con la vejez! No obstante, los viejos de aquí no tienen gran cosa que temer.

Te doy como ejemplo una escena durante el discurso de Winston Churchill, querido por todos nosotros.

Domingo por la noche, a las nueve. La tetera está sobre la mesa, y los invitados hacen su entrada. Dussel se instala a la izquierda de la radio, el señor Van Daan delante y Peter al otro lado del receptor. Mamá al lado del señor, y la señora detrás. En la mesa, Pim, flanqueado por Margot y por mí misma. Los caballeros contienen la respiración. A Peter se le cierran los ojos por el esfuerzo por comprenderlo todo. Mamá está vestida con un largo batón negro; haciendo caso omiso del discurso, rugen los aviones en ruta hacia el Ruhr* y hacen estremecer a la señora; Margot y yo estamos tiernamente unidas por Mouschi, dormido sobre una rodilla de cada una de nosotras; y papá sobre su té. Margot tiene puestos los rizadores; yo estoy en camisón, demasiado corto y demasiado estrecho para mí.

Al vernos, se diría. «¡Qué familia tan unida, qué intimidad, qué paz!». Por una vez es verdad. Pero noto con terror que llega el final del discurso. Los mayores apenas si pueden esperarlo, tiemblan de impaciencia, en su anhelo de discutir tal o cual pormenor. Grr, grr, grr... Una corriente de provocaciones, aún imperceptible; a la que seguirá la discusión, y la discordia.

Tuya,

ANA

Martes 28 de marzo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Podría escribir de política páginas y páginas, pero tengo muchas otras cosas que contarte. Hoy, mamá me ha hecho notar que mis visitas a los pisos superiores eran demasiado frecuentes; según ella, yo estaría poniendo celosa a la señora Van Daan. Otra cosa Peter ha invitado a Margot a unirse a nosotros. ¿Por cortesía? ¿O le interesa de veras? Lo ignoro. He ido, pues a preguntarle a papá si le parecía que debía preocuparme por los posibles celos de la señora; a él le ha parecido que no. Entonces, ¿qué? Mamá está enfadada y probablemente celosa, ella también. Papá no envidia nuestras veladas amistosas; le alegra ver que Peter y yo nos entendemos tan bien. Margot quiere a Peter igualmente, pero se siente de más, sabiendo que cuando hay tres no se dicen las mismas cosas que entre dos.

Mamá cree que Peter está enamorado de mí. Yo no pido nada mejor, francamente, en tal caso, estaríamos iguales y podríamos llegar a conocernos más íntimamente. Admito que, en compañía de los otros, nos lanzamos más de una mirada furtiva, y que a veces él se fija en mis hoyuelos, pero yo no puedo remediarlo, ¿verdad?

Aquí me tienes en una situación difícil. Mamá está contra mí, y papá prefiere no intervenir en la lucha que se ha suscitado entre mamá y yo. Ella está triste, porque me quiere mucho; yo no estoy triste en absoluto, porque sé que ella lo está por falta de comprensión. Y Peter... No quiero renunciar a Peter, que es tan adorable y a quien admiro tanto. Lo existente entre nosotros podría transformarse en algo muy hermoso. ¿Por qué esos viejos pretenden meter la nariz? Por fortuna estoy habituada a disimular mis sentimientos, y logro admirablemente ocultarles que estoy loca por él. ¿Y él, hablará de eso alguna vez? ¿Sentiré algún día su mejilla contra la mía, como sentí la del otro Peter en mi sueño? ¡Oh, Peter y Peter! ¡Vosotros sois el mismo Peter! Ellos no nos comprenden, nunca sospecharán que no basta con estar solos,

* Corazón industrial de Alemania. (N. del T.).

sentados el uno al lado del otro, sin hablar, para estar contentos. No comprenden lo que nos impulsa al uno hacia el otro. ¡Ah, estas dificultades! ¿Cuándo serán vencidas? De cualquier modo, hay que vencerlas, el desenlace será bellísimo. Cuando lo veo tendido, la cabeza sobre los brazos y los ojos cerrados, no es más que un niño; cuando juega con Mouschi, es un encanto; cuando se le encarga traer las papas u otras cosas pesadas, está lleno de fuerza; cuando va a mirar los bombardeos o a sorprender a los ladrones en la noche, es valiente; y cuando es desmañado y torpe resulta sencillamente delicioso.

Prefiero recibir de él una explicación a tener que enseñarle algo; querría reconocerle superioridad en todo, o en casi todo.

¿Qué pueden importarme nuestras madres? ¡Ah, si sólo me hablara!

Tuya,

ANA

Miércoles 29 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Anoche, en la transmisión holandesa de ultramar, el ministro Bolkestein dijo en su discurso que después de la guerra se coleccionarán cartas y memorias concernientes a nuestra época. Naturalmente, todos los ojos se volvieron hacia mí; mi diario parecía tomado por asalto. ¡Figúrate una novela titulada El anexo secreto, cuya autora fuera yo! ¿Verdad que sería interesante? (El mero título ya haría pensar en una novela policial).

Pero hablemos con seriedad. Diez años después de la guerra, seguramente causaría un extraño efecto mi historia de ocho judíos en su escondite, su manera de vivir, de comer y de hablar. Aunque de ello te haya dicho mucho, en realidad sabes muy poco, poquísimo.

¡Todas las angustias de las mujeres durante los bombardeos sin tregua! El del domingo, por ejemplo, cuando 350 aviones ingleses descargaron medio millón de kilos de bombas sobre Ijmuiden, haciendo retemblar las casas como briznas de hierba en el viento. Además, el país está infestado por toda clase de epidemias. Tú no sabes nada de estas cosas, porque si quisiera contártelo en detalle, no cesaría de escribir en todo el día. La gente forma fila para la menor de sus compras; los médicos están imposibilitados de ir a ver a sus enfermos, pues les robarían su vehículo al dejarlo en la calle y esto es lo corriente; el robo y las raterías están a la orden del día, a tal punto que nos preguntamos cómo nuestros holandeses han podido revelarse así de ladrones de la noche a la mañana. Los niños de ocho a once años rompen los vidrios de las casas y rapiñan lo que encuentran a mano. Nadie se atreve ya a dejar su casa cinco minutos, por miedo de que sus bienes desaparezcan durante su ausencia. Todos los días aparecen anuncios ofreciendo recompensas por la devolución de máquinas de escribir robadas, alfombras persas, relojes eléctricos, telas, etc. Los relojes eléctricos de las calles y los teléfonos de las cabinas son desmontados hasta el último hilo. No tiene nada de extraño que la población esté convulsionada: todos tienen hambre, y las raciones de una semana no bastan siquiera para vivir dos días, excepto en cuanto al sucedáneo del café. Ante la perspectiva de una invasión envían los hombres a trabajar a Alemania. Los niños están enfermos y mal nutridos, todo el mundo está mal calzado y mal vestido.

Unas medias suelas cuestan 7,50 florines; la mayoría de los remendones no aceptan clientes, a menos que esperen cuatro meses, al cabo de los cuales tus zapatos pueden haberse perdido.

Una cosa apreciable es el sabotaje contra las autoridades, que aumenta día tras día, a pesar de las medidas cada vez más severas contra el pueblo, que no se contenta con una alimentación que empeora progresivamente. Los servicios de racionamiento, la

policía, los funcionarios, o bien se agrupan al lado de los ciudadanos para ayudarlos, o bien actúan como soplones y provocan sus arrestos. Afortunadamente, muy pocos holandeses están con el enemigo.

Tuya,

ANA

Viernes 31 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hace todavía bastante frío, pero la mayoría de la gente está sin carbón desde hace un mes. ¿Comprendes? Nuevamente el público se siente optimista con respecto al frente ruso, cuyas noticias son sensacionales. No quiero ocuparme de política, pero, sin embargo, voy a decir dónde se hallan: los rusos se encuentran exactamente enfrente del gran cuartel general alemán, y se acercan a Rumania por el Pruth; están cerca de Odesa; cada noche aguardamos un comunicado especial de Stalin.

Todo Moscú resuena de salvas; pienso que hacen temblar a la ciudad entera.

Hungría está ocupada por los alemanes; hay allí todavía un millón de judíos, que, indudablemente, también van a pasar muy malos ratos.

Se murmura un poco menos de Peter y de mí. Ambos somos grandes amigos, estamos juntos siempre que nos es posible, y hablamos de todo y de todos. Cuando abordamos temas delicados, nunca necesito recurrir a la moderación, como sería el caso si conversara con otros muchachos. Estábamos hablando, por ejemplo, sobre la sangre, y de ese tema pasamos al de la menstruación. El considera que nosotras, las mujeres, somos muy fuertes. Pero ¿por qué?

Decididamente, mi vida aquí ha cambiado. Ha mejorado mucho. Dios no me ha abandonado, y nunca me abandonará.

Tuya,

ANA

Sábado 10 de abril de 1944

Querida Kitty.

A pesar de todo, sigo encontrándome frente a las mismas dificultades. Sin duda ya sabes a qué me refiero, ¿verdad? Anhelo tanto un beso, el beso que me hace esperar. ¿Me considerará todavía como una mera amiga? ¿No soy nada más para él?

Tú sabes bien que soy fuerte, bastante fuerte para llevar sola la mayoría de mis pesares. No estoy acostumbrada a compartirlos con nadie; nunca me he confiado a mamá. Pero, al lado de él, ¡cómo me gustaría apoyar la cabeza en su hombro y quedarme quieta!

Ese sueño de la mejilla de Peter no me abandona; imposible olvidar aquel instante en que todo se volvió infinitamente hermoso. ¿Y él? ¿No lo desea tanto como yo? ¿No será que la timidez le impide confesar su amor? ¿Por qué me quiere tan a menudo a su lado? Dios mío, ¿por qué no dice nada?

Es mejor que me calle. Me tranquilizaré. He de encontrar la fuerza necesaria y, con un poco de paciencia, quizás eso llegue por sí solo. Pero hay algo que me tiene mortificada: doy la impresión lamentable de correr detrás de él. Siempre soy yo quien va hacia él, y no él hacía mí.

Pero se debe a nuestras habitaciones. Peter no comparte la suya con nadie, yo sí; y él seguramente ve eso como un obstáculo. ¡Todavía debe comprender muchas cosas!

Tuya,

ANA

Lunes 3 de abril de 1944

Querida Kitty:

Contra lo habitual, vas a recibir una carta consagrada por entero a la alimentación; porque este problema no se plantea únicamente en el anexo en realidad, sino en toda Holanda, en toda Europa, por doquiera, y sigue siendo un factor primordial.

Durante los veintiún meses que hemos pasado aquí, tuvimos diversos «ciclos alimenticios»; te explicaré de qué se trata. Durante cierto período nos vemos obligados a comer constantemente el mismo menú. Por largo tiempo hemos tenido sucesivamente escarolas con arena y sin arena, un puré de verduras con patatas, hervidas o a la sartén; espinacas, nabos, salsifíes, pepinos, tomates, coles, etc. No es divertido, por ejemplo, comer chucrut todos los días en el almuerzo y en la cena, pero uno se resigna cuando tiene hambre. Actualmente atravesamos el peor momento, porque no se encuentran verduras frescas. Nuestros almuerzos de esta semana constan de porotos, guisantes partidos, patatas con bolitas de harina, o patatas simplemente, nabos (por amor de Dios) o zanahorias podridas, y se vuelve a los porotos. Comemos papas en todas las comidas, empezando por el desayuno, a causa de la falta de pan. Para la sopa utilizamos porotos blancos o colorados, y patatas o paquetes de sopa Juliana, a la reina, y otra vez porotos colorados. Todo está mechado de porotos colorados, lo mismo que el pan, que los contiene en buena parte.

Por la noche, comemos siempre patatas aderezadas con salsa sintética, y, además, por suerte, una ensalada de zanahorias podridas, de nuestra reserva. Una pequeña referencia a las albóndigas, que fabricamos con la harina del panadero y con levadura: ellas empastan la boca, y son tan pesadas, que causan la impresión de tener piedras en el estómago. Pero dejemos eso.

Nuestras golosinas, una vez por semana, son: una tajada de paté de hígado, y mermelada sobre pan seco. No solamente seguimos con vida, sino que, a veces, hasta nos regodeamos con nuestra comida frugal.

Tuya,

ANA

Martes 4 de abril de 1944

Querida Kitty:

Durante mucho tiempo, he estudiado casi sin saber cuál es mi objetivo; el final de la guerra se halla todavía espantosamente lejano... y parece irreal, un cuento de hadas. Si no termina en septiembre, nunca más volveré a la escuela, pues no me gustaría estar dos años atrasada en mis estudios. Mis días sólo han sido colmados por los pensamientos y los sueños vinculados a Peter; sólo me ocupo de Peter, hasta sentir una desazón de la que no tienes idea. El sábado fue terrible. En el cuarto de Peter me pasé el tiempo reteniendo las lágrimas; poco después reí con un Van Daan algo alegre por el ponche de limón, me mostré alegre y extravertida. Pero, una vez sola, después de haberme puesto el camisón, me dejé resbalar al suelo, e hice mis rezos, largos e intensos; luego me desplomé y me eché a llorar. Un sollozo fuerte me devolvió la conciencia y puse fin a mis lágrimas para que no me oyeran. Después traté de armarme nuevamente de valor, diciendo: «Es necesario; es necesario, es necesario...... Acalambrada por mi acurrucamiento, me acosté; eran casi las once y media. Había terminado.

Y ahora ha terminado de veras. Se trata de estudiar para no ser ignorante, para adelantar, para llegar a ser periodista, que es lo que quiero. Estoy segura de poder escribir, de ser capaz de hacerlo, algunas de mis novelitas pueden pasar, mis descripciones del anexo no carecen de agudeza, hay párrafos elocuentes en mi diario, pero... de ahí a saber si tengo verdadero talento...

Mi mejor cuento de hadas es El sueño de Eva; no sé exactamente de dónde lo he sacado. La vida de Cady tiene buenos

momentos aquí y allá, pero en conjunto no es gran cosa.

Yo soy mi única crítica y la más severa. Me doy cuenta de lo que está bien o mal escrito. Quienes no escriben desconocen cuán maravilloso es, antes, yo deploraba siempre no saber dibujar, pero ahora me entusiasma poder al menos escribir. Y si no tengo bastante talento para ser periodista o para escribir libros, ¡bah!, siempre podré hacerlo para mí misma.

Quería adelantar, hacer algo. No puedo imaginarme viviendo como mamá, la señora Van Daan y todas esas mujeres que cumplen con su deber y son olvidadas más tarde. Además de un marido y varios hijos, necesitará otra cosa.

Quiero seguir viviendo, aun después de mi muerte. Por eso le estoy agradecida a Dios, que, desde mi nacimiento, me dio una posibilidad: la de desarrollarme y escribir, es decir, la de expresar todo cuanto acontece en mí.

Al escribir me libero de todo, mi pesar desaparece y mi valor renace. Pero -he ahí la cuestión primordial-, ¿seré alguna vez capaz de escribir algo importante; podré ser algún día periodista o escritora?

Confío en que sí. ¡Oh, cómo lo deseo! Pues, al escribir, puedo concretarlo todo: mis pensamientos, mi idealismo y mis fantasías.

Hace mucho tiempo que no trabajo en La Vida de Cady; aunque sé muy bien cómo debe continuar esta obra, no logro llevar mis ideas al papel. Quizá nunca logre terminarla; esta novelita acaso encuentre su fin en el cesto de los papeles o en la estufa... Ello me dolerá infinitamente, pero, bien pensado, «a los catorce años se tiene demasiado poca experiencia para incursionar en la filosofía».

¡Bueno, adelante con nuevo valor! Ya llegará eso, pues estoy resuelta a escribir.

Tuya,

ANA

Jueves 6 de abril de 1944

Querida Kitty:

Me has preguntado cuáles son mis intenciones y actividades preferidas, y me apresuro a responderte. No te asustes, porque son bastantes.

En primer lugar: escribir. Pero, en realidad, ésa es para mí una tarea muy seria.

Segundo. los árboles genealógicos. Estoy haciendo indagaciones en todos los documentos, diarios y libros, sobre la genealogía de las dinastías de Francia, Alemania, España, Inglaterra, Austria, Rusia, de los países nórdicos y Holanda. En la mayoría de los casos he obtenido excelentes resultados a fuerza de leer y anotar las biografías y los libros de historia, buena parte de los cuales he copiado.

Desde luego, mi tercera manía es la historia, y por eso papá ya me ha comprado muchos libros. Espero con impaciencia el día en que podré revolver las estanterías de la biblioteca pública.

Cuarto: mitología de Grecia y Roma; poseo ya diversos libros sobre el tema.

Otras manías: las fotos de familia y de artistas de cine.

Me entusiasman los libros y la lectura. La historia del arte y la de la literatura me interesan, sobre todo cuando se trata de escritores, poetas y pintores. La música también puede interesarme un día.

Siento gran antipatía por el álgebra, la geometría y todo cuanto sea matemática.

Me gustan todas las demás asignaturas escolares, pero, sobre todo, la historia.

Tuya,

ANA

Martes 11 de abril de 1944

Querida Kitty:

La cabeza me da vueltas. No sé verdaderamente por dónde empezar.

El viernes (Viernes Santo) jugamos un juego de mesa, lo mismo que el sábado en la tarde. Estos días han pasado rápidamente, sin nada que señalar. Invitado por mí, Peter vino a mi cuarto a las cuatro y media; a las cinco y cuarto subimos al desván, donde nos quedamos hasta las seis. De seis a siete y cuarto escuchamos la transmisión de un hermoso concierto de Mozart; me gustó, sobre todo, Una Pequeña Serenata Nocturna. Me es difícil escuchar música en presencia de otros, pues siempre me causa el mismo efecto: me conmueve profundamente.

En la noche del domingo, a las ocho, me instalé con Peter en el desván de adelante; para mayor comodidad, llevamos de nuestra casa algunos

almohadones del diván para convertir un cajón en asiento. Sobre los almohadones tan estrechos como el cajón, estuvimos ovillados el uno junto al otro, apoyando la cabeza en un montón de otros cajones, y sólo éramos espiados por Mouschi.

De pronto, un cuarto para las nueve, el señor Van Daan nos silbó y vino a preguntarnos si no teníamos el almohadón de Dussel. Dimos los dos un salto, y bajamos con el almohadón, el gato y Van Daan.

Este almohadón trajo cola, porque habíamos tomado el que le servía de almohada, y Dussel estaba furioso. Tenía miedo a las pulgas del desván, y por esa causa hizo una escena delante de todo el mundo. Peter y yo, para vengarnos, escondimos dos cepillos duros en su cama, y este pequeño intermedio nos hizo reír bastante.

Pero no reímos mucho tiempo. A las nueve y media, Peter golpeó suavemente a nuestra puerta y preguntó a papá si quería ir a ayudarle; no podía arreglárselas con una frase inglesa difícil.

Algo anda mal -le dije a Margot, ¡Este pretexto es demasiado burdo!

Tenía razón: había ladrones en el depósito. En un mínimo de tiempo, papá, Van Daan, Dussel y Peter se encontraron abajo, en tanto que Margot, mamá, la señora y yo nos quedamos aguardando.

Cuatro mujeres, unidas por la angustia, hablan sin cesar, y es lo que nosotras hicimos, hasta que oímos un golpe violento. Luego, silencio absoluto. El reloj señalaba un cuarto para las diez. Todas nos habíamos puesto pálidas, aunque guardando la calma a pesar del miedo. ¿Qué había sido de nuestros hombres? ¿Qué significaba aquel golpe? ¿Habían tenido que luchar con los ladrones? A las diez, pasos en la escalera: papá, pálido y nervioso, entró, seguido del señor Van Daan.

-Apaguen todas las luces. Suban sin hacer ruido. Es de temer que venga la policía.

No había tiempo para sentir miedo. Las luces fueron apagadas; yo apenas si alcancé a tomar un batón antes de subir.

-¿Qué ha ocurrido? ¡Vamos, cuenten!

Ya no había nadie para hacerlo, pues los cuatro habían vuelto a bajar. No reaparecieron hasta diez minutos más tarde, todos a la vez: dos de ellos montaron guardia junto a la ventana abierta en el cuarto de Peter; la puerta del rellano fue cerrada con cerrojo, lo mismo que la del armario giratorio. Se puso un trapo de lana alrededor del pequeño velador, y fuimos un oído solo.

Al percibir desde el rellano dos golpes secos, Peter bajó al entresuelo y vio que faltaba una plancha en el panel izquierdo de la puerta del depósito. Giró sobre sus talones para advertir al defensor de la familia, y los hombres bajaron para reconocer el terreno. Llegados al depósito, Van Daan perdió la cabeza, y gritó:

- ¡Policía!

Inmediatamente después, pasos presurosos hacía la salida; los ladrones huían. Con el fin de impedir que la policía viera el agujero hecho en la puerta, nuestros hombres intentaron reponer la tabla en su sitio, pero un puñetazo del otro lado la hizo caer al suelo. Durante algunos segundos los nuestros quedaron perplejos

ante tamaño descaro; Van Daan y Peter sintieron nacer en ellos el instinto asesino. El primero dio algunos golpes en el suelo con un hacha. Silencio de muerte. Nuevos esfuerzos para tapar la tronera. Nueva interrupción: una pareja que paseaba por el muelle se había detenido y enviaba la luz enceguecedora de una linterna de bolsillo al interior del depósito. Una interjección de uno de nuestros hombres, y la pareja huyó entonces como los ladrones. Antes de reunirse con los demás detrás de la puerta disimulada, Peter abrió rápidamente las ventanas de la cocina y del despacho privado y mandó el teléfono al suelo. Enseguida todos desaparecieron tras el estante giratorio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Nosotros suponíamos que la pareja de la linterna iría a advertir a la policía. Era domingo por la noche, primer día de Pascua; al día siguiente, lunes de Pascua. nadie vendría a la oficina. Por lo tanto, no podríamos movernos antes del martes por la mañana. ¿Te imaginas? ¡Dos noches y un día que teníamos que pasar en semejante angustia! Ninguno de nosotros se hacía ilusiones: la señora Van Daan, la más miedosa, ni siquiera quería que se tuviera encendido el velador, y nos quedamos en la oscuridad cuchicheando y diciendo: «¡chis!, ¡chis!» al menor ruido.

Diez y media, once. Ningún ruido. Papá y el señor Van Daan venían a vernos alternativamente. Once y cuarto: oímos movimiento abajo. En casa, sólo nuestra respiración era perceptible, pues todos estábamos como clavados. Se oyeron pasos en los pisos inferiores, en el despacho privado, en la cocina, y luego... en la escalera que lleva a la puerta disimulada. Nuestra respiración se había cortado. Ocho corazones latían a punto de romperse, al oírse los pasos en la escalera y las sacudidas en la puerta-armario. Este instante es indescriptible.

-Ahora estamos perdidos pensé, viéndonos a todos llevados por la Gestapo aquella misma noche.

Tiraron de la puerta-armario dos veces, tres veces. Algo cayó, y los pasos se alejaron. Hasta entonces, estábamos salvados; oí un castañeteo de dientes, no sé dónde; nadie dijo palabra.

El silencio reinaba en la casa, pero había luz al otro lado de la puerta disimulada, visible desde nuestro rellano. ¿Les había parecido misterioso aquel armario? ¿Se había olvidado la policía de apagar la luz? Nuestras lenguas se desataron; ya no había nadie en la casa, quizá un guardián ante la puerta...

Recuerdo tres cosas: habíamos agotado todas las suposiciones, habíamos temblado de terror, y todos necesitábamos ir al W.C. Los baldes estaban en el desván, y sólo el cesto de papeles de Peter de latón podía servirnos para ese menester. Van Daan fue el primero en pasar. Le siguió papá. Mamá tenía demasiada vergüenza. Papá llevó el recipiente al dormitorio donde Margot, la señora y yo, bastante contentas, lo utilizamos, y mamá también, al fin de cuentas. Todos pedían papel; afortunadamente, yo tenía algo en el bolsillo.

Hedor del recipiente, cuchicheos... Era medianoche, y estábamos todos fatigados.

-Tiéndanse en el suelo y traten de dormir.

Margot y yo recibimos cada una un almohadón y una manta; ella se puso delante del armario, y yo debajo de la mesa. En el suelo, el hedor era menos terrible; sin embargo, la señora fue discretamente a buscar un poco de cloro y un repasador para tapar el recipiente.

Cuchicheos, miedo, hedor, pedos y alguien sobre el recipiente a cada minuto: trata de dormir así. De tan fatigada, caí en una especie de sopor alrededor de las dos y media, y no oí nada hasta una hora después. Me desperté con la cabeza de la señora sobre uno de mis pies.

-Siento frío. ¿No tiene usted, por favor, algo para echarme

sobre los hombros? -pregunté.

No preguntes lo que recibí: un pantalón de lana sobre mi pijama, un suéter rojo, una falda negra y calcetines blancos. Enseguida... la señora se instaló en la silla, y el señor se tendió a mis pies. A partir de ese momento, me puse a pensar, temblando incesantemente, de suerte que Van Daan no pudo dormir. La policía iba a volver. Yo estaba preparada para ello. Tendríamos que decir por qué nos ocultábamos. O tropezaríamos con buenos holandeses y estaríamos salvados, o tendríamos que habérnoslas con nazis, cuyo silencio trataríamos de comprar.

-Hay que ocultar la radio -suspiró la señora.

-Tal vez en el horno -repuso el señor.

-¡Bah! Si nos descubren, encontrarán la radio también.

-En tal caso, encontrarán el diario de Ana -agregó papá.

-Deberías quemarlo -propuso la más miedosa de todos nosotros.

Estas palabras y las sacudidas a la puerta-armario fueron para mí los instantes más terribles de esta velada.

¡Mi diario no! ¡Mi diario no será quemado sino conmigo!

Papá ya no replicó nada... afortunadamente.

Se dieron un montón de cosas. Repetir todo aquello no tendría sentido. Consolé a la señora Van Daan que estaba muerta de miedo. Hablamos de huida, de interrogatorios por la Gestapo, de arriesgarse o no hasta el teléfono, y de valor.

-Ahora debemos portarnos como soldados, señora. Si nos atrapan, sea, nos sacrificaremos por la reina y la patria, por la libertad, la verdad y el derecho, como proclama constantemente la emisión holandesa de ultramar. Pero arrastraremos a otros en nuestra desgracia, eso es lo más atroz.

Después de una hora, el señor Van Daan cedió de nuevo su sitio a la señora, y papá se puso a mi lado. Los hombres fumaban sin cesar, interrumpidos de tiempo en tiempo por un profundo suspiro, luego una pequeña necesidad, y así sucesivamente.

Las cuatro, las cinco, las cinco y media... Me levanté para reunirme con Peter en el puesto de vigía, ante su ventana abierta. Así, tan cerca el uno del otro, podíamos notar los temblores que recorrían nuestros cuerpos; de vez en cuando nos decíamos alguna palabra, pero, por sobre todo, escuchábamos. A las siete, ellos quisieron telefonear a Koophuis para que mandase a alguien aquí. Anotaron lo que iban a decirle. El riesgo de hacerse oír por el guardián apostado ante la puerta era grande, pero el peligro de la llegada de la policía era más grande aún.

Se concretaron a esto:

Robo: visita de la policía, que ha penetrado hasta la puerta-armario, pero no más lejos.

Los ladrones, al parecer estorbados, forzaron la puerta del depósito y huyeron por el jardín.

Como la entrada principal estaba con cerrojo, sin duda, Kraler había salido en la víspera por la otra puerta de entrada. Las máquinas de escribir y la de calcular están a salvo en el gran bargueño del despacho privado.

Avisar a Henk que pida la llave a Elli, y se traslade a la oficina, adonde entrará so pretexto de dar de comer al gato.

Todo salió a pedir de boca. Telefonearon a Koophuis y trasladaron las máquinas de escribir desde nuestra casa al bargueño. Luego se sentaron alrededor de la mesa a esperar a Henk o a la policía.

Peter se había dormido. El señor Van Daan y yo quedamos tendidos en el suelo hasta oír un ruido de pasos firmes. Me levanté suavemente:

-Es Henk.

-No, no, es la policía -respondieron los demás.

Golpearon a nuestra puerta. Miep silbó. La -señora Van Daan ya no podía más, estaba pálida como una muerta, inerte en su silla, y seguramente se habría desmayado si la tensión hubiera durado un minuto más.

Cuando llegaron Miep y Henk, nuestra habitación era una pintura; sólo la mesa merecía una foto. Sobre la revista Cine y Teatro, abierta en una página consagrada a las bailarinas, había

mermelada y un medicamento contra la diarrea; además, en revoltijo, dos potes de dulce, un mendrugo grande y otro chico, un espejo, un peine, fósforos, ceniza, cigarrillos, tabaco, un cenicero, libros, un calzón, una linterna de bolsillo, papel higiénico, etcétera.

Naturalmente, Henk y Miep fueron acogidos con lágrimas de alegría. Henk, después de haber arreglado la tronera en la puerta, se puso en camino para avisar a la policía del robo. Después de eso, era su intención hablar con el guardián de noche Slagter, que había dejado cuatro palabras para Miep, diciendo que había visto la puerta estropeada y que había avisado a la policía.

Disponíamos, pues, de una media hora para refrescarnos. Jamás he visto producirse un cambio tan grande en tan poco tiempo. Después de haber rehecho las camas, Margot y yo hicimos cada cual una visita al W.C.; luego nos cepillamos los dientes, nos lavamos y nos peinamos. Enseguida puse en orden el dormitorio, y muy pronto subí hasta el alojamiento de los Van Daan. La mesa estaba ya bien limpia; prepararon el té y el café, hicieron hervir la leche -iba a ser enseguida la hora del desayuno- y nos pusimos a la mesa. Papá y Peter estaban ocupados en vaciar el papelero de latón y en limpiarlo con agua y cloro.

A las once, ya de vuelta Henk, estábamos todos sentados alrededor de la mesa, agradablemente, y, poco a poco, empezábamos a volver a la normalidad. Henk contó:

Slagter dormía aún, pero su mujer repitió el relato de su marido: al hacer su ronda por los muelles, había descubierto el agujero de la puerta; buscó -por tanto- a un agente, y juntos recorrieron el inmueble; vendría a ver a Kraler el martes para contarle lo demás. En la comisaría aún no estaban al tanto del robo; tomaron nota para venir el martes. Al pasar, Henk, se había detenido en casa de nuestro proveedor de patatas, que vive muy cerca de aquí, y le había hablado del robo.

Ya lo sé -dijo éste lacónicamente-. Al regresar anoche con mi mujer, vi un agujero en la puerta. Mi mujer iba a proseguir sin prestar atención, pero yo saqué mi linterna de bolsillo y miré adentro. Los ladrones iban a escapar en ese momento. Para mayor seguridad, preferí no telefonear a la policía. Pensé que era mejor para ustedes. Yo no sé nada, y no me mezclo en nada, pero sospecho algo.

Henk le agradeció y partió. Este hombre sin duda sospecha de los clientes a quienes son entregadas sus patatas, porque él las trae siempre a la hora del almuerzo. ¡Un tipo decente!

Henk se fue alrededor de la una; para entonces ya habíamos terminado de lavar los platos. Todo el mundo se fue a dormir: Me desperté un cuarto para las tres, y noté que Dussel había desaparecido. Aún adormilada, encontré por casualidad a Peter en el baño, y nos citamos en la oficina.

Me arreglé un poco antes de ir:

-¿Quieres arriesgarte hasta el desván de adelante?

-me preguntó él.

Accedí, tomé mi almohadón al pasar, y en marcha.

El tiempo era espléndido, bien pronto las sirenas comenzaron a rugir; nosotros no nos

habíamos movido. Peter puso su brazo alrededor de mis hombros, yo hice otro tanto, y nos quedamos así el uno en los brazos del otro, muy tranquilos, hasta que Margot nos llamó para el café de las cuatro.

Comimos nuestro pan, bebimos la limonada y gastamos bromas, como si nada hubiera ocurrido, y todo volvió a quedar en orden. Por la noche, felicité a Peter por haber sido el más valeroso de todos.

Ninguno de nosotros había visto el peligro tan de cerca como la noche anterior. Dios debe de habernos protegido particularmente. Reflexiona un momento: la policía ante la puerta-armario, bajo la luz eléctrica, y nuestra presencia pasó inadvertida.

En caso de invasión y de bombardeo, todos y cada uno hallarán la manera de defenderse, pero nosotros, aquí, estamos paralizados de angustia, no sólo por nosotros mismos, sino

también por nuestros inocentes protectores. «Nos hemos salvado. ¡Salvados de nuevo!». Es todo cuanto podemos decir.

Esta aventura ha traído bastantes cambios. El señor Dussel, de ahora en adelante, ya no trabajará en la oficina de Kraler, sino en el baño. Peter hará una ronda a las ocho y media, y otra a las nueve y media de la noche. No más ventana abierta en su cuarto durante la noche. Se prohíbe apretar la des- carga del W.C. a partir de las nueve y media. Esta tarde vendrá un carpintero para reforzar las puertas del depósito.

Nunca terminan las discusiones en el anexo. Kraler nos ha reprochado nuestra imprudencia. Asimismo, Henk opinaba que, en casos semejantes, ninguno de nosotros debía aparecer en los pisos inferiores. Nos han refrescado la memoria sobre nuestra condición de «clandestinos», nuestra categoría de judíos, enclaustrados entre cuatro paredes, sin ningún derecho y con mil obligaciones. Nosotros, judíos, no tenemos el derecho de hacer valer nuestro sentimiento; sólo nos resta ser fuertes y valerosos, aceptar todos los inconvenientes sin pestañear, conformarnos con lo que podemos tener, confiando en Dios. Un día terminará esta terrible guerra, un día seremos personas como los demás y no solamente judíos.

¿Quién nos ha marcado así? ¿Quién ha resuelto la exclusión del pueblo judío de todos los otros pueblos? ¿Quién nos ha hecho sufrir tanto hasta aquí? Es Dios quien nos ha hecho así, pero también será Dios quien nos elevará. Sí. A pesar de esta carga que soportamos, muchos de nosotros siguen sobreviviendo; hay que creer que, como proscritos, los judíos se transformarán un día en ejemplo. ¡Quién sabe! Acaso llegue el día en que nuestra religión enseñe el bien al mundo, es decir, a todos los pueblos... y que en eso radique la única razón de nuestro sufrimiento. Jamás llegaremos a ser los representantes de un país, sea el que fuere, nunca seremos holandeses o ingleses, simplemente; siempre seremos judíos, por añadidura. Pero deseamos seguir siéndolo.

¡Valor! tengamos conciencia de nuestra misión sin quejarnos, y estemos seguros de nuestra salvación. Dios no ha dejado nunca caer a nuestro pueblo. En el correr de los siglos, nos vimos obligados a sufrir, y, en el correr de los siglos, también nos hemos fortalecido. Los débiles caen, pero los fuertes sobrevivirán y no caerán jamás.

La otra noche intuía íntimamente que iba a morir. Aguardaba a la policía. Estaba preparada. Presta, como el soldado en el campo de batalla. lba, de buen grado, a sacrificarme por la patria. Ahora que me he salvado, me percato de cuál es mi primer deseo para la posguerra: ser holandesa.

Amo a los holandeses. Amo a nuestro país. Amo su idioma. Y querría trabajar aquí. Dispuesta a escribir yo misma a la reina, no cejaré antes de haber logrado ese objeto.

Me siento de más en más apartada de mis padres, progresivamente independiente. Por joven que sea, enfrento la vida con mayor valor, soy más justa, más íntegra que mamá. Sé lo que quiero, tengo un norte en la vida, una opinión, mi religión y mi amor. Soy consciente de ser mujer, una mujer con una fuerza moral y mucho valor.

Si Dios me deja vivir, iré mucho más lejos que mamá. No me mantendré en la insignificancia, tendré un lugar en el mundo y trabajaré para mis semejantes.

Comprendo en este momento que por sobre todas las cosas necesitaré valor y alegría.

Tuya,

ANA

Viernes 14 de abril de 1944

Querida Kitty:

La atmósfera sigue tensa. Pim tiene los nervios a flor de piel. La señora Van Daan está resfriada, en cama, y su nariz es una verdadera trompeta. El señor está verde: no tiene un sólo cigarrillo para fumar. Dussel, como ha tenido que renunciar a muchas comodidades desde el incidente de la otra noche, rabia y se agota con sus objeciones, etc. Por lo demás, en este momento no tenemos demasiada suerte. Hay un escape de agua en el W.C., pues el caucho del robinete se ha gastado; pero, gracias a nuestras numerosas relaciones, pronto quedará arreglado.

A veces soy sentimental, ya lo sé; en ocasiones tengo también una razón de serlo. Cuando, en medio de un estruendo insensato, no importa dónde, me encuentro muy cerca de Peter, sobre un duro cajón, su brazo alrededor de mi cintura, mi brazo alrededor de la suya, y él juega con un mechón de mi pelo; cuando afuera los pájaros hacen vibrar sus cantos, cuando se ve reverdecer a los árboles, cuando el sol nos llama, cuando el cielo está demasiado azul, ¡oh, entonces, entonces mis deseos ya no cuentan!

Sólo veo rostros descontentos y sombríos. No oigo más que suspiros y quejas reprimidas. Dijérase que, bruscamente, todo anda mal entre nosotros. En el anexo, cada uno pelea con sus propios nervios, sin llegar jamás a una conclusión. Todos los días oímos. «¡Si esto tan sólo terminara!».

Mis estudios, mis esperanzas, mi amor, mi valor, todo eso me hace mantener la cabeza alta y ser juiciosa.

Estoy persuadida, Kitty, de que hoy me hallo un poco descentrada, ignoro verdaderamente por qué. Todas las cosas se confunden, no llego a encadenar, y dudo muy seriamente que, más tarde, alguien pueda alguna vez interesarse por las tonterías que vuelco en estas páginas. Confidencias del Patito Feo. Tal será el título de mis papelotes. Los señores Bolkestein y Gerbrandy* no hallarán gran interés en mi diario.

Tuya,

ANA

Sábado 15 de abril de 1944

Querida Kitty:

Sobresalto tras sobresalto. ¿Se terminarán algún día? En verdad, nadie mejor que nosotros para formular esta pregunta. ¿Adivina cuál fue el último que sufrimos? Peter se olvidó de descorrer el cerrojo de la puerta de calle (la cual siempre se cierra por dentro todas las noches) y la cerradura de la otra puerta no funciona. Como consecuencia, el señor Kraler y los otros empleados no pudieron entrar en el edificio, por lo que tuvieron que molestar a los vecinos, forzar la ventana de la cocina y entrar por la parte de atrás. A Peter se le cae la cara de vergüenza por ser tan estúpido.

Te aseguro que eso lo ha trastornado terriblemente. A la hora de comer, cuando mamá dijo que lo lamentaba sobre todo por Peter, éste casi se puso a llorar. Todos somos tan culpables como él, porque prácticamente todos los días los hombres preguntan si ha sido descorrido el cerrojo y, precisamente hoy, nadie lo hizo.

Tal vez logre consolarlo un poco más tarde; ¡me encantaría tanto ayudarle!

Tuya,

ANA

Domingo en la mañana, poco antes de las once,

* Dos integrantes del gobierno holandés en el exilio, con sede en Londres. (N. del T.).

16 de abril de 1944

Muy querida Kitty:

Recuerda bien el día de ayer, porque es muy importante en mi vida. ¿No es un acontecimiento significativo para cualquier muchacha recibir el primer beso? Pues ésa es la razón.

El beso de Bram en mi mejilla derecha no cuenta, como tampoco el que el señor Walker depositó en mi mano derecha.

Voy a contarte cómo fue.

Anoche, a las ocho, estaba con Peter, sentada a su lado en el diván, y él no tardó en rodearme con sus brazos.

-Corrámonos un poco -dije yo-, así no golpeo con la cabeza contra tus libros.

El retrocedió casi hasta el final, y yo pasé mi brazo por su espalda para sentirme abrazada, de manera que quedé literalmente sepultada. No era la primera vez que nos sentábamos así, pero nunca hasta entonces habíamos estado tan cerca el uno del otro. El me estrechó fuertemente contra sí; mi seno derecho, al tocar su corazón, hizo latir el mío con golpes más rápidos. pero aún no habíamos terminado. El no descansó hasta lograr que reposara mi cabeza sobre su hombro, y apoyar la suya en la mía. Después de unos cinco minutos, me incorporé, pero él, enseguida, tomó mi cabeza entre sus manos y la estrechó contra sí. ¡Oh, era delicioso! Casi no hablé, tan grande era mi placer. Un poco torpemente, él acarició mi mejilla y mi brazo, jugó con un rizo de mi cabello, nuestras cabezas la una pegada a la otra la mayoría del tiempo. No puedo describirte, Kitty, la emoción que se apoderó de mí. Me sentía demasiado dichosa, y creo que él también.

Alrededor de las ocho y media nos levantamos. Me quedé mirando cómo Peter se ponía las zapatillas de gimnasia para hacer la ronda de la casa lo más silenciosamente posible. No sé todavía cómo fue, pero antes de bajar, él me besó de repente, en la mejilla izquierda, entre los cabellos, al lado de la oreja. Me precipité escaleras abajo sin volverme, y espero ansiosa la noche de hoy.

Tuya,

ANA

Lunes 17 de abril de 1944

Querida Kitty:

¿Crees tú que mis padres me permitirán estar sentada con un muchacho en un diván y que nos besáramos? ¿Un muchacho de diecisiete años y medio y una muchacha de casi quince? En el fondo, creo que no, pero en este asunto debo confiar en mi propia opinión. ¡Me siento tan tranquila y segura en sus brazos, con todos mis ensueños! ¡Qué impresión la de sentir su mejilla contra la mía, y qué delicia saber que alguien me aguarda! Pero -efectivamente, hay un pero-, ¿se contentará Peter con eso? Desde luego, aún no he olvidado su promesa, pero... ¡es un muchacho!

Ya sé que empiezo demasiado pronto. ¡No haber cumplido quince años y ser ya independiente! Para los demás, eso podría ser incomprensible. Estoy casi segura de que Margot nunca besaría a un muchacho sin que antes fuera cuestión de hablar de noviazgo o de matrimonio; pero ni Peter ni yo forjamos ningún proyecto. Sin duda, mamá tampoco tocó a ningún hombre antes de conocer a papá. ¿Qué dirían mis amigas si me supieran en los brazos de Peter, mi corazón contra su pecho, mi cabeza sobre su hombro o con su cabeza pegada a la mía?

¡Vamos, Ana, es vergonzoso! Pero, en realidad, yo no creo que lo sea para nosotros, que estamos privados de todo, segregados del mundo y abrumados de preocupaciones y angustias, sobre todo en los últimos tiempos. ¿Por qué nosotros, que nos amamos, habríamos de guardar las distancias? ¿Por qué esperar hasta la edad conveniente? ¿Por qué pedir demasiado?

Me he propuesto ocuparme de mí misma. El nunca querría causarme un pesar. Razón sobrada para no escuchar más que nuestros corazones y hacernos ambos felices. ¿Por qué no? Sospecho, Kitty, que tú adivinas un poco mi vacilación, la cual, se me ocurre, proviene de mi franqueza que se opone a toda gazmoñería. ¿Crees que debo contarle a papá lo que hago? ¿Es menester que un tercero comparta nuestro secreto? ¿Qué te parece? Perdería su magia, pero, además, al contarlo, ¿me tranquilizaría yo moralmente? Voy a pedirle a él su opinión.

¡Así, sí! Todavía tengo muchas cosas que decirle, pues las caricias por sí solas no lo son todo. Revelarnos nuestros pensamientos. Para eso es menester confiar y tener fe el uno en el otro. Eso nos hará más fuertes a ambos.

Tuya,

ANA

Martes 18 de abril de 1944

Querida Kitty.

Todo marcha bien aquí. Papá acaba de decir que seguramente puede esperarse para antes del 20 de mayo operaciones en gran escala, tanto en Rusia como en Italia y también en la zona occidental; la idea de salir de aquí y recuperar la libertad me parece cada vez más lejana.

Ayer tuve con Peter una conversación que veníamos posponiendo desde por lo menos diez días atrás. Se lo expliqué todo a propósito de las muchachas, y le hablé sin escrúpulos de las cosas más íntimas. La velada terminó con un beso recíproco, muy cerca de mi boca: es en verdad una sensación maravillosa.

Pienso llevar uno de estos días mi diario, con el fin de que profundicemos juntos ciertas cosas. No me produce ninguna satisfacción estar constantemente en los brazos el uno del otro, y preferiría saber que él piensa lo mismo.

Tras un invierno prolongado estamos teniendo una primavera magnífica: el mes de abril es espléndido, ni demasiado calor ni demasiado frío, con algún pequeño chaparrón de vez en cuando. El verdor de nuestro castaño va desplegándose y, aquí y allá, hasta se ven pequeños frutos.

El sábado una encantadora atención de Elli, cuatro ramitos de flores; tres ramos de narcisos y un ramo de jacintos silvestres, este último para mí.

El álgebra me aguarda, Kitty. Hasta la vista.

Tuya,

ANA

Viernes 21 de abril de 1944

Querida Kitty:

Ayer a la tarde me quedé en cama pues tenía dolor de garganta, pero como me aburrí tremendamente, y como no tenía fiebre, hoy ya estoy levantada. Es el decimoctavo cumpleaños de Su Alteza Real la Princesa Isabel de York. La B.B.C. anunció que no se la declara mayor de edad todavía, aunque eso es lo que se acostumbra entre los hijos de reyes. Nos hemos preguntado con qué príncipe contraerá matrimonio esta belleza, pero no hemos encontrado a ninguno que nos pareciera adecuado. Tal vez su hermana, la Princesa Margarita Rosa, se case algún día con el Príncipe Balduino de Bélgica.

Aquí estamos teniendo un contratiempo tras otro. Apenas fueron reforzadas las puertas de la calle, cuando reapareció el empleado del depósito. Es muy probable que haya sido él quien robó las patatas, y quiere ahora echar la culpa a Elli. Como es comprensible, todos los habitantes del anexo secreto están indignados. Elli nunca estuvo tan enojada.

Me gustaría enviar lo que escribo a algún periódico; tal vez me publiquen un cuento, bajo un seudónimo, por supuesto.

Hasta pronto, darling!

Tuya,

ANA

Lunes 25 de abril de 1944

Querida Kitty:

Hace ya diez días que Dussel no le dirige la palabra a Van Daan, únicamente porque, desde el día en que intentaron entrar los ladrones, se tomó un conjunto de nuevas medidas de seguridad que a él no le agradan. Sostiene que Van Daan le ha gritado.

-Todo aquí se hace a mis espaldas -me dijo-; hablaré con tu padre al respecto.

Se supone que no debe sentarse más en la oficina de abajo los sábados en la tarde y los domingos, pero continua haciéndolo. Van Daan está furioso, y papá bajó a hablar con Dussel. Como es natural, éste siguió inventando excusas, pero no pudo convencer a Pim. Ahora, papá casi no le habla, pues Dussel lo insultó. Ninguno de nosotros sabe qué le dijo exactamente, pero debe de haber sido algo grave.

He escrito un hermoso cuento que titulé Blurr, el explorador; agradó mucho a las tres personas a quienes se lo leí.

Todavía estoy muy resfriada y he contagiado tanto a papá y mamá como a Margot. Con tal de que no se contagie Peter. Quería que yo lo besara y me llamó su «país de ensueño». Pero no es posible, mi buen muchacho. Claro que él es muy amable.

Tuya,

ANA

Jueves 27 de abril de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana, la señora Van Daan ha estado malhumorada, quejándose sin cesar. Primero, sobre su resfrío: no tiene pastillas y está cansada de sonarse. Además, odia estos días nublados, la invasión que no llega, la ventana enmascarada, etc. Nos ha hecho reír de tal manera, que ha terminado por reírse con nosotros.

En este momento estoy leyendo El Emperador Carlos V, escrito por un gran profesor de la Universidad de Gotinga; tardó cuarenta años en terminar este libro. En cinco días no he podido leer más que cincuenta páginas. El volumen tiene quinientas noventa y ocho páginas. Puedes calcular el tiempo que deberé dedicarle, ¡y hay un segundo tomo! Pero es interesante.

Es increíble lo que una escolar puede aprender en un solo día. Por ejemplo, hoy he empezado por traducir del holandés al inglés un fragmento de la última batalla de Nelson. Enseguida he proseguido mi historia de los países nórdicos, la guerra de 1700-1721, Pedro el Grande, Carlos XII, Stanislas Leczinsky, Mazeppa, Von Götz, el Brandeburgo, la Pomerania y Dinamarca... ¡todo ello, incluyendo las fechas!

Luego he abordado el Brasil; lectura sobre el tabaco de Bahía, la abundancia de café, los habitantes (un millón y medio) de Río de Janeiro, Pernambuco y Sao Paulo, sin olvidar los del Amazonas. Sus negros, mulatos, mestizos, blancos, con más de un 50 por ciento de analfabetos, y la malaria. Me quedaba aún tiempo para recorrer un árbol genealógico: Juan el Antiguo, Guillermo Luis, Ernesto Casimiro I, Enrique Casimiro I..., hasta la pequeña Margriet Franciska, nacida en 1943 en Ottawa. Mediodía: en el desván he proseguido mi programa con la historia de las catedrales, hasta la una. ¡Uf!

Después de las dos, la pobre niña (¡hum, hum!) retoma los estudios, empezando por los monos de nariz aplastada o puntiaguda. ¿Sabrías decirme cuántos dedos tiene un hipopótamo?

Luego le toca el turno a la Biblia: el Arca de Noé. Enseguida,

Carlos V, en el cuarto de Peter; Henry Esmond, de Thackeray; al final, comparar el Mississippi con el Missouri.

Tuya,

ANA

Viernes 28 de abril de 1944

Querida Kitty:

No he olvidado mi sueño sobre Peter Wessel. Hoy mismo, al pensar en ello, siento su mejilla junto a la mía, dándome la sensación maravillosa de que todo es bueno.

Con mi Peter de aquí, llego a veces a sentir lo mismo, pero nunca había sido con la misma fuerza, hasta anoche, cuando nos abrazamos en el diván como de costumbre. De repente, la pequeña Ana de todos los días se transformó y, en su lugar, apareció la segunda Ana, ésa que no es audaz ni hace bromas, sino que sólo pide ser tierna y amar.

Yo estaba hecha un ovillo junto a él, y, sintiendo la emoción apoderarse de mí, las lágrimas me subieron a los ojos: una cayó sobre su pantalón, en tanto que la otra resbalaba a lo largo de mi nariz ¿Lo había notado? Ningún movimiento lo traicionaba. ¿Se había emocionado tanto como yo? No dijo casi nada. ¿Se percataba de que tenía otra Ana ante sí? Estas preguntas quedan sin respuestas.

A las ocho y media me levanté para ir a la ventana, donde siempre nos despedimos. Yo temblaba todavía. Seguía siendo la segunda Ana cuando él se me acercó. Le echo los brazos al cuello y besé su mejilla, y, en el momento de besar la otra, nuestros labios se encontraron y su boca se apretó contra la mía. Presas de una especie de vértigo, nos estrechamos el uno contra el otro, y nos besamos como si aquello jamás debiera cesar.

Peter necesita ternura. Por primera vez en su vida ha descubierto una muchacha; por primera vez también ha visto que la más traviesa de ellas oculta un corazón y puede transformarse tan pronto como está sola a su lado. Por primera vez en su vida ha dado su amistad, se ha liberado. Nunca, antes, había tenido un amigo o una amiga. Ahora él y yo nos hemos encontrado; yo tampoco lo conocía, jamás había tenido un confidente. , y he ahí, las consecuencias...

Para esa misma pregunta que no me abandona: «¿Está bien? ¿Está bien ceder tan pronto, con la misma intensidad y el mismo deseo que Peter? ¿Tengo derecho yo, una muchacha, de dejarme ir así?». No hay más que una respuesta: «Yo tenía ese deseo... desde hace mucho tiempo, me siento muy sola y ¡por fin he podido consolarme!».

Por la mañana actuamos normalmente; por la tarde lo hacemos bastante bien, salvo algún raro desfallecimiento; por la noche, el deseo del día entero se vuelve intolerable, sumado al recuerdo del gozo y la dicha de todas las veces precedentes, entonces ambos pensamos nada más que el uno en el otro. Cada vez, tras el último beso, yo querría escapar, no mirarle más a los ojos, estar lejos, lejos de él, en la oscuridad, y sola.

¿Y dónde me encuentro, después de haber descendido las escaleras? Bajo una luz brutal, entre risas y preguntas, cuidando de no exteriorizar nada. Mi corazón es aún demasiado sensible para suprimir de golpe una impresión como la de anoche. La pequeña Ana tierna es demasiado reservada y no se deja cazar con tanta facilidad. Peter me ha emocionado, más profundamente que cualquier otro muchacho, salvo en sueños. Peter me ha agitado, me ha dado vuelta como a un guante. Después de eso, ¿no tengo derecho, como cualquier otro, de reencontrar el reposo necesario para recuperarme de tal trastorno? ¡Oh, Peter! ¿Qué has hecho de mí? ¿Qué quieres de mí? ¿En qué va a terminar esto? ¡Ah! Con esta nueva experiencia empiezo a comprender a Elli y sus dudas. Si yo fuera mayor y Peter me pidiera que me casase con él, qué le diría? ¡Sé honesta, Ana! Tú no podrías casarte con él pero dejarlo es también difícil. Peter tiene poco carácter todavía, demasiado poca voluntad, demasiado poco valor y fuerza moral. En el fondo, sólo es un niño, no mayor que yo; no pide más que dicha y tranquilidad.

¿Es que, en verdad, no tengo más que catorce años? ¿Es que soy todavía una colegiala tonta? ¿Una personita sin experiencia, desde todo punto de vista? No. Tengo más experiencia que los demás; poseo una experiencia que pocas personas de mi edad han conocido. Tengo miedo de mí misma, miedo de que mi deseo me arrastre, y miedo de no mantenerme recta, más tarde, con otros muchachos. ¡Oh, qué difícil es! Los sentimientos y el corazón están en lucha constante. Cada uno hablará en su momento, pero ¿cómo saber si he elegido bien ese momento?

Tuya,

ANA

Martes 2 de mayo de 1944

Querida Kitty:

El sábado por la noche pregunté a Peter si no opinaba que yo debía contarle algo a papá; consintió, después de alguna vacilación. Eso me puso contenta, pues demostraba la pureza de sus sentimientos. Al volver a nuestras habitaciones propuse inmediatamente ir a buscar el agua con papá. En la escalera le dije:

-Papá, comprenderás sin duda que cuando me encuentro con Peter no estamos sentados a un metro de distancia el uno del otro. ¿Qué te parece? ¿Está mal eso?

Papá no respondió enseguida; luego dijo:

-No, yo no lo encuentro mal, Ana; pero aquí, en este espacio restringido, sería preferible que fueras prudente.

Dijo algo más en ese sentido cuando subimos nuevamente. El domingo en la mañana me llamó para decirme:

-Ana, he reflexionado sobre lo que me has dicho.

Me sentí algo alarmada.

-No me parece muy apropiado lo que ocurre, aquí en esta casa por lo menos. Yo les creía a ambos buenos camaradas. ¿Qué sucede? ¿Se ha enamorado Peter de ti?

-Nada de eso, en absoluto -contesté.

-Desde luego, les comprendo muy bien a ambos pero debes ser tú quien guarde distancia; no vayas tan a menudo a su cuarto, no lo alientes al extremo que luego debas arrepentirte. En estas cosas, el hombre es activo, y la mujer más moderada. En la vida normal, cuando se circula libremente, es algo bien distinto; estás forzada a ver a otros amigos y amigas, puedes alejarte por un tiempo, practicar deportes, hacer otras cosas; pero aquí, puede suceder que quieras irte sin poder hacerlo; si no me engaño, ustedes se ven a cada momento. Sé prudente, Ana, y no lo tomes demasiado en serio.

-No lo tomo en serio, papá, pero Peter es muy correcto y muy amable.

-Sí, pero no tiene mucho carácter. Se dejaría influir tan fácilmente por lo bueno como por lo malo; espero que se mantendrá en lo primero, porque en realidad es un excelente muchacho.

Seguimos charlando un poco, y acordé con papá que él hablase también con Peter.

El domingo por la tarde, en el desván, éste me preguntó:

-¿Y, Ana? ¿Has hablado con tu padre?

-Sí -dije-, iba a contártelo. Papá no ve en nuestra amistad ningún mal, pero dice que aquí, donde estamos uno sobre otro, eso podría llevar fácilmente a cualquier equívoco...

-Quedó convenido entre nosotros, ¿verdad?, que nunca habría rozamientos. ¡Yo tengo la firme intención de atenerme a eso!

-Yo también, Peter. Pero papá no sospechaba nada, nos creía simplemente buenos camaradas. ¿Te parece que eso no es posible entre nosotros?

-Claro que sí. ¿Y tú?

-Yo también. Le dije a papá que tengo entera confianza en ti. Porque es verdad, Peter. Tengo la misma confianza en ti que en papá. Te estimo lo mismo. Y no me engaño, ¿verdad?

-Espero que no.

(Enrojeció ligeramente).

-Yo creo en ti, Peter -proseguí-, estoy segura de que tienes carácter y de que te abrirás paso en la vida.

Hablamos de toda clase de cosas; más tarde, dije además:

-Sé que, cuando salgamos de aquí, tú ya no pensarás en mí.

El se exaltó.

-No es verdad, Ana. ¡Oh, no! ¡Tú no tienes ningún derecho a pensar eso de mí!

Me llamaron.

Papá le ha hablado. Peter me dijo hace un momento:

-Tu padre juzga que esta camaradería puede muy bien terminar en amor, pero yo le he contestado que los dos cuidaríamos de eso.

Papá ha vuelto a decirme que me aparte un poco, y que espacie mis visitas al cuarto de Peter por la noche; pero no pienso hacerlo. He dicho que, no solamente me gusta la compañía de Peter, sino que, tengo confianza en él; para probárselo, quiero reunirme con él; si no, mi ausencia sería una prueba de desconfianza.

Naturalmente lo hago.

Entretanto, el drama Dussel también amainó. El sábado en la tarde, durante la comida, presentó sus disculpas en excelente holandés. Van Daan se comportó como un caballero. A Dussel le debe de haber llevado un día entero aprender de memoria la lección.

El domingo, día de su cumpleaños, transcurrió pacíficamente.

Recibió una botella de un buen vino (cosecha 1919), por parte de los Van Daan (que después de todo pudieron obsequiarlo), un frasco de legumbres en escabeche, y una caja de hojitas de afeitar. Kraler le regaló un pote de mermelada de limón, Miep un libro y Elli una planta. El nos convidó a cada uno con un huevo.

Tuya,

ANA

Miércoles 3 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Primero, las noticias de la semana. La política está de vacaciones: nada, absolutamente nada que señalar. Empiezo a convencerme de que habrá una invasión después de todo, imposible dejar que los rusos se las arreglen solos; por lo demás, ellos tampoco se mueven ya en este momento.

El señor Koophuis vuelve a concurrir a la oficina todas las mañanas. Ha conseguido un nuevo somier para el diván de Peter, así que éste tendrá que hacer un trabajo de tapicería, lo cual -lógicamente- no le entusiasma demasiado.

¿Te he dicho que nuestro Muffi ha desaparecido? Se esfumó sin dejar rastros, el jueves último. Supongo que ya está en el cielo de los gatos, mientras un aficionado a la carne ha hecho de él un plato delicioso. Quizás alguna muchacha se adornará con su piel. Peter se ha sentido muy afectado.

Desde el sábado almorzamos a las once y media; por economía, el desayuno sólo consta de una taza de avena; cuesta aún encontrar legumbres: para el almuerzo tuvimos ensalada cocida podrida. Ensalada cruda o cocida, espinacas... ése es nuestro menú; no hay otra cosa, salvo las patatas podridas: ¡algo delicioso!

No es menester mucha imaginación para comprender esta eterna letanía de la desesperación: «¿De qué sirve esta guerra? ¿Por qué los hombres no pueden vivir en paz? ¿Por qué esta devastación?».

Pregunta comprensible, pero nadie ha encontrado la respuesta final. En realidad, ¿por qué se construyen en Inglaterra, aviones cada vez mayores, con bombas cada vez más pesadas y, al mismo tiempo, casas prefabricadas para la reconstrucción? ¿Por qué se gastan cada día millones en la guerra y no hay un céntimo disponible para la medicina, los artistas y los pobres?

¿Por qué hay hombres que sufren hambre, mientras que en otras partes del mundo los alimentos sobran y se pudren? ¿Por

qué los hombres han enloquecido así? Jamás creeré que únicamente los poderosos, los gobernantes y los capitalistas son responsables de la guerra. No. El hombre de la calle también es responsable. Si no, los pueblos hace rato que se hubieran rebelado. Los hombres han nacido con el instinto de destruir, matar, asesinar y devorar: hasta que toda la humanidad, sin excepción, no sufra un enorme cambio, la guerra imperará; las construcciones, las tierras cultivadas serán nuevamente destruidas, y la humanidad no tendrá más que volver a empezar.

A menudo me he sentido abatida, pero nunca me dejé llevar por la desesperación; considero nuestra estada aquí como una aventura peligrosa, que se torna romántica e interesante por el riesgo. Cada una de nuestras privaciones ha sido tratada humorísticamente en mi diario. Me he propuesto, de una vez por todas, llevar una vida diferente de las simples dueñas de casa. Mis comienzos no están exentos de interés, son buenos, y únicamente por eso puedo reírme de una situación cómica en los momentos de más grandes peligros.

Soy joven, muchas de mis cualidades duermen todavía, soy joven y lo suficientemente fuerte como para vivir esta gran aventura que forma parte de mí y me niego a quejarme todo el santo día. He sido favorecida por una naturaleza dichosa, mi alegría y mi fuerza. Cada día me veo crecer interiormente, siento que se aproxima la libertad, que la naturaleza es bella, percibo la bondad de cuantos me rodean, ¡y experimento hasta qué punto esta aventura es interesante! ¿Por qué habría de desesperarme?

Tuya,

ANA

Viernes 5 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Papi no está contento de mí, él esperaba que yo, espontáneamente, dejara de subir todas las noches sin excepción al cuarto de Peter. Empieza a juzgar mal nuestras caricias. ¿No fue bastante difícil hablar de eso? ¿Por qué, entonces, empeora las cosas? Pienso discutirlo hoy con él. Margot me ha aconsejado muy bien. He aquí, poco más o menos, lo que me propongo decirle:

«Creo, papá, que tú aguardas de mí una explicación, y aquí la tienes: estás decepcionado porque hubieras querido que yo guardase distancias; quieres, sin duda, que a mi edad yo sea una muchacha correcta, tal como tú la has forjado; pero te engañas.

Desde que estamos aquí, es decir, desde julio de 1942, y hasta muy recientemente, mi vida no tuvo nada de fácil. Si supieras cuántas lágrimas derramé de noche, qué desgraciada me sentía, completamente sola, comprenderás mejor por qué quiero reunirme con Peter.

Eso no se produjo de la noche a la mañana. Llegué a vivir sin el apoyo de mamá o de quienquiera que fuese, a costa de luchas, de muchas luchas y lágrimas; me costó caro llegar a ser tan independiente. Puedes reírte y no creerme, pero eso no me importa. Tengo conciencia de haber crecido sola, y no me siento en lo más íntimo responsable hacia ustedes. Si te digo todo esto es porque no quiero que pienses que me hago la misteriosa; en cuanto a mis actos, me siento responsable conmigo misma.

Cuando me debatía completamente sola, todos ustedes, y tú también, cerraron los ojos y se taparon los oídos: nadie me ayudó; al contrario, sólo recibí regaños porque era demasiado revoltosa. Al llamar así la atención, pensaba acallar mi pena, me obsesionaba silenciar esa voz interior. Durante más de un año y medio interpreté la comedia, día tras día, sin quejarme, sin apartarme de mi papel, sin desfallecer. Ahora la lucha ha terminado. He ganado,

soy independiente de cuerpo y espíritu; ya no necesito una madre, me he vuelto fuerte a fuerza de luchar.

Y ahora que tengo la certidumbre de haber superado las dificultades, quiero proseguir sola mi camino, el camino que me parece bueno. Tú no puedes, no debes considerarme como una niña de catorce años, porque todas estas miserias me han madurado; me propongo obrar según mi conciencia, y no deploraré mis actos.

Desde luego, no podrás convencerme de que deje de reunirme con Peter. O me lo prohíbes por la fuerza, o confías en mí en todo y para todo, ¡y me dejas en paz!».

Tuya,

ANA

Sábado 6 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Ayer, antes de cenar, puse en el bolsillo de papá una carta que contenía lo que ya te he explicado: estuvo agitado toda la noche, según Margot. (Yo estaba lavando los platos, arriba). ¡Pobre Pim! ¡Qué impresión debe de haberle causado su lectura! ¡Es tan sensible! Advertí inmediatamente a Peter para que no le dijera ni le preguntase nada. Pim no ha tratado aún de discutir el incidente conmigo. ¿Lo considera terminado?

Todo marcha normalmente. Las noticias de lo que sucede en la calle son increíbles: doscientos cincuenta gramos de té cuestan 350 florines; medio kilo de café, 80 florines; la mantequilla, 35; cada huevo, 1,45: ¡se pagan 14 florines por 100 gramos de tabaco búlgaro! Todo el mundo trafica en el mercado negro. Los chicos que vagan por las calles siempre tienen algo que ofrecer. El muchacho del panadero nos ha conseguido unos hilitos de seda para zurcir al precio de 0,90; el lechero se ocupa de falsas tarjetas de racionamiento, y un empresario de pompas fúnebres negocia con el queso. Todos los días hay un asalto, un asesinato o un robo; los agentes de policía participan en ellos como profesionales, pues todos quieren llenar sus estómagos, de una u otra manera; como está prohibido elevar los salarios, la gente se ve impelida al delito. La policía tiene bastante trabajo en buscar a las niñas perdidas diariamente. desaparecen muchachas de quince, dieciséis y diecisiete años.

Tuya,

ANA

Domingo en la mañana, 7 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Gran conversación con papá, ayer en la tarde; yo lloré terriblemente, y él lloró conmigo. ¿Sabes lo que me dijo, Kitty?

-He recibido muchas cartas en mi vida, ¡pero ésta es la más hiriente de todas! Tú, Ana, tan querida siempre por tus padres, por unos padres que constantemente han estado dispuestos a defenderte y lo han hecho, ¿tú pretendes no tener ninguna responsabilidad ante nosotros? Pretendes que te abandonamos, que te dejamos sola, que no te hacemos justicia... No, Ana. ¡Eres tú quien comete un gran error al ser así de injusta! Quizá no querrías decir eso. Pero lo has escrito. ¡No, Ana! ¡Nosotros no merecemos semejante reproche!

¡Oh, es horrible cometer tal error! Es la cosa más innoble que haya hecho en mi vida. Para que él me respetase, me empeciné en hablar de mis lágrimas y mi pesar con la presunción de una persona mayor. He tenido una gran pena, desde luego, pero acusar de esa manera al bueno de Pim, él que lo ha hecho todo por mí, y sigue haciéndolo, era más que innoble.

Tanto mejor si se me ha hecho salir de mi torre de marfil, si

mi orgullo ha recibido un pequeño impacto. Porque fui demasiado presuntuosa; Señorita Ana, lo que usted ha hecho está lejos de ser perfecto! Causar semejante pesar a alguien a quien se dice querer, e intencionalmente, por añadidura, no es más que una bajeza, ¡una gran bajeza!

Lo que más me avergüenza es cómo papá me ha perdonado; va a quemar la carta, y se ha vuelto tan amable conmigo que se creería que es él el culpable. ¡No, Ana! ¡Tú tienes todavía mucho que aprender! ¡En lugar de encarar a los demás y acusarlos, harías mejor en volver a empezar!

He tenido mis penas, sí. Pero todos los jóvenes de mi edad pasan por eso, ¿verdad? Yo interpretaba una comedia antes de tener conciencia de lo que hacía; me sentía sola, pero rara vez vencida. Hay que avergonzarse de eso, y me avergüenzo terriblemente.

Lo hecho, hecho está; pero es posible corregirse. Volver a empezar desde el principio, quiero hacerlo, y no debe de ser demasiado difícil, pues tengo a Peter. ¡Con su apoyo tendré éxito!

Ya no estoy sola en el mundo. El me quiere y yo lo quiero, tengo mis libros, los cuentos que escribo y mi diario; no soy demasiado fea ni demasiado tonta; poseo una alegría natural y buen carácter. ¡Ese es, pues, mi propósito!

Sí, Ana. Has podido comprobar muy bien que tu carta era demasiado dura, y un gran error, y, por si fuera poco, ¡te sentías orgullosa de haberla escrito! Tomando ejemplo de papá, conseguiré enmendarme.

Tuya,

ANA

Lunes 8 de mayo de 1944

Querida Kitty:

¿Te he hablado alguna vez de nuestra familia? Creo que no, y es una razón para empezar enseguida. Los padres de papá eran muy ricos. Su padre había hecho fortuna solo, y su madre provenía de una familia adinerada y distinguida. La juventud de papá fue, pues, extremadamente agradable: bailes o fiestas, residencias suntuosas, lindas muchachas, banquetes, etc. Todo ese dinero se perdió durante la Primera Guerra Mundial y a causa de la inflación. Papá, con su educación esmerada, debió reírse ayer cuando, por primera vez en sus cincuenta y cinco años, tuvo que comer el raspado de la olla.

Mamá proviene también de padres ricos. A menudo escuchamos boquiabiertos sus historias de fiestas de esponsales con doscientos cincuenta invitados, cenas y bailes de sociedad. Ahora ya no se nos puede considerar ricos, Pero confío en que nos reharemos después de la guerra.

A diferencia de mamá y de Margot, te aseguro que no me contentaría con una pequeña vida restringida. Me gustaría pasar un año en París y otro en Londres, para estudiar las lenguas y la historia del arte. ¡Compara eso con lo que desea Margot, que aspira a ser matrona en Palestina!

Tengo todavía llena la imaginación de hermosos vestidos y personas interesantes. Cómo ya te he dicho, querría ver algo de mundo, adquirir cierta, experiencia. Para eso, un poco de dinero no vendría mal.

Esta mañana, Miep nos habló de una fiesta de compromiso a la que estuvo invitada. Tanto el novio como la novia pertenecen a familias adineradas. resultó, pues, particularmente elegante. Miep nos embobó con su descripción del menú; sopa de legumbres con albondiguillas de carne, queso, panecillos, entremeses con huevos, rosbif, torta de moka, vinos y cigarrillos, todo a discreción (mercado negro).

Miep bebió diez copas. No está mal para una abstemia, ¿eh? Si ella hizo así, me pregunto en cuanto la habrá sobrepasado su marido. Naturalmente, todos los invitados estaban un poco achispados. Entre ellos, había dos policías militares que fotografiaron a los novios. Dijérase que Miep no puede olvidar un solo instante a sus protegidos clandestinos: sabiendo que ellos eran de los «buenos», anotó inmediatamente el nombre y la dirección de esos hombres, por si alguna vez hubiera necesidad de ellos.

Mientras escuchábamos su relato se nos hizo agua la boca. A nosotros, que nos contentamos para el desayuno con dos cucharadas de sopa de avena y que tenemos el estómago vacío la mayor parte del tiempo por no comer más que espinacas medio cocidas (para conservar las vitaminas) y patatas podridas, ensalada cruda o cocida, y nuevamente espinacas. Tal vez lleguemos a ser fuertes como Popeye... ¡aunque de esto no tengo la menor prueba!

Si Miep hubiera podido llevarnos a esa fiesta de compromiso, seguramente no habríamos dejado un solo panecillo a los otros invitados. Puedo decirte que estábamos literalmente pegados a ella, sacándole las palabras de la boca, como si nunca jamás hubiésemos oído hablar de cosas buenas y personas distinguidas.

Y eso les ocurre a las nietas de un millonario. ¡Qué extrañas vueltas tiene la vida!

Tuya,

ANA

Martes 9 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Mi cuento Ellen, el hada madrina está terminado. Lo he pasado en limpio en un hermoso papel de cartas, con algunos adornos en tinta roja, y lo he cosido todo. No queda mal, pero ¿no es demasiado poco para el cumpleaños de papá? No lo sé. Mamá y Margot han compuesto, cada una, una felicitación en verso.

Esta tarde, el señor Kraler ha venido con la noticia de que la señora B., que antes trabajaba para ellos haciendo demostraciones, ha expresado el deseo de venir a comer su vianda a la oficina, todos los días, a las dos ¿comprendes? Ninguno de nuestros protectores podrá ya subir a nuestra casa, las patatas ya no podrán sernos entregadas, el almuerzo de Elli quedará suprimido, el W.C nos será prohibido, no podremos movernos, etcétera.

Nos hemos devanado los sesos, todos, para encontrar pretextos que la disuadieran de su proyecto. El señor Van Daan ha sugerido que se pusiera en su café un laxante enérgico.

-¡Ah, no!- respondió el señor Koophuis-. Todo menos eso, porque no bajaría nunca del trono.

Carcajadas.

-¿Del trono? -preguntó la señora-. ¿Qué significa eso? ¿Puede emplearse siempre esa palabra?

-Volvió a inquirir, con toda ingenuidad.

-¡Qué esperanza! -.repuso Elli, riendo-. Si entra usted en una gran tienda y pregunta dónde queda el trono, nadie la comprenderá.

Hace buen tiempo, Kitty. Un tiempo espléndido.

¡Ah, si pudiera salir!

Tuya,

ANA

Miércoles 10 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Anteayer, en el desván, estando con nuestra lección de francés, oí de pronto que caía agua. Iba a Preguntarle a Peter lo que era, cuando él ya había corrido a la buhardilla, donde estaba la causa

del desastre. Mouschi, al encontrar la caja donde hace sus necesidades demasiado ocupada, utilizó el espacio adyacente, en tanto que Peter, con mano firme, quería poner al gato en el lugar indicado. Se produjo un estrépito, y el culpable, cuando hubo terminado, huyó por la escalera.

Sin embargo, Mouschi había tratado de utilizar en parte su recipiente con aserrín. Sus orines resbalaron de la buhardilla, por una rendija, al techo del desván y, por desgracia, precisamente encima de las patatas. Y como el techo del desván no está desprovisto de pequeños agujeros, gotas amarillas cayeron sobre un montón de medias y algunos libros que se hallaban sobre la mesa. Yo me moría de risa; a tal punto el incidente resultaba cómico: Mouschi metido debajo de una silla. Peter con el agua con cloro y un trapo, y Van Daan calmando a todo el mundo. El desastre fue rápidamente remediado, pero nadie ignora que los orines de gato exhalan un hedor espantoso. No sólo las papas de ayer nos dieron la prueba flagrante, sino que el aserrín que papá ha quemado lo demostró también.

Tuya,

ANA

P.D. - Ayer y esta noche, nuestra bienamada reina se dirigió a su pueblo por radio. Dijo que se toma vacaciones, con el fin de regresar a Holanda con nuevas fuerzas. Ha hablado de su retorno en un porvenir cercano, de liberación, de valor heroico y de pesadas cargas.

Enseguida, un discurso del ministro Gerbrandy. Por último, un sacerdote ha implorado a Dios para que vele por los judíos y por todos cuantos se encuentran en los campos de concentración, en las cárceles y en Alemania.

Viernes 12 de Mayo de 1944

Querida Kitty:

Te parecerá extraño, pero estoy tan ocupada en este momento que me falta tiempo para terminar el trabajo que se me ha acumulado Quieres saber todo lo que tengo que hacer? Pues bien, mañana tendré que terminar la primera parte de Galileo Galilei, porque hay que devolver el libro a la biblioteca. Hasta ayer no lo empecé, pero conseguiré terminarlo.

Para la semana próxima tengo que leer La encrucijada de Palestina y el segundo tomo de Galileo. Ayer terminé la primera parte de la biografía de El emperador Carlos V, y debo ordenar todas las notas y los árboles genealógicos. Tengo, además, las notas de otros libros, en total tres páginas extranjeras que pasar en limpio y que aprenderme de memoria. Está también mi colección de artistas de cine, que se ha vuelto un revoltijo, y me es absolutamente necesario clasificarlas; pero este caos me llevaría algunos días, y me temo que tendrá aún que quedar abandonado a su suerte, por el momento, pues la «doctora» Ana, como ya te dije, se siente desbordada.

Tesco, Edipo, Orfeo y Hércules me aguardan; esperan que mi cabeza se ponga en orden, porque sus acciones se han introducido en ella como un tejido de hilos embrollados y multicolores. Mirón y Fidías también tienen necesidad urgente de ser tratados, pues si no corren el riesgo de desaparecer del cuadro. Pasa lo mismo, por ejemplo, con la Guerra de los Siete Años y la de los Nueve Años; es para mí una confusión inextricable. ¿Cómo hacer con una memoria tan desdichada como la mía? ¡Prefiero no pensar en lo que será cuando tenga ochenta años!

Y me olvido de la Biblia... Me pregunto cuánto tiempo tardaré en llegar a Susana en el baño. ¿Y qué quieren decir con los pecados de Sodoma y Gomorra? ¡Qué de preguntas y qué de cosas por aprender! He abandonado completamente a Liselotte von der Pfalz. Ya ves, Kitty, que me siento desbordada.

Ahora, otra cosa. Ya sabes desde hace tiempo cuál es mi mayor anhelo; llegar un día a ser periodista, y más tarde escritora célebre. ¿Seré capaz de concretar mi ambición? ¿O es mi manía de grandeza? Habrá que verlo, pero hasta aquí los temas no me faltan. En todo caso, después de la guerra, querría publicar una

novela sobre el anexo. No sé si lo conseguiré, pero mi diario me servirá de documento. Además del anexo, se me han ocurrido otros temas. Ya te hablaré de ello largamente, cuando hayan cobrado forma.

Tuya,

ANA

Sábado 13 de mayo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Ayer, por fin, fue el cumpleaños de papá, coincidiendo con sus diecinueve años de matrimonio. La sirvienta no estaba en la oficina, y el sol brillaba como no lo había hecho todavía en 1944. Nuestro castaño está todo florecido, de arriba abajo, sus ramas pesadamente cargadas de hojas, y mucho más hermoso que el año pasado.

Koophuis ha regalado a papá una biografía de Lineo. Kraler, un libro sobre la naturaleza. Dussel, Amsterdam bajo el agua. Van Daan se ha presentado con una enorme caja, adornada con una envoltura muy artística, que contenía tres huevos, una botella de cerveza, una botella de yogur y una corbata verde. Al lado de esto, nuestro tarro de dulce pareció insignificante. Mis rosas huelen deliciosamente, y los claveles de Miep y Elli, aunque sin aroma, son muy bonitos. Pim ha sido muy agasajado.

Se hicieron traer cincuenta tortitas: ¡exquisitas, maravillosas! Papá ha obsequiado bizcochos, cerveza a los caballeros y yogur a las damas. Todo el mundo ha disfrutado.

Tuya,

ANA

Martes 16 de mayo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Para variar un poco, y como hace mucho tiempo que no hablo sobre el tema, te transcribiré la discusión que se entabló anoche entre el señor y la señora Van Daan.

Señora: -Los alemanes deben de haber reforzado el Muro del Atlántico de manera insospechada. Harán cuanto esté en su poder para impedir a los ingleses que desembarquen. A pesar de todo, ¡es formidable esa fuerza de los alemanes!

Señor: -¡Sí, sí! Colosal.

Señora: -Sí...

Señor: -A la larga, ganarán incluso la guerra. ¡Son tan fuertes!

Señora... -Es muy posible. Aún no estoy convencida de lo contrario.

Señor: -Prefiero no seguir contestando.

Señora: Pero no puedes dejar de hacerlo. Es más fuerte que tú.

Señor: ¿Qué quieres? Contesto sólo lo indispensable.

Señora. -Pero contestas, y constantemente quieres tener razón. Sin embargo, tus pronósticos no siempre se cumplen.

Señor: -Hasta ahora, nunca me he equivocado.

Señora. -¡Es falso! Opinabas que la invasión se efectuaría el año pasado, que Finlandia ya habría firmado la paz, que Italia quedaría liquidada durante el invierno, que los rusos tomarían Lemberg, ¡Oh, no! Decididamente, tus pronósticos no valen mucho. Señor (levantándose): -Bueno, ¿quieres cerrar la boca? Algún día demostraré que tengo razón. Ya estoy hasta la coronilla de tus tonterías y espero el momento de restregártelo todo por la nariz.

Fin del Primer Acto

Yo no pude evitar una carcajada, mamá tampoco, Peter se

mordía los labios. ¡Oh, qué tontos son los adultos! Antes de hacer-observaciones a sus hijos, sería mejor que comenzasen por aprender algo.

Tuya,

ANA

Viernes 19 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Desde ayer, no me siento bien, y he vomitado. He tenido dolor de vientre y todas las calamidades imaginables. Hoy estoy un poco mejor, tengo mucha hambre, pero prefiero abstenerme de porotos esta noche.

Todo sigue bien entre Peter y yo. El pobre muchacho necesita, mucho más que yo, un poco de ternura. Se ruboriza aún cada vez que nos besamos al despedirnos por la noche, y nunca deja de mendigar otro beso. ¿Seré yo lo bastante buena para consolarlo de la pérdida de Muffi? Eso no importa, porque él es muy dichoso desde que sabe que alguien lo quiere.

Después de mi difícil conquista, domino un poco la situación. Pero no hay que pensar que mi amor haya disminuido. Peter es un encanto, pero en lo que se refiere a mis sentimientos más profundos, me he cerrado nuevamente, enseguida. Si él quiere romper la armadura una vez más, necesitará una lanza mucho más firme.

Tuya,

ANA

Sábado 20 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Anoche, al volver del cuarto de Peter y entrar en casa, vi el florero de los claveles por el suelo, a mamá de rodillas con un trapo y a Margot tratando de pescar mis papeles.

-¿Qué sucede? pregunté, con aprensión, y sin esperar respuesta comencé a apreciar el daño.

Mi carpeta de árboles genealógicos, mis cuadernos, mis libros ¡todo flotaba! Estuve a punto de llorar, y tan conmovida que hablé a tontas y a locas; no recuerdo qué dije, pero Margot me ha repetido exageraciones, tales como «irrevocablemente perdido, espantoso, horrible, irreparable», y Dios sabe cuántas cosas más. Papá se echó a reír, así como Margot y mamá; pero yo tenía lágrimas en los ojos viendo perdido todo mi trabajo y mis minuciosas notas.

El «daño irreparable», visto de cerca, no era tan grave. En el desván, despegué cuidadosamente todos los papeles, y los colgué a secar. Viéndolos, yo también solté la risa: María de Médicis pendía al lado de Carlos V, y Guillermo de Orange al lado de María Antonieta, lo que hizo decir a Van Daan: Rassenchande* espetó. Confié a Peter el cuidado de mis papelotes, y volví a bajar las escaleras.

-¿Cuáles son los libros estropeados? pregunté a Margot, que los estaba examinando.

El de álgebra -respondió ella.

Acudí enseguida para ver, pero lamento decir que ni mi libro de álgebra estaba en mal estado; nunca he detestado tanto un libro como ese mamotreto. En la primera hoja figuran los nombres de por lo menos veinte propietarios precedentes, está viejo, amarillento, cubierto de garabatos y de correcciones. ¡Un día, cuando esté de muy mal humor, haré trizas ese detestable volumen!

Tuya,

ANA

Lunes 22 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Papá perdió, el 12 de mayo, su apuesta con la señora Van Daan, a quien ha entregado cinco tarros de Yogur. La invasión no se ha efectuado aún: puedo decir con absoluta certeza que toda Amsterdam, toda Holanda, sí, toda la costa occidental de Europa hasta España no hace más que hablar y discutir sobre este tema, apostar y esperar...

La atmósfera de espera no puede ser más tensa. Una buena parte de aquellos que nosotros incluimos entre los «buenos» holandeses han dejado de creer en los ingleses; no todo el mundo se conforma con el famoso bluff inglés - ¡oh, no, lejos de eso!-; hay quienes necesitan pruebas, acciones grandes y heroicas. Nadie mira más allá de la punta de su nariz, nadie piensa en los ingleses como personas que se defienden y pelean por su país; todos creen que ellos están obligados a salvar a Holanda lo más rápidamente y lo mejor posible.

¿Que obligaciones han contraído los ingleses con nosotros? ¿De qué manera los holandeses han merecido esa ayuda generosa que esperan con tanta seguridad? Por triste que sea, los holandeses pueden prepararse para las decepciones; a despecho de todo su bluff, no se le puede reprochar más a Inglaterra que a los otros países grandes y chicos que actualmente no están ocupados. Sin duda, los ingleses no vendrán a presentarnos sus excusas; porque si nosotros podemos reprocharles haberse dormido durante los años en que Alemania se armaba, no podríamos negar que todos los demás países, en especial los limítrofes de Alemania, se durmieron igualmente. La política del avestruz de nada nos servirá. Inglaterra y el mundo entero lo saben harto bien. Por eso los aliados, todos y cada uno, y particularmente Inglaterra, se verán obligados a hacer penosos sacrificios.

Ningún país querrá sacrificar a sus hombres en el interés de otro país, e Inglaterra no será la excepción. La invasión, la liberación y la libertad vendrán un día, pero la hora será fijada por Inglaterra y Estados Unidos, y no por un conjunto de territorios ocupados.

Con gran pesar y consternación hemos sabido que muchas personas se han vuelto contra los judíos. Hemos oído decir que el antisemitismo se ha apoderado de ciertos círculos, donde antes, jamás se hubiera pensado en eso. Los ocho nos sentimos profundamente conmovidos por la noticia. La causa de este odio contra los judíos es plausible, a veces hasta humana, pero inadmisible. Los cristianos reprochan a los judíos que, ante los alemanes, tengan la lengua demasiado larga, traicionando a sus protectores y haciendo sufrir a los cristianos, por culpa de ellos, la suerte trágica y la tortura horrible de tantos de nosotros.

Todo eso es verdad, pero hay que ver el reverso de la medalla, como en cualquier otro caso. ¿Los cristianos, en nuestro lugar, obrarían de manera diferente? ¿Un hombre, sea judío o cristiano, puede callarse ante los medios de que se sirven los alemanes? Todo el mundo sabe que eso es casi imposible. ¿Por qué, entonces, exigir lo imposible a los judíos?

En los grupos de la Resistencia corre un rumor vinculado a los judíos alemanes otrora emigrados en Holanda, y actualmente en los campos de concentración de Polonia: éstos no podrían, después de la derrota de Hitler, regresar a Holanda, donde tenían el derecho de asilo; se les obligaría a volver a Alemania.

Oyendo eso, ¿no es lógico que nos preguntemos por qué se sostiene esta guerra larga y penosa? ¡Se nos ha repetido siempre que nosotros combatimos juntos por la libertad, la verdad y el derecho! Si ya se declara la división en pleno combate, ¿el judío saldrá de él inferior a algún otro, una vez más? ¡Oh! Es triste tener que admitir el viejo aforismo: «De la mala acción de un cristiano, es este mismo responsable; la mala acción de un judío recae sobre todos los judíos».

Francamente, no puedo concebir que los holandeses hagan semejante cosa, ese pueblo bueno, honrado y leal que, al juzgarlos

así, juzga al pueblo más oprimido, al más desgraciado y quizás al más digno de compasión del mundo entero.

Sólo me resta confiar en que esta ola de odio contra los judíos sea pasajera, que los holandeses se mostrarán bien pronto tales como son, guardando intacto su sentimiento de justicia y su integridad. Porque el antisemitismo es injusto.

Y si este horror tuviera verdaderamente que suceder, el pobre puñado de judíos que queda en Holanda terminaría por dejarla. También nosotros aprontaríamos las valijas y reanudaríamos la marcha, abandonando a este hermoso país que tan cordialmente nos recibió y que sin embargo, nos vuelve la espalda.

Amo a Holanda. Hasta había confiado en que me serviría de patria, a mí, apátrida, y sigo esperándolo.

Tuya,

ANA

Jueves 25 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Todos los días ocurre algo. Esta mañana, nuestro proveedor de hortalizas ha sido arrestado: tenía dos judíos en su casa. Es un golpe terrible para nosotros, no sólo porque dos pobres judíos más se hallen al borde del abismo, sino porque el proveedor se encuentra también en el mismo trance.

El mundo está trastornado; las personas decentes son enviadas a los campos de concentración, a las prisiones, o todavía tiemblan en las células solitarias, en tanto que la gentuza que se queda aquí gobierna a jóvenes y viejos, a ricos y pobres. Uno se deja atrapar por el mercado negro, otro por haber albergado a judíos o a rebeldes; quienes no están en contacto con los nazis no pueden saber lo que pasará mañana.

¡Cómo vamos a extrañar a nuestro proveedor de hortalizas! Miep y Elli no podrán encargarse de semejantes bolsas de patatas sin llamar la atención; lo único que nos queda por hacer es comer menos. Te cuento, pues, cómo vamos a arreglarnos; no será divertido. Mamá ha propuesto que suprimamos el desayuno, comer la avena en el almuerzo y papas saltadas por la noche, y una o dos veces por semana, como máximo, verduras o ensalada. Eso significa el hambre, pero todas estas privaciones no son nada comparadas con el horror de ser descubiertos.

Tuya,

ANA

Viernes 26 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Por fin un poco de tregua para escribirte tranquilamente sentada a mi mesita, ante una ventana apenas entreabierta.

¡Me siento tan desgraciada! Esto no me ocurría desde hace meses; ni siquiera después del robo llegué a estar tan deprimida. Por una parte, el proveedor de hortalizas, el problema de los judíos -del que todo el mundo habla sin cesar-, la invasión que se hace esperar, la mala alimentación, los nervios, la atmósfera deprimente, mi decepción con respecto a Peter; y, por otra parte, historias como para soñar: el noviazgo de Elli, recepción el día de Pentecostés, flores, etc.; luego, el cumpleaños de Kraler, dulces, salidas a los cabarets, cine y conciertos. ¡Esta diferencia, este enorme contraste!.. Un día nos reímos del lado cómico de lo que estamos viviendo; otro -es decir, la mayor parte del tiempo- temblamos de miedo; la ansiedad, la espera y la desesperación son visibles en cada rostro.

Miep y Kraler son los que cargan el mayor peso en la ayuda que se nos presta. Miep interrumpida en su trabajo, y Kraler anonadado a la larga por la gran responsabilidad que ha contraído;

se mantiene aún dueño de sus nervios demasiado tensos, pero hay momentos en que apenas si logra pronunciar una palabra. Koophuis y Elli, aún ocupándose bien -y hasta muy bien- de nosotros, tienen sin embargo un mayor respiro, algunas horas de ausencia -un día, a veces dos días- que les permiten olvidarse del anexo. Tienen sus propias preocupaciones, Koophuis sobre su salud, y Elli sobre su compromiso, que no es de color de rosa; pero aparte de eso, tienen sus excursiones, sus visitas, toda una vida de personas libres. Ellos pueden alejarse de esta atmósfera sombría, aunque sólo sea por poco tiempo; para nosotros, la tensión siempre va en aumento. Ya hace dos años que estamos aquí, ¿cuánto tiempo vamos a poder resistir esta presión insoportable y más fuerte cada día?

Como los desagües están obstruidos, debemos hacer correr el agua con cuentagotas; vamos al W.C. provistos de un cepillo, y conservamos el agua sucia en un recipiente. Hoy, eso puede pasar, pero ¿qué vamos a hacer si el plomero no puede arreglárselas solo? El servicio municipal no viene hasta el martes.

Miep nos ha enviado un pan de centeno con la inscripción: «Feliz Pentecostés». Esto suena casi a burla. ¿Cómo ser «feliz» en el estado en que nos hallamos? Tras el arresto del proveedor de hortalizas, el miedo reina en el anexo. ¡Chis, chis!, por todos lados. Las tareas se hacen con mucho sigilo. ¡Si la policía ha forzado la puerta del verdulero, nosotros estamos tan expuestos como él! Si nosotros... No. No tengo el derecho de escribirlo, pero hoy esta cuestión no quiere abandonarme, toda la angustia por la cual ya he pasado se me impone nuevamente en toda su amplitud.

Esta noche, al ir al W.C. alrededor de las ocho, he tenido que dejar el piso de los Van Daan, donde todos estábamos reunidos, alrededor de la radio; quería ser valerosa, pero era difícil. Con los otros, me siento todavía en seguridad relativa, pero no completamente sola. Sé que la casa es grande y que está abandonada; los ruidos de arriba, ensordecidos, son misteriosos; además, están los bocinazos de afuera. Si me demoro, comienzo a temblar, pues no puedo dejar de ver cuán terrible es nuestra situación.

Más de una vez me pregunto si, para todos nosotros, no habría valido más no ocultarnos y estar ahora muertos, antes de pasar por todas estas calamidades, sobre todo por nuestros protectores, que al menos no estarían en peligro. Ni siquiera este pensamiento nos hace retroceder, amamos todavía la vida, no hemos olvidado la voz de la naturaleza, a pesar de todo. Que algo acontezca bien pronto, que lleguen las bombas si es necesario, porque ellas no podrían aplastarnos más que esta inquietud. Que llegue el fin, aunque sea duro; al menos sabremos si, en última instancia. debemos vencer o perecer.

Tuya,

ANA

Miércoles 31 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Hizo un calor tan espantoso el sábado, el domingo y el lunes, que simplemente me resultó imposible sujetar una lapicera en la mano. Por lo tanto, no pude escribirte. Las cañerías volvieron a fallar el viernes, y fueron arregladas el sábado. El señor Koophuis vino a visitarnos por la tarde y nos contó un montón de cosas sobre Corry: entre otras, que está en el mismo club de hockey que Jopie.

El domingo vino Elli para asegurarse de que no habíamos recibido ninguna visita indeseada, y se quedó a desayunar con nosotros. El lunes de Pentecostés fue el señor Van Santen quien actuó como guardián del escondite; y, finalmente, el martes fue posible abrir nuevamente las ventanas.

Pocas veces hemos tenido un Pentecostés tan agradable, cálido, hasta podría decirse caluroso. El calor que hace en el «anexo

*Ultraje racial. Término racista propio de la ideología nazista. (N. del T.).

secreto» es terrible. Te describiré brevemente estos días sofocantes mediante ejemplos de las quejas que surgen:

Sábado. «Qué día hermoso, qué tiempo perfecto», dijimos todos por la mañana. «¡Ah! Si no hiciera tanto calor», exclamábamos a la tarde cuando se cerraron las ventanas.

Domingo: «Este calor es decididamente insoportable. La mantequilla se está derritiendo; no hay un solo lugar fresco en toda la casa, el pan se está poniendo tan seco, la leche se vuelve agria, no es posible abrir las ventanas, y nosotros, desdichados proscritos, estamos aquí sentados sofocándonos, mientras otras personas disfrutan del feriado de Pentecostés».

Lunes: «Me duelen los pies, no tengo ropas más livianas. No puedo lavar los platos con este calor», todo esto dicho por la señora Van Daan. Fue extremadamente desagradable.

Aún no puedo tolerar el calor; por lo que me alegro de que hoy corra una buena brisa, sin que el sol haya dejado de brillar.

Tuya,

ANA

Lunes 5 de junio de 1944

Querida Kitty:

Un nuevo incidente en el anexo: los Frank han reñido con Dussel por una insignificancia: la partición de mantequilla.

Capitulación de Dussel. Gran amistad entre este último y la señora Van Daan, flirteo, besitos y sonrisas de miel. Dussel comienza a sentir las inquietudes de la primavera.

Roma ha sido tomada por el 5º Ejército, sin devastación ni bombardeos.

Pocas verduras pocas patatas. Mal tiempo. El paso de Calais y la costa francesa están constantemente bajo las bombas.

Tuya,

ANA

Martes 6 de junio de 1944

Querida Kitty:

«Hoy es el día D», ha dicho la B.B.C. a mediodía, y con razón: This is the day. ¡La invasión ha comenzado!

Esta mañana, a las ocho, la B.B.C. anunció el bombardeo en gran escala de Calais, Boloña, El Havre y Cherburgo, y también del paso de Calais (como de costumbre). Medidas de precaución para los territorios ocupados: todos los habitantes en la zona que se extiende a 35 kilómetros de la costa están expuestos a los bombardeos. De ser posible, los aviones ingleses lanzarán volantes una hora antes.

Según la transmisión alemana, tropas inglesas habrían aterrizado con paracaídas en la costa francesa. Combate entre los buques de desembarco y la marina alemana, según la B.B.C.

Conjeturas en el anexo, desde las nueve durante el desayuno: ¿se trata de una invasión tentativa, como la de Dieppe, hace dos años?

Transmisión inglesa en alemán, holandés, francés y otras lenguas: «¡La invasión ha comenzado!» ... eso significa «la verdadera», invasión. Transmisión inglesa en lengua alemana, a las once; discurso del comandante en jefe, el general Dwight Eisenhower.

A mediodía, en lengua inglesa: «Hoy es el día D». El general Eisenhower dijo al pueblo francés: Stiff fighting will come now, but after this the victory. The year 1944 is the year of complete victory. Good luck!*.

La B.B.C. en lengua inglesa, una hora más tarde: Once mil aviones dejan caer constantemente tropas en paracaídas detrás de las líneas. Cuatro mil navíos, más pequeñas embarcaciones, aseguran el servicio constante del transporte de tropas y de material entre Cherburgo y El Havre. Las operaciones de las tropas inglesas y norteamericanas han empezado. Discursos de Gerbrandy, el Primer Ministro de Bélgica, del rey Haakon de Noruega, de De Gaulle para Francia, del rey de Inglaterra, sin olvidar el de Churchill.

*En inglés en el original «Ahora vendrán duros combates, pero a ellos, seguirá la victoria definitiva. ¡Buena Suerte!» (N. De T.).

El anexo es un volcán en erupción. ¿Se acerca de veras esa libertad tan largamente esperada? Esa libertad de la que tanto se ha hablado, ¿no es demasiado hermosa, parecida a un cuento de hadas, para que se transforme en realidad? Este año, 1944, ¿ va a darnos la victoria? Aún no lo sabemos, pero la esperanza nos hace renacer, nos devuelve el valor, nos restituye las fuerzas. Porque va a ser necesario soportar valerosamente muchas angustias, privaciones y sufrimientos. Se trata de permanecer tranquilos y de resistir. A partir de ahora, y más que nunca, tendremos que hundirnos las uñas en la carne antes que gritar. Es el momento para Francia, Rusia, Italia y también Alemania de hacer oír su miseria; en cuanto a nosotros, aún no tenemos ese derecho.

¡Oh, Kitty! Lo más hermoso de la invasión es la idea de que podré reunirme con mis amigos. Después de haber tenido el cuchillo en la garganta, de haber estado durante tanto tiempo oprimidos por esos horribles alemanes, no podemos menos que sentirnos rebosantes de confianza, al pensar en la salvación y en los amigos.

Ya no se trata de judíos. Ahora se trata de toda Holanda y de toda Europa ocupada. Margot dice que quizá yo no pueda ir a la escuela en septiembre o en octubre.

Tuya,

ANA

P.D. Te mantendré informada de las últimas noticias.
En la noche y en la mañana siguiente los aliados lanzaron maniquíes llenos de explosivos tras las líneas alemanas. También grandes contingentes de paracaidistas, pintados de negro como medio de camuflaje. A las siete de la mañana arribaron las primeras lanchas de desembarco. Por la noche se habían lanzado 5 millones de kg. de bombas sobre ese sector costero. Hoy actuaron veinte mil aviones. Al producirse el desembarco mismo, las baterías alemanas ya estaban definitivamente silenciadas. Se logró construir una pequeña cabeza de puente.
Todo va bien, a pesar de lo malo del tiempo. El ejército aliado y los pueblos ocupados son one will and one hope*.

*Una sola voluntad y una sola esperanza. (N. del T.).

Viernes 9 de junio de 1944

Querida Kitty:

La invasión sigue viento en popa. Los aliados están en Bayeux, un pequeño puerto de la costa francesa, y se lucha por Caen. El objetivo estratégico consiste en rodear la aislada Cherburgo. Todas las noches, las transmisiones de los corresponsales de guerra hablan de las dificultades, el valor y el entusiasmo del ejército, citando ejemplos de los más increíbles. Algunos heridos, de regreso en Inglaterra, han hablado también ante el micrófono. La R.A.F. no interrumpe sus vuelos, pese al mal tiempo. Hemos sabido por la B.B.C. que Churchill quería participar con sus hombres en el desembarco, pero tuvo que abandonar su proyecto por consejo de Eisenhower y otros generales. ¡Qué coraje para un anciano que debe de tener cerca de setenta años!

Aquí nos hemos repuesto un poco de la emoción, pero confiamos en que la guerra termine antes de fin de año. ¡Ya es hora! La señora Van Daan nos aburre con sus tonterías; ahora que no puede volvernos locos con el tema de la invasión, la emprende con el mal tiempo todo el santo día. ¡Habría que meterla en una tina llena de agua fría!

Todos los habitantes del anexo, excepto Van Daan y Peter, han leído la trilogía Rapsodia húngara, que trata sobre la vida del compositor, músico eximio y niño prodigio que fue Franz Liszt. Es un libro muy interesante, pero opino que en él se habla demasiado de mujeres. En su tiempo, Liszt fue no sólo el más grande y famoso pianista, sino también el mayor don Juan... hasta la edad de setenta años. Vivió con la duquesa Marie d'Agould, la princesa Carolina Sayn-Wittgenstein, la bailarina Lola Montez, la pianista Agnes Kingworth, la pianista Sophie Menter, la princesa Olga Janina, la baronesa Olga Meyendorff, la actriz Lilla no-sé-cuanto, etc., etc.; la lista es interminable. Las partes del libro que tratan sobre música y arte son mucho más interesantes. Se menciona a Schuman, Clara Wieck, Héctor Berlioz, Johannes

Brahms, Beethoven, Joachim, Richard Wagner, Hans Von Bülow, Anton Rubinstein, Frédéric Chopin, Víctor Hugo, Honoré de Balzac, Hiller, Hummel, Czerny, Rossini, Cherubini, Paganini, Mendelssohn, etcétera.

Liszt era personalmente un hombre agradable, muy generoso y modesto en lo que respecta a sí mismo, aunque en extremo vano. Ayudaba a todo el mundo, su arte lo era todo para él, le enloquecían el coñac y las mujeres, no podía soportar las lágrimas, era un caballero, jamás se hubiera negado a hacer un favor a nadie, le importaba poco el dinero, y era partidario de la libertad religiosa y política.

Tuya,

ANA

Martes 13 de junio de 1944

Querida Kitty:

Mi cumpleaños ha pasado de nuevo. Tengo, pues, quince años. He recibido bastantes cosas.

La Historia del Arte de Springer, en cinco tomos; además, un conjunto de ropa interior, un pañuelo, dos tarros de yogur, un frasquito de mermelada, un gran bizcocho y un libro sobre botánica, de papá y mamá. Un brazalete doble de Margot, un libro (Patria) de Van Daan, caramelos de Dussel, bombones y cuadernos de Miep y Elli, y la mejor sorpresa, un libro: María Theresa, así como tres tajadas de verdadero queso, de Kraler; un magnífico ramo de peonías de Peter. ¡Pobre muchacho! se ha esforzado tanto por encontrar algo, pero sin ningún resultado.

Las noticias, las tormentas, los torrentes de lluvia y el mar desencadenado.

Churchill, Smuts, Eisenhower y Arnold visitaron ayer, en Francia, los pueblos conquistados y liberados por los ingleses. Churchill hizo la travesía en un torpedero que hostigó la costa. Hay que creer que ese hombre, como tantos otros, desconoce el miedo. ¡Es envidiable!

Desde el anexo, no podemos pulsar la moral de los holandeses. No cabe duda de que la gente se alegra de haber visto a la «indolente» (?) Inglaterra arremangarse por fin. Todos los holandeses que todavía osan hablar despectivamente de los ingleses, que siguen calumniando a Inglaterra y a su gobierno de viejos señores, llamándoles cobardes aun cuando odian a los alemanes, merecen una buena sacudida, tal vez eso les devuelva el sentido.

Hacía dos meses que no tenía la menstruación, pero finalmente todo recomenzó el sábado. A pesar de la molestia que significa, me alegro.

Tuya,

ANA

Miércoles 14 de junio de 1944

Querida Kitty:

Anhelos, deseos, pensamientos, acusaciones y reproches asaltan mi cerebro como un ejército de fantasmas. No soy en realidad tan presumida como imaginan los demás. Conozco mis innumerables defectos mejor que cualquiera, pero he ahí la diferencia: sé que tengo la firme voluntad de enmendarme, y de llegar a ello, pues ya compruebo un progreso sensible.

Entonces, ¿cómo es posible que todo el mundo siga encontrándome presuntuosa y tan poco modesta? ¿Soy en verdad tan presuntuosa? ¿Lo soy realmente yo, o acaso lo son los otros? Esto no conduce a nada, lo comprendo, pero no voy a tachar la última frase, por extraña que sea. La señora Van Daan, mi principal acusadora, es conocida por su falta de inteligencia y, puedo decirlo con toda tranquilidad, por su estupidez. La mayoría de las veces, los tontos no pueden soportar a alguien más inteligente o más

despierto que ellos.

La señora me juzga tonta porque soy más veloz que ella para comprender las cosas; juzga que adolezco de inmodestia porque ella adolece mucho más; encuentra mis vestidos demasiado cortos porque los suyos son más cortos aún. Asimismo, me juzga presuntuosa porque ella es de eso dos veces más culpable que yo al hablar de cosas de las que no tiene ninguna noción. Mas he aquí uno de mis proverbios predilectos: «Hay algo de verdad en cada reproche». Y estoy dispuesta a admitir que soy presuntuosa.

Ahora bien, no tengo muy buen carácter, y te aseguro que nadie me regaña y me critica tanto como yo misma. Entonces, si mamá agrega a ello sus buenos consejos, las prédicas se acumulan y se tornan a tal punto insoportables, que, desesperando de no poder nunca salir de eso, me vuelvo insolente y me pongo a contradecirla. Y, por último, recurro al mismo estribillo: «¡Nadie intenta comprenderme!».

Esta idea está anclada en mí y, por discutible que pueda parecer, hay a pesar de todo una brizna de verdad en esto también. Las acusaciones que me dirijo a mi misma cobran a menudo tales proporciones, que siento sed de una voz reconfortante que se interese un poco por lo que pasa en mí. ¡Ay! Por mucho que busque, todavía no he encontrado esa voz.

Yo sé que esto te hace pensar en Peter, ¿verdad, Kitty? De acuerdo. Peter me quiere. No como enamorado, sino como amigo. Su devoción aumenta con los días. Sin embargo, no comprendo qué nos detiene a los dos; hay algo misterioso que nos separa. A veces pienso que el deseo irresistible que me impelía hacia él era exagerado, pero eso no puede ser verdad: porque si me ocurre no reunirme con él por dos días seguidos, mi deseo se vuelve más fuerte que nunca... Peter es bueno y amable, mas no puedo negar que me decepciona en muchas cosas. Le reprocho, sobre todo, que reniegue de su religión; sus conversaciones sobre la alimentación y otras cosas que me desagradan han revelado varias divergencias entre nosotros. Pero sigo persuadida de que mantendremos nuestro propósito de no regañar nunca. A Peter le gusta la paz, es tolerante y muy indulgente. No permitiría a su madre que le dijera todas las cosas que acepta de mí, y hace denodados esfuerzos por mantener sus cosas en orden. Sin embargo, continúa guardando para sí sus sentimientos más íntimos ¿Por qué nunca me deja entreverlos? Su naturaleza es mucho más cerrada que la mía, es verdad, pero hasta las naturalezas más reacias sienten en un momento dado la necesidad irresistible de liberarse, tanto y más que las otras, que yo he experimentado.

Ambos hemos pasado en el anexo los años en que uno se forma: hablamos y volvemos a hablar siempre del porvenir, del pasado y del presente, pero, como y te dije, parecía faltarme lo esencial, y sé que está ahí.

Tuya,

ANA

Jueves 15 de junio de 1944

Querida Kitty:

Es posible que sea la nostalgia del aire libre, después de estar privada de él por tanto tiempo, pero añoro más que nunca a la naturaleza. Recuerdo todavía muy bien que antes nunca me sentí tan fascinada por un cielo azul deslumbrante, por el canto de los pájaros, por el claro de luna, por las plantas y las flores. Aquí, he cambiado.

El día de Pentecostés, por ejemplo, cuando hacía tanto calor, permanecí despierta hasta las once y media, para mirar completamente sola, por una vez, la luna a través de la ventana abierta. ¡Ay! Este sacrificio no sirvió de nada, pues la luna brillaba con luz demasiado fuerte para que yo me arriesgase a abrir la

ventana. En otra ocasión -hace varios meses de eso- había subido por casualidad al cuarto de los Van Daan una noche en que su ventana estaba abierta. No los dejé antes de que la cerraran. Noche sombría y lluviosa, tormenta y nubes fugitivas. Por primera vez, desde hacía un año, frente a frente con la noche, me hallaba bajo el imperio de su hechizo. Después de eso, mi deseo de revivir un momento semejante sobrepasaba a mi miedo a los ladrones, a las ratas y a la oscuridad. Una vez bajé completamente sola para mirar por la ventana de la oficina privada y por la de la cocina. Muchas personas encuentran bella a la naturaleza; muchos pasan la noche en el campo, quienes están en cárceles y hospitales, aguardan el día en que podrán gozar de nuevo del aire libre, pero hay pocos que están como nosotros; encontrados y aislados con su nostalgia de lo que es accesible tanto a pobres como a ricos.

Mirar el cielo, las nubes, la luna y las estrellas me apacigua y me restituye la esperanza; no se trata, en verdad, de imaginación. Es un remedio mucho mejor que la valeriana y el bromuro. La naturaleza me hace humilde y me preparo a soportar todos los golpes con valor.

Excepto raras ocasiones, me ha tocado la desdicha de mirar a través de vidrios sucios y visillos cargados de polvo. Mi gozo se desvanece, pues la naturaleza es la única cosa que no tolera ser deformada.

Tuya,

ANA

Viernes 16 de junio de 1944

Querida Kitty:

La señora Van Daan está desesperada, y habla de cárcel, de ahorcarse, de suicidio y de meterse una bala en el cráneo. Está celosa porque Peter se confía a mí y no a ella. Se siente humillada porque Dussel no responde suficientemente a sus insinuaciones. Teme que su marido se fume todo el dinero de su abrigo de pieles. Se pasa el tiempo en querellas, insultos, lloriqueos, quejas y risas para volver a las querellas.

¿Qué hacer de una chiflada que gimotea sin cesar? Nadie la toma en serio. No tiene ningún carácter, se queja de todo el mundo, provoca la insolencia de Peter, la irritación del señor Van Daan fastidiado, y el cinismo de mamá. Es una situación lamentable. Sólo resta una cosa por hacer; considerarse a sí mismo con sentido del humor y no reparar en los demás. Parecerá egoísmo, pero es en realidad el único medio de defensa cuando uno no puede confiar sino en sí mismo.

Kraler ha sido convocado nuevamente para trabajar la tierra duramente cuatro semanas.

Va a tratar de librarse mediante un certificado médico y una carta del negocio. Koophuis está decidido a hacerse operar su úlcera. Ayer, a las once, fueron cortadas las líneas telefónicas particulares.

Tuya,

ANA

Viernes 23 de junio de 1944

Querida Kitty.

Nada especial que señalar. Los ingleses han iniciado la gran ofensiva sobre Cherburgo. ¡Pim y Van Daan están seguros de nuestra liberación para antes del 10 de octubre! Los rusos toman

parte en las operaciones; ayer comenzaron la ofensiva sobre Witebsk, exactamente tres años después del ataque alemán.

Ya casi no nos quedan patatas; en lo futuro, las contaremos para que cada uno sepa la parte que le corresponde.

Tuya,

ANA

Martes 27 de junio de 1944

Mi muy querida Kitty:

La moral se ha elevado. Todo marcha muy bien. Cherburgo, Witebsk y Slobin han caído hoy. Numerosos prisioneros, gran botín. Los ingleses pueden ahora desembarcar lo que quieran, material y todo. Porque cuentan con un puerto. Tienen todo el Cotentín, tres semanas después de iniciada la invasión. ¡Qué resultado inaudito! Durante las tres semanas que transcurrieron desde el día D no ha habido un solo día sin lluvia o tormenta, tanto aquí como en Francia; sin embargo, esta mala suerte no ha impedido a los ingleses y norteamericanos demostrar su fuerza, ¡y cómo! Aunque la V-2, la famosa arma secreta, haya entrado en acción, ello no significa más que algunos destrozos en Inglaterra y material de propaganda para la prensa nazi. Por lo demás, los nazis temblarán aun más al reparar en que el «peligro bolchevique» no está lejos.

Todas las mujeres alemanas de la región costera que no trabajan para la Wehrmacht son evacuadas a Grominga, Fiesland y la Gueldre. Mussert* ha declarado que, en caso de desembarco en nuestra tierra, se pondrá el uniforme de soldado. ¿Va a pelear ese gordiflón? Hubiera podido empezar un poco antes, en Rusia. Finlandia, que había rechazado los ofrecimientos de paz, ha roto de nuevo las conversaciones; tendrán de qué arrepentirse esos idiotas.

¿Cuánto más habremos avanzado para el 27 de julio?

Tuya,

ANA

Viernes 30 de junio de 1944

Querida Kitty:

Mal tiempo, y la radio dice: Bad weather at a stretch to the 30th of June**.

¡Qué erudicción! Desde luego, puedo jactarme de mis progresos en inglés; prueba de ello es que estoy leyendo An Ideal Husband con ayuda del diccionario. Noticias excelentes: Bobroisk, Mogilef y Orsja han caído. Muchos prisioneros.

En casa, las cosas están all right, la moral sensiblemente mejor. Nuestros optimistas a ultranza triunfan. Elli ha cambiado de peinado. Miep tiene una semana de licencia. Esas son las últimas novedades.

Tuya,

ANA

Jueves 6 de julio de 1944

Querida Kitty.

Se me oprime cl corazón cuando Peter dice que más tarde podría muy bien hacerse malhechor o lanzarse a la especulación. Aunque sepa que bromea no por eso dejo de tener la impresión de que le asusta su propia debilidad de carácter. Tanto Margot como Peter me repiten siempre: «¡Ah, si pudiera ser tan fuerte y

*Mussert era el líder del Movimiento Nacional Socialista Holandés. (N. del T.).

**Se anuncia mal tiempo hasta el 30 de junio. (N.del T.).

valerosa como tú, tan perseverante! ¡Si tuviera tu energía tenaz!......

Me pregunto si no dejarse influir es de veras una cualidad. Sigo casi siempre el camino de mi propia conciencia; quién sabe si tengo razón.

En realidad, me cuesta comprender al que dice: «Soy débil», y sigue siéndolo. Ya que tiene conciencia de ello, ¿por qué no remontar la corriente y enmendar el propio carácter? A esto Peter replica... «Porque es mucho más fácil», lo que me desalienta un poco. ¿Fácil? ¿Quiero decir que una vida perezosa y deshonesta equivale entonces a una vida fácil? No. Me niego a creerlo; no es posible dejarse seducir tan pronto por la debilidad y... el dinero.

He meditado largamente sobre la forma de responderle e incitarlo a tener confianza en sí mismo, sobre todo a enmendarse; pero ignoro si mi razonamiento es justo.

Imaginaba que poseer la confianza de alguien era maravilloso, y ahora que lo he conseguido, empiezo a ver todo lo difícil que es identificarse con el pensamiento del otro, hallar la palabra cabal para responderle. Tanto más cuanto que los conceptos «fácil» y «dinero» son para mí nuevos y totalmente extraños. Peter comienza a depender, poco más o menos de mí, y yo no lo admitiré, sean cuales fueren las circunstancias. Una persona como Peter encuentra difícil sostenerse sobre sus propias piernas, pero aún resulta más difícil hacerlo cuando se es un hombre consciente en la vida. Como tal, es doblemente arduo seguir firmemente una ruta a través del mar de los problemas, sin dejar de ser recto y perseverante. Eso me vuelve cavilosa; durante días enteros, busco y rebusco un medio radical de curarlo de esa palabra terrible: «fácil».

Lo que le parece tan fácil y tan hermoso lo arrastrará a un abismo donde no hay amigos ni apoyo, ni nada que se vincule a la belleza; un abismo del que es casi imposible salir. ¿Cómo hacérselo comprender?

Todos vivimos sin saber por qué ni con qué norte, y siempre buscamos la felicidad; vivimos todos juntos y cada cual de manera diferente. Los tres fuimos educados en un buen ambiente, estamos capacitados para el estudio, tenemos la posibilidad de realizar algo, y muchas razones para esperar la felicidad, pero debemos hacer algo para alcanzarla. Realizar una cosa fácil no demanda ningún esfuerzo. Hay que practicar el bien y trabajar para merecer la dicha, y no se llega a ella a través de la especulación y la pereza. La pereza seduce, el trabajo satisface.

No comprendo a las personas que desdeñan el trabajo, aunque no es el caso de Peter; lo que le falta es un objetivo determinado; se considera poco listo y demasiado mediocre para llegar a un resultado. ¡Pobre muchacho! Nunca ha sabido lo que es hacer a los demás felices, y eso yo no puedo enseñárselo. No tiene religión, se burla de Jesucristo, y blasfema usando el nombre de Dios; tampoco yo soy ortodoxa, pero me entristece su desdén, su soledad y su pobreza de alma.

Pueden regocijarse quienes tienen una religión, pues no le es dado a todo el mundo creer en lo celestial. Ni siquiera es necesario temer el castigo, después de la muerte; no todos creen en el purgatorio, el infierno y el cielo, pero una religión, sea cual fuere, mantiene a los hombres en el camino recto. El temor a Dios otorga la estimación del propio honor, de la propia conciencia. ¡Qué hermosa sería toda la humanidad, y qué buena, si, por la noche, antes de dormirse, cada cual evocase cuanto le ocurrió durante el día, y todo lo que hizo, llevando cuenta del bien y del mal en su línea de conducta! Inconscientemente y sin titubeos, las personas se esforzarían por enmendarse, y es probable que después de algún tiempo se hallarán frente a un buen resultado. Todo el mundo puede probar este simple recurso, que no cuesta nada y que indudablemente sirve para algo. «En una conciencia tranquila es donde radica nuestra fuerza». El que lo ignore puede aprenderlo y hacer la prueba.

Tuya,

ANA

Sábado 8 de julio de 1944

Querida Kitty:

El apoderado, M.B., ha vuelto del campo con una cantidad enorme de fresas, polvorientas, llenas de arena, pero fresas al fin. No menos de veinticuatro cajitas para la oficina y para nosotros. Inmediatamente nos pusimos a la tarea y la misma noche tuvimos la satisfacción de contar con seis vasijas de conservas y ocho tarros de confitura. A la mañana siguiente, Miep propuso que preparásemos la confitura para los de la oficina.

A las doce y media, como el campo estaba libre en toda la casa y la puerta de entrada cerrada, subimos el resto de las cajitas. En la escalera, desfile de papá, Peter y Van Daan. A la pequeña Ana le tocó ocuparse del calentador del baño y del agua caliente. A Margot, buscar las vasijas. ¡Toda la tripulación actuando! Yo me sentía desplazada en esa cocina de la oficina, llena hasta reventar, y ello en pleno día, con Miep, Elli, Koophuis, Henk y papá. Hubiérase dicho la quinta columna del reaprovisionamiento.

Evidentemente, los visillos de las ventanas nos aíslan pero nuestras voces y las puertas que golpean me ponen la carne de gallina. Se me ocurrió pensar que ya no estábamos escondidos. Es extraña la sensación de que tengo derecho a salir. Llenar la cacerola, a subirla enseguida... En nuestra cocina, el resto de la familia se halla alrededor de la mesa limpiando fresas, llevándose más a la boca que a las vasijas. No se tardó en reclamar otra vasija, y Peter fue a buscar una a la cocina de abajo... desde donde oyó llamar dos veces; dejando el recipiente, se precipitó detrás de la puerta-armario, cerrándolo con sumo cuidado. Todos estábamos impacientes ante los grifos cerrados y las fresas por lavar, pero había que respetar la consigna: «En caso de que hubiera alguien en la casa, cerrar todos los grifos para evitar el ruido del paso del agua por las cañerías».

Henk llegó a la una y nos dijo que era el cartero. Peter volvió a bajar... para oír el timbre una vez más y para girar de nuevo sobre sus talones. Yo me puse a escuchar, primero junto a la puerta-armario; luego, despacio, avancé hasta la escalera. Peter se unió a mí, y nos inclinamos sobre la balaustrada como dos ladrones, para oír las voces familiares de los nuestros. Peter bajó algunos peldaños, y llamó:

-Elli...

Ninguna respuesta... Otra vez:

-Elli...

El estrépito de la cocina dominaba la voz de Peter. De un salto, echó a correr hacia abajo. Con los nervios en tensión, me quedo en el lugar, y oigo:

-Márchate, Peter. Ha venido el contador. No puedes quedarte aquí.

Era la voz de Koophuis. Peter vuelve suspirando, y cerramos la puerta-armario. A la una y media, Kraler aparece por casa, exclamando:

-¡Caramba! Por donde paso no veo más que fresas: fresas para el desayuno, Henk come fresas, ¡huelo fresas en cualquier sitio! Vengo aquí para librarme de esos granos rojos, ¡y ustedes los están lavando!

El resto de las fresas se puso en conserva. Esa misma noche, las tapas de dos vasijas habían saltado; papá hizo enseguida mermelada de su contenido. En la mañana siguiente, otras dos vasijas abiertas, y por la tarde, cuatro, pues Van Daan no las había esterilizado convenientemente. Y papá hace mermelada todas las noches.

Comemos la avena con fresas, el yogur con fresas, el pan con fresas; fresas de postre, fresas con azúcar y fresas con arena. Durante dos días, es el vals de las fresas. Enseguida se acabó la reserva, salvo la de los tarros puesto bajo llave.

-Ven a ver, Ana -me llamó Margot-. El verdulero de la esquina nos ha enviado guisantes frescos. Nueve kilos.

-¡Qué amable ha sido! - respondí.

Muy amable, sí, pero la tarea de desgranarlos... ¡Puah!

-Todo el mundo a la tarea mañana por la mañana, para desgranar los guisantes -anunció mamá.

En efecto, a la mañana siguiente la gran cacerola de hierro enlozado apareció sobre la mesa después del desayuno, para no tardar en llenarse de guisantes hasta el borde. Desvainarlos es una tarea fastidiosa, y es más bien un arte desprender la piel interior de la vaina; pocas personas conocen las delicias de la vaina de los guisantes una vez desprovista de su piel. El sabor no lo es todo; la enorme ventaja es que se obtiene un volumen mayor.

Quitar esta piel interior es un trabajito muy preciso y minucioso, indicado quizá para los dentistas pedantes y los burócratas meticulosos; para una impaciente como yo, es un suplicio. Comenzamos a las nueve y media; a las diez y media, me levanto; a las once y media, vuelvo a sentarme. Me zumban los oídos: quebrar las puntas, sacar los hilos, quitar la piel y separarla de la vaina, etc. La cabeza me da vueltas. Verdor, verdor, gusanito, hilito, vaina, vaina podrida, vaina verde, verde, verde.

Se transforma en una obsesión. Hay que hacer algo. Y me pongo a hablar aturdidamente de todas las tonterías imaginables, hago reír a todo el mundo, o los aburro enormemente. Con cada hilo que quito más me convenzo de que no quiero ser tan solo una simple ama de casa.

A mediodía almorzamos por fin, pero después a reanudar la tarea, hasta la una y cuarto. Al terminar, tengo una especie de mareo; los otros también, poco más o menos. Dormí hasta las cuatro, y me siento todavía embrutecida por esos detestables guisantes.

Tuya,

ANA

Sábado 15 de julio de 1944

Querida Kitty:

Hemos leído un libro de la biblioteca con el título provocativo. ¿qué piensa usted de la muchacha moderna? Me gustaría hablarte del tema.

La autora (porque es una mujer) critica a fondo a la «juventud de hoy», aunque sin desaprobarla por completo, pues no dice, por ejemplo, que no sirve para nada. Al contrario, es más bien de la opinión de que, si la juventud quisiera, podría ayudar a construir un mundo mejor y más bello, puesto que dispone de los medios; sin embargo, prefiere ocuparse de cosas superficiales, sin mirar lo que es esencialmente hermoso.

Ciertos párrafos me dan la fuerte impresión de que soy atacada personalmente por la autora, y por eso quiero defenderme, abriéndome a ti.

El rasgo más acusado de mi carácter -así lo admitirán quienes mejor me conocen- es el conocimiento de mí misma. Puedo mirar todos mis actos como los de una extraña. Me encuentro, delante de esta Ana de todos los días, sin ánimo preconcebido y sin querer disculparla de ninguna manera, con el fin de observar si lo que ella hace está bien o mal. Esta «conciencia de mí misma» no me abandona nunca; no puedo pronunciar nada sin que acuda a mi espíritu: «Hubiera debido decir esto otro» o: «Eso es, está bien». Me acuso de cosas innumerables, y, de más en más, estoy convencida de la verdad de esta frase de papá: «Todo niño debe educarse a sí mismo». Los padres sólo pueden aconsejarnos e indicarnos el camino a seguir, pero la formación esencial de nuestro carácter se halla en nuestras propias manos.

Añade a eso que enfrento con extraordinario valor mi vida, me siento siempre muy fuerte, muy dispuesta a enfrentar lo que sea, ¡y me siento muy libre y muy joven! Cuando me percaté de

esto por primera vez, me sentí gozosa, porque me parece que no me doblegaré fácilmente bajo los golpes de los que, nadie, desde luego, escapa.

Pero de esas cosas ya te he hablado varias veces. Preferiría detenerme en el capitulo «Papá y mamá no me comprenden». Mis padres me han mimado siempre, me han tratado con mucha amabilidad, siempre han tomado mi defensa y han hecho cuanto estaba en sus manos por ser buenos. Sin embargo, me he sentido terriblemente sola durante mucho tiempo; sola, excluida, abandonada e incomprendida. Papá ha hecho todo lo posible por atemperar mi rebeldía., pero ello no ha servido de nada; me he curado yo misma, reconociendo mis errores y sacando de ellos una enseñanza.

¿Cómo es posible que, en mi lucha, papá nunca haya logrado ser para mí un apoyo y que, aún tendiéndome una mano de auxilio, no haya acertado?

Papá no ha recapacitado bien: siempre me ha tratado como a una niña que pasa por la edad ingrata. Eso parece extraño, porque él es el único que siempre me ha acordado su confianza, y el único también que me ha hecho sentir que soy razonable. Lo que no impide que haya descuidado una cosa: mis luchas por remontar la corriente -eran infinitamente más importantes para mí que todo el resto-, y en eso no pensó. Yo no quería oír hablar de «edad ingrata», de «otras muchachas» y de que «eso pasará»; no quería ser tratada como una-muchacha-igual-que-las-otras, sino única y exclusivamente como Ana-tal-cual-es. Pim no comprende eso. Por otra parte, yo sería incapaz de confiarme a alguien que no me lo dijese todo de sí mismo, y como sé demasiado poco de Pim, me es imposible aventurarme completamente sola en el camino de la intimidad.

Pim se sitúa siempre en el punto de vista del padre, persona de más edad, conocedor de esta clase de inclinaciones porque ya pasó por ellas y juzgándolas, en consecuencia, triviales; de suerte que es incapaz de compartir mi amistad, aun cuando la busque con todas sus fuerzas.

Todo eso me ha llevado a la conclusión de no hacer participe a nadie, si no es a mi diario, y rara vez a Margot, de mi concepto de la vida y de mis teorías tan meditadas. Todo cuanto me conmovía, se lo he ocultado a papá; nunca compartí con él mis ideales, y me aparté voluntariamente de él.

No he podido obrar de otro modo; me he dejado guiar enteramente por mis sentimientos, y he obrado de acuerdo con mi conciencia para encontrar el reposo. Porque he construido mi tranquilidad y mi equilibrio sobre una base inestable, y los perdería por completo si tuviese que soportar críticas sobre esta obra aún inacabada. Por duro que eso pueda parecer, ni a Pim le permitiría inmiscuirse, pues no solamente no le he dejado tomar parte alguna en mi vida interior, sino que a menudo lo enfado con mi irritabilidad, alejándolo de mí todavía más.

Eso me hace meditar mucho: ¿cómo es que Pim me fastidia a ese extremo? No aprendo casi nada estudiando con él, y sus caricias me parecen afectadas; querría estar tranquila y querría sobre todo que me dejase un poco en paz..., hasta el día en que vea ante él a una Ana mayor, más segura de sí misma. ¿Es ésa la razón? Porque el recuerdo de su reproche sobre mi terrible carta me sigue doliendo. Es que resulta muy difícil ser verdaderamente fuerte y valeroso desde todos los puntos de vista.

Sin embargo, no es ésa mi mayor decepción. No. Peter me preocupa mucho más que papá. Me hago bien cargo de que soy yo quien le ha conquistado, y no viceversa: lo idealicé, viéndole apartado, sensible y amable, como un muchacho que necesitaba cariño y amistad. Había llegado al punto en que me era necesario alguien a quien confiar mis sentimientos, un amigo que me señalase el camino que debía seguir, y, atrayéndole lenta pero seguramente hacia mí, lo conquisté, aunque con dificultad. Por fin, después de haber obtenido su amistad, hemos llegado a una intimidad que, bien pensada, ahora me parece inadmisible.

Hemos hablado de las cosas más secretas, pero, hasta aquí,

hemos callado en cuanto a lo que colmaba y sigue colmando mi corazón. Continúo sin forjarme una idea exacta de Peter. ¿Es superficial? ¿O lo frena su timidez, incluso conmigo? Pero, abstracción hecha de eso, he cometido un grave error: alejé todas las otras posibilidades de asegurar nuestra amistad al aproximarme a él mediante esas relaciones íntimas. El no desea más que amar, y yo le gusto cada día más; de eso me he dado bien cuenta. En cuanto a él, nuestros encuentros le bastan; mientras que a mí me producen el efecto de un nuevo esfuerzo que obliga a volver a empezar cada vez, sin, a pesar de todo, poder decidirme a abordar los temas que tanto me agradaría poner en claro. He atraído a Peter a la fuerza, mucho más de lo que él pueda sospechar. Ahora bien, él se aferra a mí, y yo aún no he hallado la forma de que él pise con sus propios pies. Después de haberme percatado -bastante rápidamente, desde luego- de que no podía ser el amigo copartícipe de mis pensamientos, no he cesado de aspirar a elevarlo por sobre su horizonte limitado y a magnificarlo en su juventud.

«Porque, en el fondo, la juventud es más solidaria que la vejez». Esta frase, leída en ya no recuerdo qué libro, se me ha quedado grabada, porque la encuentro justa.

¿Es posible que nuestra permanencia aquí resulte más difícil a los mayores que a los jóvenes? No. Indudablemente, eso no es verdad. Las personas adultas ya se han formado una opinión sobre todo, y no suelen vacilar ante sus actos en la vida. Nosotros los jóvenes tenemos que hacer doble esfuerzo para mantener nuestras opiniones, en esta época en que todo idealismo ha sido aplastado y destruido, en que los hombres revelan su lado peor, en que la verdad, el derecho y Dios son puestos en duda.

Quien pretende que los mayores del anexo afrontan una vida mucho más difícil, no comprende sin duda hasta qué punto nosotros somos asaltados por nuestros problemas... problemas para los cuales acaso somos demasiado jóvenes, pero que no dejan de imponérsenos; hasta que tras largo tiempo, creemos haber hallado la solución, generalmente una solución que no parece resistir a los hechos, pues éstos terminan por destruirla. He ahí la dureza de esta época. tan pronto como los idealismos, los sueños, las bellas esperanzas han tenido tiempo de germinar en nosotros, son súbitamente atacados y del todo devastados por el espanto de la realidad.

Asombra que yo no haya abandonado aún todas mis esperanzas, puesto que parecen absurdas e irrealizables. Sin embargo, me aferro a ellas, a pesar de todo, porque sigo creyendo en la bondad innata del hombre. Me es absolutamente imposible construirlo todo sobre una base de muerte, miseria y confusión. Veo el mundo progresivamente transformado en desierto; oigo, cada vez más fuerte, el fragor del trueno que se acerca, y que anuncia tal vez nuestra muerte; me compadezco del dolor de millones de personas; y, sin embargo, cuando miro el cielo, pienso que todo eso cambiará y que todo volverá a ser bueno, que hasta estos días despiadados tendrán fin, y que el mundo conocerá de nuevo el orden, el reposo y la paz.

Mientras lo espero, pongo mis pensamientos al abrigo y velo por ellos, para el caso de que, en los tiempos venideros, puedan todavía realizarse.

Tuya,

ANA

Viernes 21 de julio de 1944

Querida Kitty:

Hay cada vez más razones para confiar. Esto marcha. ¡Sí, verdaderamente, marcha muy bien! ¡Noticias increíbles! Tentativa de asesinato contra Hitler, no por judíos comunistas o por capitalistas ingleses, sino por un general de la nobleza germánica, un conde, y joven, por añadidura. La «Divina Providencia» ha salvado la vida del Führer, que sólo ha tenido que sufrir, y es una

lástima, algunos rasguños y quemaduras. Varios oficiales y generales de su séquito han muerto o quedado heridos. El culpable principal ha sido ejecutado.

Una buena prueba, ¿eh?, de que muchos oficiales y generales están cansados de la guerra y verían con alegría y voluptuosidad a Hitler descender a los abismos más profundos. Tras la muerte de Hitler, los alemanes aspirarían a establecer una dictadura militar, un medio, según ellos, de concluir la paz con los aliados, y que les permitiría rearmarse y recomenzar la guerra veinte años después. Quizá la Providencia haya ex profeso retardado un poco la muerte de Hitler, pues será mucho más fácil para los aliados, y más ventajoso también, si los germanos puros, y sin tacha se encargan ellos mismos de matarse entre sí; menos trabajo para los rusos y los ingleses, que podrán proceder con mayor rapidez a la reconstrucción de sus propias ciudades.

Pero aún no hemos llegado a eso. ¡Cuidado con anticiparse! Sin embargo, lo que arriesgo, ¿no es una realidad tangible? Por excepción, no estoy en vena de divagar a propósito de idealismos imposibles. Hitler tuvo nuevamente la amabilidad de hablar a su pueblo fiel y abnegado, diciéndole que a partir de hoy todos los militares deberán obedecer a la Gestapo; además todo soldado que sepa que uno de sus superiores tuvo algo que ver con este atentado degradante y cobarde, tiene el derecho de meterle una bala en el cuerpo sin otra forma de proceso.

Va a resultar muy lindo. A Hans le duelen los pies tras una marcha demasiado larga, y su oficial lo reprende. Hans agarra su fusil y grita: «¡Eres tú quien ha querido asesinar al Führer! ¡Cochino! ¡Toma tu recompensa!». ¡Pum! Y el orgulloso jefe que tuvo la audacia de reconvenir al pequeño Hans ha desaparecido para siempre en la vida eterna (o en la muerte eterna). ¿De qué manera quieres que esto termine? Los señores oficiales van a cagarse en sus calzoncillos de miedo cada vez que encuentren a un soldado o tomen un comando, y que sus presuntos inferiores tengan la audacia de gritar más fuerte que ellos. ¿Me entiendes, o es que yo he perdido el seso? No puedo remediarlo. Me siento demasiado alegre para ser lógica, demasiado contenta con la expectativa de poder sentarme de nuevo, en octubre, en los bancos de la escuela. ¡Oh, oh! ¿No he dicho hace un instante que no hay que anticiparse nunca? ¡Perdón, perdón! No por nada me llaman «un amasijo de contradicciones».

Tuya,

ANA

Martes 10 de agosto de 1944

Querida Kitty:

«Un amasijo de contradicciones» son las últimas palabras de mi carta precedente y las primeras de ésta. «Amasijo de contradicciones». ¿Puedes explicarme lo que es exactamente? ¿Qué significa contradicción? Como tantas otras palabras tiene dos sentidos: contradicción exterior y contradicción interior.

El primero es fácil de explicar: no plegarse a las opiniones ajenas, saber, mejor que el otro, decir la última palabra, en fin, todas las características desagradables por las cuales se me conoce muy bien. Pero en lo que concierne al segundo, casi nadie me conoce, y ése es mi secreto.

Ya te he dicho que mi alma está, por así decir, dividida en dos. La primera parte alberga mi hilaridad, mis burlas, con cualquier motivo, mi alegría de vivir y, sobre todo, mi tendencia a tomarlo todo a la ligera. Por eso no me fastidian los flirteos, un beso, un abrazo o un chiste inconveniente. Esta primera parte está siempre en acecho, rechazando a la otra, que es más hermosa, más pura y más profunda. La parte hermosa de la pequeña Ana nadie la conoce, ¿verdad? Por eso son tan pocos los que me quieren de veras.

Desde luego, puedo ser un payaso divertido durante una tarde, tras lo cual todo el mundo me ha visto lo suficiente para un mes

por lo menos. Por ejemplo, una película de amor representa exactamente lo mismo para las personas profundas, una simple distracción de una velada, que se olvida bien pronto. No está mal. Cuando se trata de mí, sobre el «no está mal». Es aún algo peor. Me fastidia decírtelo. Pero ¿por qué no he de hacerlo, si sé que es la verdad? Esta parte que toma la vida a la ligera, la parte superficial, sobrepasará siempre a la parte profunda y, por consiguiente, será siempre vencedora. Puedes imaginar cuántas veces he tratado de rechazarla, de asestarle golpes, de ocultarla. Y eso que, en realidad, no es más que la mitad de todo lo que se llama Ana. Pero no ha servido de nada, y yo sé por qué.

Tiemblo de miedo de que todos cuantos me conocen tal como me muestro siempre descubran que tengo otra parte, la más bella y la mejor. Temo que se burlen de mí, que me encuentren ridícula y sentimental, que no me tomen en serio. Estoy habituada a que no me tomen en serio, pero es «Ana la superficial» la que se ha habituado y quien puede soportarlo; la otra, la que es «grave y tierna», no lo resistiría. Cuando, de veras, he llegado a mantener a la fuerza en el proscenio a «Ana la buena» durante un cuarto de hora, ella se achica en cuanto hay que elevar la voz y, dejando la palabra a Ana número uno, desaparece antes de que yo me dé cuenta.

«Ana la tierna» nunca ha aparecido, pues, ante el público, ni una sola vez; pero, en la soledad, su voz domina casi siempre. Sé con exactitud cómo me gustaría ser, puesto que lo soy... interiormente; pero ¡ay!, soy la única que lo sabe. Y ésta es quizá, no, es, seguramente, la razón por la cual yo llamo dichosa a mi naturaleza interior, mientras que los demás juzgan precisamente dichosa mi naturaleza exterior. Dentro de mí, «Ana la pura» me señala el camino; exteriormente, sólo soy una cabrita desprendida de su cuerda, alocada y petulante.

Como ya te he dicho, veo y siento las cosas de manera totalmente distinta a como las expreso ante los demás; por eso me denominan, alternativamente, volandera, coqueta, pedante y romántica. «Ana la alegre» se ríe de eso, responde con insolencia, se encoge indiferente de hombros, pretende que no le importa; ¡pero ay!, «Ana la dulce» reacciona de la manera contraria. Para ser completamente franca, te confesaré que eso no me deja indiferente, que hago infinitos esfuerzos por cambiar, pero que me debato siempre contra fuerzas que me son superiores.

Una voz solloza dentro de mí: «Ya ves, ya ves adonde has llegado: malas opiniones, rostros burlones o consternados, antipatías, y todo eso porque no escuchas los buenos consejos de tu propia parte buena» ¡Ah, cuánto me gustaría escucharla! Pero eso no sirve de nada. Cuando me muestro grave y tranquila, doy la impresión a todo el mundo de que interpreto una comedia, y enseguida recurro a una pequeña broma con el fin de zafarme; para no hablar de mi propia familia, que, persuadida de que estoy enferma, me hace engullir tabletas contra las jaquecas y los nervios, me mira la garganta, me tantea la cabeza para ver si tengo fiebre, me pregunta si estoy constipada y termina por criticar mi mal humor. Ya no puedo soportarlo: cuando se ocupan demasiado de mí, primero me vuelvo áspera, luego triste, revertiendo mi corazón una vez más con el fin de mostrar la parte mala y ocultar la parte buena, y sigo buscando la manera de llegar a ser la que tanto querría ser, lo que yo sería capaz de ser, si... no hubiera otras personas en el mundo.

Tuya,

ANA

EPILOGO

La llamada «policía verde» holandesa penetró en el anexo el 4 de agosto. Arrestó a todos los allí ocultos, además de Kraler y Koophuis. Todos fueron internados en el campo de concentración para holandeses.

El «anexo» fue saqueado por la Gestapo. Miep y Elli descubrieron posteriormente las hojas del diario de Ana entre los documentos, diarios viejos y revistas que quedaron desparramados por el suelo. Con excepción de algunos pasajes carentes de mayor interés público, se reprodujo fielmente el texto original de las anotaciones de Ana Frank.

De los clandestinos habitantes del anexo sólo retornó el Sr. Frank. Kraler y Koophuis lograron sobrevivir a las penurias del campo de concentración holandés y pudieron volver a sus hogares.

Anne murió de tifus en el campo de exterminio de Bergen-Belsen en marzo de 1945, dos meses antes de la liberación de Holanda por las fuerzas aliadas.

ANNE FRANK 1929-1945

El viernes 10 de mayo de 1940 al amanecer, Hitler lanzó ochenta divisiones que irrumpieron, simultáneamente, en Bélgica y Holanda. Junto con las tropas, llegó la siniestra Gestapo para hacer cumplir entre otras, las leyes raciales dictadas por el régimen nazi.

Los Frank, como otras familias judías alemanas, habían emigrado a Holanda, en 1933, huyendo del antisemitismo. Se instalaron en Amsterdam. A la llegada de los alemanes no pudieron abandonar el país y, el lunes 6 de julio de 1942, se refugiaron en el «anexo secreto», ubicado en las mismas oficinas de Otto Frank. Hoy la casa es un museo.

Menos de un mes antes, Ana, la hija menor de sólo trece años, había comenzado a escribir su Diario. Lo hace hasta el 10 de agosto de 1944. Tres días después, hacia las 10.30 de una mañana de verano, irrumpe en el anexo la Grüne-Polizei y sus ocho habitantes, más sus protectores Kraler y Koophuis, son arrestados y enviados a campos de concentración. El fascista holandés que los denunció ganó 60 florines -7,50 por cabeza- por entregar al grupo.

El Diario de Ana Frank es uno de los testimonios más conmovedores de una víctima del delirio a que llegó el mundo por la acción de los nazis. Fue encontrado, en medio del caos dejado por la Gestapo en el refugio, por las buenas amigas Miep y Elli, junta a doce relatos y una novela inconclusa, todos escritos por Ana en holandés. Será su padre Otto Frank, el único sobreviviente de la familia, quien lo publicará en alemán en 1954.

Después de la detención, son llevados al campo de concentración de Westerbock, todavía en Holanda. Más tarde a Auschwitz, en Polonia, donde Ana pierde su larga cabellera. Los nazis rapaban a las mujeres porque el cabello era materia prima para correas de trasmisión y ayudaba a cerrar herméticamente los submarinos.

Hacia fines de octubre de 1944, Margot y Ana son trasladadas al campo de concentración de Bergen-Belsen, en Alemania. Margot muere en febrero de 1945. Ana en marzo del mismo año, dos meses antes de la entrada de las tropas británicas al campo; dos meses antes de la liberación de Holanda. Ana Frank todavía no cumplía los dieciséis años, había nacido el 12 de junio de 1929...

Mariano Aguirre